



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POSGRADO EN HISTORIA DEL ARTE

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Lo fotográfico mexicano.

**Fotografía, violencia e imaginario en los libros de viajeros extranjeros
en México, 1897-1917**

Tesis que presenta

José Antonio Rodríguez Ramírez

para obtener el grado de

doctor en Historia del Arte

Director y tutor: Mtro. Fausto Ramírez Rojas - IIE

Asesores: Dra. Laura González Flores - IIE

Dra. Rebeca Monroy Nasr - IIE

Dra. Deborah Dorotinsky Alberstein - IIE

Dra. Claudia Negrete Álvarez - IIE

CIUDAD UNIVERSITARIA,

SEPTIEMBRE 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LO FOTOGRAFICO MEXICANO.
FOTOGRAFIA, VIOLENCIA E IMAGINARIO
EN LOS LIBROS DE VIAJEROS EXTRANJEROS
EN MÉXICO, 1897-1917

Arriba, igual Jiménez
José Antonio Rodríguez Ramírez
para obtener el grado de doctor en Historia del Arte

Ciudad Universitaria 2011

© 2011
Henry Esquivel
Mexico, The Faculty of Letters,
UNAM, Mexico and Spain, 1930
C.A. Martínez

Índice	
Agradecimientos	3
Introducción	7
Capítulo I. Fototextualidades	17
Los libros y las imágenes	17
El testimonio viajero integra la fotografía	32
Capítulo II. La visión positiva más otras circunstancias	47
Otras viajeras llegan	66
Inversiones productivas y la mirada hacia los Otros	98
Mostrar la diferencia	113
Un autor llamado <i>Vaquero</i>	136
Capítulo III. Una visión sobre la violencia	148
Cuerpo expuesto/ cuerpo clasificado/ cuerpo falsificado	148
Carl Lumholtz: una fascinada visión imperial	163
Frederick Starr: la violencia aplicada	184
Capítulo IV. Una realidad se revela	203
Los precedentes: testimonios de la mirada viajera que preludian el cambio	203
Una información incómoda: la aparición de <i>Barbarous Mexico</i>	217
Capítulo V. Cambio y transición	251
En el principio, Ciudad Juárez	251
Viajeros, periodistas y corresponsales	260
El petróleo: un cierto problema mexicano en 1917	285
Conclusiones	297
Bibliografía	303

Agradecimientos

Ninguna investigación se realiza de manera aislada. Siempre uno recurre al saber de otros. Por momentos uno deambula solitario con cierta sospecha de indagación. Pero compartir dudas, y las pocas certezas que se tienen, terminan por delimitar y definir un trabajo de investigación gracias a otros saberes. Cuando esta investigación inició –esto es, cuando se propuso ante el posgrado en Historia del Arte de la Facultad de Filosofía y Letras-- era mucho más ambiciosa, la extensión del periodo era más amplia, vamos, se extendía por cinco o seis décadas en el periodo de entre siglos, del XIX al XX. Pero mi director de investigación, el Mtro. Fausto Ramírez Rojas, y mis asesoras las doctoras Laura González Flores y Rebeca Monroy Nasr me ayudaron a delimitar un periodo, acaso una etapa clave en la investigación y, además, definir qué tipo de contenido debía ser abordado. Ellos son parte esencial de esta investigación, por su dirección y asesorías. A su vez, la Dra. Deborah Dorotinsky Alperstein y la Dra. Claudia Negrete Álvarez me ayudaron, con sus aportes historiográficos, y con sus recomendaciones, a enriquecer los contenidos.

Las enseñanzas teóricas y sustanciales charlas, de mi amigo Boris Kossoy, me alentaron a lo largo de la investigación. El Dr. Kossoy sabe todo lo que compartimos. Localizar libros antiguos se podría decir que, de manera paradójica, es fácil y difícil a la vez. Hay libros únicos que sólo se encuentran en bibliotecas, a veces inaccesibles, a las que hay que acudir y realizar todo un trámite para verlos, tocarlos y leerlos. Finalmente, por momentos eso se vuelve una experiencia única. Pero las librerías internacionales que ofrecen sus servicios por medio de la internet –he ahí la otra parte, la fácil, que, con todo, lo hacen quedar a uno en números rojos- son el paraíso para el investigador en estos tiempos. En este sentido, Jesse Lerner, desde la ciudad de Los Ángeles, compró para mí, en los Estados Unidos y en Europa, varios libros que nutren esta investigación.

Sin esta ayuda más ardua hubiera sido la búsqueda en bibliotecas nacionales e internacionales. Él mismo me traía para consultar diversos libros resguardados en los anaqueles de la biblioteca de la universidad para la cual trabaja, la Claremont University en California. A Lerner le debe mucho esta investigación, dado que en cada viaje de regreso a México traía consigo un paquete con algunos volúmenes que enriquecieron mi trabajo. También, en este sentido, Jorge Sanabria, gran anticuario, conocedor notable de libros y revistas, me hizo acceder a publicaciones en extremo raras en su rica biblioteca y galería de la colonia Juárez. Y no poco hizo Abel Maldonado, bibliófilo de mundos pasados, que me acercó a rarezas bibliográficas inexistentes en bibliotecas nacionales, sabedor de que las necesitaba. Gracias a la generosidad de Sonia Arlette Pérez, responsable del Acervo Fotográfico de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, pude conocer algunos álbumes que resguarda dicho acervo los cuales nutrieron esta investigación.

Miguel Ángel Berumen me compartió algunos libros consultados por él y –en estos tiempos del grado Xerox de la escritura, como nos alertó José Emilio Pacheco parodiando a Roland Barthes- me hizo conocer algunos libros necesarios para esta investigación mediante fotocopias. Eso pasó también con el apoyo de Dennis Brehme –nieto de Hugo Brehme- quien me ofreció fotocopias de algunos de los libros que su abuelo trajo para que le sirvieran de guía en su primer viaje a México. La Galería López Quiroga me permitió consultar algunos volúmenes en su riquísimo acervo, con la amabilidad de su director Ramón López Quiroga. Mientras, Patricia Ramírez Patiño, mi hermana, puso especial interés, en este mundo de volatilidades tecnológicas, en que siempre pudiera resguardar el archivo electrónico de esta investigación en proceso de escritura.

Patricia Priego, como siempre, me acompañó a lo largo del tiempo de investigación, me ayudó de múltiples maneras, me alentó a terminarla e hizo una lectura acuciosa del texto. Natalia Rodríguez clasificó y ordenó, le dio sentido, a las fichas y documentos que se fueron acumulando. Camilla me tuvo paciencia en las horas de escritura de esta investigación. Lourdes Franco y Paola Dávila, en diversos momentos, me apoyaron igualmente. No puedo dejar de señalar que a lo largo de todo este proceso obtuve el apoyo de una beca del CONACYT que hizo posible mi dedicación específica a recuperar esta historia contenida en libros con sentido visual.

Finalmente me gustaría decir unas palabras que acaso respondan al origen de esta investigación. Por años he sido un bibliófilo que a veces raya en la bibliomanía (tener por tener libros, sólo para admirarlos como objetos, que espero no sea este el caso) y, a su vez, hacia los 23 años de edad me comencé a formar como historiador de fotografía. Libros y fotografía se convirtieron en una de mis obsesiones. Desde los estudios de licenciatura en comunicación no me interesaba hacer fotografía sino comprender su naturaleza. Por entonces tenía demasiadas dudas (y hoy cada vez se alejan más las certezas) que fui resolviendo de manera autodidacta (a principios de los años ochenta en ningún lado se estudiaba historia de la fotografía mexicana). En una charla ocasional con mi amigo Boris Kossoy, me advirtió que, en el mejor de los casos, uno terminaba haciendo en su adultez lo que uno deseó de niño, lo que a uno le sorprendió en los años infantiles, lo que le emocionó: el encuentro con otras circunstancias del conocimiento que terminan por marcarle a uno. Y recordé cuando a los ocho años me regalaron dos libros gráficos: *Simbad el marino* y *El barón Munchausen* (en realidad llevaba por título, en español, *El barón de la castaña*, pero después descubrí su verdadero título). Ambos libros, en edición infantil, podían leerse de dos maneras: o bien siguiendo la narración escrita, en donde se abundaba en detalles y situaciones, o seguir la historia a

partir de los grabados con pie de imagen, más breve ésta pero a su vez contundente porque se desplegaba toda una fascinante iconografía. De las dos formas los leí, y releí, y ya de adulto, gracias a la advertencia de mi amigo, me di cuenta que estaba leyendo texto e imagen, entrelazándolos o eligiendo con qué parte quedarme, fascinándome con la narración escrita y, en otros momentos, con los grabados. Y, bueno, hoy ya no veo casual que ambos libros trataran de viajes a lejanas tierras. No recuerdo el nombre de la persona quien me regaló esos maravillosos tomos (sé que fue una amiga de mi madre a quien le agradezco tal encuentro), por eso ahora veo que quizá, y pensándolo bien, por ahí comenzó todo. Y por más de que esto último suene un tanto cursi.

Aunque también tengo presente las palabras que Umberto Eco dio en una entrevista que aquí viene al caso con respecto a la aparición de su primera novela *El nombre de la rosa*, él dijo ahí:

Las propias pasiones nunca se justifican. Hay quien ama a los animales y hay quien ama a la astronomía. Un día un amigo egiptólogo me dijo: ‘He estado enamorado de Egipto desde que era un niño’. ¿Por qué estaba enamorado de Egipto? Hay que excavar en la historia profunda de la infancia para hallar las razones y los elementos que nos llevaron a ciertas elecciones... Cuando empecé a escribir [la novela] tenía casi cincuenta años, una vida de profesor y de científico; por lo tanto era natural que escribiera libros sobre conocimiento. Si hubiera pasado la vida en un jardín, habría escrito una historia sobre las flores. Habiendo vivido toda una vida en medio de libros, narré una historia sobre libros que eran para mí un objeto apasionante, como las flores para el jardinero (*La Jornada Semanal*, 9 de enero de 2000).

En mucho, Eco me ofreció también buenas razones.

Introducción

Ésta es una investigación sobre libros e imágenes. Más específicamente sobre el cómo la fotografía ocupó un espacio singular en los libros de viajeros extranjeros en México y cómo ésta funcionó de muy diversas maneras junto al discurso escrito. Palabra e imagen por momentos se asocian y se disocian en el discurso editorial y crean sentidos; sentidos múltiples y meticulosamente elaborados. Significativamente eso se dio en momentos en que técnicamente el mediotono hizo posible que las imágenes fotográficas ingresaran en las páginas de los libros para crear un cambio profundo a finales del siglo XIX. Si ya la aparición de la fotografía había creado un nuevo tipo de conciencia, el mediotono en los libros extendería un nuevo tipo de saber y divulgación del conocimiento. Y así fue como se comenzaron a generar libros visuales dirigidos a públicos precisos.

Tiene pocos años que la propia historia de la fotografía ha tenido sus revisiones, reconsideraciones y sus necesarias reactualizaciones. Particularmente esto se ha dado con el denominado fotolibro, aunque también con muchas otras áreas de estudio. De manera notable, la historiadora Anne McCauley desentendiéndose de forma crítica de las historias lineales que no se ocupan de todo un aparato cultural, más amplio y complejo, extenso en sus ramificaciones, en donde se insertó el medio fotográfico, evidenció la complejidad de la difusión de las imágenes fotográficas y, en un ensayo sobre las historias fotográficas que precedieron a los planteamientos de historias generalistas como la de Beaumont Newhall, escribió:

El concepto de historia única y lineal de la fotografía también fracasa a la hora de abordar los problemáticos límites de lo fotográfico. Históricamente, no ha habido un solo objeto físico coherente al que se pueda llamar “fotografía”, y el propio término es un conveniente cajón de sastre para una amplia variedad de imágenes sobre papel, metal, cristal, tela, lienzo, etc., cuya única cualidad

común es la intervención de la luz y la química en algún momento del proceso generativo.¹

McCauley plantea una cuestión esencial: la historia de la fotografía expone varias historias; además de que, en el proceso de reconfigurarse en su tiempo y espacio, éstas tienen diversos impactos: “Lo que [...] la fotografía deja claro es que no puede haber división alguna entre el creador/productor originario y la vida subsiguiente de la imagen”, señala.² Y así pone en claro cómo la historia de la imagen fotográfica ha tenido divisiones y subdivisiones, así como orientaciones, digamos, hacia las cuestiones meramente técnicas (los inventores, sus hallazgos, sus procedimientos) o de la historia de éstas desde los manuales; o hacia la historia de la imagen que privilegia el sentido artístico, que es diferente en el siglo XIX y más propio del XX. Tiene razón. Cuando nos acercamos a las historias escritas desde el siglo XIX vemos cómo se privilegian los avances técnicos y a sus inventores pioneros, pero algo clave en este tipo de historias es ver cómo se ilustran los pasajes narrados: con grabados que recrean circunstancias, como una novela gráfica, precisamente en donde los inventores se vuelven personajes actuantes de una historia que muestra su vida, sus espacios cotidianos, sus laboratorios y ellos enfrascados en sus invenciones.³ Pero dejando en un apartado lo técnico y las historias de las fotografías ilustradas, y ya en el plano artístico, McCauley se adentra en los libros autorales y de cómo éstos se comenzaron a generar en la década de los años veinte y treinta, lo que para ella “dio como resultado el renacimiento de la fotografía”.⁴

¹ Anne McCauley, “Apéndice: escribir la historia de la fotografía antes de Newhall”, en Beaumont Newhall, *Historia de la fotografía*, Barcelona, Gustavo Gili, 2002.

² *Ibidem*.

³ Véase una historia clásica del siglo XIX “La photographie”, de Louis Figuier en *Les Merveilles de la*

science ou description populaire des inventions modernes, París, Furne, Jouvet et cie., éditeurs, 1869; otra versión de esta historia de los pioneros se encuentra en español en Gaston Tissandier, “Las maravillas de la fotografía”, Manuel Aranda y San Juan (ed., comp. y trad.), *Las maravillas de la naturaleza de la ciencia y el arte*, t. I, Barcelona, Trilla y Serra, Editores, 1879. Tissandier es, igualmente, autor de otro clásico de los orígenes de la fotografía y sus procesos, *La photographie*, 3ª ed., París, Librairie Hachette et Cie., (Bibliothèque des Merveilles), 1882.

⁴ Anne McCauley, *op. cit.*

Un hecho en que en los últimos años otros historiadores pusieron atención, esto es, en la existencia de lo que se va a conocer como el fotolibro. Aunque en realidad en la propia existencia de esta historia de creadores autorales, existía una generada por otro tipo de autores. Un cierto tipo de viajero en otras tierras que también hizo uso de la fotografía.

Martin Parr, en los dos volúmenes que realizó junto a Gerry Badger, denominados *The Photobook. A History*, en los cuales buscaron hacer una historia --que aquí podríamos denominarla generalista, porque se incluye todo libro con fotografías, de viajeros o no, esto es, científico, técnico o autoral, entre otros-- ponen en evidencia el objeto libro con fotografías, su entrelazamiento, sus diversas temáticas.

Parr y Badger ponen atención al discurso de la página impresa. Pero sobre todo privilegian los libros autorales. Esto es, los libros realizados por fotógrafos ya con un sentido artístico, aunque desde luego, los autores también ponen atención a los álbumes de viajeros --imprescindibles en su historia--, que tuvieron más bien el sentido de la información del testimonio viajero. Todo libro con fotografías es objeto de su atención. Pero habría que poner atención en su especificidad. Porque resulta claro que los libros autorales de sentido artístico buscan otra dirección, otro sentido en su discurso; vamos, privilegiar la obra creativa de su autor. En cambio los libros --o álbumes-- conformados por los viajeros dejan ver otros intereses, ya sean políticos o sociales, como veremos. Aunque ciertamente algunos de ellos posteriormente les otorgaron a sus autores cierta aura de artísticidad (Maxime Du Camp y su libro *Egypte, Nubie Palestine et Syrie*, 1852; o Francis Frith y *Egypt and Palestine*, 1858-59). Lo interesante en Parr y Badger es que, para el arte en general, ponen de relevancia a estos estudios como una “nueva historia de la fotografía, a través de la específica historia del fotolibro”.⁵ Estudios no descubiertos, desde su punto de vista, y que literalmente los teníamos debajo de nuestras

⁵ Martin Parr y Gerry Badger, *The Photobook: A History*, vol. I, Nueva York, Phaidon Press, 2004, véase especialmente el prefacio y la introducción en las páginas 4-11.

narices, en palabras de Parr. Para ellos, ésta es una “historia secreta” e “ignorada”. Ahora bien, desde su particular estudio ellos se preguntan ¿Qué es un fotolibro?: “Un fotolibro es un libro –con texto o sin texto— donde el trabajo, en un mensaje primario, es llevado por las fotografías”, se responden.⁶ Desde nuestro estudio, nosotros diríamos que no necesariamente, porque ellos le dan más preponderancia a las imágenes que a los textos, lo cual no es nuestro caso. Así, pensamos que dentro de la historia del fotolibro, en general, hay otra historia que contar. Ellos lo dejan saber, ciertamente, en tanto hay que “considerar las diferentes historias fotográficas [del fotolibro], desde lo dictado por las exigencias de los museos de arte o desde las revistas de circulación masiva”. En esas otras historias sería donde nosotros entraríamos, sin que por ello se hable de una historia marginal dentro de otra. Y así, se hacen eco del crítico alemán, Ralph Prins, quien señala: “Un fotolibro es un arte de forma autónoma, comparable con una escultura, una obra o un film. Las fotografías pierden su propio carácter fotográfico de las cosas ‘en sí mismas’ y se convierten en partes, traducidos a tinta de impresión, de un acontecimiento dramático llamado un libro”.⁷ Esas cosas “en sí mismas”, que pierden su naturaleza original, vinculadas con la narración al lado marcan nuestro estudio.

No podemos dejar de señalar que anteriormente hubo escasos, pero contundentes, estudios académicos al respecto que llamaron la atención sobre estas historias visuales. Años antes, los historiadores fotográficos Heinz y Bridget Henisch ya habían puesto de relevancia la necesidad de estudiar los libros ilustrados con fotografías (aún no se acuñaba la palabra fotolibro) en tanto la aparición de éstos “fue uno de los cambios más revolucionarios introducidos en la producción de un libro desde la invención de la imprenta”, un suceso que compartimos y en el que aquí nos extendemos, en nuestro

⁶ *Idem.*

⁷ *Idem.*

capítulo 1.⁸ Ellos hablan de la diversidad de los usos de la fotografía en los productos editoriales, incluso llegan a poner atención en las revistas, los manuales, las biografías, los directorios, las memorias, los libros sobre pintores (Raphael, Turner, Rembrandt y otros) que incluyeron reproducciones fotográficas de sus pinturas; y lo mismo en fotografías originales adheridas a las páginas de los libros publicadas mediante grabados (cuando aún no se lograba el mediotono). Así dejan claro la versatilidad del medio. Por ejemplo, los manuales técnicos de época solían traer entre sus páginas impresiones originales: impresiones al carbón, al platino, al heliograbado, según el tema o la técnica a tratar. La imagen y su constatación física era en esos libros un acto entre el lector –que apreciaba el tipo de impresión que podía alcanzarse- y el editor que adecuadamente dirigía su mensaje para la puesta en práctica de determinada técnica. Ésa sería otra historia entre muchas otras posibles.

Ahora bien, en cuanto a nuestro tema, los libros de viajeros extranjeros en México conforman una inmensa biblioteca. Muy diversos estudiosos han dado cuenta de ello, incluso de la estancia de los viajeros a lo largo del territorio nacional, sobre todo a partir del testimonio escrito, lo cual puede consultarse en nuestra bibliografía en la cual llamamos la atención sobre las diversas recopilaciones que se han generado al respecto. De todo ese universo nosotros hemos extraído sólo un segmento: el que se refiere a los libros que contienen fotografías con sentido específico, en donde se interrelaciona texto e imagen; y en los cuales la imagen fotográfica cumple una función determinada en la narración. Sólo ocasionalmente, y para ofrecer un contexto más amplio, hacemos referencia a libros escritos por extranjeros que no contienen imágenes. En ello es claramente significativo el que los libros de viajeros contengan entre 30 y hasta, en ocasiones, más de 300 imágenes --un rango de los libros aquí estudiados-- que buscan

⁸ Heinz K. Henisch y Bridget A. Henisch, *The Photographic Experience, 1839-1914*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 1994. Particularmente véase el capítulo “The Photographically Illustrated Book”, pp. 316-337.

extender lo escrito, lo que dice mucho de la necesidad de la imagen en ellos a partir de la posibilidad del mediotono.

La cámara fotográfica se volvió una herramienta –como los propios apuntes de viaje-- imprescindible para la literatura viajera. Algunos de los autores aquí incluidos dan cuenta de las vicisitudes a las que se enfrentaron en las fronteras y los caminos nacionales por llevar consigo un aparato de esta naturaleza. El propio acto fotográfico de emplazar una cámara hacia las personas o los entornos deja ver que esta acción nunca fue inocente. Muy diversos viajeros hicieron uso de ella o bien adquirieron para sus futuras publicaciones imágenes impresas que otros ya habían hecho para que fueran adquiridas por ellos. En ese sentido los libros ilustrados con fotografías adquirieron diversos sentidos, el que sus autores buscaron ofrecerle; o bien el que sus editores quisieron impregnarle.

Hemos seleccionado el periodo que va de 1897 a 1917 por diversas razones. Una década antes, en 1887, había aparecido el libro *Face to Face with the Mexican* de Fanny Chambers Gooch (con profusión de dibujos, grabados y algunas fotografías de escasa calidad en su mediotono) y varios otros, como los de Désiré Charnay (con fotografías originales pegadas a sus páginas), lo cual abordamos en el apartado “El testimonio viajero integra a la fotografía”, del capítulo 1. Pero no será sino hasta 1897, con la publicación de *Picturesque Mexico* de Marie Robinson Wright, cuando aparezca la fotografía plenamente, con gran despliegue en sus calidades de impresión. Además de que ahí la imagen fotográfica cumple una función esencial –una amplia visión sobre las distintas regiones que visita su autora-- y domina a lo largo de las páginas. De ello damos cuenta en nuestro segundo capítulo. Ahora bien, la fecha de corte de nuestra investigación tiene también su razón. Si bien Anne McCauley, a quien ya nos hemos referido, señala que en la década de los años veinte, con los libros autorales, se dio un

renacimiento de lo fotográfico ¿qué pudo haber sucedido antes?, nos preguntaríamos. ¿Fue esto un suceso de generación espontánea? Es evidente que no: toda la historia previa al mediotono lo constata. Así, los años de la posrevolución, específicamente el año de la Constitución de 1917, marca nuestros límites de estudio. La propia Revolución y los años inmediatos que le siguieron dieron mucho de qué hablar, y de qué ver, sobre el futuro y acontecer del país. Los años previos al constitucionalismo ofrecieron material a escritores, a periodistas que escribían para varios medios internacionales y a fotógrafos. Por tanto, C. W. Barron, gerente del *Wall Street Journal*, de Boston, cierra aquí nuestro periodo con su libro de 1917, *The Mexican Problem*, de claros intereses colonialistas –e imperialistas-- sobre la zona petrolera de México, en Tampico y sus regiones aledañas. Un tipo de violencia política, como veremos.

En cuanto a la historia del libro autoral, o artístico, ésta, creemos, comenzó hasta 1923 con la aparición de *México pintoresco* de Hugo Brehme, pero a esta historia ya no nos acercamos. Nuestros márgenes están, pues, entre los últimos años del porfiriato, los más estables y cuando Porfirio Díaz se encuentra en la cumbre de su poder, al inicio de la Revolución y sus secuelas que en cierta forma comienzan a cambiar en 1917.

Ahora bien, ¿qué hay con respecto al testimonio escrito? Los libros de viajeros ofrecen muy distintas --así como amplias-- visiones sobre el país. Los viajeros ponen atención en todo: en la vestimenta, en la comida, en el territorio, en la arquitectura, en lo geográfico y el clima, en los medios de transporte, en las maneras de ser de la gente y hasta en los cielos mexicanos, entre muchas otras cosas. Testimonios que generan un imaginario, esto es, narran para otros lo que ellos ven, a partir del filtro de su cultura, y para ello suele funcionarles bien el soporte fotográfico. Soporte en el sentido de apoyo para la constatación de su dicho y también soporte ideológico que los corroboraba. Al respecto, citamos aquí a la historiadora Alicia Azuela, en relación a los libros gráficos

de extranjeros: “el carácter transcultural y extraterritorial de esta literatura, dirigida inicialmente a un público de habla inglesa, pudo generar un imaginario con un sustento concreto y localizable, dado que mantuvo lazos fundamentales con su tema de estudio: la cultura y la realidad histórica del México revolucionario y posrevolucionario, y su acervo iconográfico correspondiente”. Y más adelante aclara su concepción sobre el imaginario, basándose en la definición de Bronislaw Baczko:

[...] componente de las representaciones colectivas que materializan las representaciones del poder real y particularmente los principios de su legitimidad. Corpus simbólico conducido a representar, a visualizar y diferenciar su propia identidad en el plano simbólico, proyectarse tanto hacia el pasado. Conjunto de emblemas del poder, elementos de un vasto campo de representaciones colectivas en donde se articulan ideas, imágenes, ritos y modos de acción. Representaciones que forman todo un dispositivo social de múltiples y variadas funciones; representaciones y no reflejos de carácter imaginario pero no ilusorio, conducidos a ejercer un poder simbólico con la función de reforzar una dominación efectiva por la apropiación de símbolos. Imaginario: herramienta teórica que nos permite separar los conflictos de los agentes y sus actos de las ideas-imágenes que ellos se dan a sí mismos y a sus adversarios de clase, raza o nacionalidad.⁹

Ideas, las de Baczko, puestas en relevancia por Azuela, las que aquí trabajamos y que desarrollamos a lo largo de la investigación. Al inicio de ésta, nosotros fuimos poniendo de relevancia los diversos imaginarios dados en los libros revisados. Pero éstos, los que hemos mencionado y aún más, eran demasiados. Desbordaban el estudio por su diversidad temática. Esto es, se daban en sus páginas muy variados ejercicios, y acciones, de pensamiento testimonial sobre México. Fue ahí donde las propuestas de las asesoras y el director de esta tesis nos encauzaron hacia un sólo tipo de imaginario: la violencia en sus diversas formas, sea ésta ideológica, verbal, física, política, social o

⁹ Alicia Azuela y Guillermo Palacios (coords.), *La mirada mirada. Transculturalidad e imaginarios del México revolucionario, 1910-1945*, México, El Colegio de México-UNAM, 2009, p. 60.

cultural. Muy diversos testimonios dejaban ver este hecho en documentos de distinta naturaleza, tanto textuales como gráficos. Y ése fue el particular imaginario que fuimos localizando, extrayendo y trabajando, en los libros de viajeros. Un suceso muy extendido en el periodo de estudio, que aparecía una y otra vez.

Durante un seminario del doctorado, “Tiempos violentos”, coordinado por el doctor Renato González Mello, y en el que participaron diversos especialistas, pudimos estudiar y comprender que hay distintos tipos de violencia como los ya mencionados líneas arriba. Las diversas lecturas nos apoyaron en ello, sustancialmente las ideas de Wolfgang Sofsky quien en su *Tratado sobre la violencia*, de lectura obligada, señala: “La violencia es inherente a la cultura [...] Ella proporciona a ésta artefactos e instituciones, criterios y justificaciones. Hasta qué punto está la cultura al servicio de la violencia, se muestra cuando se observan uno a uno sus distintos ámbitos”. Y así, agrega: “La cultura simbólica proporciona valores, motivos, ficciones y significados”.¹⁰ Sucesos en los que aquí nos adentraremos. Es así como en esta investigación queremos poner en evidencia los necesarios estudios de los libros visuales, y sus contenidos escritos en intertextualidad, para una historia del arte –y la del libro, su particular historia, claro-- que se pueda expandir hacia estos específicos documentos. Palabra e imagen que generaron un imaginario sobre el país en años clave de transición.

Así, en nuestro primer capítulo realizamos un planteamiento teórico y abordamos a aquellos autores que se han preocupado –y nos han ayudado-- por el análisis de la imagen y la palabra. En el capítulo II investigamos a aquellos viajeros y viajeras que recurrieron a la fotografía, asumiéndose ellos (as) como fotógrafos (as) o adquiriéndola para sus libros, y quienes trabajaron en México en la primera década del siglo XX, hasta acercarnos a la Revolución en un tiempo en que se comenzaron a dar ciertos hechos.

¹⁰ Wolfgang Sofsky, *Tratado sobre la violencia*, Madrid, Abada editores, 2006, pp. 217-220.

Viajeros, los que abordamos, que arribaron a México con diversos intereses. Un periodo en donde el medio tono encontró su mejor, e inicial, desarrollo en los libros de viajeros (as). Nuestro capítulo III lo dedicamos a analizar cómo algunos estudios se avocaron a clasificar al cuerpo del Otro -lo mismo entre pseudo científicos que entre etnólogos y antropólogos- en México o haciendo alusión al país. El IV apartado incide sobre un hecho específico: los testimonios escritos y visuales sobre la esclavitud, específicamente durante el porfiriato, que reiteradamente era negada, pero de la cual los testimonios de viajeros dejaron constancia. El capítulo V, con el que finalizamos esta investigación, aborda el periodo de la Revolución y la manera en que el testimonio extranjero dejó constancia –en palabras e imágenes— de los hechos sociales que se divulgaron en libros que circularon lo mismo en los Estados Unidos como en Europa. Entonces, esperamos que ésta sea una historia muy particular de lo que ahora se entiende como fotolibro. Un artefacto visual e ideológico.

CAPITULO I. Fototextualidades

Los libros y las imágenes

La escena nos la ofrecen los historiadores Helmut y Alison Gernsheim en su libro *A Concise History of Photography*, y corresponde a un testimonio escrito, en 1860, por el daguerrotipista y experimentador francés Antoine Claudet. Éste revisa un álbum conteniendo fotografías, pasa una a una las páginas del volumen, y advierte:

Sentados cerca del fuego de nuestro hogar tenemos la ventaja de que podemos examinarlas sin tener que exponernos a la fatiga, las privaciones y los riesgos que corren los valientes y emprendedores artistas que, para nuestra instrucción y complacencia, han atravesado tierras y mares, cruzado ríos y valles, escalado rocas y montañas, siempre con su pesado y voluminoso equipo fotográfico a cuestas.¹¹

Esta anécdota, engañosamente sencilla, dice más de lo que aparenta. Porque en ella se encuentran tres hechos fundamentales que drásticamente hicieron cambiar el concepto de información en el siglo XIX: el viajero que hace el viaje por otros y que regresa a la metrópoli con información visual; las imágenes fotográficas multirreproducibles conformadas como un volumen, y lo que estas dos cuestiones provocan en el lector: el examen y la instrucción que se desprende de la superficie fotográfica que pregonaba su veracidad, esto es, la creación en los públicos de un nuevo imaginario sustentado en lo verídico. El mundo más allá de Europa, pudo conocerse así por medio de la fotografía y su cauda de aparentes verdades. El mismo matrimonio Gernsheim complementa al respecto:

La fotografía llevó los rincones más apartados del mundo al círculo familiar. Mostraba paisajes que hasta ahora sólo se conocían a través de las descripciones inexactas de viajeros o de grabados exagerados que eran mirados con recelo desde que la fotografía revelaba la verdad... El mundo entero se veía ahora de nuevo a través de los ojos del fotógrafo, el cual captaba

¹¹ Cito aquí la versión en español publicada como *Historia gráfica de la fotografía*, Barcelona, ediciones Omega, 1966, p. 98.

verídicamente, y con frecuencia también artísticamente, las imágenes de las reliquias de las civilizaciones antiguas familiarizando a la gente con la belleza paisajística y arquitectónica de su propio país y de los demás, con las escenas de la vida doméstica, costumbres y trajes típicos de otras naciones.¹²

En su inserción dentro de los libros, las imágenes llegaron a crear un poderoso imaginario que, creemos, las más de las veces, desbordaba al relato mismo que le acompañaba. O bien en muchas otras ocasiones no siempre concordaban con lo escrito. En otras circunstancias las imágenes se volvían el eje fundamental del testimonio. En algunas más las mismas buscaban reafirmar o testimoniar, a favor o en contra, según el sentido que su autor, o editor, buscara darles. Y cuando todo iba bien se complementaban. Este manejo editorial creaba una tensión entre sistemas simbólicos ofrecidos en las superficies de papel y con lo cual se erigió a un poderoso medio –el libro, el álbum- como un artefacto cultural que narraba en muchos sentidos, esto es, de diversas formas según quien lo divulgara. Y mucho antes de que otros sistemas visuales se generaran.

Es evidente que desde siempre los libros requirieron de las imágenes. Y puede decirse que éstas ya en el siglo XVI, incluso antes -en que se daban las labores de los copistas e ilustradores, de los amanuenses y miniaturistas-, ocuparon un lugar fundamental en las superficies tipográficas de tinta y papel. Pero el poder que, inicial y posteriormente, los grabados, dibujos o las xilografías despertaron dentro de los mismos no ha llamado la suficiente atención entre los estudios culturales, la historia del arte o la historia de las mentalidades. Esto se debe a que, por un lado –lo decimos de manera muy general--, los historiadores ponen su atención en el testimonio escrito y de ahí extraen referencias clave para sus estudios y, por otro, los historiadores del arte suelen por su lado expurgar

¹² *Ibid.*, pp. 97-98.

las imágenes para insertarlas dentro de otros análisis, con sus notables excepciones, reiteraríamos.

En ese sentido es sintomático lo sucedido con el historiador alemán, Urs Bitterli, notable conocedor del encuentro de Europa con el resto del mundo. Cuando éste en 1976 dio a conocer su libro *Los “salvajes” y los “civilizados”*¹³ a lo largo de sus pesquisas se fue encontrando que los libros consultados —que describían los viajes europeos fuera del continente entre los siglos XVI y XVIII-- contenían una gran diversidad de imágenes. Las mismas no eran el objeto de su estudio, pero en unas cinco ocasiones, a lo largo de su extensa investigación, se refirió a ellas precisamente por su sentido cambiante (imágenes que se utilizaban de manera indistinta en las publicaciones). Al revisar las ilustraciones de los siglos XVI y XVII escribe: “A las cosmografías y, en parte, también a las compilaciones, se les adjuntaba, desde el siglo XVI, obras cartográficas magníficamente presentadas, *mappae mundi*, las cuales, mediante leyendas, y a veces también mediante ilustraciones fantásticas, intentaban dar una idea de la historia y del aspecto de los pueblos exóticos”. Desde su punto de vista algo, o mucho, cambió hacia la segunda mitad del siglo XVIII:

Dibujantes y grabadores en cobre recibieron el encargo de retratar al indígena, lo que sirvió para que por vez primera, y conscientemente, tales artistas se apartaran del tipo de ilustraciones para libros de viajes que venían haciendo hasta el momento —sugerentes, sin duda, desde un punto de vista estético, pero excesivamente fantasiosas— y se esforzaran por reflejar la realidad con la mayor fidelidad posible. Los grabados de esa clase, al igual que hoy día la fotografía, formaban parte del material de trabajo más importante para un antropólogo.¹⁴

¹³ *Los “salvajes” y los “civilizados”*. *El encuentro de Europa y Ultramar*, México, FCE, 1982.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 222 y 283.

Con todo –y no sin dejar de reiterar que sólo colateralmente se refirió a ellas por no ser la esencia de su trabajo-, hacia el final de su estudio, Bitterli le dedica unas palabras a las ilustraciones que llegó a recopilar dentro de su investigación:

Me he decidido a incluir en este libro una serie de ilustraciones porque éstas fueron con frecuencia una parte integrante de los primeros relatos de viajes, y poseen, en consecuencia, un gran valor como fuentes históricas. Es claro que la significación ilustrativa de una xilografía o de un grabado no reside siempre en que describa fielmente la realidad; a menudo las deformaciones de la realidad, sea por conocimiento insuficiente, sea por fantasía fabulante, resultan las más significativas en lo que concierne a la representación europea de Ultramar.

Algo que adquirirá una enorme significación en el siglo XIX, cuando hace su aparición la fotografía. Finalmente, Bitterli señala sobre este tipo de estudios, que debieran comprender a las imágenes contenidas en los libros, dado que: “El examen científico de esta documentación visual está todavía en pañales”. No sin aclarar que para entonces ya existían algunas investigaciones que abordaban tal problemática.¹⁵

Por su lado, para William M. Ivins Jr. --antiguo conservador del departamento de estampas del Museo Metropolitano de Nueva York— es el avance tecnológico de la estampación de imágenes dentro de los libros lo que aportó un gran cambio en la forma del conocimiento. Autor de un libro clásico sobre la arqueología de las imágenes impresas (*Prints and Visual Communication*, 1975, en su versión aparecida originalmente en inglés), Ivins defiende que son los impresos los que le dieron fuerza a

¹⁵ En el apartado final que Bitterli denomina como “Las ilustraciones”, señala: “Trabajos como los de Hulton y Quinn –*The American Drawings of John White*, Londres, 1964-, y de Sachs –*L’image du noir dans l’art européen*, Anales, 1969—señalan las interesantes conclusiones que podrían sacarse de tal material”, *ibid.*, p. 538. Hoy podríamos decir que son muy distintas las circunstancias ya que la naturaleza de estos estudios han proliferado. Por sólo señalar tres podríamos citar las investigaciones de Ricardo E. Alegría, *La primeras representaciones gráficas del indio americano, 1493-1523*, 2ª. ed., Puerto Rico, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y El Caribe, 1986; y Natalia Majluf, *Reproducing Nations. Types and Costumes in Asia and Latin America, ca. 1800-1860*, Nueva York, Americas Society, abril-julio, 2006. Más cerca de la temática fotográfica estaría Boris Kossov y Maria Luiza Tucci Carneiro, *O Olhar Europeu. O negro na iconografia brasileira do século XIX*, Brasil, Editora de la Universidad de Sao Paulo, 1994.

otro tipo de saber. Para él: “resulta obvio que, sin impresos, la ciencia, la tecnología, la arqueología o la etnología modernas [posteriormente agregará la historia del arte] apenas si existirían, pues todas dependen, más o menos directamente, de la información transmitida por declaraciones visuales o pictóricas exactamente repetibles”. Esto es, “las estampas lejos de ser simples obras de arte de segunda fila, constituyen una de las herramientas más importantes y poderosas de la vida y el pensamiento moderno”. En ese sentido enfatiza:

Aunque toda la historia de la civilización europea concede gran importancia a la invención de la impresión de palabras mediante tipos móviles a mediados del siglo XV, estas historias suelen ignorar el descubrimiento, ligeramente anterior, de procedimientos para estampar imágenes y diagramas. Un libro, cuando presenta un texto, es un contenedor de símbolos-palabra exactamente repetibles que se disponen también en un orden también exactamente repetible. Los hombres vienen usando tales contenedores al menos desde hace cinco mil años... En cambio la estampación de imágenes, al contrario que la impresión de palabras con tipos móviles, hizo nacer algo completamente nuevo: hizo posible por primera vez manifestaciones gráficas susceptibles de repetirse exactamente durante la vida útil de la superficie impresora. Esta repetición exacta de manifestaciones gráficas ha tenido incalculables consecuencias para las ideas y el conocimiento, para la ciencia y la tecnología. No parece excesivo afirmar que desde la invención de la escritura no se había producido un descubrimiento como éste.¹⁶

Por estampación o impresos, Ivins alude a todos esos procedimientos técnicos que perduraron a lo largo de por lo menos cuatro siglos: la xilografía (hacia 1473), el grabado en metal y al buril, el fisiotrazo (hacia finales del siglo XVIII), el aguafuerte y la litografía. Mientras que cuando hace alusión a las “manifestaciones gráficas exactamente repetibles”, de manera evidente se refiere a la posibilidad de que una misma estampa pueda imprimirse varias veces –según los libros en los que apareciera-

¹⁶ W. M. Ivins Jr., *Imagen impresa y conocimiento. Análisis de la imagen prefotográfica*, Barcelona, Gustavo Gili, (Comunicación visual), 1975, pp. 14-15.

antes de que llegue su desgaste y de que la posibilidad de impresión y entintado en el papel se hiciera más débil (como se presentaba por su blandura con el grabado en cobre). Pero esto ya se había vuelto un hecho sustancial para el conocimiento. Por eso para Ivins --como para Bitterli-- el estudio de las imágenes contenidas en los libros merece otro tipo de análisis, más particulares, más acorde con su problemática o bien su naturaleza.

Al llegar el siglo XIX algo nuevamente había cambiado. Hasta entonces “la comunidad se vio sumergida en ese mar de imágenes, [y] buscó en ellas la mayor parte de su información visual”.¹⁷ Pero otro nuevo medio de divulgación visual estaba en puerta. Un nuevo método de generación de imágenes que, aparentemente, no solicitaba la intervención manual, que quiere decir la ausencia de la manipulación en su hechura. Por lo tanto un registro “inobjetable”. Al respecto Ivins nos vuelve a señalar:

Cuando la gente se habituó a absorber su información visual de las imágenes fotográficas impresas con la tinta del impresor, este tipo impersonal de registro visual tuvo casi enseguida un efecto muy marcado sobre lo que la comunidad creía ver con sus propios ojos. Empezó a verse fotográficamente... y finalmente se adoptó la imagen fotográfica como norma de veracidad representativa. Se depositó en la fotografía una fe que nunca se había puesto --y hubiera sido imposible poner-- en las anteriores imágenes hechas a mano. Ha habido muchas revoluciones en el pensamiento y en la filosofía, en la ciencia y en la religión, pero creo que en toda la historia de la humanidad nunca se ha producido una revolución más completa que la que ha tenido lugar desde mediados del siglo XIX en la visión y en el registro visual. La fotografía nos da una evidencia de cosas que ningún hombre ha visto o verá nunca directamente. Una fotografía se acepta hoy como prueba de la existencia de cosas o formas en las que nunca se hubiera creído con el simple testimonio de una imagen hecha a mano.¹⁸

¹⁷ *Ibid*, p. 135.

¹⁸ *Ibid*, p. 136.

La posibilidad se originó hacia 1860 cuando el xilógrafo Thomas Bolton sensibilizó la superficie de su plancha de madera en la que colocó una fotografía positivada, “hizo su grabado –nos dice Ivins- utilizando la fotografía como si hubiese sido un dibujo hecho con tinta sobre la madera... éste fue el primer paso efectivo hacia la sustitución definitiva del dibujo por la fotografía en las ilustraciones de libros informativos, ilustraciones susceptibles de imprimirse al mismo tiempo que el texto”.¹⁹ Más adelante este método sería reemplazado por el medio tono en la impresión fotomecánica. Así:

Todos dibujaban y todos hacían imágenes. Pero la fotografía se infiltró silenciosamente entre ellos... El golpe cayó primero sobre las cabezas de aquellos artistas –pintores, dibujantes y grabadores—que se dedicaban a las imágenes informativas, detalladas y fácticas. La fotografía cubrió las funciones de tales imágenes y lo hizo con tanta mayor calidad, precisión y plenitud de detalles que no hubo comparación posible.²⁰

Era ahora, a partir del último tercio del siglo XIX, en que las imágenes fotográficas comenzaron a adquirir un nuevo poder. La invención del propio medio había sido un hecho ya de por sí extraordinario para la conciencia de lo visual, otra revolución sería cuando éste continuó con su multirreproducción –que fue otra manera de narrar-- mediante la fotomecánica y ahora acompañada de textos, extensísimos textos, que eran más que un simple pie de foto (los cuales sin embargo también comenzaron a conllevar otros dilemas, al ofrecerles ciertas lecturas a las imágenes, lecturas que buscaban una dirección). La información que se desprendía de las líneas tipográficas y, por su lado, las imágenes, correlacionadas entre sí, adquirieron una nueva dimensión.

Es así como se comenzó a dar lo que Vilém Flusser --en *Hacia una filosofía de la fotografía*-- señaló como una “pugna entre ciencia textual e ideologías imaginarias”, en el siglo XIX, una manera de lucha dialéctica que se establecía entre el texto impreso y las imágenes:

¹⁹ *Ibid*, p. 155.

²⁰ *Ibid*, p. 196.

La pugna entre texto e imágenes plantea el problema central de la historia: la relación entre texto e imagen... la explicación de esta dialéctica es la siguiente: aunque los textos explican las imágenes a fin de comprenderlas, las imágenes a su vez, ilustran los textos para hacer que su significado sea imaginable. Aunque el pensamiento conceptual analiza el pensamiento mágico [el de las imágenes] para deshacerse de él, el pensamiento mágico se infiltra en el pensamiento conceptual al fin de imaginar sus conceptos. Durante este proceso dialéctico, el pensamiento conceptual y el mágico se refuerzan mutuamente: los textos se hacen más imaginativos, y las imágenes más conceptuales.²¹

Para Vilém Flusser el poder mágico de las imágenes radica en: “su dialéctica inherente, sus contradicciones intrínsecas” al establecerse una especie de sustitución del hecho por la imagen. Y advierte:

En vez de presentar el mundo al hombre, lo re-presentan, se colocan en lugar del mundo a tal grado que el hombre vive en función de las imágenes que él mismo ha producido... El mundo llega a ser como una imagen, un contexto de escenas y situaciones. A dicha inversión del papel de las imágenes se le puede llamar idolatría, y ordinariamente podemos observar cómo sucede esto: las imágenes técnicas omnipresentes han empezado a reestructurar mágicamente la “realidad” en un escenario semejante a una imagen. Lo que esto implica es una especie de olvido. El hombre se olvida de que produce imágenes a fin de encontrar su camino en el mundo, ahora trata de encontrarlo en éstas.²²

Y en ese proceso, Flusser pone énfasis en un hecho. En cómo se generó esta crisis entre texto e imagen, debido al conocimiento sólo a partir de los textos se llegó a lo que él denomina como una *textolatría*. Textos sin imágenes, entonces, “los textos se vuelven inimaginables, y el hombre vive en función de sus textos, es decir, ocurre una *textolatría*, la cual es tan alucinante como la idolatría”. Así:

Durante el siglo XIX, la *textolatría* alcanzó un grado crítico. En el sentido más estricto, este fue el fin de la historia, la cual, en este sentido estricto, es la transcodificación progresiva de las imágenes en conceptos, la explicación

²¹ Vilém Flusser, *Hacia una filosofía de la fotografía*, México, Editorial Trillas, 1990, 13-14.

²² *Ibid*, p. 12.

progresiva de las imágenes, el progresivo desencantamiento, la conceptualización progresiva. Donde los textos ya no son imaginables, no hay nada más que explicar, y la historia cesa.

Precisamente en esta etapa crítica, en el siglo XIX, se inventaron las imágenes técnicas a fin de hacer los textos nuevamente imaginables, para colmarlos de magia y, así, superar la crisis de la historia.²³

Durante el siglo XIX la fotografía se rodeó de un aura que parecía provenir de su, aparente, naturaleza intrínseca: la de la “fidelidad”, la “exactitud”, lo “fidedigno”, lo “verdadero” que se desprendían supuestamente de su imagen. Por eso, algunos pronto llegarían a calificarlos de simples resultados mecánicos. Mientras que otros seguían viendo en esas láminas lo que ninguna mano podía trazar, entonces, resultados plenos de “objetividad”, por lo tanto de hechos verdaderos, en cuanto que aparentemente no participaba ningún operador y sí, en cambio, una máquina. Por eso, ni quien pensara para entonces que de todas maneras detrás de ese aparente acto mecánico de la impresión de una placa estaba oculta la conciencia de quien producía las imágenes.

Detrás del supuesto acto mecanicista del registro de una imagen se encontraba, a pesar de todo, un acto de dirección. Un modo de dirigirse hacia los escenarios. Una nueva forma de saciar la imaginación sobre el sitio (ese nuevo territorio geográfico que ahora era dado a conocer), que se quería más fiel a la realidad, más "verdadera", de acuerdo a como se divulgaba el nuevo medio visual. Así se comienza a establecer una dualidad entre la producción, la divulgación y la recepción. La producción de imágenes de viajeros -ofreciendo el conocimiento de otras culturas, de otros territorio lejanos- con la que se cubría una necesidad de consumo de imágenes más *reales* sobre el mundo, y los consumidores/ receptores que asumían que esas imágenes eran plenamente objetivas, sin ninguna intención detrás. Sin embargo, ésta es una circunstancia profundamente frágil y ambigua. Y con ello muchas veces se tergiversaban los sentidos.

²³ *Ibid*, pp. 14-15. Para Flusser: “La imagen técnica es aquella producida por un aparato”, p. 17, por lo tanto estaríamos hablando no únicamente de la fotografía o del cine sino de la propia fotomecánica.

Esa producción de imágenes fotográficas –que hacia finales del siglo XIX se van a insertar en los libros de viajeros o en la producción de álbumes- va a determinar las conciencias de quienes las veían, esto es, de quienes las consumían. La estrecha relación *in-formativa* que entre ambos se establece: imagen-texto escrito (en esos álbumes y libros que narraban hechos sobre lejanas tierras, con esas imágenes que buscan *confirmar* lo escrito) comienza a desarrollar un imaginario sobre las cosas, los escenarios o las circunstancias que no se tienen a mano.

La investigadora Mary Lousie Pratt para su análisis sobre los testimonios del viaje escrito, y lo que ella denomina transculturización, elabora al respecto el término “zona de contacto” en referencia a los encuentros coloniales: “el espacio –escribe- en el cual la gente, separada geográfica e históricamente, entra en contacto con el otro y establece relaciones en curso que generalmente incluye las condiciones de coerción, desigualdad radical y conflicto intratable”. Aclara que sobre todo este concepto lo utiliza en el contexto del comercio (del cual precisamente los libros no se evadieron). Otros investigadores, como ella misma señala, denominan al texto viajero como “literatura de contacto” para referirse a la utilización de la literatura escrita en lenguajes europeos desde fuera de Europa. Pero para ella, insiste, el término “contacto”:

propone en un primer plano la interacción, las dimensiones de improvisación de los encuentros coloniales tan fácilmente ignoradas o suprimidas por cuenta de los difusores de la conquista o la dominación. Una perspectiva de “contacto” hace hincapié en cómo éstas se constituyen en temática en/y por sus relaciones con el otro. Se trata de las relaciones entre colonizadores y colonizados o de los viajeros y los “traveeles” [viajados], no en términos de separación o apartheid, sino en términos de copresencia, interacción, de la vinculación de interpretaciones y prácticas, a menudo de manera radical dentro de las relaciones asimétricas de poder.²⁴

²⁴ Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, pp. 6 y 7.

A eso se le agregaba el factor de las nuevas imágenes: todo era susceptible de ser visto ahora –segunda mitad del siglo XIX- por medio de la fotografía. “Nada sin las fotografías... desde la hegemonía de una Europa tecnicista... ésta codifica la experiencia reunida [con] una voluntad de controlar e inventariar”, nos dice el investigador Charles-Henri Favrod. Ahora el mundo adquiere otra dimensión, es posible otra manera de que éste sea conocido. Siempre creyendo que se está ante un testimonio incuestionable, porque lo que ahora se ve es más vívido.

Toda la primera generación de antropólogos –dice Favrod-- interpretaron a distancia los materiales reunidos por los viajeros, misioneros, negociantes, oficiales coloniales, en contacto directo con los pueblos exóticos. En los primeros tiempos el antropólogo es esencialmente un compilador, un hombre de gabinete, que comparan entre ellos las informaciones que están disponibles... Precisamente, la fotografía le aporta el documento de primera mano, en bruto, de tal manera que es tentado a decir que *en vivo*, en tanto está impregnado de la vida que le anima.²⁵

Pero la propia historia iría demostrando que por más que una objetividad sea pregonada por todo aquel que haya generado un texto o una imagen sobre un país que no sea el suyo, su circunstancia cultural y su tiempo histórico lo condicionan para ver al Otro, a ese personaje y su entorno que de muchas formas se volverá ajeno, distante o extraño. De manera expresa, eso sucedió con la gran mayoría de los viajeros europeos y norteamericanos que llegaron a tierras mexicanas. Una innumerable cantidad de artistas (grabadores, pintores, dibujantes), y de cronistas (en libros de viajes y hasta en novelas) fueron perfilando una visión particular sobre México desde el siglo XVI. Un país del que cada quien tenía su versión, y al que, poco a poco, se le iría *construyendo* su imagen. Precisamente de la segunda mitad del siglo XIX al primer tercio del XX eso se volvería radicalmente distinto porque para entonces había hecho su aparición la

²⁵ Charles-Henri Favrod (intr.), *Étranges Étrangers. Photographie et exotisme, 1885/1910*, París, Centre National de la Photographie-Ministère de la Culture et de la Communication, 1989, s/p.

fotografía. Sobre todo cuando ésta era trasladada por el fotograbado, comenzó a aparecer en la publicaciones y con ello a ser divulgada con otro sentido, no únicamente de manera mucho más masiva sino enmarcándola con otros valores que se deseaban más sólidos, más extensos: el de testimonio escrito, el de la narración testimonial constatada en directo por el autor que había permanecido en el país, y lo cual le ofreció una fuerza de verosimilitud.

El surgimiento y desarrollo de la fotografía traería un nuevo tipo de conciencia, un nuevo imaginario que, dado lo *verídico* de la imagen fotográfica, parecía no serlo. Esto es, si durante las últimas décadas del siglo XIX (y también al inicio del siguiente) no había objeción sobre la "exactitud" de la foto, entonces no había por qué dudar de ésta. Esa era su fuerza y su peligro como medio técnico; su ambigüedad que no muchos vieron. Y por el contrario, mientras más se ocultó lo maleable de su naturaleza más fue utilizada férreamente para divulgar los hechos contenidos en ella como un acto dado sin *pre-tensiones*, cuando en realidad lo que estaba ocurriendo era que la imagen contenía todas la filias y fobias (lo que conformaba un aparato ético) de quien la producía. Precisamente un acto en tensión en donde tras su inocente apariencia de verosimilitud las culturas de las metrópolis se encontraban mirando a otras.

Ésta busca ser una parte fundamental de la presente investigación. Sobre el cómo un país, divulgado por medio de libros realizados por viajeros extranjeros, se fue construyendo a partir de un medio que se quería inobjetable. Inmerso, siempre aparentemente, en lo imparcial. Y también del cómo una conciencia se ocultó detrás de este hecho. Más específicamente sobre el cómo, desde Europa y los Estados Unidos se fue construyendo una imagen de México a partir de la fotografía y apoyada ésta por otros medios (esa publicación en francés, alemán, inglés o italiano, esto es, la inclusión, nada casual, de la misma en los libros al lado del testimonio escrito) que funcionó como

imagen de exportación. Imagen seleccionada de precisas particularidades que la hacía inconfundible con respecto a otras. Esto es, la codificación y el inventariado hechas adecuadas imágenes de las que habla Favrod.

Ese acto de seleccionar y/o editar, de realizar una puesta en imagen, y expresamente en un libro el de planear una puesta en página, es un modo de construir sistemas informativos. Algo que se dio no sólo entre los fotógrafos que lo produjeron sino también en el uso de los “intermediarios” y consumidores (museos, editores, repositorios, libros, revistas) de las imágenes que se volvieron inconfundiblemente *mexicanas*. Con ello se construía "lo mexicano" desde la fotografía. Entonces, se parte aquí de que las imágenes fotográficas son un artefacto/artificio producto de la visión de las culturas que las generó y las divulgó. Y si ese poder de crear artificios (por medio de una cámara, por medio de un libro, y gracias a la posibilidad del viaje patrocinado o bien por la vía diplomática) se dio, en principio, entre los europeos y norteamericanos que llegaron a México, ellos serían los edificadores de esa compleja construcción que desde la fotografía se comenzó a conocer/reconocer como México. Una imagen hecha desde la visión de fuera para ser consumida también fuera del país; o si se quiere, también desde dentro para exportarla –como lo señaló Mary Louise Pratt-, lo que iría conformando las páginas y las imágenes sobre el imaginario del país mediante los libros y otras publicaciones, desde el impreso de gran tiraje.

Como un medio que revolucionó las miradas y las mentalidades de época, la fotografía, en el proceso de ir buscando su particular forma de representación, se encontró cargada de paradojas por su propia naturaleza. Esto es, a la fotografía tradicionalmente se le vio, desde su nacimiento, como una imagen que intrínsecamente ofrecía lo verídico (o acaso lo verosímil). Y esto nadie lo ponía a discusión. Sebastián Camacho y Zulueta, cuando, en 1845, realizó una descripción sobre el daguerrotipo, señaló al respecto: “se obtienen

unos dibujos tan *perfectos* que nada dejan que desear. Es verdad que el azul purísimo del cielo, el verde encantador del campo y la expresión incomprensible que los colores imprimen a todos los objetos, se representan allí bajo un mismo aspecto monótono y sombrío; pero hay tal *verdad* en el dibujo y tal *exactitud* en todas sus partes, que casi compensan esta falta”.²⁶ De esta manera los vocablos y los conceptos se volvieron formas tradicionales de comprensión y asimilación. Y estos “valores” para comprender al nuevo medio perduraría durante décadas (incluso ahora).

Otras eran las prácticas en las que ese documento, pleno de “verdad”, era utilizado. Digamos, para la publicación de los libros los editores se valían de grabadores, de copistas, para trasladar la fotografía al grabado, hasta la invención del medio tono a finales del siglo XIX. En este proceso, el grabador, siempre con la anuencia del editor, cambiaba las escenas fotográficas originales y le agregaba nuevo elementos. Aunque siempre se advertía, para su adecuada credibilidad, que ese grabado provenía de una fotografía. O bien, algo más común, una imagen era utilizada con distinto pie de foto.²⁷ Se creaba así un sentido, una dirección, que los editores, autores y grabadores le quisieran ofrecer al manejo de las imágenes. Un sentido en donde paradójicamente solía quedar excluido el propio fotógrafo las más de las veces. El marco de todo ello es, desde luego, la intención ideológica. Es decir, esos resortes ocultos que determinaban qué se miraba y cómo se miraba. Todo esto lo estaba ofreciendo el nuevo medio. Al respecto el historiador y teórico brasileño, Boris Kossoy, señala:

Son muchas las posibilidades de manipulación elaboradas por los medios de comunicación impresa. Desde siempre las imágenes fueron vulnerables a las alteraciones de sus significados en función del título que recibe, de los textos que “ilustran”, las leyendas que las acompañan, la forma como son paginadas,

²⁶ Sebastián Camacho y Zulueta, “Daguerrotipo”, *El liceo mexicano*, México, Imprenta de J.M. Lara, 1845. Zulueta fecha su texto en abril 8 de 1844. El subrayado es nuestro.

²⁷ Al respecto véase de mi autoría “Otras ilusiones: *d’près une photographie*”, en Ileri de la Peña (coord.), *Ética, poética y prosaica. Ensayos sobre fotografía documental*, México, Siglo XXI Editores, 2008.

los contrapuntos que se establecen cuando son diagramadas con otras fotos, etc. Todo eso, así como otras manipulaciones como la reutilización de una misma fotografía para servir de prueba en una situación diferente –y a veces antagónica- para la que fue producida originalmente, a través, simplemente, como ya fue dicho, de una mera invención

Se obtiene así, por medio de la composición imagen-texto, *un contenido transferido de contexto*. Un nuevo documento creado a partir del original generando una diferente comprensión de datos, los que pasan a tener una nueva trama, una nueva realidad, *una otra verdad*. Más una *ficción documental*.²⁸

Es así como, creemos, se dio una segunda revolución, poco advertida, a la propia invención de la fotografía: su divulgación que se hacía mucho más extensiva por medio de la fotomecánica. Y ya con ello no únicamente su inserción en diarios y revistas, o extensas ediciones de estereoscopías (con textos en el reverso) en donde se divulgaba el mundo, sino, sobre todo, en los libros que hablaban del cómo era México. Y así como Antoine Claudet miraba un álbum desde su casa parisina, en México, se daba lo propio en el mismo tiempo:

¿Hay nada más portentoso que un estereoscopio? Este instrumento, que realiza los cuentos de encantamiento, es un cajoncito mágico que encierra dentro el mundo entero... ¡Tal es la *verdad* de la visión! Con un estereoscopio viaja uno sin moverse de su silla. De Pekín salta uno a Washington sin sentirlo; del Nilo pasa uno al Niágara sin cansarse por tan larga travesía. Y este milagro se hace con dos cristales y la fotografía.²⁹

Un nuevo medio estaba creando la posibilidad de ver de otra manera al mundo. Y con ello la interacción entre las culturas que comenzó a entrar en una inusitada etapa de auge vía las imágenes y en particular por medio del libro de viajes y sus autores, es por lo que debemos de asumir con precaución que “no debe de ninguna manera desdeñarse

²⁸ Boris Kossoy, *Realidades e Ficcões na Trama Fotográfica*, Brasil, 2 ed., Atelie Editorial, 2000, pp. 54-55. Los subrayados son del autor.

²⁹ J. Alcalá Galiano, “La luz y las fotografías”, en *La unidad católica*, México, 6 de septiembre de 1861, primera plana. El subrayado es nuestro.

el papel significativo que tuvo el libro ilustrado en la configuración y difusión de la nueva y *verdadera* imagen de América”.³⁰

El testimonio viajero integra a la fotografía

Si siguiéramos una línea que, si se nos permite, pudiéramos llamar fundacional entre América y Europa, y de cómo en el siglo XIX los libros fueron integrando naturalmente a las imágenes, no podríamos dejar de mencionar las obras de Alejandro de Humboldt. Principalmente porque éstas se vuelven en su trabajo tan necesarias como las meticulosas descripciones que las acompañan. Pero de manera evidente también porque como un choque cultural les descubrieron a los europeos literalmente un nuevo mundo al cual mirar y al cual enfocar sus intereses. Es en esto en que quisiéramos detenernos brevemente por ahora: en ese impacto de sus obras, y en la naturaleza de las propias imágenes contenidas en sus libros.

Desde luego, las imágenes que fueron publicadas en los libros de Humboldt no serían las primeras que en Europa se conocerían sobre América. Aunque las divulgadas anteriormente a éste las más de las veces se basaron en testimonios escritos o en la pura imaginación que se desprendían de otros libros que le precedieron. Y en las imágenes sucedía de todo: las líneas escritas y las descriptivas apreciaciones de las crónicas coloniales se traducían, desde el siglo XVI en imágenes fantásticas, en escenas desconcertantes para la mirada de Europa. Ya desde entonces un imaginario estaba en curso:

La mayor parte de las imágenes que nutrieron por siglos las expectativas de los europeos no surgieron de la captación directa del modelo, sino de la imaginación de los lectores de crónicas de conquistadores y frailes, es decir, en la mayoría de los casos nació de una figura o descripción literaria... Dibujantes

³⁰ *Testimonios de viaje, 1823-1873*, México, Smurfit Cartón y papel de México, S.A. de C.V., 1989, p. 19. El subrayado es nuestro.

y grabadores surtieron de dibujos a las ediciones que sobre América se publicaban sin haber estado en estas tierras o haber visto a uno de sus habitantes en persona.³¹

Y así, a lo largo de los siglos de la Colonia, las personas se transformaron según quien los interpretara: “de salvajes los mexicanos mutaron primero en bárbaros; aplicando las categorías culturales conocidas por los europeos; serán bárbaros no sólo por encontrarse en las fronteras del Imperio, sino en cuanto que eran infieles... En el extranjero se seguirá bebiendo de las crónicas españolas, es decir de fuentes literarias internas y nadie captará visualmente la evolución de los hombres de estas tierras, sí no sea el propio artista novohispano”, nos dice Juana Gutiérrez Haces.³² Y si eso era con los naturales del país, los escenarios sufrían las mismas consecuencias:

[...] desde principios del siglo XVI comenzó a construirse –y no casualmente– una visión de América que iba más allá de América misma. La literatura, la poesía a veces épica, la mitología de monstruos y caníbales, construyeron *otra* América, mezcla de irrealidad y realidad, de ciencia y anticiencia... La imposibilidad de comprender naturalezas extraeuropeas llevó por lo general a desdibujar... Es decir, lo que se pintaba o escribía no concordaba muchas veces con lo que existía en América. Y probablemente eran muy pocos los que se preocupaban por esa falta de coincidencia.³³

Podemos decir que lo prototípico estaba ahí ya asentado; ya se encontraba configurándose una manera de ver al país. Las imágenes eran retomadas una y otra vez para volverse a interpretar, hasta que la “disputa por el Nuevo Mundo” llegó, a finales del siglo XVIII;³⁴ esto es, hasta el momento en que otras naciones –con todo y que América era vilipendiada por una visión calumniosa de la misma– pusieron una atención

³¹ Juana Gutiérrez Haces, “Etnografía y costumbrismo en las imágenes de los viajeros”, en *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, México, Fomento Cultural Banamex, A. C., 1996, pp. 159-179. Véase también Ricardo E. Alegría, *las primeras representaciones gráficas del indio americano, 1493-1523*, *op. cit.*

³² Juana Gutiérrez Haces, *op. cit.*

³³ Daniel Schávelzon, *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910*, México, FCE, 1988, p. 20.

³⁴ La referencia obligada a este periodo histórico sin duda es Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, México, FCE, 2ª ed., 1982.

expansionista sobre tierras americanas. Y, ciertamente, hasta la aparición de las descripciones y las imágenes generadas por Humboldt como científico moderno.³⁵

La Corona española tenía evidentemente una hegemonía colonialista sobre Nueva España hasta entonces. Pero varios conflictos del imperio español –entre otros una guerra naval contra Gran Bretaña que pagaría en mayor parte su colonia más rica en ultramar- hicieron que la metrópoli bajara la guardia sobre sus posesiones de aquí en atención a otras prioridades. Esto hace que la Corona otorgue más permisos a viajeros de otras regiones, incluso para los ciudadanos con cuyas naciones se mantenía en conflicto. El propio Humboldt, es sabido, tuvo que solicitar un permiso de viaje para su estancia de un año por tierras novohispanas. Así, contra la mínima cantidad de viajeros ilustrados en el México del siglo XVIII, en el XIX la nómina se volvió impresionante. Al respecto, Jaime Labastida, al presentar una de las obras más significativas de Humboldt –*Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, de 1810-, escribe:

[...] estos viajes se enmarcan de modo necesario en una nueva situación económica e histórica. España ha dejado de ser, hace ya tiempo, la primera potencia mundial; pujantes fuerzas económicas y sociales han hecho su aparición en la historia, y naciones como Holanda, Francia e Inglaterra sustituyen la antigua hegemonía ejercida por la península ibérica. La burguesía europea, especialmente la inglesa y la francesa busca mercados fuera de sus fronteras y estos se localizan, a más de Asia y África, en las posesiones españolas de América. Así, estos viajes científicos coinciden con el avance y posterior consolidación de la burguesía en Europa y con la llamada revolución industrial.³⁶

³⁵ Juana Gutiérrez Haces, *op. cit.*

³⁶ Jaime Labastida, “Las aportaciones de Humboldt a la antropología mexicana”, en *Alejandro de Humboldt, Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público [1974], reimpresión de 1983, p. XXVI.

Circunstancias que se volverían esenciales no sólo para la repercusión de los libros de Humboldt sino para que estos mismos se volvieran la referencia obligada de los viajeros europeos que llegaron después de él. Su notable libro ilustrado *Vistas de las cordilleras* y su documentado *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (publicado entre 1810 y 1813), entre otros, se van a volver determinantes en la conciencia viajera. Libros imprescindibles si se quería viajar por estas tierras. Todos ellos con información e imágenes deslumbrantes que, de tan detalladas, de manera práctica les funcionará a los viajantes. Es así como los libros de Humboldt se vuelven marco de referencia para poder aprender algo, o mucho, de cómo era la Nueva España, antes de realizar la empresa de un largo viaje. Ortega y Medina es preciso al respecto:

El *Ensayo político* desplegó ante los ojos inquisitivos de Europa y de Norteamérica toda una serie de atractivos y fáciles cuadros inversionistas. Con la publicación del susodicho *Ensayo* se cumplía por fin el antañón y anheladísimo sueño de penetración y conocimiento que desde el propio día del Descubrimiento había atraído hacia la América española la águila mirada de la Europa moderna. El florón más rico de la Indias occidentales, La Nueva España (México), quedaba abierto al comercio intelectual y mercurial.

Habiendo alcanzado México su independencia en 1821, a partir de ese mismo año comenzó la nueva nación a abrirse al trato y a las relaciones internacionales, y por tal motivo comenzó a desfilar por los dos puertos principales de sus costa atlántica (Tampico y Veracruz) un rosario ininterrumpido de viajeros extranjeros, cuyo vademécum peregrino excitante e incitante no era otro sino el consabido *Ensayo*: la Biblia de todas las aspiraciones viandantes de aquel tiempo.

Ingleses, alemanes, franceses, italianos, etcétera, inician la toma de contacto con México a partir de la consumación de la Independencia, y sin exceptuar uno se traen muy leído y releído y anotado su Humboldt, con el que se las prometen muy felices así ellos como las compañías que representan.³⁷

³⁷ Juan A. Ortega y Medina, *Humboldt desde México*, México, UNAM, 1960, p. 30. Para conocer la repercusión que entre los viajeros, con mentalidad colonialista, tuvo la obra de Humboldt véase también Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes...*, *op. cit.* 111-143.

Ésta es una actitud sintomática de los viajeros que llegarían después de Humboldt, pero el conocimiento sobre las tierras novohispanas que se tuvo a principios del siglo XIX no se limita al *Ensayo* únicamente, porque las exquisitas laminas que tanta admiración habían causado de las *Vues des cordillères, et monumens des peuples indigènes de L'Amérique* tenían una intención precisa. Porque Humboldt lo sabía: “Escritores célebres –advirtió-, más impresionados por los contrastes que por la armonía de la naturaleza, complaciéronse en pintar la América entera como un país pantanoso, contrario a la reproducción de los animales y recientemente habitado por hordas tan pocos civilizadas como la de los habitantes de los mares del Sur”.³⁸ Ante ello, el sabio barón alemán quien se había encargado de su ejecución (con apoyo de Aimé Bonpland), planteó el por qué fue motivada “esta unión” entre los textos explicativos y las imágenes:

La descripción de cada lámina forma... una memoria particular... Me he esforzado en lograr la más perfecta exactitud en la representación de los objetos que estos grabados ofrecen... Una parte de este *Atlas* ha sido destinada a dar a conocer las grandes escenas que ofrece esta naturaleza. Al pintarlas no he querido que produzcan un efecto pintoresco, sino que representen lo más fielmente posible los contornos de las montañas, los valles...³⁹

Casi setenta láminas en la edición original, cuidadosamente trazadas, que en sus explicaciones por momentos rebasaban las diez páginas, mostraron la riqueza arqueológica, el paisaje, la orografía, la arquitectura colonial (“Vue de la grande place de Mexico”), además de monolitos y códices prehispánicos y trajes, para el asombro de Europa. “De esa manera –advierte Jaime Labastida- Humboldt se esfuerza por unir veracidad y belleza, fidelidad y exactitud en la descripción de los fenómenos con sentimientos artísticos... son eso y, por supuesto, mucho más: cuadros realizados de

³⁸ Alejandro de Humboldt, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, traducción e introducción Jaime Labastida, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, primera reimpresión 1983, p. 6.

³⁹ *Ibid.*, pp. 5, 8 y 19.

modo científico”.⁴⁰ Así, este sabio no se equivocaba cuando finalizaba sus palabras introductorias a esta magna obra: “creeré haber logrado mi objeto si los modestos esbozos que mi obra contiene, excitan a los viajeros amantes de las artes a visitar las regiones que he recorrido, para guardar fielmente la memoria de estos sitios majestuosos que no pueden ser comparados a los del antiguo continente”.⁴¹

Muchos, así, en las siguientes décadas se volvieron herederos de los testimonios y hallazgos del barón. Digamos que Humboldt planteó una forma moderna de acercarse al conocimiento del Otro, aunque de todas maneras cada quien desde la particularidad de sus puntos de vista y sus intereses llegó a implementar el suyo propio en el futuro que se avecinaba. Pero con Humboldt se echaban los cimientos y pronto, con la independencia, las condiciones políticas para el libre tránsito. Además de que un nuevo invento para otro tipo de registros estaba por llegar.

Dos de sus grandes herederos que siguieron sus pasos por tierras americanas fueron John L. Stephens y Frederick Catherwood, con quienes Humboldt, en su longeva vida, mantuvo una relación si no cercana sí de mutua admiración. Stephens y Catherwood, es sabido, realizaron dos viajes, el primero en 1839 del cual saldrá su libro *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan* (1841) que les valió a ambos una inmediata celebridad (con un gran elogio de Edgard Allan Poe de por medio);⁴² mientras que su segunda travesía la emprenderían en octubre de 1841. Año éste en que en Nueva York, desde hacía un año, ya era conocida la máquina para la realización de daguerrotipos que causaba fascinada conmoción entre sus practicantes.⁴³

⁴⁰ Jaime Labastida, *Humboldt, ciudadano universal*, México, Siglo XXI-El Colegio Nacional-FCE, 1999, p. 90. Respecto a la “fidelidad” al “original, véase Fausto Ramírez, “La visión europea de la América tropical”, en *Historia del arte mexicano*, fasc. 67,68 y 69, t. 7, México, Salvat-SEP-INBA, 1982.

⁴¹ Alejandro de Humboldt, *Vistas de las cordilleras...*, *op. cit.*, p. 19.

⁴² Véase, en su versión al español, John L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, San José, Costa Rica, Editorial Centroamericana Universitaria, 2 ed., 1971.

⁴³ François Gouraud's, *Description of the Daguerrotype Process or a Summary of M. Gouraud's Public Lectures According to the Principles of M. Daguerre*, Boston, Dutton and Wentworth's print, 1840, un autor éste que hace una breve relación de lo que hasta entonces tenía de mínima historia el daguerrotipo.

Marc-Antoine Gaudin, uno de los primeros cronistas/experimentadores del daguerrotipo, en su *Traité pratique de photographie*, escribe admirado ante las imágenes daguerrotípicas: “...la naturaleza viviente y activa ha llegado con la fidelidad y la perfección que nosotros admiramos en las reproducciones de monumentos y paisajes”, y, desde la fascinación que ese invento estaba causando también en Francia, agrega:

Los viajeros parten en todas direcciones para hacer copias al natural, y, algunos meses más tarde el público admira los monumentos de Italia en la colección del señor Lerebours, o las antigüedades de Egipto copiadas por Goupil Fesquet... ¡Cosa más singular!...Tanta es la verdad [contenida ahí] que el hombre pronto, a pesar de que se le presente una obra imperfecta, sacia firmemente el impulso de su imaginación.⁴⁴

Así, un nuevo aparato tecnológico que convocaba a la química y a la física (y a la reiterada *verdad*, como vemos) fue traído en barco desde Nueva York (y después a lomo de mula) por Stephens y Catherwood en su segunda vuelta de finales de 1841. En lo que va a ser su segundo libro, *Incidents of Travel in Yucatan* (1843) estos viajeros darán los pormenores de este nuevo aparato; más allá de la cámara lúcida que había sido su acompañante natural para la producción de imágenes, sobre todo para las labores del arquitecto Catherwood. En el quinto capítulo de su libro, Stephens, muy a la moda con las modernidades tecnológicas, dice: “Trajimos con nosotros un daguerrotipo, del cual sólo había aparecido en Yucatán una mala muestra. Desde entonces se habían hecho grandes mejoras en el instrumento y teníamos motivo para creer que el nuestro era uno de los más acabados”.⁴⁵ Esto cambiará muchas cosas.

⁴⁴ Marc-Antoine Gaudin, *Traité pratique de photographie, exposé complet des procédés relatifs au daguerréotype*, París, J.-J. Dubochet et cie., editeurs, 1844, pp. 8-9.

⁴⁵ Sobre esta clásica obra se han hecho muy diversas ediciones, las mejores basadas en la traducción de Justo Sierra O' Reilly, aunque con título muy cambiados como *En busca de los mayas. Viajes a Yucatán* de la meridana Editorial Dante (primera edición 1984 y reimpresiones hasta 1993). Existe otra edición publicada por el Museo Nacional de Antropología Historia y Etnografía en 1937. Nosotros aquí nos basamos en John L. Stephen, *Viaje a Yucatán, 1841-1842*, José Ortiz Monasterio, (nota intr.), México, FCE, 2003, p. 55.

Gracias a esto es que la mayoría de las imágenes que contiene *Incidents of Travel in Yucatan* parten de un elaborado proceso en donde los dibujos realizados por Catherwood, por medio de la cámara lúcida, y las placas del daguerrotipo se combinaron para crear las laminas que ilustraron el libro. Por eso mismo estaríamos ante uno de los primeros libros en donde la tecnología fotográfica (en su primera forma del daguerrotipo) va a formar parte del testimonio viajero. La utilización de la cámara lúcida, de uso común entre los dibujantes dieciochescos y de la primera mitad del siglo XIX, fue utilizada por Catherwood en sus dos viajes acompañando a Stephen.⁴⁶ Aunque ahora se le agregará otro aparato.

Por momentos se habla en el libro de los procedimientos que Catherwood realiza para la producción de sus imágenes. La limpieza a punta de machete de la espesura selvática siempre es obligada por parte de los peones que les acompañan. Frente a los edificios y una vez despojados de troncos y maleza “apareció un espacio despejado, suficiente para que Mr. Catherwood colocase cómodamente su cámara lúcida. La misma destreza y prontitud mostraron [los peones] para preparar un sitio en que estuviese en pie, con media docena de indios que estaban prontos para sostener una sombrilla que le protegiese contra los rayos del sol”.⁴⁷ Será Stephen quien dé una extensa y detallada explicación sobre el uso, o la combinación, de los mecanismos tecnológicos y del dibujo trazado a mano que finalmente conformarán las imágenes de su libro. En Uxmal, frente a la Casa del Gobernador, éste realiza una detallada descripción de sus procedimientos para sus lectores, mientras que su compañero se dedica a lo suyo:

⁴⁶ La siguiente es una descripción de dicho aparato: “La cámara lúcida puede servir para dibujar. La parte principal es un prisma cuadrangular... en el que la cara es perpendicular a la acción de los rayos luminosos que envían los objetos exteriores (sic)... no experimentan ningún desvío... y llegan al ojo del observador colocado en dirección perpendicular a su primitiva. De este modo el observador verá imágenes de los objetos rectos y horizontales creyendo que vienen directamente al través del prisma; y si se coloca de modo que los rayos reflejados ocupen solo la mitad de la pupila verá a la vez la imagen, y el cartón en que aparece proyectada y con un lápiz afilado puede trazar los contornos”, en M. Despretz, *Tratado elemental de física*, t.IV, París, Librería de Rosa, 1845, p. 118.

⁴⁷ John L. Stephen, *Viaje a Yucatán, 1841-1842*, *op. cit.* p. 295.

Mr. Catherwood hizo minuciosos dibujos arquitectónicos del conjunto; poseía materiales para construir un edificio enteramente semejante y, lo mismo que en nuestra primera expedición, hizo todos sus dibujos por medio de la cámara lúcida con el fin de obtener la más precisa exactitud en las proporciones y detalles. Además de esto, teníamos un aparato daguerrotípico, el mejor que pudimos procurarnos en Nueva York, con cuyo auxilio Mr. Catherwood comenzó a tomar vistas desde el momento en que llegamos a Uxmal; pero los resultados no fueron suficientemente conforme a sus ideas. Alguna vez las cornisas y sus adornos proyectados quedaban en la sombra, mientras que otras partes estaban expuestas a la fuerza del sol; y de esa suerte algunos adornos salían bien de la prueba, mientras que otros necesitaban el pincel para suplir sus defectos. Como quiera esas planchas daban una idea general del carácter de los edificios, pero no hubieran podido ponerse en manos del grabador sin copiar las vistas sobre un papel y reformar las partes defectuosas, y eso exigía más trabajo que la formación de los dibujos originales. Así, pues, Mr. Catherwood lo hubo de arreglar todo con su pincel y cámara lúcida, mientras que el doctor Cabot y yo tomábamos las vistas por el daguerrotipo, y a fin de asegurar la mayor exactitud posible, tanto estas vistas como los dibujos de Mr. Catherwood se pusieron en manos de los grabadores para su gobierno.⁴⁸

Es así como un notable proceso se comenzará a dar: la utilización del nuevo invento, una nueva tecnología, y, por el momento, vía el grabado. El segundo libro de Stephens y Catherwood, *Incident of Travel in Yucatan*, conllevó así una innovación que pronto se volverá requisito obligado entre otros viajeros. Y a partir de estas mismas matrices aparecerá pronto, de un sobrio lujo, *Views of Ancient Monuments of Central America, Chiapas and Yucatán* (1844) un proyecto que la célebre pareja de viajeros iba a realizar, como siempre, en conjunto pero del cual finalmente se aparta Stephens. *Views of Ancient Monument* –que contenía 25 placas y que iba a ser prologado por Humboldt y además con texto de William Prescott- lo produce Frederick Catherwood en solitario

⁴⁸ *Ibid.*, p.108.

valiéndose del mismo proceso, incluso utilizando las mismas imágenes en donde el daguerrotipo y el dibujo y, finalmente, el grabado se habían unido. Libros éstos que, además de que en su momento les dieron una fortuna a sus autores, tuvieron una repercusión inusitada entre las personas ilustradas de mediados del siglo XIX.⁴⁹

Las lecturas y las referencias informativas se comienzan a concatenar entre los viajeros. Si Stephens y Catherwood tuvieron como referencia a Humboldt, ellos a su vez lo serán para Désiré Charnay. Siendo éste profesor de francés en Nueva Orleans, hacia 1851-53, conoce los dos títulos de la obra de aquellos viajeros que será determinante para planear su propio viaje a México. Conoce también que ellos utilizaron el daguerrotipo por lo que él emprende, a su vez, el conocimiento sobre la práctica fotográfica. Así después de su regreso a Francia, en donde se allegará de patrocinios, emprendió su retorno a América vía, de nueva cuenta, los Estados Unidos de donde llegará a Veracruz en noviembre de 1857.⁵⁰

En evidente que muy pronto, Charnay pone en práctica su conocimiento de la fotografía. Porque a principios de abril de 1858 pone a la venta lo que va a ser el primer libro, en forma de álbum, plenamente fotográfico en México: el *Álbum fotográfico mexicano*. En el anuncio aparecido en el *Diario de avisos* se decía que este proyecto había sido encargado “por S. M., el emperador de los franceses [Napoleón III], de juntar para el museo de Louvre, la colección mexicana tan rica por sus monumentos, tan interesante por sus ruinas”; a lo que entusiasta agregaba: “El objeto de esta publicación

⁴⁹ De *Views of Ancient Monuments* existe una edición facsimilar, con introducción de Alberto Ruz Lhuillier con el título de *Frederick Catherwood. Visión del mundo maya, 1844*, México, Cartón y Papel de México, S. A., 1978. También sobre el uso del daguerrotipo en la obra de los viajeros y del por qué Stephen no participa en *View of Ancient Monuments*, dado que para entonces ya se encontraba enfrascado en la política, además del éxito de sus libros, véase Víctor W. von Hagen, *Explorador maya. John Lloyd Stephens y las ciudades perdidas de América Central y Yucatán*, Buenos Aires, Librería Hachette, S. A., 1957, especialmente las páginas 284-302. Sobre las labores como daguerrotipistas de estos autores, véase de mi autoría “Los inicios de la fotografía en Yucatán, 1841-1847”, en *Fotozoom*, núm. 181, México, octubre de 1990.

⁵⁰ Véase la biografía de uno de sus más acuciosos biógrafos, Mongne, en *Le Mexique, 1858-1861. Souvenir et impressions de voyage*, comentado por Pascal Mongne, París, Éditions du Griot, 1987, p. 25.

es entregar a los aficionados, los extranjeros y los artistas, una colección de los monumentos más curiosos de México y también de las imponentes ruinas que rodean la ciudad. Estas vistas fotográficas reúnen todas las condiciones que llaman y aseguran el buen éxito. ¡Interés para todos y perfección de la imagen!”⁵¹ Pareciera, con estas palabras, que más bien Charnay hacía referencia a su objetivo final: los vestigios del sureste mexicano. Aunque aquí no hay que dejar de lado el patrocinio imperial –que tantos favores ofreció a los viajeros europeos-, como también lo explicitará el propio Charnay en la portada interior de su primer gran libro: *Cités et ruines américaines, Mitla Palenque, Izamal, Chichen-Itza, Uxmal*, publicado por el propio Napoleón III en París -vía los oficios del editor Gide y A Morel- en 1863. *Ciudades y ruinas americanas* se volvió una obra impresionante no únicamente por sus contenidos sino por su volumen (el álbum que acompañó a los testimonios escritos y que contenía originalmente 49 fotografías, al abrirse medía alrededor de ¡un metro con 90 centímetros!).

Los principales biógrafos de Charnay señalan invariablemente que con esta obra del viajero “por primera vez la fotografía está asociada a un trabajo de vocación arqueológica dedicada a América”, según Mongne; mientras Keith F. Davis señala: “El uso de la fotografía en la arqueología mexicana tiene poco éxito antes de la llegada de Charnay en 1857”.⁵² Lo cual es relativo dado la obra pionera –ciertamente, visto desde hoy, con un sentido de arqueología de la tecnología- de Stephens y Catherwood, principales inspiradores de la obra del viajero francés. Acaso esto se debe a que el propio Charnay, quizá de manera ambigua, demeritó todos aquellos registros dados antes de él sobre las ruinas del sureste mexicano. Dado que éste en las primeras líneas del “Prefacio” al álbum de *Ciudades y ruinas americanas* escribe:

⁵¹ “Álbum fotográfico mexicano”, en *Diario de avisos*, México, 8 de abril de 1858.

⁵² Pascal Mongne, en *Le Mexique, 1858-1861...*, *op. cit.*, p. 28; y Keith F. Davis, *Désiré Charnay, Expeditionary Photographer*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, p. 101.

[...] cuando partí en búsqueda de esas ruinas maravillosas, mi intención era hacer un estudio profundo y tratar el tema yo mismo. Sorprendido de la manera incompleta con la cual ciertos viajeros había abordado este tema, me pareció que en una obra tan vasta todo debía rehacerse, texto y grabados. Atribuyendo la indiferencia del público ante una civilización tan original a la incertidumbre que la velaba a medias, quise que no se pudiera revocar la exactitud de mis investigaciones y utilicé la fotografía como testigo.⁵³

La obra de Charnay –un libro de lujo en octavo y un álbum inmanejable- ciertamente estaba proporcionándole a Europa los primeros testimonios netamente fotográficos. Aunque aquí no hay que dejar de lado la obra de su colega húngaro Pál Rosti, quien ya en 1861 –dos años antes que Charnay- había dado a conocer, si bien sólo dentro de las fronteras de su país, su libro y álbum *Uti Emlékezetek Amerikából* (memorias de un viaje por América).⁵⁴ Pero la repercusión de la obra de Charnay sería muy extensa, tanto que todavía hacia principios del siglo XX sus imágenes seguirían utilizándose como obra de referencia.⁵⁵

Para 1863 Charnay había producido una obra moderna. Un trabajo con el que sobradamente le cumplió a Napoleón III en sus patrocinios y en donde la fotografía se convirtió en un factor determinante para generar un imaginario sobre las culturas prehispánicas. La suya era una obra espléndida de la que muchos se van a valer, no sólo apropiándose y utilizando las fotografías para otros libros de viajes sino a partir de las mismas estudiar o hacer conjeturas sobre las civilizaciones mexicanas. El primer caso, entre otros, se dio con Frederick A. Ober y sus *Travels in Mexico* (1887) quien utilizó en su libro once imágenes del viajero francés –trasladadas como era común, para

⁵³ Retomo aquí la traducción al álbum de Charnay publicada en *Ciudades de luz. Désiré Charnay-Viollet Le Duc*, Guillermo Tovar de Teresa (pres.), México, Grupo Financiero del Sureste, 1993.

⁵⁴ Josune Dorronsoro, *Pál Rosti: una visión de América Latina (Cuba, Venezuela y México, 1857-1858)*, Venezuela, Ediciones Galería de Arte Nacional, (Serie estudios), 1983.

⁵⁵ Dentro de las mejores ediciones en español de *Ciudades y ruinas americanas*, tanto del libro como del álbum, puede consultarse *México, 1858-1861. Recuerdos e impresiones de viaje*, Víctor Jiménez (nota intr. y trad.), México, Banco de México, 1994.

entonces, mediante el grabado- sin otorgarle autoría y atribuyéndosela él.⁵⁶ El solvente (económicamente) Hubert Howe Bancroft se valió también de las imágenes de Charnay –vía nuevamente el grabado- no sólo para ilustrar sus obras sino para explicar las antiguas civilizaciones que intentaba dar a conocer desde su riquísima biblioteca de California y desde sus particulares opiniones.⁵⁷ De manera circunstancial, y hasta que no hiciera su arribo plenamente el mediotono, estos autores se sirvieron en sus libros de la fotografía. Había en ellos sin dudarlo una traducción que pasaba de una imagen fotográfica al trazado manual. Pero ahí ya estaba teniendo repercusión lo que, entre otros, Charnay denominaba “la exactitud”. Por eso ahora eran utilizadas las fotografías para que aparecieran como grabados en los libros. Así, no sólo otros autores hicieron uso de las imágenes de Charnay para sus libros sino que éstas eran también utilizadas por el gobierno mexicano para mostrar cómo era una cultura nacional dentro de los espacios de los museos.⁵⁸ Ése fue su gran éxito. Désiré Charnay se había vuelto una referencia obligada, una estrella de la información sobre México, por más de que esto suene anacrónico. Sus imágenes impresas o trasladadas al grabado siguieron apareciendo en múltiples obras de su autoría como *Les Anciennes villes du Nouveau monde. Voyages d’ explorations au Mexique es dans l’Amérique centrale* (París, Hachette, 1885) o en obras colectivas en donde compartía créditos con otros viajeros por el mundo. Por ejemplo en *América pintoresca* (1884) se desplegaban todo un catálogo de imágenes que resumían sus amplios registros por el sureste mexicano que no eran pocos y sus testimonios ahí vertidos se volvía la suma ilustrada

⁵⁶ Frederick A. Ober, *Travels in Mexico and Life Among the Mexican*, Boston, Estes and Lauriat Publishers, 1887. Escribe el autor en la portada interior de su libro: “With 190 Illustrations Mainly from the Author’s Photographs and Sketches”.

⁵⁷ *The Works of Hubert Howe Bancroft. The Native Races*, vol. IV, San Francisco, A. L. Bancroft & Company Publishers, 1883. Sobre Bancroft véanse también las consideraciones de Fernando Benítez en *El libro de los desastres*, México, Era, 1988.

⁵⁸ “La fotografías de monumentos descubiertos por nuestro sabio compatriota, M. Charnay, adornan una galería. Nosotros al atravesar la sala, descendemos al centro en donde se encuentran las antigüedades mexicanas más significativas” escribía A. Dupin de Saint-André en su visita al Museo Nacional, en *Le Mexique aujourd’hui. Impressions et souvenirs de voyage*, París, Librairie Plon, 1884, p. 167.

(fotografía/grabado) de sus muy diversos viajes.⁵⁹ La fotografía con él adquirió, así, su carta de naturalización dentro de los libros.



Désiré Charnay, *América pintoresca*, 1884

Por el momento, antes de 1890 en que el mediotono hará su aparición en México, decenas de viajeros harán uso de la fotografía mediante el grabado. Hay casos notables, como el de Robert Brown quien utilizaba fotografía y litografías y, vía sus grabadores, siempre las reinterpretaba muy a su modo, agregándoles elementos ambientales a las escenas.⁶⁰ En casos como el del viajero inglés Thomas Unett Brocklehurst en su libro *Mexico To-Day*, de 1883, utiliza pinturas, dibujos acuarelados y grabados, pero también inserta unas cuantas litografías de figuras prehispánicas que por su acabado todo indica

⁵⁹ *América pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente por los modernos exploradores, Carlos Wiener, doctor Crevaux, D. Charnay, etc., etc.*, Barcelona, Montaner y Simón editores, 1884.

⁶⁰ Robert Brown, *The Countries of the World*, Londres-París-Nueva York, Cassell Petter & Galpin, s/f [ca. 1866].

que provienen de fotografías.⁶¹ Otro caso, entre varios, sería el de Ernst von Hesse Wartegg en su libro de 1890 ampliamente ilustrado con imágenes provenientes lo mismo de pinturas que de fotografías trasladadas a grabado.⁶²



Robert Brown, *Countries of the world*, ca. 1866

Pero el mediotono comenzaría a llegar para que se produjera una segunda revolución en la historia de la visualidad mediante la fotografía. Hasta donde sabemos será *Face to Face with the Mexicans*, publicada en 1887, de Fanny Chambers Gooch la primera obra que, impresa en los Estados Unidos, integrará el mediotono a su contenido editorial.⁶³ Técnicamente hay ahí una cierta precariedad propia de las publicaciones que comenzaban a experimentar con la integración de imágenes fotográficas (que se perciben como un grabado deslavado) y texto adjunto. Pero este sería un recurso que, entre los libros de viajeros en México, ya no se detendría por ser la imagen imprescindible para, de cierta forma, explicar o extender la narración escrita. Así, hacia la vuelta del siglo XX que llegaría, un editor será explícito para justificar sus libros que

⁶¹ Thomas Unett Brocklehurst, *Mexico To-Day: A Country with a Great Future, and a Glance at the Prehistoric Remains and Antiquities of the Montezumas*, Londres, John Murray, 1883.

⁶² Ernst von Hesse Wartegg, *Mexico. Land und Leute*, Viena, Verlag von Eduard Hölzel, 1890.

⁶³ Fanny Chambers Gooch, *Face to Face with the Mexicans*, Nueva York, 1887. En español se puede acceder a una excelente edición en: Fanny Chambers Gooch, *Los mexicanos vistos de cerca*, traducción y estudio preliminar de Luis Everaert Dubernard, México, Banco de México, 1993.

contendrían cientos de fotografías en sus páginas. Éstos eran las extensas monografías que la Librería de la Viuda Ch. Bouret realizó sobre la geografía de México durante el porfiriato:

Vidal de la Blache, en su admirable libro sobre Francia, dice que 'la imagen incorporada a la descripción se impone hoy más y más como la obligada justificación de cualquiera obra geográfica'. 'No sólo la precisa –agrega– y rectifica, sino que la completa, porque hay en la naturaleza, aun transportada a la imagen, más variedades y más matices que los que una descripción podría alcanzar'... Cada lámina de las muchas que se insertan, fue elegida con un fin pura y netamente geográfico; para dar idea de un aspecto de montaña, de río, de llanura; para representar una formación geológica; un tipo étnico o para caracterizar un grado de cultura de un lugar determinado. Para eso hubieron de acopiarse dibujos y fotografías (la fotografía, aun sin colores, por la exactitud de los detalles que sorprende, es el auxiliar más poderoso de la ciencias) en número prodigioso.⁶⁴

Así se comenzó a dar un cierto valor a la fotografía dentro de las páginas de los libros, no de manera casual desde los editores quienes los producían.

Capítulo II. La visión positiva más otras circunstancias.

En 1892, arribó por primera vez al país la geógrafa y periodista estadounidense Marie Robinson Wright en compañía de su hija, la señorita Ida Dent Wright, quien se convirtió en su acompañante e interprete. Dos viajeras que se propusieron recorrer el país entero. Su primer viaje, con buenos apoyos, lo va a realizar Marie como enviada del *New York World* para la producción de un extenso reportaje gráfico que aparecerá en las páginas de ese diario el 2 de agosto de ese mismo año. Después regresará para una empresa de alcances mayores: la realización de un libro de su autoría, *Picturesque*

⁶⁴ "Prólogo" a *Estados del norte. Sonora-Chihuahua-Coahuila-Nuevo León-Tamaulipas*, Librería de la Vda. De Ch. Bouret, París- México, 1910.

Mexico, de más de cuatrocientas páginas y el despliegue de 326 fotografías, incluyendo el retrato del célebre –y omnipresente--presidente de México, Porfirio Díaz.⁶⁵

En tan extenso libro gráfico, Robinson Wright, le ofrece su agradecimiento a los fotógrafos de la compañía de los hermanos Valletto, a Nicholas Winter y a Schlattmann Hermanos. Aunque también se pueden identificar imágenes de C. B. Waite y de A. Briquet; y acaso, por las regiones en que se adentra -sierras y caminos- otras realizadas por ella misma. El libro, como suele suceder la más de las veces en este tipo de obras de ese tiempo, está dedicado al presidente (“El ilustradísimo... quien posee un carácter de intrépida moral, distinguido hombre de Estado y devoto patriota”). Y ya desde ahí anuncia lo que el lector-espectador va a encontrar en sus páginas: la descripción de “una bella y prospera tierra”.

Robinson es una viajera afable, y eso lo dejó ver con sus ideas expresadas en la mayoría de sus apreciaciones hacia el país. La primera línea de la introducción al libro habla de México como “una tierra de misterio y romance” y una de las últimas del volumen señala que el país es “bajo el sol, la república más estable y respetuosa de la ley”. Entre una y otra frase, hay extensas descripciones de la vida y costumbres de los mexicanos, aunque por momentos deja ver su asombro ante ciertas escenas. Por ejemplo de las fiestas de Todos Santos de principios de noviembre escribe:

Entre los característicos atractivos de estos días peculiares para México están los extraños juguetes que se venden en las calles y en los puestos. Estos consisten en cráneos y huesos cruzados hechos de azúcar, adornados de hojas doradas, féretros de latón rodeados de sacerdotes y acólitos, los cuales contienen un esqueleto, catafalcos en miniatura, altares, etc. Muchos de los féretros están implementados para que al jalar una cuerda, la tapa se abra y salte el muerto. Ningún niño mexicano está contento sin uno de estos juguetes. Los mozos y los sirvientes domésticos también buscan en este momento su

⁶⁵ Marie Robinson Wright, *Picturesque Mexico*, Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1897.

festividad, a la cual le dan el nombre de *calavera*. Es un carnaval de la muerte; una combinación de frivolidad y tristeza.⁶⁶

Ella misma reconoce que esto causa mucha admiración entre los viajeros: “Las costumbres funerarias son de un constante interés para los extranjeros en este país, como el gran despliegue de la ceremonia de los muertos. La renta de ataúdes se da, para quienes no tienen los recursos de compra y para transportar el cuerpo de su ataúd temporal a una caja más barata antes de que sea sepultado”.⁶⁷

La arquitectura, especialmente la de las elegantes mansiones, la del culto católico y de los edificios gubernamentales, llama constantemente su atención y el despliegue fotográfico al respecto se da en la misma medida. La Ciudad de México y otras capitales del interior son vistas desde sus modernas construcciones e infraestructura y ella las describe. México, desde la selección de las imágenes, es un país cosmopolita. Inserta alguna otra fotografía, como la de la Escuela Correccional de la Ciudad de México, pero nada dice al respecto de la administración y el uso de esta institución. Aunque no deja de ver lo populoso de las calles capitalinas: “[...] están las escenas de la calle de un aspecto extraño y ajeno a los americanos, como el fúnebre negro de los coches y el de los carros funerarios Hay signos curiosos en la calle, imágenes groseras, pero vigorosas y de colores que representan escenas altamente sugestivas de la actividad desarrollada dentro de los negocios”. Y cita algunos de los nombres de éstos: “Los últimos días de Pompeya” o “El Sagrado Corazón de Jesús”.⁶⁸

Como otros “escritores que invariablemente dedican varias páginas a la descripción” de los habitantes, ella también cae en la tentación de hacerlo, con las adecuadas fotografías para acompañar al texto, realizadas en estudio (los tipos populares cuidadosamente

⁶⁶ *Ibidem*, p. 50.

⁶⁷ *Ibid*, p. 52.

⁶⁸ *Ibid*, p. 56.

diseñados en su apariencia exterior, en su escenografía apropiada) o registradas en plena calle:

En los mercados hay muchos tipos característicos. Cada clase de la población lleva un atuendo que es el uniforme de su ocupación. El cargador de agua, enfundado en una coraza de piel, carga su pesada jarra, sostenida de una banda que tiene alrededor de la frente; el hombre de ocre, manchado de pies a cabeza como si fuera una imagen de terracota, carga su bulto de arcilla color ladrillo sobre sus enmarañados rizos; el vendedor de fruta anuncia su deliciosa mercancía con súbita y monótona voz chillante, balancea su enorme paquete sobre su cabeza y camina desenfadado como si estuviera a punto de empezar un fandango [...] Las mujeres indias llevan su doble carga, la de sus canastas y la de sus bebés con una soberbia indiferencia y fatiga, identificadores de su raza.⁶⁹

Y así como hace una descripción de las clases populares, no deja de ver a los integrantes de la alta sociedad mexicana

La mayoría de las señoritas mexicanas hablan más de un idioma. Aunado a su español materno, las señoritas mexicanas están instruidas en inglés y francés. Otro de sus encantadores rasgos es su extremada amabilidad. Entre ellas uno nunca escuchara palabras altisonantes o sentimientos crueles, ni siquiera en el círculo de la familia mexicana. Como consecuencia, la gente es universalmente educada, y las mujeres especialmente tienen modales exquisitos.⁷⁰

Con todo y que hace claros distinguos entre los personajes sociales, Robinson Wright matiza de manera benévola y equipara al país con otras naciones.

En México hay una marcada ausencia de esas distinciones raciales que existen en los Estados Unidos y en mucha partes del Viejo Mundo. Hay desigualdades sociales, y fuertemente marcadas, pero las distinciones sociales no surgen de la casta, sino de las causas que crean las distinciones sociales en cualquier ciudad donde la gente es de la misma raza, como en Francia o Inglaterra. Juárez, el mejor hombre que México pudo haber concebido, fue de sangre plenamente indígena; Díaz, el presidente actual, posee una parte indígena, mientras que

⁶⁹ *Ibid*, p. 81.

⁷⁰ *Ibid*, p. 121.

muchos de los más distinguidos hombres han sido de origen puramente español [...] Cuatro quintas partes de la población tienen algo de sangre india, dos quintas partes son auténticos indios y cerca de una tercera parte no pueden hablar o entender español y se comunican en su propio dialecto. La apariencia exterior de hombres, mujeres y niños, de sus viviendas, de sus vestimentas y hábitos, sugiere en sus diferentes lugares, la diversidad de su población [...].⁷¹

Unas observaciones finales, en el último capítulo de “Sugerencias generales”, dejan ver, entre líneas, que la geógrafa ve con distancia, y claras diferencias, a la cultura mexicana con respecto a la suya:

Sorprende, a los que visitan México, encontrar que casi en todos lados utilizan los mismo sistemas de cultivo que los empleados por los antiguos egipcios. El arado en México consiste en una viga de madera y una pequeña plancha de hierro que rasca un surco de cinco pulgadas de ancho y de profundidad. [...] Con esos mecanismos tan primitivos no es de sorprender saber que se necesitan alrededor de cuatro hombres y cuatro yuntas de bueyes para llevar a cabo el trabajo, mientras que en Estados Unidos se realiza con un hombre y un caballo.⁷²

No es de extrañar, entonces, que plantee en las “sugerencias” una “línea de intercambio o de comercio entre dos repúblicas como México y Estados Unidos”. En tanto, “los tiempos -‘de reciprocidad’- deben ser ejemplificados con México. Estados Unidos es el hermano mayor entre las repúblicas de América –eso dice--, pero México es la más allegada y cercana de las hermanas, y en muchos aspectos sus intereses son idénticos”.⁷³ Éste es uno de sus últimos párrafos, destinados a alentar la gran hermandad con el país del norte. Para no dejar de enfatizar: “¡pero qué tierra de romance!”, sobre el país que ha estudiado. Las imágenes con las que cierra el libro, son la de un cargador de pulque, un sembradío de magueyes y la de un tlachiquero extrayendo el aguamiel. Se ha pasado

⁷¹ *Ibid*, pp. 58 y 438.

⁷² *Ibid*, p. 442.

⁷³ *Ibid*, p. 444.

del esplendor urbano a los ámbitos rurales. Junto a estas imágenes Robinson Wriqth ha escrito: “México es más ajeno en su apariencia que las nueve décimas partes de Europa”.⁷⁴ Finalmente un país extraño, tan ajeno y distante. Su visión anglosajona ha terminado por dominar.



Marie Robinson Wright, *Picturesque Mexico*, 1897

Las clases sociales, marginadas del gran oropel urbano, y tan “disponibles” para ser fotografiadas para el comercio de imágenes, que los exhiben en sus apariencias, lo son también para la descripción escrita. Robinson Wright, con sus testimonios políticamente correctos, de manera entendible, señala que los grupos de mendicantes callejeros se dan en la misma proporción en México que en Europa y, por tanto, “los pordioseros mexicanos no deben compararse en su deformidad con los de Constantinopla”.⁷⁵ De la misma manera, un paisano y contemporáneo suyo, Charles Fletcher Lummis, ve de manera amable a este sector de la población

El pordiosero mexicano tiene distintas funciones en el comercio. Su capital es lucir como pobre, enfermo y lo más repulsivo que pueda, quizás con una vaga intuición de que el nervio neumogástrico tenga una gran convocatoria en el

⁷⁴ *Ibid*, pp. 438-440.

⁷⁵ *Ibid*, p. 56.

congreso de las emociones. Aún no ha aprendido la plataforma de la insolencia, el trato abusivo y la alternativa del delito. El pordiosero se aferra a las tradiciones de su oficio, pues es una profesión, y se inclina por ser amable. Se queja, y es verdad, porque pertenece a una población cuyo grito es lastimero y no deleznable. Pero su súplica es tan perfecta en su retórica como en su humildad. Y cuando le has ofrecido el *tlaco* cobrizo, que es lo único que espera, dice (sincera y sin un ápice de ironía), “¡Dios le dé más a usted!”. México tiene tantos pobres como cualquier otra ciudad de 350 000 habitantes, eso lo sé, y más que cualquier ciudad en los Estados Unidos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la gran mayoría de los pobres son trabajadores, y sólo minorías insignificantes son pordioseros. En cuanto al sufrimiento real, es mucho menor que al de cualquiera de nuestras poblaciones.⁷⁶

Ninguno de ambos autores muestran en imágenes, en sus libros ampliamente ilustrados, las circunstancias que describen. Esto, por otro lado, comenzará a darse en algunos escasos diarios y en las páginas de algunos autores viajeros apenas a la vuelta del siglo. Pero, mientras tanto, en Robinson como en Lummis basta con sólo la descripción testimonial. Porque, en general, ven al país como una gran nación en pleno desarrollo gracias a Porfirio Díaz. Con todo y que el sentido de la crónica testimonial no elimina completamente a la circunstancia social que termina por aflorar. El deslizamiento de ciertas frases, como lo explicitará Lummis, terminan por dejar asomar al autor de dichos testimonios. Entonces, se termina por conocer a éste por el testimonio que expresa frente al entorno cultural por el que transita. En ese sentido, Lummis, de manera clave, escribe: “Los libros de impresiones de México, de encanto literario, por lo general ilustran más sobre sus autores que sobre ese México al que en realidad se refieren. No he visto que en México se dé justicia en términos humanos, para poder ser un participante ambicioso en el concierto de las naciones”.⁷⁷ Y esto lo dice apenas en el primer capítulo, pero este tono inmediatamente cambiará. Porque para él, líneas más

⁷⁶ Charles F. Lummis, *The Awakening of a Nation. Mexico of To-day*, Nueva York y Londres, Harper & Brothers Publishers, 1898, p. 59. El subrayado se encuentra en el original.

⁷⁷ *Ibid*, p. 3.

adelante: “El México de hoy –y lo digo deliberadamente— es el país más seguro en América. Vida, propiedades, derechos humanos, son más seguros que incluso con nosotros [...] México es admirablemente prospero”.⁷⁸ Desde su testimonio escrito no hay contradicciones. Sino ideas testimoniales que se expresan al paso en que se van dando.

Charles Lummis publica su libro *The Awakening of a Nation* apenas un año después, en 1898, al de Robinson Wright. Había estado anteriormente en México en 1896 en uno de sus tantos viajes al país. Sus artículos sobre México --en donde por cierto aprendió fotografía-- habían aparecido previos al libro en las páginas de *Harper's Magazine* en 1897. Lummis es un personaje carismático, extravagante, y se desarrolló como escritor de narrativa y de viajes; aficionado a la etnografía, editor, etnomusicólogo, defensor de los nativos americanos, además de fotógrafo por si algo hiciera falta. Viajó, además de México, extensamente por los Andes y América Central. El investigador Jesse Lerner así describe su personalidad:

Lummis aprendió de manera autodidacta el proceso de cianotipia mientras convalecía en México en 1888. No debería sorprendernos que, a pesar de la conveniencia de los papeles fotográficos pre-empacados –que pronto serían las impresiones en plata gelatina de uso dominante--, Lummis prefiriera la cianotipia durante toda su carrera fotográfica. En parte esa fue una decisión pragmática. La cianotipia era apropiada para las condiciones del campo y Lummis, mientras viajaba continuamente, imprimía con una pesada estructura de adobe sin agua corriente. Además, la suya era una sensibilidad profundamente comprometida con el anacronismo y lo arcaico [...] En Los Ángeles de principios de siglo [XX] siempre se vistió como un vaquero y usaba acero y pedernal en lugar de cerillos para prender sus cigarrillos. Es difícil imaginar cómo es que Lummis, que padeció parálisis parcial y una larga serie de enfermedades durante gran parte de su vida, pudo transportar consigo una cámara de gran formato de cuarenta libras, en condiciones extremas. Sin

⁷⁸ *Ibid*, pp. 5 y 9.

embargo llegó a escribir que, inclusive si una cámara liviana de 35mm hubiese estado disponible, cuando él empezó a fotografiar, “no la hubiera usado de todas maneras”.⁷⁹

En México viajó por las regiones de Puebla y Oaxaca; transitó con su cámara por Chihuahua, Guanajuato, León, Querétaro, Zacatecas, Pachuca y la Ciudad de México, además de gran parte de la costa oeste, de Guaymas a Acapulco (“el más bello puerto del Pacífico en las Américas”). *The Awakening of a Nation. Mexico of To-Day*, como lo advierte desde la portada interior, es un libro profusamente ilustrado con imágenes fotográficas de su autoría, trasladadas a grabado con gran calidad; y escasas fotografías insertadas en páginas individuales. Para la realización de su trabajo, lo mismo que para otros viajeros, no dejó de advertir lo problemático de viajar con una cámara por el país: “Aquellos que han recorrido la república con unas cuantas placas fotográficas, o que han sido presa del recolector de impuestos, saben lo que significa entrar a una ciudad sin ser hostigado, después de haber sido *registrado* en la frontera nacional”.⁸⁰

La bonanza con Díaz, para Lummis, se percibe en “el enorme desarrollo interno [que] es inevitable en virtud de la nueva administración”.⁸¹ Hace un detallado, y extenso, desglose de cómo se encuentra repartida la riqueza entre los comerciantes

Las manufacturas de textiles están controladas por mexicanos y españoles, la producción de azúcar por los mexicanos y, curiosamente, la mayoría de los panaderos son de la misma sangre. De la elaboración de la cerveza están a cargo los alsacianos. La fabricación del calzado casi siempre la realizan los mexicanos junto con algunos españoles; los contratistas y los concesionarios del material son los mexicanos. Los plomeros son ingleses; las bicicletas, las máquinas de coser y el equipo de los agricultores, son en su mayoría americanas, por supuesto, como también lo son la mayoría de los ferroviarios

⁷⁹ Jesse Lerner, “Charles Fletcher Lummis en Chihuahua”, en *Alquimia*, núm. 22, México, Sinafo-INAH, septiembre-diciembre, 2004, pp. 25-29.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 38. El subrayado se encuentra en español en el texto original.

⁸¹ *Ibid.*

[...] La mayoría de los joyeros son alemanes (en su mayoría judíos), así como una infinidad de grupos pequeños de españoles y mexicanos, herederos, quizás, de los árabes quienes inventaron los relojes.⁸²

A otros sectores sociales no los ve de mejor manera, como a los trabajadores que tienen que emigrar para su sobrevivencia:

El peón mexicano es ignorante y lento, pero parece un Salomón (sic) frente a aquellos que lo patean. Y cualquier hombre que es capaz de controlar a otro (naturalmente empezando por sí mismo) puede mandarlos y conseguir, de ellos, un buen trabajo. Las plantas hidráulicas de Chihuahua, por ejemplo, fueron construidas por el ingeniero americano John E. McCurdy, con sólo un asistente. Todos los trabajadores eran peones mexicanos; y sé personalmente que por ese honorable tipo de viajero americano, el peón más pobre en Chihuahua habría hecho lo que fuera.⁸³

Lummis logra, de manera sorprendente para la época, ingresar a la cárcel de Belén. Y no sólo eso, sino también realizar una fotografía de su interior, densamente poblado por los reclusos, además de estudiar las condiciones penalísticas. Siempre de manera cuidadosa, señala:

Las cárceles mexicanas, en mi opinión, mantienen con muy merecidas normas a todos sus prisioneros, ya sean nativos o extranjeros [...] No podría asegurar que ningún norteamericano ha sido jamás encarcelado injustamente en México. Simplemente no sé de ninguno. Estas prisiones también merecen algo de su mala reputación como un modo de lujo. Hasta que la gente pueda construir una cárcel para prisioneros, se debe utilizar lo que se tiene aunque sea provisional; y la magnífica arquitectura que originalmente fue construida para una iglesia, no le sustituye al prisionero las carencias naturales de una cárcel. Belem, la gran prisión, es el antiguo convento de ese nombre, y no era en absoluto

⁸² *Ibid*, p. 39-40.

⁸³ *Ibid*, p. 99.

adecuado para sus más de tres mil reclusos, aunque he visto peores medidas en muchas ciudades americanas.⁸⁴

Lummis alcanza a dar cuenta de la mudanza que se llegará a dar de Belem a la nueva cárcel, en Santiago Tlatelolco, regida por militares. Una nueva cárcel que “costó más de dos millones, es de basalto y *tezontli*, cubre dieciocho hectáreas, y las condiciones de sanidad, seguridad y comodidad son perfectas”, eso escribe. Como en sus observaciones anteriores busca ser cuidadoso y desde su punto de vista ingresar en una cárcel es entrar a un espacio en donde el recluso se va a educar. Y así divide los pasos del presidiario, tanto los que se daban en Belem como en los que se darán en la futura cárcel: inicialmente se debe ocupar con labores penales (no dice cuáles); después su trabajo se basa en prepararse para la escuela con un poco de paga; el tercer paso es la “preparación para libertad”, incluyendo trabajo pagado y muchos privilegios. En este tercer periodo los reclusos podían llegar a ser dibujantes, mecánicos, carpinteros, zapateros o químicos industriales. “La educación primaria es estrictamente obligatoria”, señala y agrega:

Hay una actividad similar en toda la república en la cual se remplazarán los antiguos conventos, que hasta la fecha son cárceles, por instituciones. La penitenciaría del estado de Puebla, por ejemplo, es una muestra de lo que se está haciendo por aquellas ciudades pequeñas, y los estados que se parecen a nosotros, pero escasamente poblados. En México no se llevan a cabo ejecuciones (fuera de lo que se refiere al ejército y a los bandidos) ni la pena capital. Tampoco están permitidos bajo la nueva disposición los fusilamientos. He conocido el horror de nuestros funcionarios a quienes no se les permite esposar a los prisioneros que son extraditados. La teoría moderna de México es que los hierros son una ignominia, y que éstos son el negocio del oficial para someter a su hombre. Puede sorprender al lector enterarse de que el objeto de las cárceles en México no es un castigo tanto como reformar la educación. Para

⁸⁴ *Ibid*, p. 63.

ello, las leyes modernas de Díaz para regular los centros penitenciarios deberían de ser una lectura instructiva.⁸⁵



Charles F. Lummis, *The Awakening of a Nation Mexico of To-day*, 1898

Ciertamente son difíciles de creer las aseveraciones de Lummis. Carlos Roumagnac, en su libro *Los criminales en México*, publicado en 1904, apenas poco después de que estuviera Lummis en el país, recopila diversos testimonios realizados directamente a los reclusos. Los testimonios de la vida cotidiana en Belem no son nada edificantes, como pudiera esperarse. Roumagnac, al entrevistar a María V, “La Chiquita”, no sin una evidente carga moral de época, escribe: “no quiere confesar – no obstante que todos los informes son en contrario— que practica el safismo [lesbianismo] con sus codetenidas, ni haberlo visto practicar, aunque sabe que ese vicio domina allí, por las riñas que ha presenciado entre las mujeres, que se lo gritan y aún se hieren”. De otro recluso, Timoteo Andrade, un célebre asesino, dice: “Háblame asimismo de su estancia en la cárcel de Belem y de las observaciones que en ella hizo y que tiene escritas, acerca de la costumbre de los presos, de los abusos que veía, de los vicios ahí reinantes,

⁸⁵ *Ibid*, pp. 64-65.

manifestando su repugnancia hacia los pederastas [...]”. Y eso sólo son testimonios de relaciones personales entre reclusos. Mientras, otro reo más “me ofrece contarme sobre los misterios de aquella cárcel, cosas que ni a su confesor le ha dicho”.⁸⁶ Los testimonios de Fletcher Lummis, se entiende, van más destinados a trazar una visión amable sobre una nación que se encontraba en pleno despertar, como anunciaba desde su título.

En el último capítulo (“The Spanish-American Face”), un capítulo no publicado en *Harper’s Magazine*, Lummis se extiende, de manera un tanto lujuriosa, sobre las mujeres mexicanas y latinas, tipificándolas, y hace comparaciones con sus paisanas. Lummis, por otro lado “mujeriego notable”, y quien sin discreción en sus diarios llevó un recuento de cincuenta encuentros extramaritales,⁸⁷ escribió al respecto:

El *moreno* perfecto es la piel más perfecta que hay en el mundo. Hablamos de la aceitunada, a la ligera, ninguno de nosotros hemos visto una de verdad. A veces la puedes encontrar en España y es exquisita y extraña. Pero no es el *moreno* “cafezusco” sino el de la cáscara de la nuez. Nuestros abuelos conocían una buena cosa cuando la veían, ese café perfecto es tan transparente, tan fino, tan suave, tan ricamente cálido, con tan sólo ruborizarse con esa tez de mujer. No hay otra complexión que se preste tan bien para el lienzo de un pintor, ni yo realmente recomendaría la más hermosa mujer de mi país que pusiera su mejilla al lado de un moreno andaluz perfecto. A metros de distancia su superior belleza está a salvo pero ya puestas una junto a la otra no hay comparación alguna con esa piel, ni jamás la habrá, a menos que el arte cambiara todo lo que sabemos acerca del color.

La perfección del tipo *moreno* se encuentra en muchas partes de Hispanoamérica [...] En parte de Centroamérica, Cuba, México hasta Nuevo México y California hay primorosos representantes. México no es tan famoso como Perú en la belleza de sus mujeres, cabe decir que Lima encabeza la lista.

⁸⁶ Carlos Roumagnac, *Los criminales en México. Ensayo de psicología criminal. Seguido de dos casos de hermafroditismo observados por los señores doctores Ricardo Egea e Ignacio Ocampo*, México, Litografía El Fénix, Calle del Águila 12, 1904, pp. 102, 339 y 358.

⁸⁷ Mark Thompson, *American Character: The Curious Life of Charles Fletcher Lummis and the Rediscovery of the Southwest*, Nueva York, Arcade, 2001, citado en Jesse Lerner, *op. cit.*

Pero no se quedan atrás en su encanto genuino, su tipo es menos redondo, el toque particular que Perú por lo general contribuye es por la exuberancia de las curvas [...] En todo momento y en todos lados el rostro de la mujer hispanoamericana resulta interesante por lo menos, tanto como en otras sangres, resulta hermosa. Las fotografías tan sólo dicen la mitad de la historia porque la complejión está más allá de ellas, pero una cierta claridad en las facciones la casi invariable belleza de los ojos y la fuerza de las pestañas parecen más una marca española como la finura de las manos y los pies.

Ni siquiera el rostro de las parisinas es tan flexible en expresión, tan dispuesto al movimiento y tan expresivo del estado de ánimo. Sin embargo, hay un cierto rasgo en él que no puede pasar desapercibido ni olvidarse, para ninguna otra mujer en la tierra la religión le es vital y omnipresente y dominante. Es por eso que uno encuentra el rostro de la virgen literalmente en cada esquina de Hispanoamérica. Eso no es algo superficial. No hay nada en cuyo corazón de esposa-madre sea más femenino.



Charles F. Lummis, *The Awakening of a Nation Mexico of To-day*, 1898

Y para probarlo publica tres fotografías, de otras tantas jóvenes damas, con sus adecuados títulos (“The Rubrica of Spain”, “The Andaluz Americanized”, “Young Spanish-American Type”), con las que cierra su libro. En momentos –finales del siglo XIX— en que la presencia femenina se hacía cada vez más contundente en la vida social y la educación –ciertamente entre la clase media y alta--, como lo advirtió

Robinson Wright, se hacía evidente, Lummis prefiere escribir sobre sus atributos vistos desde su muy particular punto de vista. Mientras se daba “el movimiento consciente y activo en pro de la emancipación de la mujer y, asimismo, la existencia de las mujeres que consiguieron penetrar en parcelas de vida reservadas entonces para los hombres”, de acuerdo a Eric Hobsbawm, Lummis evade otro registro cultural.⁸⁸ Prefiere definir las “características” de las habitantes en Latinoamérica, como otros lo harán. Otras viajeras en México mostrarán que los trabajos culturales se daban más allá de los halagüeños estereotipos. Porque ser viajera testimonial, con todo lo que eso implicaba –realizar o comprar fotografías, insertarlas en sus documentos escritos, viajar a lomo de caballo en lejanas e inhóspitas tierras, escribir, editar, ver al Otro--, también implicó pertenecer a un cambio en el mundo de entre siglos.

Casi de manera simultánea a la presencia de Lummis se da la de Harriott Wight Sherratt, escritor, viajero y fotógrafo, quien publicará, *Mexican Vistas*, un año después del libro de su compatriota Charles Fletcher.⁸⁹ Wight Sherratt, desde el principio de su libro, dirigido a los turistas, deja claro la otredad del mundo al que el viajero de los Estados Unidos se enfrentará: “Para los ciudadanos estadounidenses, quienes no tienen prejuicios preconcebidos, este mundo hispano-americano es nuevo y fascinante. Estos vecinos nuestros, quienes hablan una lengua diferente, tienen otras ideologías y un estilo de vida distinto al nuestro, deben ser merecedores de nuestra consideración, nuestra simpatía y nuestra amistad”. A pesar del título de *Mexican Vistas* no se trata de un libro en el que dominen las imágenes, sino que éstas se encuentran equilibradas, en proporción, con la narrativa del viaje. Algunas fotografías –no más de cinco- provienen de la Detroit Publishing Company, las cuales se encuentran adecuadamente acreditadas.

⁸⁸ Eric Hobsbawm, *La era del Imperio, 1875-1974*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 218. El capítulo “La nueva mujer”, es especialmente interesante para lo que se daba hacia finales del siglo XIX y la primera década del XX con respecto a los derechos de las mujeres.

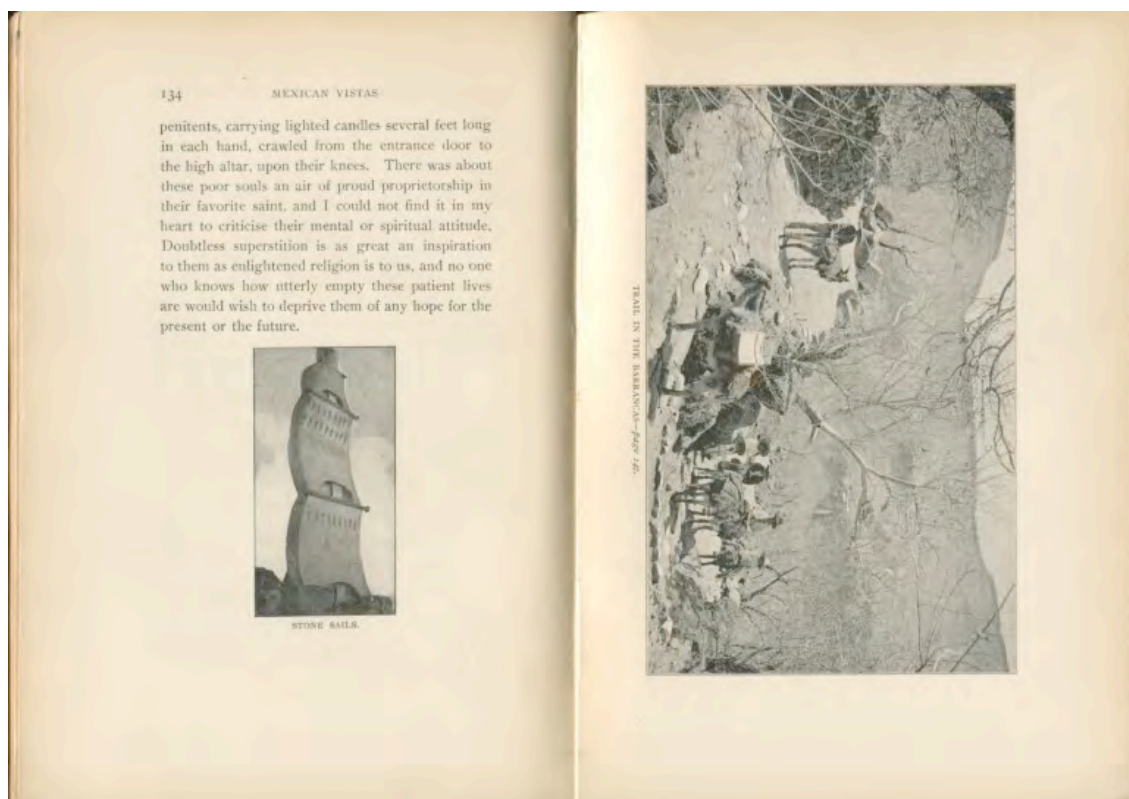
⁸⁹ Harriott Wight Sherratt, *Mexican Vistas. Highways and Byways of Travel*, Chicago-Nueva York, Rand, McNally & Co. Publishers, 1899.

El resto de las fotografías del libro todo indica que son de Harriott Wight. Lo singular de la obra de este viajero es el hecho de que las temáticas de sus imágenes se apartan de la tradicional visión costumbrista (salvo las que inserta de W. H. Jackson), para adentrarse por caminos, literalmente, no transitados por la visión del viajero tradicional. Y con todo y que se dirija a un “turista” imaginario.

Una temática sustancial en Wight es la de la clase trabajadora del ámbito rural. Un tema comúnmente trabajado por los registros costumbristas de varios fotógrafos y que él mismo incluye en su libro (los aguadores, o una “Woman Making Tortillas”, de Jackson), sin embargo este autor realiza imágenes de los aspectos cotidianos no tan recurrentes. Sobre todo de cargadores, arrieros en los caminos no transitados por el turismo, carretas tiradas por bueyes en las calles de las ciudades. Un tipo de registro que se percibe de aficionado, o circunstancial (nada de las cuidadas puestas en escena de Jackson en donde los aguadores posan sin que esto sea expresamente evidente). Sus imágenes se vuelven dramáticas en esos desolados caminos que registra: niños y ancianas mujeres cargando grandes cargas de leña, casas campesinas de palma (“Home of a Peon”, “A Mountain Home”), solitarios caminos en las serranías en donde cruzan los arrieros (“Trail in the Barrancas”). Su registros dejan ver una cotidianidad rural del tránsito por los caminos del país. Y trae la cámara siempre consigo y así recomienda su uso:

Por supuesto que es recomendable que cargues contigo una cámara; pero úsala, excepto para escenarios naturales, o lo menos posible, porque los mexicanos que son muy orgullosos y sensibles, protestan cuando son fotografiados. A veces por algunos cuantos centavos es posible obtener una sesión de fotos de niños o incluso de un peón, pero no es cortés ni tampoco adecuadamente político diferir sobre los prejuicios de la gente. Sobre todo, no olvides tus lentes oscuros y si tienes suficiente espacio en la maleta, es sabio llevar una

almohada, porque las de México tanto en su forma como en su consistencia parecen ladrillos.⁹⁰

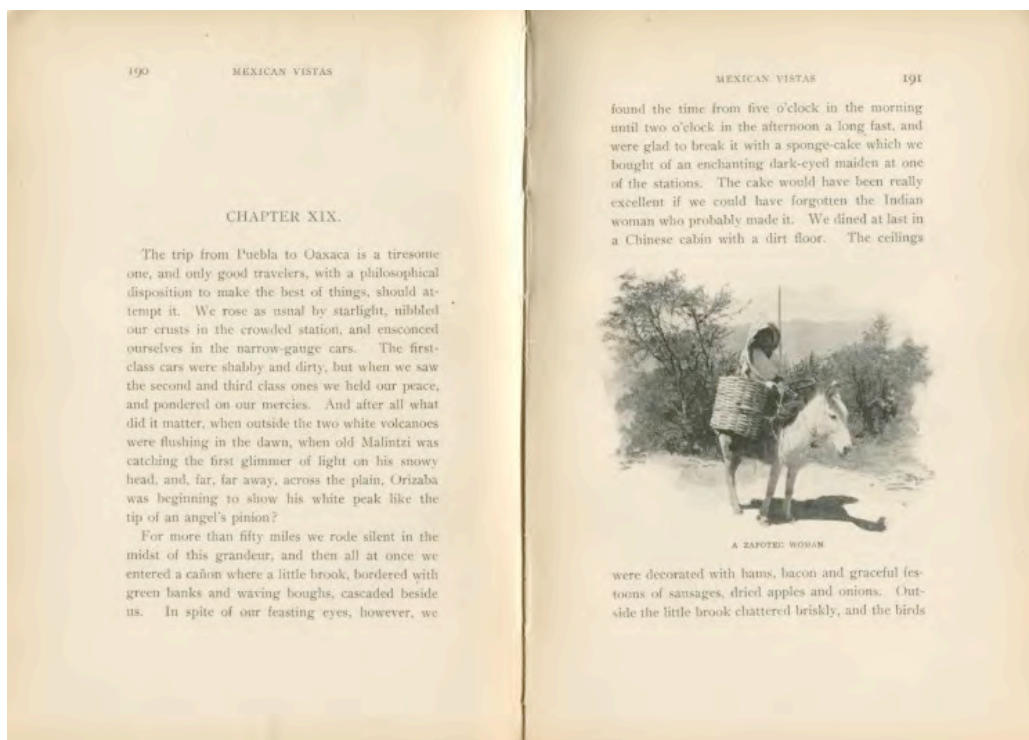


Harriott Wight Serratt, *Mexican Vistas*, 1899

Así, detrás de esas imágenes de arrieros detenidos en los caminos, retratados en su fragilidad y pobreza, puede percibirse –adivinarse– un pago para la realización de las fotografías. De la misma manera en que lo recomendaba la célebre guía de viajeros *Terry's Mexico*: “Para fotografiar tipos nativos, es bueno recordar que un andrajoso pilluelo se mantendrá quieto por 25 centavos como igual lo hará por un peso”.⁹¹ Un procedimiento que, todo así lo indica, resultaba efectivo para los viajeros.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 24.

⁹¹ T. Philip Terry, *Terry's Mexico. Handbook for Travellers*, Londres-Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Company, 1911, p. Ixxx.



Harriott Wight Serratt, *Mexican Vistas*, 1899

Otras viajeras llegan

La estudiosa Mary Louise Pratt en su necesario libro *Imperial Eyes* rescató un tipo específico de mirada testimonial: el de las viajeras europeas por América del Sur. Y retomando a otra colega alemana, Marie-Claire Hook-Demarle, usa la expresión “exploratriz social”.⁹² Pratt recurre a esta definición para, como Hook-Demarle, definir a aquellas viajeras que más que verter en sus escritos tecnicismos estadísticos – de población, vivienda u oficios-- recurren más a una personalísima descripción de la cultura “viajada” que define la cultura de ellas y su género, lo que evidencia la investigadora. Pero tampoco se excluyen de otro tipo de testimonio que no elimina la crítica. Pratt escribe: “la crítica oral o escrita forma parte de la exploración social vista como práctica política [...] aunque ambas críticas se basan en valores de clase. Se podría decir que otra rama de la misión civilizadora, el reformismo social, constituye una forma de intervención imperial femenina en la zona de contacto. Desde luego, esto no equivale a decir que la crítica basada en el buen gusto pertenezca exclusivamente a

⁹² Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes*, op. cit., pp. 155-171, véase también la versión en español *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturización*, México, FCE, 2010.

los hombres”.⁹³ En el testimonio escrito no hay distinciones de género. Todo es observable y susceptible de ejercer sobre ello una opinión de enfrentamiento cultural. En México esto se vio en el periodo que estudiamos, incluso en décadas subsecuentes.

Una historia de las viajeras en el país es larga, sobre todo hacia finales del siglo XIX. Y no únicamente desde las más conocidas como madame Calderón de la Barca, célebre viajera citada con frecuencia para conocer los modos de vida en el segundo tercio del siglo XIX (y quien curiosamente también fue testigo de la práctica del daguerrotipo);⁹⁴ o bien desde aquellas que son absolutamente desconocidas como Susan Shelby Magoffin quien, desde las históricas caravanas tiradas por mulas que se dirigían al oeste norteamericano, a mediados de los cuarenta del mismo siglo (en plena guerra con México), se adentró, junto a varios militares, entre ellos su esposo, en las desérticas soledades de las serranías de Chihuahua, Coahuila y Durango.⁹⁵

De manera previa a nuestro periodo, hay viajeras muy amables en su visión social. Digamos, Mary Blake y Margaret Sullivan, escritoras profesionales ambas, periodistas y, además, Blake poeta, quienes en su libro *Mexico. Picturesque, Political, Progressive* vieron a nuestro país como una tierra de encanto: “el profundo dorado de la luz del sol se abre paso en la delicada cobertura verde detrás de nosotros; extraños pájaros en jaulas de mimbre se responden, uno al otro, en explosiones de melodía”, escribe Blake.⁹⁶ Más allá de esto, otros testimonios pronto llegarán.

⁹³ *Ibidem*, p. 160 y p. 297, respectivamente.

⁹⁴ Véase de ella su clásico *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, Felipe Teixidor (trad. y pról), México, Editorial Porrúa, 1959.

⁹⁵ Susan Shelby Magoffin, *Down the Santa Fé Trail and into Mexico. The Diary of..., 1846-1847*, Stella M. Drumm (ed.), New Haven, Yale University Press, 1926. En tiempos en que se expandía el daguerrotipo por la parte oeste de los Estados Unidos, el diario de Magoffin aún no contempla imágenes, aunque su diario sí fue publicado, por su editora Drumm, ya en la década de esos años veinte, con un retrato de ella realizado por medio del daguerrotipo.

⁹⁶ Mary Elizabeth Blake y Margaret F. Sullivan, *Mexico. Picturesque, Political, Progressive*, Boston, Lee and Shepard Publishers, 1888, p. 113. Para ese tiempo este libro no cuenta aún con imágenes fotográficas.

Tema relevante es el de las viajeras, sobre todo porque en un periodo preciso (que, más allá de nuestros límites, se extiende hasta la primera mitad del siglo XX) supieron utilizar la fotografía para extender su escritura, o bien como fotógrafas ellas mismas o adquiriéndolas para sus libros. Y, desde luego, porque el testimonio termina por complementarse con las imágenes, como continuaremos viendo. Sobre la relevancia de las viajeras anglosajonas, la historiadora Alicia Diadiuk, señala muy en consonancia con Pratt que: “Sus aspiraciones fueron entregar al lector las experiencias por ellas vividas como un testimonio personal y, por personal diferente, reflejando en su acercamiento a la materia un ángulo muy particular de sus propios y especiales intereses, así como la huella de su trayectoria hacia el rompimiento con la tradición que la mantenía a la zaga del hombre, para asumir finalmente el papel de protagonistas”. Y agrega: “Puede decirse que las viajeras tienen la capacidad y habilidad necesarias para identificar, aunque ligadas a su fantasía, los problemas más existenciales, más relevantes de sus contemporáneos”.⁹⁷ Con todo, se percibe igualmente una doble actitud, por no hablar de una doble moral: la mirada amable que suele predominar en donde no dejan de aparecer duras aseveraciones acerca del país. Diadiuk muestra las experiencias testimoniales de una viajera como Brilliana Harley de Tweedie quien en *Mexico as I Saw it*, uno de los tres libros que escribió sobre México, a partir de su primer viaje en 1899, escribe: “Realmente es un país de paradojas. En algunos aspectos altamente civilizado, sin embargo, en otros aún permanece en un estado de completa barbarie. Siempre interesante y pintoresco, pero a veces triste y aterrador”. Mientras que el mexicano “en verdad, es un extraño espécimen de la humanidad... El mexicano no tiene ambiciones. Su apatía es desesperante. Nunca le preocupa el futuro mientras tenga algunos centavos para gastar en el juego o en la bebida... Pueden vivir con cualquier cosa. Aún duermen

⁹⁷ Alicia Diadiuk, *Viajeras anglosajonas en México. Memorias*, México, SepSetentas (62), 1973, pp. 8-10.

sobre el suelo desnudo, tienen pocas necesidades y ningún conocimiento. En la mayoría de los casos es flojo y pocas veces es algo más que un animal”. Y con todo y que sus otros dos libros que escribirá son laudatorios hacia el presidente Díaz, escribe brevemente sobre su política laboral –inmersa en el esclavismo--, sin implicar al presidente. Aspectos en los que se explayará, e impactará, más adelante John Kennet Turner. Tweedie escribe: “Mientras que legalmente este sistema estaba prohibido [el esclavismo], en la práctica se usaba... el crédito casi siempre excedido de los peones, hacía de estas pobres gentes esclavos más o menos”.⁹⁸ Estas palabras las dio a conocer en 1901. Pocos años después adquirirían una dimensión internacional, hasta el escándalo de no creerse.

Más atrás de nuestro periodo estudiado, se encuentra Alice Dixon Le Plongeon, toda una fotógrafa profesional, arqueóloga y escritora que acompañó, en 1873, a su marido Augustus Le Plongeon a la península de Yucatán. Su mención aquí es necesaria porque en Alice, como moderna pionera, se perfilan varios trazos intelectuales que tendrán las viajeras que le seguirán: lleva un diario de viaje (escrito entre 1873 y 1876) y ella misma realiza decenas de imágenes sueltas –al fin de cuentas ella era una fotógrafa profesional-- no conformadas como libro, pero sí como álbumes (de la misma manera en que Teobert Maler trabajó, escribiendo y conformando álbumes y fotografías sueltas).⁹⁹ Curiosamente, sus fotografías impresas en albúmina, llevan sellos en donde se lee: “Le Plongeon” o “Fot. Por el Dr. Aug. Le Plongeon y señora”. Pero en su diario, recientemente dado a conocer, y con nuevas investigaciones realizadas por su biógrafo, Lawrence Desmond, se deja en claro una circunstancia: a Augustus no se le permitía

⁹⁸ Brilliana Harley de Tweedie, *Mexico as I Saw it*, Nueva York, The Macmillan Co., 1901, citado en Alicia Diadiuk, *op. cit.*, pp. 47-50. Los otros libros que Tweedie escribió son *Porfirio Díaz, the Maker of Modern Mexico*, Londres-Nueva York, Thomas Nelson and Sons, 1906; y *From Díaz to the Kaiser*, Nueva York, George H. Doron, Co., 1917.

⁹⁹ Carlos A. Echanove Trujillo, *Dos héroes de la arqueología maya: Frederic de Waldeck/ Teobert Maler*, Mérida, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1974; y Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba, *Teoberto Maler. Historia de un fotógrafo vuelto arqueólogo*, México, Sinafo-INAH, (Testimonios del archivo), 2008.

fotografiar a las mujeres yucatecas, ni aun en la vía pública. Fue Alice quien realizó todos esos registros, además de las imágenes de las excavaciones que ambos realizaban.¹⁰⁰

La referencia a Alice Dixon delinea la actividad de otras parejas como Annie y Alfred Maudslay o Eduard y Caecilie Selser, quienes poseen las cualidades intelectuales del matrimonio Le Plongeon: son arqueólogos, viajeros, escritores y fotógrafos, además de realizar un extenso trabajo en conjunto. En el caso de Annie y Alfred, ellos cruzan por México en 1893, año y medio posterior a su boda, con dirección a Guatemala. Un bello y voluminoso libro ilustrado con fotograbados, resultado de este viaje, será publicado en 1899, con el título de *A Glimpse at Guatemala* que ambos firman.¹⁰¹ Un libro con referencias sustanciales, Alfred trabajaría en México (en Yaxchilán, en 1882, en Chichén Itzá en 1889, en Palenque en 1899 y en Oaxaca, donde instala un cuarto oscuro y es auxiliado por Annie, entre 1903 y 1907), ocupado fundamentalmente en realizar trabajos arqueológicos y de registros fotográficos de la arquitectura maya. Y escribiendo sobre ésta hasta convertirse él en el paradigma del arqueólogo moderno,¹⁰² además de traductor al inglés de Bernal Díaz del Castillo.¹⁰³ De su breve paso en 1894, Annie –quien era la encargada de escribir sobre el viaje de la pareja–, aunque quizá también al alimón con Alfred, escriben sobre las costas mexicanas que ven desde lejos (fascinados siempre por la exuberante vegetación), el puerto de San Blas y Acapulco al

¹⁰⁰ Lawrence Gustave Desmond, *Yucatán Through Her Eyes. Alice Dixon Le Plongeon, Writer & Expeditionary Photographer*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2009.

¹⁰¹ Anne Maudslay y Alfred Persival Maudslay, *A Glimpse at Guatemala, with some Notes on the Ancient Monuments of Central America*, Londres, John Murray, 1899.

¹⁰² Véase Ian Graham, *Alfred Maudslay and the Maya. A Biography*, Londres, The British Museum Press, 2002, y de él mismo “Historia de la exploración arqueológica”, en Peter Schmidt, Mercedes de la Garza, y Enrique Nalda (coords), *Los mayas*, México, Landucci Editores-CNCA-INAH, 1998; además Roberto García Moll y Daniel Juárez Cossío, *Yaxchilán. Antología de su descubrimiento y estudio*, México, INAH, (Colección científica), 1986.

¹⁰³ Bernal Díaz del Castillo, *The Discovery and Conquest of Mexico*, A. P. Maudslay (intr., trad. y notas), Londres, George Routledge & Son, 1928. Este libro fue acompañado con varias fotografías realizadas por el propio Maudslay de los sitios que menciona el conquistador. Un tanto para dejar ver al lector moderno los lugares mencionados. En una de ellas se ve a Annie, en Cholula, a lomo de mula y junto a las cajas de los instrumentos fotográficos.

que prefieren no acercarse. Hacen fotografías desde la cubierta del barco de los vendedores de frutas (un cuadro de costumbres notable, en picada, con líneas en diagonal) y dejan su testimonio:

En la noche del siete de diciembre [de 1893], arribamos al puerto de Acapulco. Nos adentramos en su hermosa bahía, a través de un tortuoso canal entre altos acantilados, guiados sólo por la tenue luz colocada sobre la parte superior de una roca. El mar era de una maravillosa belleza, con destellos fosforescentes, animado por peces iluminados y delfines nadando de un lado a otro, que dejaban estelas de luz tras de sí. A través de este mar de plata líquida llegamos al fondeadero, cerca del pueblo. Conforme nos acercábamos a la orilla, largas y angostas canoas iluminadas por grandes antorchas hechas de pino, tripuladas por muchachos del color de la caoba, salieron de la oscuridad; y antes que se tirase el ancla, el barco fue rodeado por una hilera de botes vivanderos llenos de fruta, vegetales y ollas, presididas por curtidos hombres y mujeres mexicanos.

Era una bonita y divertida escena, y conforme las mujeres de los botes y sus intenciones contrabandísticas fueron del conocimiento de la tripulación del barco, un vivaz juego de negociaciones en extraña jerga entre español e inglés, comenzó inmediatamente; y continuó, hasta donde sé, toda la noche. Ésta fue bastante ruidosa, volviéndose bastante desagradable por el arribo de gigantescas cargas de carbón transportadas por pintorescos demonios: pequeños negros vestidos con sucias ropas blancas, quienes portando llameantes antorchas, se pasaron toda la noche proveyéndonos de carbón y llenándonos de polvo. Cuando el sol salió a la mañana siguiente, el calor era excesivo, y como el pueblo en sí mismo se veía poco atractivo, y a pesar de que los alrededores eran hermosos a la vista éstos sugerían malaria. No intentamos bajar a tierra firme, así que nos contentamos observando a los vendedores de fruta...¹⁰⁴

¹⁰⁴ Traducción de Claudia Negrete, “Alfred Persival Maudslay”, en *Alquimia*, México, núm. 5, enero-abril, 1999, p. 29.



Anne Maudslay y Alfred Persival Maudslay, *A Glimpse at Guatemala*, 1899.

Para el matrimonio Maudslay más valía permanecer lejos. Admirar el paisaje en la lejanía. Con todo y que Alfred era un experimentado viajero en tierra tropicales y que, a pesar de todo, en Guatemala, a Annie terminaría por afectarle la malaria. Y de esta precavida distancia nada dice esa notable fotografía de los comerciantes en sus barcas, tomada en las costas de Acapulco que aparece en *A Glimpse at Guatemala*. Pareciera, más bien, una insólita imagen de acabado moderno hecha a finales del siglo XIX. En realidad, un registro con el que sus autores asumían una distancia, desde arriba, desde lejos.

En el caso de Caecilie, ella acompaña a su esposo Eduard Seler por primera vez a México en noviembre de 1887. Como Alice, ella es una declarada profesional de la fotografía que incluso llegó a escribir sobre la necesidad del uso de este medio en los viajes (su artículo “La fotografía en los viajes de investigación”, que apareció en un medio especializado).¹⁰⁵ También logró comercializar una innumerable cantidad de postales sueltas hasta que deja finalmente el país a principios de 1911. Entre los muy diversos artículos sobre etnografía y arqueología que escribe sobre México, destacan

¹⁰⁵ “Photographie auf Forschungsreisen”, *Deutscher Kamera Almanach 2*, Berlín, G. Schmidt, 1906.

dos de sus libros de viajes: *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala*, publicado en 1900 y *Auf Forschungsreisen in Mexiko* que, aunque realizado y basándose en sus experiencias mexicanas del periodo de la primera década del siglo XX, sólo será publicado hasta 1925.¹⁰⁶

Es la investigadora Renata von Hanffstengel, quien ha analizado la obra fotográfica de Caecilie Seler, tanto en sus imágenes sueltas, en los libros, así como sus testimonios escritos, a quien aquí retomamos:

Produce textos sobre la mayoría de sus actividades... También escribe sobre sus fotografías, aclarándose a sí misma –y de paso a nosotros- qué fines persigue con ellas. Incluso da recomendaciones para el espectador. Dice que es injusto criticar las deficiencias artísticas de las fotografías que acompañan las conferencias de los exploradores viajeros. Por el contrario, deberíamos apreciar altamente las fotografías que sí satisfacen las exigencias estéticas ya que ignoramos las dificultades que presentó su toma. En sus textos enumera una serie de dificultades con las que ella se topó en sus viajes y que en parte se deben a lo aparatoso del equipo fotográfico de aquel entonces, pero también a determinados percances, por ejemplo, cuando un cargador extravió el tripié, y uno nuevo, improvisado, no presentó la debida estabilidad.¹⁰⁷

Von Hanffstengel además señala: “Los talentos naturales de Caecilie Seler-Sachs aunados a una esmerada educación recibida en su juventud, resultaron en una obra valiosa por derecho propio. Su obra fotográfica es mucho más que un mero registro documental del trabajo de su esposo –lo cual en sí, bajo las condiciones en que tuvo que viajar y efectuar las tomas fotográficas habría sido una hazaña”. Esta investigadora agrega: “La autora no destaca lo ‘exótico’ para lograr un efecto provocativo en su país. Tampoco cae en el vicio de numerosos fotógrafos viajeros de practicar el voyerismo por

¹⁰⁶ Caecilie Seler-Sachs, *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala. Reiseerinnerungen und Eindrücke aus den Jahren 1895-1897*, Berlín, Reimer, 1900; *Auf Forschungsreisen in Mexiko*, Berlín, Ullstein, 1925.

¹⁰⁷ Renata von Hanffstengel, “Valores estéticos en la fotografía y los escritos de Caecilie Seler-Sachs”, en Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos (eds.), *Eduard y Caecilie Seler. Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*, México, UNAM-INAH-Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas, A. C., 2003.

medio de imágenes de los cuerpos desnudos de los ‘salvajes’ so pretexto de efectuar estudios etnológicos y menos aún contribuyó Caecilie Seler-Sachs con sus testimonio escritos y gráficos al expansionismo colonial, tan en boga en su tiempos”.¹⁰⁸ En su libro publicado en 1925, acerca de experiencias vividas entre 1900 y 1910, “la autora reconoce claramente el sistema de tiendas de raya con el subsecuente estado de esclavitud por endeudamiento de los trabajadores agrícolas. Contrapone a la gravedad de este descubrimiento su observación sobre los peones quienes, después de recibir su pago, se retiran contentos y cantando. De por sí, muestra gran habilidad en el uso del contrapunto”. El siguiente testimonio es apenas un ejemplo de cómo se dio su vida de exploración en una profesión dominada por lo masculino:

Para ella, emprender los viajes de igual a igual con su marido era una cosa natural, es más, ella lo aventajaba en juventud y salud y tuvo que atenderlo en sus graves enfermedades en más de una ocasión, recorriendo entonces largas distancias a caballo con un ayudante para realizar sola el pesado trabajo de hacer copias de las piezas arqueológicas por medio de papel mojado. Por consiguiente, resultan grotescas las situaciones en las que la tratan como a una “dama” en el sentido convencional de la palabra. En una excursión en Guatemala, por ejemplo, un “Herr Kanter” rehúsa cabalgar en compañía de “damas”, y ella tiene que partir una hora después que el grupo masculino. En otra ocasión, en una casa club en Comitán [Chiapas], ella se siente incompetente ante la necesidad de fungir como una mujer de la cual se espera una conversación insulsa. “Los hombres no sabían qué hacer en mi compañía, ya que ni siquiera sabía tocar el piano”.¹⁰⁹

Caecilie, quien recorrió todo México, fue una exquisita paisajista en fotografía. Otro de sus libros en donde se vio su trabajo fue *Mexiko. Baukunst, Landschaft, Volksleben*, editado por Hugo Brehme en 1925 (con su obra hecha antes de 1910). Su trabajo se desplegó extensamente a lo largo del libro. Aunque ahí también se llegaron a ver, por

¹⁰⁸ *Ibidem.*

¹⁰⁹ *Ibid.*

momentos, y más allá de lo bucólico a lo que tanto era afecto Brehme, las depauperadas condiciones en que vivían los indígenas mexicanos.¹¹⁰

Las profesiones de las viajeras en México son diversas. En el caso de Alice Dixon, Annie Maudslay o la misma Caecilie Seler, no se les puede delimitar a una sola profesión, porque lo mismo se desenvuelven en la antropología, la escritura, la arqueología, la etnología, la fotografía desde luego, e incluso como activistas pioneras en el feminismo (Alice y Caecilie). Pero la primera década del siglo XX también verá la llegada de geólogas, profesoras escolares, aristócratas, comerciantes que apoyan a sus maridos, esposas de diplomáticos y hasta pintoras que también dejaron su testimonio escrito, como Mary Barton.¹¹¹ Todas ellas casos singulares.

Proveniente de Hamburgo, vía La Habana, la geóloga Mietze Glanz Diener llega al país en agosto de 1906 para participar en el X Congreso Internacional de Geología en México. Conoce bien a Caecilie Seler-Sachs a quien ha estudiado y con quien mantendrá contacto. Y sin ser propiamente una fotógrafa profesional se prepara para el viaje de tres meses por tierras mexicanas: “Para la imágenes fotográficas me hice de una

¹¹⁰ Hugo Brehme, *Mexiko. Baukunst, Landschaft, Volksleben*, Walther Staub (intr.) Berlín, Ernst Wasmuth, 1925. En éste se publicaron 40 fotografías de Caecilie Seler, junto a otras de Teobert Maler. Sobre esta autora nos fue necesaria la consulta del breve, pero ampliamente documentado catálogo de exhibición, *Caecilie Seler-Sachs, 1855-1935. Una mirada amorosa al México de hace 100 años*, México, Eckehard Dolinski, Renata von Hanffstengel, Cecilia Tercero Vasconcelos (eds.), Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas, A. C.- Biblioteca de México, agosto-septiembre, 1998.

¹¹¹ En algún momento Barton escribe sobre su trabajo público, como pintora, en la plaza de Orizaba: “las personas se reunían alrededor cuando trabajaba, y se quedaban boquiabiertas con asombro, pues aunque algunos pintores de los estados vienen cada invierno, la gente todavía no se ha acostumbrado a ver otro tipo de imágenes, excepto cuando se hacen fotos con la cámara; y cuando se dan cuenta que [una pintura] no se hace en un momento es que su asombro crece, y después de unas horas de trabajo exclaman: ‘Mucho trabajo señorita’, sorprendidos por lo que consideran una gran paciencia y perseverancia, porque el trabajo no es el punto fuerte del mexicano. Trabaja con valentía por un corto tiempo, pero cuando se ha hecho lo suficiente para alimentar a su familia y a él se detiene por el resto de la semana”. Barton provino de Inglaterra y todo indica que era de origen irlandés. No explicita las fechas de su estancia en México, pero éstas debieron ser antes de 1910 y por una estancia de seis meses, periodo en que realizó 60 cuadros. Su libro contiene 20 pinturas las cuales se exhibieron, según sus propias palabras, en The Fine Art Society de Londres. Todo indica que su trabajo gozó de gran éxito ya que la mayoría de las obras incluidas en su libro pertenecían, al momento de su publicación, a colecciones inglesas. Véase Mary Barton, *Impressions of Mexico with Brush and Pen*, Nueva York, The MacMillan Company, 1911; también “Painting in Mexico”, *Studio*, núm. 41, Londres, septiembre de 1910, pp. 215-220.

cámara con lente Lechner Reichert y película Premo, que me prestó un muy buen servicio. En las ciudades, de las que rara vez se hacen registros, cada guía nos llevaba a hacer cierta cantidad de registros; yo, por el contrario, puse mi atención en los temas que no se reproducen con frecuencia”.¹¹² Y en efecto, las largas excursiones, patrocinadas por el Instituto Geológico Nacional y las empresas mineras que patrocinan el congreso (además del Ferrocarril Central Mexicano que los conduce a diversos sitios), permiten prolongadas excursiones al grupo de visitantes y significativamente Mietze logra imágenes novedosas: la arquitectura y el paisaje de Orizaba le permiten una equilibrada como geometrizable imagen; en el centro de Cuernavaca logra la imagen de una multitudinaria reunión de la gente del pueblo (que puede verse como un antecedente de *La marcha del 1º de mayo* de Tina Modotti); Mietze pone atención en las construcciones fabriles sin olvidar el entorno del territorio y a las personas. Aunque acaso por su inhabilidad con la cámara, por momentos, no logra la obtención de una imagen: “El viaje desde Veracruz a la Ciudad de México está lleno de bellas imágenes, y seguí fotografiando lo que yo prefería. Por desgracia, el tiempo era desfavorable por la tarde y sólo he conseguido una imagen”.¹¹³ Aunque la describe, la Ciudad de México no le merece mayor atención salvo la vida en las elegantes calles del centro de la ciudad. En cambio su viaje hacia la parte central y norte del país -Saltillo, Torreón, Chihuahua, San Luis Potosí, Guanajuato— le merecen una mayor atención. La vegetación y lo abrupto de los paisajes montañosos causan su asombro. Pone atención en la orografía pero también en las personas. Aunque por la rapidez con las que viajaban los excursionistas todo lo tienen que hacer de manera rápida. En la estación de Ceres, cerca de Saltillo, se lamenta: “El embalaje era rápido, nos habían advertido varias veces que lleváramos tan poco equipaje como fuera posible. Teníamos muy poco,

¹¹² Mietze Glanz Diener, *Reise in das Moderne Mexico. Erinnerungen an den X Internationalen Geologen-Kongress in Mexico*, Viena y Leipzig, A. Hartleben's Verlag, 1908, p. 4.

¹¹³ *Ibidem*, p. 16.

apenas un pequeño bolso de mano y por desgracia también el aparato fotográfico se encontraba detrás [del vagón]”.¹¹⁴ Sin embargo en Ceres logra, en algún momento, una desolada imagen, con el retrato de una familia en primer plano y la estación del ferrocarril, un geométrico rectángulo, visto a la distancia en medio de un inhóspito paisaje. De la geóloga Mietze Diener no tenemos otro dato de que haya regresado a México.

La profesora Marian M. George debió de venir por primera vez a México hacia 1899-1900 ya que la primera edición de su libro, *A Little Journey to Mexico and Central America*, fue publicado en 1901 con sucesivas ediciones y revisiones.¹¹⁵ Aunque no lo señala expresamente, George debió haber realizado si no todas, sí la mayoría de las fotografías que contiene su libro (algunas son de autoría de W. H. Jackson, de Winfield Scott y otras más de A. Briquet), ya que ella describe cuidadosamente las imágenes contenidas en éste. *A Little Journey to Mexico...* es un libro didáctico sobre las costumbres y la vida de México, para que el país fuera conocido entre estudiantes estadounidenses o en el ámbito hogareño, como bien lo señala su título. Entonces, ¿cuáles son sus consideraciones vertidas en su libro? Como otros viajeros, detalla las costumbres y a los habitantes de las calles de las muy diversas ciudades por las que cruza. En Zacatecas, primer sitio al que llega después de cruzar por Ciudad Juárez, describe a las mujeres: “Los rostros de estas mujeres son muy tristes. La mayoría de ellas son feas y desordenadas, y su ropa es poco más que harapos, porque son lamentablemente pobres. Y sin embargo, este país está, literalmente, pavimentado con mineral precioso. La gente común vive en miserables chozas de barro y duermen en el suelo, mientras que la plata se lleva fuera de sus puertas para abastecer a casi la mitad

¹¹⁴ *Ibid*, p. 65.

¹¹⁵ Marian M. George, *A Little Journey to Mexico and Central America, for Home and School Intermediate and Upper Grades*, Chicago, A Flanagan Company, 1908. Aquí revisamos la edición de 1920, que señala las ediciones de 1901, 1904 y 1908.

del mundo”.¹¹⁶ Y sí así ve el lado femenino, su percepción sobre la población masculina no se queda atrás:

El peón, con su traje pintoresco, es la parte más interesante de cada escena callejera. Las personas, a menudo familias enteras, se pasean alrededor de una manera pausada, se sientan en los bordes de las banquetas en grupos durante horas, se extienden bajo el sol en las esquinas de los edificios inhabitados y dormitan al paso de los días. Muchos de ellos parecen no tener nada que hacer, y no se preocupan por hacer algo. Los mestizos tienen una complexión más delgada que la de los indios, y rostros más agradables, pero no son tan deseables como ciudadanos. Ellos son los siervos, los arrieros, pastores y agricultores. Son perezosos, apasionados y vengativos... Estas personas, que representan casi dos tercios de la población, son muy ignorantes y supersticiosas. Ellos están contentos, rara vez son emprendedores o ambiciosos, a menudo indolentes, y no están dispuestos a prever para el futuro.¹¹⁷

Muy probablemente la profesora George se ha documentado en otras lecturas viajeras, ya que su breve viaje a México no le podría haber ofrecido los conocimientos a detalle sobre la cultura que visita y que le hubieran requerido de más tiempo. Para ella el pan no es conocido por los nacionales, ni los molinos:

El pan, tal como lo conocemos, es desconocido para la mayor parte de los mexicanos. Ellos son aún ignorantes de lo que es la harina, y nunca han visto o, de hecho, escuchado acerca de un molino. Las tortillas o tortas de maíz, toman el lugar del pan. Estos constituyen el alimento principal de las personas más pobres, y también siempre se encuentran sobre la mesa de los ricos. Están a la venta en todas las estaciones, en el mercado, y en la esquina de la calle por un vendedor que las lleva sobre una canasta.¹¹⁸

Aquí y allá en su libro aparecen los tipos urbanos (“Mexican Indians”, “Water Carriers”, “Indian Women at Work”, “An Indian Mother”) y cada uno de ellos le

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 16.

¹¹⁷ *Ibid*, p. 57.

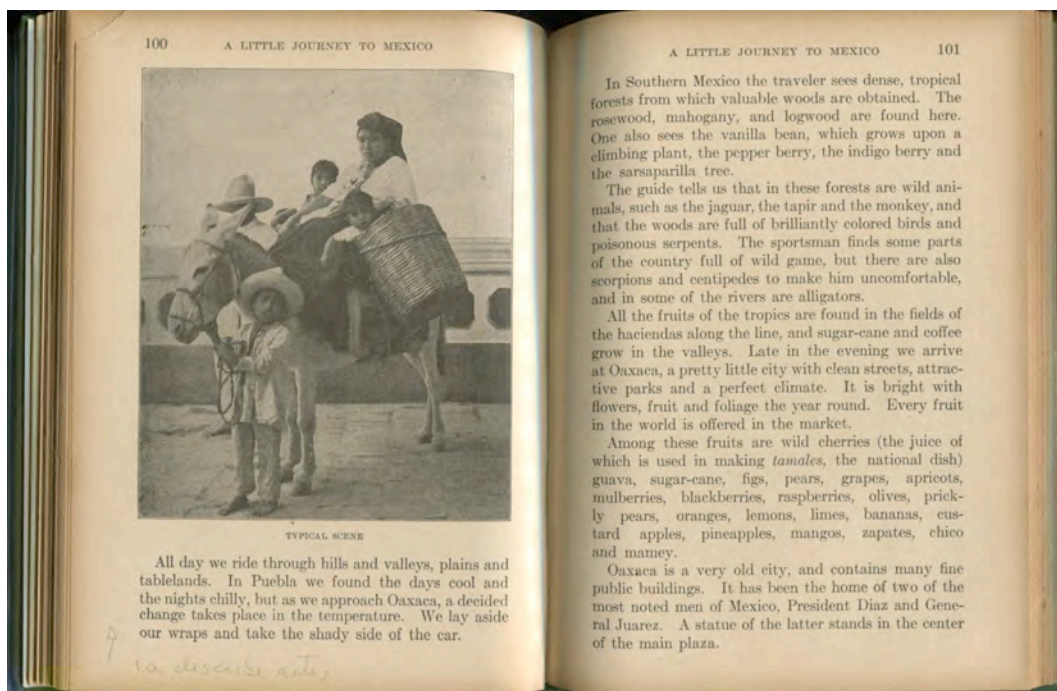
¹¹⁸ *Ibid*, p. 59. Difícilmente se puede creer en esta aseveración de la profesora George, ya que por su lado Mary Barton señala, en su libro publicado en 1911, que “los mexicanos hacen excelente pan y pasteles”, los cuales se vendían tanto en estaciones de trenes como en restaurantes, *op. cit.*, p. 17.

merece un comentario. Esto es, establece comparaciones directas con las fotografías. Se sorprende con un cortejo fúnebre infantil en plena calle; de los oscuros carros funerarios que cruzan permanentemente por las calles de la Ciudad de México; de los cuerpos de rurales le llaman la atención su vestimenta y cabalgaduras; y se extiende acerca del comercio popular: “Uno de los principales mercados está al sur de la Catedral [de México]. Estos son muy interesantes para todo turista”. Las carretas tiradas por bueyes, que cruzan por las ciudades mexicanas, son para George otro tema a abordar y publica varias imágenes de ello. Y, por supuesto, el tránsito de los burros en plena ciudad le sorprende:

Hasta hace unos años el burro tomó el lugar del ferrocarril, y en muchos lugares hoy en día es el medio de transporte popular. Forman parte del paisaje, sin importar a donde mires, en la ciudad y en las afueras, siempre en movimiento, estas pequeñas bestias que tanto sufren caminan lentamente con cargas que parecen lo suficientemente pesadas como para aplastarlos. A veces transportan mercancías, otras pasajeros y muchas veces ambas cosas. Es frecuente ver a la familia de un campesino llegar a la ciudad acompañado por este animal. El hijo mayor va a la cabeza, el padre caminando y la madre junto con los niños más pequeños van montados.¹¹⁹

Ésta es una de muchas descripciones que, en paralelo, se muestra con una fotografía, acaso tomada por ella misma. Marian George viajó por Aguascalientes, Querétaro, Ciudad de México, Puebla y Oaxaca. Se lamenta no haber visitado Guadalajara, Jalapa y Tampico lo cual “deberá esperar para otra ocasión”. Finalmente su libro, que buscaba ser escolar y didáctico sobre el país visitado, se reeditó por lo menos cuatro veces, hasta 1920.

¹¹⁹ *Ibid*, p. 84.



Marian M. George, *A Little Journey to México and Central America*, [1901], 1920.

Elizabeth Visère McGary (A “*señorita aristocrática*”, como se presenta en un retrato de ella en el frontispicio de su libro), debió de haber llegado a principios de enero de 1900 proveniente de San Antonio (“llegué de mi casa texana hacia esta extraña tierra”), dado que en algún momento menciona a esa ciudad y una boda a la que asiste el 18 de ese mes ya en la Ciudad de México. Tiene apenas 20 años de edad y llega, además de viajar, para aprender español. Su libro, *An American Girl In Mexico*, es, en general, y salvo algunos esporádicos comentarios, un libro amable sobre el país en donde se hace referencia a los tópicos que tanto asombran a los viajeros: la sociedad campesina; el consumo de tortillas; los nuevos alimentos a los que se enfrenta (“I never learned to drink *leche de cabra*”); las costumbres habituales (“Mexico is well named ‘the land of the *mañana*’. No matter what a person wants it is promised *mañana*, which means ‘tomorrow’”); las fiestas públicas (la quema de Judas) o bien de cómo las tiendas, todas, tienen nombres parecidos a los de las cantinas y pulquerías (una de ellas “The Triumph

of the Devil”; una farmacia: “The Gate to Heaven”).¹²⁰ Aprende los modismos del lenguaje que para ella se da más entre los peones y le ofrece algunos ejemplos a sus lectores, colocando entre paréntesis su significado: *quién sabe* “(means ‘who knows?’)”, que para ella es una respuesta permanente ante cualquier pregunta; *vuelvo en un momentito* “(I return in one moment)”, un tiempo sin definición; o *no es costumbre*, cuando no se quiere aceptar algo, por más razones que se ofrezcan.

Ella viaja sola a lo largo de México, aunque en el primer tramo le acompañan unos amigos. Primero hacia Monterrey –en donde la recibe su anfitrión, el Sr. Carlos-, y en donde permanece la mayor parte en que dura su viaje, después hacia Saltillo, San Luis Potosí, Ciudad de México y Veracruz, de donde regresa a casa. Pronto se quedará sola en Monterrey al despedir a sus amigos con música: “Entonces balbuceé un ‘adiós’ y me arrastré a la cama para enterrar mi cara en la almohada y sollocé hasta quedarme dormida, porque sabía que mis amigos se habían ido, que estaba sola, ‘una extraña en tierra extraña’. Seriamente estaba dudando de cuán importante me era aprender español después de todo, cuando me quede profundamente dormida, alejada de las presiones de aquella lastimera canción, ‘La Golondrina’”. Pero pronto se olvida de ello para iniciar sus testimonios. En el centro de Monterrey ve cómo se establecen los paseos en donde se reúne toda la sociedad:

Todas las clases de personas se reúnen en las plazas por la noche. Hay tres paseos establecidos. El que está en el borde es para la gente de la clase superior, y para todos los estadounidenses; el próximo para los de la clase media, y en el paseo interior se aglomeran los "peones", o la gente de las clases bajas. Que supieran muy bien cómo tomar su lugar, era una maravilla constante para mí, es raro que uno de ellos se olvide, si lo hace, y trata de hacer a pie otro recorrido más alto, uno de los pocos policías de mirada dura se complace en expulsarlo. Los hombres y mujeres caminan en direcciones

¹²⁰ Elizabeth Visère McGary, *An American Girl In Mexico*, Nueva York, Dodd, Mead and Company, 1904.

distintas, a menos que sean casados se les permite dar un paseo tomados del brazo.¹²¹

Ella, por las imágenes que deja ver, llega a una casa de clase alta. Quizá por ello sus siguientes observaciones:

En una casa opulenta difícilmente hay un límite en el número de sirvientes. Por lo menos en una casa pretenciosa siempre se encuentra un *portero*, un *cochero*, una *mucama*, una *lavandera*, *planchadora*, *caballerango*, *mozo*, *cocinera*, *molendera*, y, el más presumido de todos, el *lacayo* o criado. Las familias que llevan una existencia más modesta tienen que soportar las penurias de tener sólo cinco o seis sirvientes. Una dama nunca solicita su ayuda excepto cuando aplaude rápidamente; este método también se utiliza en las calles cuando se le llama a alguien inferior. Los sirvientes les llaman a su ama *niña*, que significa bebé o niña. Es patético escucharlos, cuando son reprendidos, gentilmente protestan “*pero niña...*”. A señas, un mexicano gira la palma de su mano hacia afuera, exactamente contrario a nuestro movimiento.¹²²

Visère ve también la vida de los Otros. Tanto la comida colectiva de ellos como los breves momentos de satisfacción en las grandes casas.

Los peones subsisten exclusivamente con tortillas frías y frijoles hervidos, justo lo que pueden comprar por pocos centavos para alimentar a una familia todo el día. Ninguna ama les ofrece otro tipo de alimento a sus sirvientes más que esto. Quizás ésta sea la razón por la que Pedro [uno de los pequeños sirvientes de la casa], quien llevaba las tortillas, respondió al llamado de la campana, despertó a la casa y anunció las comidas, se presentó, lo que me pareció a su edad, con el rostro adusto para un niño.¹²³

¹²¹ *Ibidem*, p. 8

¹²² *Ibid*, pp. 22-23. Los subrayados se encuentran en español en el original, con su traducción al inglés entre paréntesis.

¹²³ *Ibid*, pp. 23-24.

romping life, tumbling over the sidewalks or riding a half dozen at a time on one stubborn little burro.

The "peon" family spends most of the time in the streets, peddling any little article they may have, or lounging lazily about the plazas, while the children enjoy life. They clamber on to the passing street-car, (for which the driver gives them a sharp cut with his whip,) steal from the near-by fruit-seller, and chase every wheel they see.

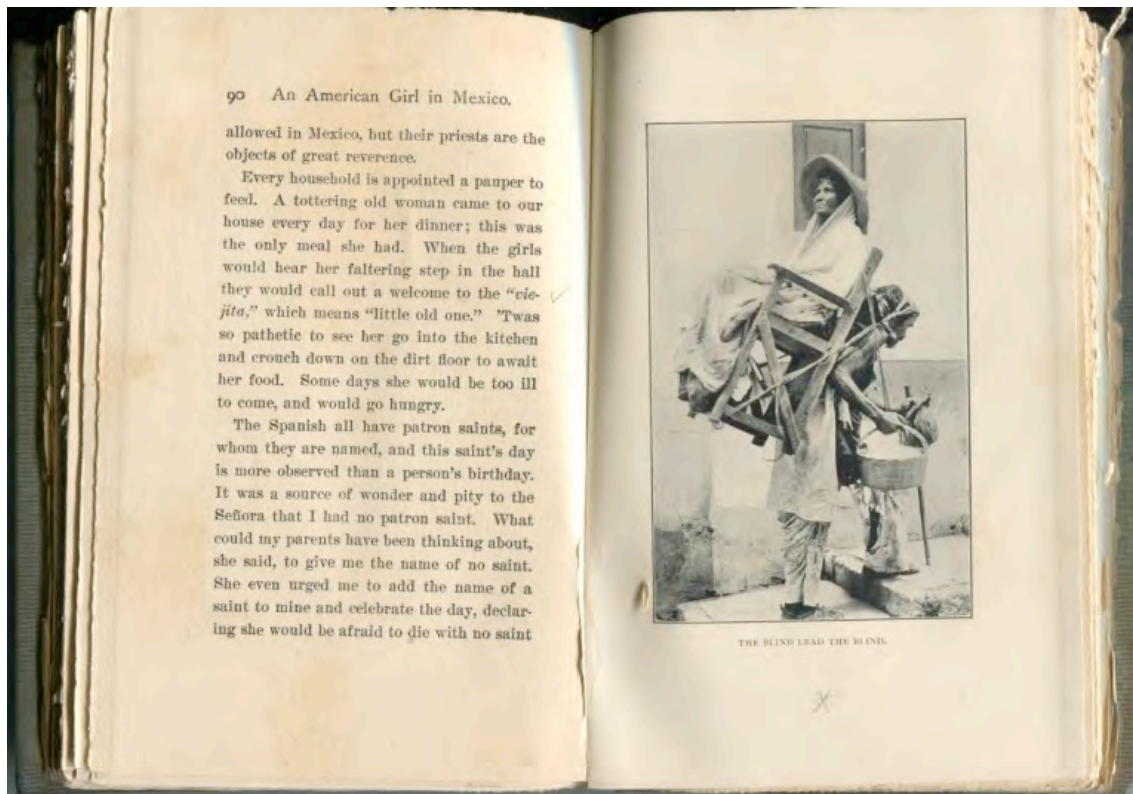
A bicycle is a source of unending curiosity to these people. I heard of a party of Americans who were invited to a ball on a *hacienda* or ranch. They sailed out independently on their wheels, and a kindly disposed serving woman took the name of each one on a separate card as they entered—for what reason they did not question. When they started home, each found a card neatly pinned on the back tire, the tire as flat as it could well be. I think they decided to spend the night on the ranch.



PEON WITH THE NISA OF LIZ.

Elizabeth Visère McGary, *An American Girl In Mexico*, 1904.

Las imágenes fotográficas que Visère incluye en su libro poseen dos sentidos y, todo así lo indica, provienen de dos fuentes. Por un lado, de la adquisición mediante compra, imágenes de vasta circulación, algunas de las cuales pueden ser atribuidas a A. Briquet, varias de ellas de un crudo realismo: un vendedor de ollas con su gran carga en medio de un desolado campo (cuyo pie de imagen, no concuerda con lo que se ve, "A Small Burden for a Peon"); una pobrísima familia indígena frente a su casa de palma y piedras ("Taking a Sun Bath Before their Palm Hut"); un hombre ciego que lleva a sus espaldas, sobre una precaria silla, a otra anciana ciega, ambos de desgarradas ropas ("The Blind Lead the Blind").



Elizabeth Visère McGary, *An American Girl In Mexico*, 1904.

O bien otra familia más, sin padre, de una mujer con sus cuatro pequeños hijos, rodeados de cactus, con su casa de palma al fondo y ellos vestidos de pobres ropajes (con el irónico título al pie, como otros títulos, de "A Happy Home Circle"). Estas imágenes no se corresponden en general a las descripciones de Elizabeth Visère dentro del cuerpo del texto. Pareciera que no tienen cabida desde su testimonio. ¿A qué se debe su inclusión? Podemos aventurar algunas hipótesis: acaso porque ese era el material visual que era conseguible en los comercios que se anunciaban con "Mexican Curios & Souvenirs", como la Sonora News Company (¿de ahí la ironía?); acaso también porque ella no quería dejar de lado lo que veía de manera cotidiana en pueblos y calles citadinas, pero que sí quiso omitir en sus apreciaciones (la más amable, digamos, es la de unos novios en un balcón, una pareja de clase media alta, "Playing de Bear", un hacer el oso que se refería a cortejar, y de lo cual sí hace referencia y que puede ser atribuida a Winfield Scott). Desde otro punto de vista, Visère McGary no deja de expresar su opinión hacia el país en el que se encuentra: "Cuando una niña ha aprendido

a escribir a mano lo mínimo -para expresarse con extravagancia en el lenguaje poético-, y sobre todo la ortografía correcta, no cabe duda de que se posee educación literaria. [Aunque] las escuelas son tan primitivas como todo lo demás en México”.¹²⁴ Pero también ejerce su visión crítica hacia sus coterráneos. En Monterrey, sobre la boda a la que asiste, escribe:

Me ruboricé de vergüenza por la conducta de algunos turistas americanos, quienes, habiendo obtenido acceso a la iglesia, se habían dotado de algunos de los mejores bancos, y cuando la fiesta nupcial arribó, la novia con la cabeza inclinada, se dirigió lentamente hacia la pila de agua bendita, con la cola de su reluciente vestido de satín arrastrándose detrás de ella, estos americanos deliberadamente se pusieron de pie en sus asientos, y el sonido, el sonido de sus molestas Kodaks rompieron el sagrado silencio.¹²⁵

Quizá por ello sus irónicos comentarios, además porque la visión turística no le merece mayor aprecio por cierta ostentación que ella percibe en sus paisanos: “La concepción popular es que sus bolsillos están repletos de dinero. Los libros de cuentos, y las acciones del tonto turismo dorado, dan pie a que algún sabihondo observe que “un tonto y su dinero se separan pronto”.

Por otro lado se encuentran otras imágenes que hacen pensar en la autoría de Visère. Lo que se deduce porque los personajes retratados son con los que ha convivido y de quienes deja testimonio: una sonriente joven indígena en un elegante patio de época atestado de macetas (“My Innocent Maid- Trinidad”, una tímida jovencita cubierta con un tradicional rebozo); el pequeño Pedro, de sombrero raído, descalzo y cargando a un bebé, en una fotografía titulada “Pedro with nina of Luz”. Luz (quien había sido cocinera en un hospital en San Antonio, Texas) era la sirvienta principal de la casa a la que llega a Monterrey y quien tantos y admirables comentarios le merece sobre cómo lleva la organización de la casa. De San Luis Potosí inserta el retrato de una mansión en

¹²⁴ *Ibid*, p. 119.

¹²⁵ *Ibid*, p. 52.

donde aparece un elegante caballero, de sombrero y traje de charro, su anfitrión en esa ciudad (“A Hallway in the House of the Señora’s Brother”). Y todo ello se corresponde más con el contenido, de afable visión costumbrista, de su libro. Por otro lado, un aguador o un tlachiquero, vistos innumerables veces en imágenes de entonces, apenas se vuelven ilustraciones sin mayores apuntes referenciales en su texto.

Visère no deja de confrontar la presencia de sus compatriotas, haciendo negocios en México y con la manera en que ellos trabajan en el país frente a los connacionales. Desde su experiencia señala que mientras los americanos más se adentran territorialmente en el país más antipatía suscitan y todavía más por las maneras en que éstos trabajan sus propiedades. En San Luis Potosí:

Conocí a un chico americano que abrió una galería fotográfica ahí, él y un amigo invirtieron sus pocos ahorros en una vieja mina que al parecer era inútil. Su salario era poco y por supuesto sus gastos eran menos, pero su determinación no flaqueó. Cuando finalmente se apoderaron de la mina, se interesaron en una capital del norte; y recientemente el joven fotógrafo vendió un tercio de sus intereses por un cuarto de millón de dólares en oro. Por supuesto este giro de acontecimientos sólo puede llamarse suerte, pero, después de todo, “la suerte es arriesgar”. Un mexicano piensa que el dinero que es heredado es el único que vale la pena tener, quizá el somnoliento clima en el que se crían los convierte en las lánguidas personas que son.¹²⁶

Alrededor de dos meses después Elizabeth Visère deja el país por medio del tren. Siempre en tensión, su posición de clase se deja asomar. En algún momento ella comenta: “Empezar en la tercera clase y terminar en un pullman de lujo es infinitamente mejor que comenzar en pullman y terminar en medio de la miseria y la indecible angustia de los ‘pobres’. En un boleto de tercera clase se lee ‘No [se recibe] equipaje con boletos de tercera clase’. Esta exclusión social del equipaje, en los boletos

¹²⁶ *Ibid*, p. 134.

de tercera clase, es absurdo frente a los ‘pobres’¹²⁷. Escribe, finalmente, que “los colores brillantes le otorgan vida, una querida alegría, a los corazones de todo mexicano. ‘Los pobres’ en sus llamativas mantas, atraen la atención de todos los turistas, quienes en cada estación les avientan centavos a la multitud abigarrada, tan sólo para mirar cómo los ágiles niños y los decrepitos pordioseros se arrastran luchando. Un terreno imparcial sin favores”, esto último desde su punto de vista.¹²⁸

Desde otro punto de vista, Harriott Wight Sherratt narra algo similar, aunque este viajero sí deja claro su posición. Y lo que percibe de los viajeros estadounidenses.

La mendicidad es otra forma de enfermedad virulenta que afecta a México, pero nos dijeron que los estadounidenses son en gran parte responsables de esta enfermedad. Cuando la partida de una excursión es esperada, las madres mexicanas ahorrativas visten a sus hijos con harapos y los envían al tren. Los americanos de corazón tierno, movidos por el lamentable espectáculo, les arrojan centavos a los pobres inocentes, y las familias mexicanas viven cómodamente durante semanas con el dinero así obtenido. Esta propagación del pauperismo por la indiscriminada limosna es un tema para la meditación, pues realmente nosotros los americanos somos los delincuentes en este sentido, por tanto podemos estar seguros de que, tarde o temprano, nos veremos obligados a pagar la pena de nuestra irreflexión.¹²⁹

Con todo, la fotografía que inserta en su libro sobre una muy concurrida estación de ferrocarril no muestra estos hechos.

Si *Picturesque Mexico*, el libro de Marie Robinson Wright, mostró un gran despliegue de imágenes, extensas descripciones de las muy diversas regiones del país y, en general, un inusual lujo para los libros de viajeros en 1897, su siguiente libro sobre México rebasará todo ello. Wright regresa a México en 1910, enviada como delegada, de acuerdo a su propio testimonio, por la Sociedad de Geografía de Río de Janeiro para

¹²⁷ *Ibid*, p. 122. Los subrayados se encuentran en el original.

¹²⁸ *Ibid*, pp. 126-127.

¹²⁹ Harriott Wight Sherratt, *op. cit.*, p. 210

las fiestas del Centenario y para volver a hacer otro extenso recorrido y constatar “por todos lados su progreso y desarrollo social que son una revelación para mí”. Su nuevo libro, *Mexico. A History of Its Progress and Development in One Hundred Years* distribuido en los Estados Unidos, París y Londres, contiene más de 500 páginas ilustrado extensamente con fotografías.¹³⁰ Como en su visita anterior, sólo le da el crédito a unos cuantos fotógrafos en este caso a C. B. Waite y a C. F. Clarke (muy probablemente Frank. L. Clarke), aunque ahí mismo aparecen imágenes de Guillermo Kahlo y, nuevamente, de A. Briquet, otras probablemente adquiridas de los fotógrafos locales de las ciudades que visita (de Yucatán publica imágenes de Pedro Guerra) y otras más posiblemente de su autoría. De manera oficial en México, la geógrafa recibe ayuda del propio presidente Díaz (“un gran hombre entre los eminentes hombres del mundo”), de los gobernadores de los estados y patrocinio para sus viajes por parte de los Ferrocarriles Nacionales de México, para dejar de viajar como hacía más de una década lo había hecho. Ahora “he viajado a través de carreteras y caminos en los coches palacio en vez de diligencias, literas y lomo de mula”.

Wright no se aparta del esquema de su anterior libro. Los capítulos iniciales son dedicados a la historia nacional, desde la Colonia hasta la República. Aunque ahora muestra más extensamente la fastuosidad de las ciudades, sustancialmente de la capital mexicana en donde las elegancias de la Colonia Americana le merecen su atención. Y con todo y que incluye una fotografía de la nueva Penitenciaría Federal nada dice al respecto. Mientras que de la vida social se inclina a mostrar el Jockey Club o el Casino Español. Se detiene, todo un capítulo, en los avances de la educación, la salud (la construcción de nuevos hospitales y, ahora, hasta de un manicomio como prueba de la caridad del Estado: La Castañeda, en el pueblo de Mixcoac) y la literatura y las artes. La

¹³⁰ Marie Robinson Wright, *Mexico. A History of Its Progress and Development in One Hundred Years*, Filadelfia, George Barrie & Sons, 1911.

mitad del libro está dedicado a la historia del país, a la loable política de Porfirio Díaz y a las fiestas por las que ha llegado y para las cuales se culminan obras notables. La otra mitad a la descripción de los avances sociales, industriales y económicos en otros estados de la República y las imágenes de todo ello están ahí para evidenciarlo: sólidos, grandes y elegantes edificios de estilo ecléctico y cosmopolita, limpias calles en donde la populosa vida urbana escasamente aparecía, solemnes edificaciones religiosas, armoniosos interiores de los edificios públicos, sobrias líneas conviviendo con abigarrados acabados eclécticos. El uso de la lente de gran angular, que permitía el punto de fuga para acentuar el volumen arquitectónico, ayudaba a la magnificencia. Al respecto escribe la historiadora Claudia Negrete:

Arquitectura y fotografía –ambas, construcciones que obedecen a planteamientos ideológicos determinados por la dimensión espacio temporal que las produce— contribuyeron en gran medida a conformar la imagen del progreso y la modernidad... México debía parecerse arquitectónicamente a cualquier capital del mundo moderno, ahí donde el progreso tenía carta de ciudadanía. Así que la vía del cosmopolitismo hizo que el régimen acudiera a la grandilocuencia de la tendencia en boga: el eclecticismo historicista – neogótico, neorromántico, neomorisco, renacimiento italiano o español, entre otros.¹³¹

Ciertamente la modernidad es constatable por medio de estas imágenes. Ahora lo rural apenas se asoma, y cuando esto aparece es en apacibles imágenes bucólicas de arrieros en los caminos (alguna ya aparecida en su anterior libro), una cosecha de caña de azúcar, una apacible plantación platanera, sembradíos de magueyes y nada sobre las condiciones laborales y los oficios que ahí se dan. Sobre la serenidad de este tipo de imágenes románticas del trabajo, Boris Kossoy ha puesto en evidencia su trasfondo, o la ausencia, y necesidad, de una comprensión más completa, en tanto ocultan “una dura

¹³¹ Claudia Negrete, “Arquitectura y fotografía: complicidades ideológicas”, en *Alquimia*, núm. 7, México, septiembre-diciembre de 1999.

realidad que se esconde más allá de la imagen... para crear en el imaginario de los receptores una (pseudo) realidad. Concretamente, lo que tenemos es una trampa seductora, una *ficción documental*.¹³² De lo que se podría desprender de tales labores en plantaciones y haciendas, esa será una indagación que deja de lado la autora.

Las costumbres de los tipos populares y urbanos, que tanto le llamó su atención en su anterior viaje, han dejado de tener relevancia, salvo seis mínimas páginas que le dedica a ello: “Las costumbres de la gente –escribe--, como todo, se han desarrollado rápidamente entre las naciones... [pero] al mismo tiempo, México retiene varias encantadoras características que nunca va a perder”. Por ejemplo, en este breve capítulo, termina por señalar una: “Cada vez que un asesinato o un accidente se ha producido toscas cruces siempre se plantan, a veces es sólo la rama de un árbol formado de una manera primitiva, pero siempre una cruz”, pero no dice nada más.¹³³ Es el trazado urbano, lo industrial, lo que ahora se evidencia en su esplendor. La persistente difusión de estas imágenes que se vuelven preponderantes inciden en el discurso programático de la modernidad que se desprende desde una política de Estado. Lo que se ve es lo que hay: elegantes ciudades; lo que (casi) se omite es lo que ya ha tendido a desaparecer. Un libro que se aleja del costumbrismo, y lejos, también, de toda vicisitud posible. Imágenes en donde predomina la urbe moderna y civilizada. Así, la fotografía va a permitir por lo menos para estos momentos “la fijación de espacios significativos para el imaginario colectivo del propio territorio, la apropiación de los rasgos característicos de la nacionalidad y la proyección de los ideales de modernización que trataban de concebir al país como una sociedad de avanzada practicable, al mismo tiempo cosmopolita... paradigma de una captura nítida y confiable del mundo en un

¹³² Boris Kossoy, *Fotografía e historia*, Buenos Aires, La Marca, (Biblioteca de la mirada), 2001, p. 94.

¹³³ Marie Robinson Wright, *op. cit.*, pp. 487-492.

momento impregnado de positivismo y optimismo modernizador”.¹³⁴ Wright no volverá a hacer otro libro sobre México.

Pero algo pronto cambiará, precisamente en esos años de transiciones, de 1910 a 1911, en que aparece el último libro de Marie Robinson. Y eso lo comienzan a anunciar los testimonios de Johanne Caroline Wehmeyer Bose, esposa del comerciante de origen alemán Louis Karl Bose quien era dueño de una gran tienda, “La Mercería Alemana”, mercería y ferretería, en el centro mismo de la ciudad de Durango.

El diario que Caroline Wehmeyer llevó de septiembre de 1910 a octubre de 1911 deja ver cómo un hecho social -frente al régimen que hasta entonces había predominado-- cambió la vida habitual de muy diversos habitantes, entre éstos los extranjeros que se enfrentaron a otras circunstancias.¹³⁵ La primera estancia en México de Johanne Caroline se da entre 1900 y 1904 en la que había acompañado a su esposo quien, después de esos años, retornará a México en 1909. Johanne decide seguirlo y, después de un año de permanecer sola con sus dos hijos en Alemania, regresará de nuevo al país embarcándose el 7 de septiembre de 1910, junto con su familia, en el buque *Köln*, que la llevará de Bremen al puerto de Galveston, en Texas. Su pequeña cabina en donde viaja no es de gran lujo, pero es mucho mejor que el resto de la segunda clase. Con

¹³⁴ Rafael Castillo Zapata, “El espejo del mundo. Imagen fotográfica de la prensa ilustrada del entresiglo modernista”, en *Sueños e imágenes de la modernidad: América Latina, 1870-1930*, Caracas, Corporación Andina de Fomento, 1997, pp. 34-51.

¹³⁵ Johanne Caroline Wehmeyer Bose, *Farewell to Durango. A German Lady's Diary in Mexico, 1910-1911*, Robert W. Blew (ed.), John Carlos Bose (trad.), Oregon, Smith, Smith and Smith Publishing Company, 1978. El diario de esta viajera (asentado en una libreta “ordinaria de 5 x 8 pulgadas”) fue escrito originalmente en alemán y recuperado por sus propios familiares décadas después de haber sido escrito. Fue traducido al inglés por su hijo y publicado en los Estados Unidos. Esto se debió a que la familia Bose, debido a los acontecimientos que se dieron en el país, emigró y permaneció, en San Antonio, Texas, en la primera etapa de la Revolución mexicana y debido a que en Alemania no contaban con propiedades o algún familiar. Louis Bose primero instaló una droguería en Kennedy, Texas, que cerraría poco después. En San Antonio, Louis se volvería cajero para la Lone Star Brewing Company, la cual igualmente cerraría posteriormente por la prohibición sobre el alcohol. En 1921 un glaucoma lo lleva a la ceguera y muere en 1932. Desde la invalidez visual de su esposo, Johanne Caroline trabajó por la familia operando una lavandería en San Antonio, hasta su muerte en Nueva Orleans en 1937. El diario fue entregado al editor por la hija del Carlos Bose, Susan Caroline (Bose) Mullins. La intención de Carlos Bose, hijo de Johanne y Louis, era únicamente para que Susan conociera mejor a su abuela. Pero la nieta de Johanne Caroline decidió darlo a su publicación.

todo, hay pocas comodidades: “con horror elijo una caja vieja para sentarme en ella con mis niños”. Viajan con ella decenas de pasajero de distintas nacionalidades, “a mi alrededor hay polacos, rusos, judíos gallegos, etc.” Ahí comienza su viaje y su narración, lo notable es que todo lo documenta. A su diario adhiere tarjetas postales del barco en donde viaja y de los dormitorios colectivos que en su interior se dan (una desigual imagen ya que ¿a qué mirada turística le interesaría una postal de tal hacinamiento?). A su diario pega las etiquetas de su equipaje, el plano del buque (en donde encierra en un círculo el sitio de su camarote), la carta del menú. Asienta pequeños detalles, como el asombro de su pequeña hija, Annelie, ya en los Estados Unidos: “¡Oh mami, mira un negro, dos negros!” Finalmente llega al puerto texano por la tarde del día 28. En la mañana siguiente se dirige a San Antonio en ferrocarril cuyo interior “era terriblemente caluroso”. Al día siguiente, cruza la frontera por Eagle Pass hacia Piedras Negras, donde su equipaje es inspeccionado. “Ahora –escribe- los sonidos en español atacan mis oídos. ¡Nosotros estamos ahora en territorio mexicano!”. Un día después, el día 30 de septiembre, llega con su familia a Durango y a la que será su nueva casa (que por su suciedad le causará gran desagrado: “Terrible, simplemente sucia de pelambre!... en la casa hubo un oso, un lobo, etc., que habían sido vendidos al zoológico de Hamburgo”). Johanne Caroline continúa nutriendo su diario. A continuación hace dibujos de la plaza de Durango la que encuentra un tanto desangelada. “Aquí no hay diversiones. Como en Bremen, un centro de compras no existe. Nada hay para una caminata de placer”, escribe.¹³⁶

No es éste un diario que lleve de manera continuada porque después de su llegada salta hasta la Navidad de 1910 y después sólo una mención de mediados de enero, y de ahí hasta el 13 de febrero de 1911 fecha en que escucha el rumor, después confirmado, que

¹³⁶ *Ibidem*, pp. 26-30.

más de mil rebeldes -bandas lideradas por un tal Orozco-- se han estacionado en Ciudad Juárez. “Ahora tenemos conocimiento, casi seguro, que en unos días llegarán a Durango”. Y muy pronto, no lejos de Durango y Torreón, en Cuencamé, “llenos de odio los rebeldes quemaron un rancho”. Así, los sucesos se acercan. Para el 17 de ese mismo mes en el estado de Coahuila dos mil hombres se han rebelado según las noticias que le llegan a Caroline Wehmeyer y que asienta en su diario. Continúa dibujando, a lápiz y a tinta y un poco de color, los edificios cercanos al negocio familiar y la casa en la cual sigue su vida cotidiana con nuevas sirvientas que de manera inesperada se le emborrachan, lo cual fue “una peculiar sorpresa” para ella.¹³⁷ Para el 21 de abril escribe: “sin duda, Durango caerá en pocos días”. Y así es, el gobernador decide entregar la ciudad para el día 21. “En “la situación desesperada, llena de preocupación y revolución todo, sin embargo, se siente tranquilo”, asienta. Pero para el 29 de ese mes, el matrimonio Bose recibe un breve mensaje: “Estimados señores: Hoy los maderistas ya están aquí, llegaron ayer. Se han portado bien”. Con todo los ciudadanos se preparan y arman sus “cuerpos de defensa”, el matrimonio y sus empleados se hacen de pistolas. Y Caroline sigue dibujando, incluso traza cómo la defensa ciudadana se encuentra apostada en las azoteas de los edificios públicos. “Nuestras banderas están listas para ser izadas! Las pistolas están en mi gabinete de lavado”, escribe en la entrada del 3 de mayo. Un poco antes la testigo ha insertado algunas fotografías de su esposo a caballo y de una sirvienta no identificada (acaso Porfiria de quien le sorprendió su embriaguez y que con todo le simpatiza). El dibujo de los defensores ciudadanos, con unas líneas

¹³⁷ En la entrada del 3 de abril, Johanne Caroline narra un pasaje para ella gracioso. Mientras mantienen una vigilancia desde la azotea sobre los “rebeldes”, ella encuentra a Porfiria, nueva mujer de la servidumbre, “¡intoxicada a las 8 de la mañana!”. “El efecto fue pronto evidente –escribe-. Se tambaleó alrededor de mí y se puso muy tierna. Ante la imposibilidad de enviarla a su casa, llamamos a nuestro viejo Prisciliano para ponerle una cama en la habitación de planchado. Primero busqué en nuestra cocina, con la esperanza de encontrar la botella, pero no hallamos nada. Sonriendo, ella murmuró: “Señora, estoy tan avergonzado ante don Luis, estoy sudando”. “No hay nada malo”, le dije, “¿Dónde está el tequila” Ella me miró por un momento y luego murmuró, de manera casi ininteligible: “en la cocina”. *Ibidem*, pp. 40-43.

sobre los hombros que semejan armas, parece ya obsoleto e inmediatamente pasa decididamente a la fotografía.

Para el 4 de mayo, la ciudad se encuentra fortificada desde todos los flancos. El agua ha sido almacenada en las casas, la leña apilada en las cocinas, las puertas fuertemente cerradas. Por su lado, los residentes norteamericanos “están armados hasta los dientes”. “Las calles están muy quietas. Todo está en suspenso”, y apenas ocho soldados federales hambrientos vigilan las calles por la noche. Caroline les ofrece algo caliente de comer. El día 10 algunos:

se apresuran a nuestra tienda a comprar armas por su vida. ¡Es 10 de mayo! Oímos disparos en la tarde, nos apresuramos a la parte más alta del techo en la que tenemos un magnífico panorama de la ciudad. Los rebeldes se están moviendo más allá del Cerro Mercado, y muchos tiros son disparados.

Alrededor de las 6 en punto, parece que todo el mundo está de pie en la calle. ¡Ellos vienen; ellos vienen! Pero es sólo un montón de gritos. Sin embargo, la tienda está cerrada, y todas sus banderas subidas.

Desde las 8 de la noche, los disparos siguieron sin fin durante toda la noche, hasta las 6 de la mañana en punto. ¡y a las 8 horas de nuevo!¹³⁸

“Luis y yo tenemos pistolas para un eventual peligro”, escribe. Para el día 12 pareciera que la batalla de la toma de Durango se vuelve un espectáculo: “Toda la gente está en las azoteas. Varios espectadores han llegado hasta nuestro techo. Las balas vuelan sobre nosotros”. Finalmente Johannes Caroline documenta con fotografías el triunfo y la llegada de las tropas maderistas: el emplazamiento de los rebeldes alrededor de la ciudad; sus formaciones militares; los revolucionarios a caballo en los campos cercanos y su entrada definitiva a la ciudad enfrente del negocio familiar. Las imágenes tienen mucho de improvisación, o algo de eso dejan ver, pero se vuelven testimonios únicos de la toma de Durango. Y pronto, muy pronto, la vida continúa. El teatro principal en donde se proyecta un cinematógrafo, vuelve a ser abierto; la gran tienda de los Bose,

¹³⁸ *Ibid*, pp. 57-58.

también. Pero todavía para mayo 31: “No faltan los escándalos. Hay disparos y un ciudadano de nuestra ciudad ha matado a dos rebeldes desde su azotea”. Mientras, el recuento de bajas de Johanne es: “Muertos del lado de los rebeldes: 24; heridos: varios, alrededor de 50; prisioneros: varios ejecutados”.

Desde su llegada la señora Wehmeyer Bose le ofrece sus respetos al coronel Prisciliano Cortés, militar federal quien, a finales de 1910, resguarda la plaza de Durango. Igualmente desde su posición, tanto su marido como ella apoyan abiertamente al gobierno de Díaz, que para ellos les representa estabilidad y prosperidad. Por ello su preocupación después de los hechos por los que pasó. Desde su posición de clase acomodada y siendo ellos comerciantes extranjeros, hace sus propias conjeturas. Para ese 31 de mayo sigue escribiendo: “Los extranjeros no han ganado gran estima. Esto, debido a que tropas estadounidenses fueron enviadas a la frontera, a causa de la preocupación de que las cosas podrían tener un final sangriento, pero no intervinieron, México ha perdido el miedo y el respeto a los extranjeros. Para ellos, somos sólo ‘gringos’, a los que odian. En una segunda revolución, su odio no tendrá ningún límite!”.¹³⁹ Debido a tantas vicisitudes ve con alegría su próxima salida de Durango, hace los preparativos con su familia, y contempla por última vez el paisaje, abrupto, desafiante, y en donde se descubre a sí misma, en su propia consciencia europea: “Nos gustó mucho el aire leve y luego nos fuimos a pie por lo sombreado del camino. A nuestra izquierda, colosales masas empinadas en las que crecían cactus. Parecían tan románticamente salvajes, pero cuando vi algunos indios tendido bajo un árbol, olvidaba que este país tiene una cultura y pensamiento como de eras pasadas”. Finalmente en la víspera de su partida y para su angustia: “¡La última noche! Vamos a ir a la cama temprano. Estaba desvestida ya cuando de repente hubo dos disparos, muy fuertes, ya

¹³⁹ *Ibid*, p. 73.

que fueron hechos enfrente de nuestra puerta. Un policía borracho los había disparado y se lo llevaron. Siempre tiros, asesinatos, homicidios, ¡incluso hasta el último día!»¹⁴⁰

Su editor, Robert W. Blew, quien dará a conocer su diario, como *Farewell to Durango*, décadas después de que fuera escrito, ofrecerá para el lector contemporáneo una nota editorial a manera de introducción:

Los prejuicios de clase de la señora Bose son evidentes. Consideró a las personas de los bajos estratos socio-económicos como inferiores. Hoy, esto se interpretaría como racismo, pero este editor no lo piensa así. Evidenció su respeto por Prisciliano Cortés, coronel del ejército federal mexicano, quien representaba la ley, el orden y la estabilidad. Aunque evidentemente su conocimiento sobre Durango provino en su mayoría de la comunidad alemana, el diario contiene evidencia de conocidos mexicanos. Su compasión, cuando supo que los soldados federales no habían comido nada, está muy lejos del racismo. A pesar de su aversión por los soldados rebeldes parece ser que era debido a que estaban sucios y se mostraban vulgares, no porque fueran mexicanos. Uno siente que la señora Bose habría aceptado cualquier lugar limpio y una sociedad ordenada, elegante, y que su sensibilidad se habría ofendido por alguna otra gente que estuviera sucia, desordenada y vulgar independientemente de su nacionalidad o raza.¹⁴¹

El editor se extiende un poco más, sobre todo para explicar la posición política de Johanne Caroline.

Otro ejemplo de los sentimientos de su clase estaba en su posición política. Obviamente, ella y su esposo apoyaban a Porfirio Díaz, quien representaba la situación actual, la estabilidad y la prosperidad. Los rebeldes, por otro lado, representaban para ellos, el desorden, la confusión y el colapso de los negocios. La señora Bose era lo suficientemente consciente para reconocer el antagonismo de los mexicanos hacia los extranjeros a pesar de que, en su forma conservadora, dio la razón equivocada para este sentimiento. Sentía que los Estados Unidos habían dado señales amenazadoras pero no invadieron a México para aplastar a la Revolución, que los mexicanos ya no temían una

¹⁴⁰ *Ibid*, pp. 81-83.

¹⁴¹ *Ibid*, p. ix.

intervención extranjera. Ella no supo ver que el antagonismo se debió al hecho de que los mexicanos consideraban que su nación estaba siendo explotada por extranjeros.¹⁴²

El editor defiende, busca explicar, acaso sin mucho éxito, a Johanne Caroline. Busca ser políticamente correcto para finales de los años setenta en que aparece por primera vez el libro. Pero las evidencias se superponen. Para 1911 el país está cambiando y con ello, en mucho, la consciencia europea y estadounidense que proviene del siglo XIX se enfrentará a sí misma y tendrá que cambiar con ello. O por lo menos enfrentarse al Otro de diferente manera y eso ya significaba un cambio. Los nuevos tiempos incluirán, además de la zozobra, un descontrol de la mirada foránea ante una nación en donde una sociedad tan relegada hasta entonces se volvía protagónica, sin que con ello dejara de ser vista como una horda de “rebeldes” que no iban a ninguna parte, sin dirección precisa. En ese sentido, nuevamente he ahí el análisis de Mary Louise Pratt: “Habiendo dejado de ser cornucopias de recursos que pedían la intervención diestra, perfeccionadora de Occidente, los lugares y los pueblos, ahora dueños de sí y desexotizados, se convierten a los ojos del veedor, en repugnantes conglomerados de incongruencias, asimetrías, perversiones, ausencia y vacío”.¹⁴³ Ya veremos la posición de esos veedores en los años que vendrán.



Johanne Caroline Wehmeyer Bose, *Farewell to Durango* (1911), 1978

¹⁴² *Ibid.*

¹⁴³ Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales*, op. cit., p. 393.

Inversiones productivas y la mirada hacia los Otros

Wallace Gillpatrick, un corresponsal del *Mexican Herald*, diario en inglés publicado en la Ciudad de México, escribía sus textos periodísticos con el singular sobrenombre de “The Man Who Likes Mexico” y con ese mismo título publicaría su libro, en 1912, sobre su paso por el país, además de realizar él mismo las fotografías que lo acompañarán. Su estancia en el país probablemente duró seis años, entre 1904 y 1910, según sus propias palabras (aunque al parecer estuvo en una ocasión anterior, en 1898, cuando realizó una visita al presidente Porfirio Díaz). Como muchos otros viajeros, Gillpatrick centra su interés en la minería, respondiendo a los intereses de varias naciones. Pero por el momento nosotros queremos poner atención en otros hechos. En el cómo los viajeros ya no se pueden sustraer al testimonio fotográfico; traer una cámara es tan necesario como la libreta de apuntes. ¿Y cuales son sus temáticas? Como ya hemos visto, las clases más bajas de la sociedad mexicana para llevarse un testimonio sobre la población del país. Aunque otros viajeros y guías de turismo quieren mostrar otra cosa (la modernidad del país, su bonanza y desarrollo), termina por aflorar una inevitable selección de imágenes: la de esos seres que deambulan como extraños sujetos en medio de la fastuosidad o que aún, viviendo un periodo de progreso, parecieran vivir en otros tiempos que, así se quiere ver, pertenecen al pasado.

"It was now so dark I could not see four feet ahead. My mule seemed nervous and several times stood stock-still. I got off repeatedly and groped about in the darkness, to make sure I was still on the trail. I had just gotten into the saddle and ridden perhaps five rods further, when she came to a sudden standstill, snorted and began to tremble. I urged her forward but she reared and tried to bolt up the mountain. I turned her about and forced her on a few steps, when she stopped again and showed every sign of extreme terror. Dismounting I took a step forward, retaining my hold on her neck and it was well I did, for I found myself stepping into space, and only saved myself by hanging on to the mule. I had used my last match and there was nothing to do but stay my hunger as best I could and wait for daylight. It was evident that I had reached some sort of a jumping-off place; how much of a one I should know in the morning.

"When I awoke the sun was high. I had slept from sheer exhaustion, but I was provoked at finding it broad daylight. It was fortunate for me that it was though, for as I sprang up and started forward, I saw that I was near the edge of a precipice; and the thought of my close shave made me feel hot and cold by turns. I crept nearer and saw that the trail ran to the very edge of the cliff, which had the appearance of a mountain that had been sliced off like a loaf of bread. Crawling to the edge, I looked over and saw a perpendicular descent of thousands of feet, which, instead of sloping outward at the base, receded; and at either side, as far as I could see, was the same precipitous wall. The bottom of the cañon was four thousand feet below. As I scanned it hurriedly, a shining line of silver caught my eye—a river of course—and there, close beside it,



The foolish comadre

Wallace Gillpatrick, *The Man Who Likes Mexico*, 1912

Manuel, uno de los tantos mozos con que contó Gillpatrick en México, se lo dice de manera simple. En un viaje a una mina de Durango, a lomo de caballo, se detienen: "Paramos a comer cerca de un pequeño arroyo, y mientras Manuel estaba cocinando tomé una instantánea de él. Se había atado un pañuelo rojo en la cabeza que había traído todo el día para el frío. Manuel tomó la kodak como una cosa natural. Me dijo que todos los señores americanos tienen máquinas y fotografían a sus mozos de cocina, a pie y a caballo".¹⁴⁴ Esa es sustancialmente la temática de las fotografías de Gillpatrick. Aunque incluye fotografías de José María Lupercio y C. B. Waite (Chapala, la Ciudad de México, el castillo de Chapultepec), su libro contiene en su mayoría aquellas que fueron realizadas por él. Como a otros viajeros le sorprenden los mozos con sus mulas cruzando por la ciudad y los detiene para hacerles una fotografía junto a los solemnes

¹⁴⁴ Wallace Gillpatrick, *The Man Who Likes Mexico. The Spirited Chronicle of Adventurous Wanderings in Mexican Highways and Byways*, Nueva York, The Century Co., 1912, p. 299.

edificios porfirianos (“Mexican Mozo”); o en las elegantes avenidas y sus comedores públicos en plena calle “Approach to Paseo de la Reforma, Mexico City”, “Street Kitchens”), incluso detiene a unos desafiantes y orgullosos rurales junto a sus cabalgaduras. Como a otros tantos trabajadores (un lanchero “On the Viga Canal”). En los territorios montañosos y rurales sigue fotografiando a los trabajadores (un depauperado anciano de un rancho y de una mina abandonada de Durango se vuelve “The foolish campadre”). El interés de Gillpatrick son las minas y su producción. En algún pasaje, en donde hace referencia a un antiguo minero, Don Domingo, habla de él como un hombre generoso y “un buen católico”. No habla en presente sino en pasado, de cómo ese minero llevó a la prosperidad la mina La Providencia, abandonada para cuando Gillpatrick sabe de ella.

Las mujeres comenzaron a usar sedas y satines y los pendientes de oro enormes, y los hombres traían botones de plata en sus pantalones. Hubo afluencia de maíz, frijol y cigarros, un ligero cambio en la vida del pueblo se dio. Los hombres trabajaban poco en sus labores y comían, fumaban y dormían mucho. En cuanto a la mina, se supuso que iba a durar para siempre. Don Domingo fue el único que hizo un esfuerzo extra para conseguir dólares plata. Todo lo que hizo se va a mostrar. Mantuvo a sus peones en el trabajo de las minas, incluso cuando había un montón de maíz y frijol, y cuando cada caja estaba llena de dólares.¹⁴⁵

¹⁴⁵ *Ibidem.*, p. 69.



Wallace Gillpatrick, *The Man Who Likes Mexico*, 1912

Sin embargo, del presente no hay mención. Inserta una fotografía (que suponemos de su autoría) y le coloca como pie la misma frase de su testimonio: “He kept his peons at work in the mines”. Pero esos peones que ve el lector son unos trabajadores en la semidesnudez, con grandes cargas sobre sus espaldas dobladas y evidentemente posando (detenidos fuera de la mina). ¿Esa es la bonanza del pasado de la que habla el escritor y fotógrafo o es una imagen del presente? Como sea, los contenidos de esa imagen, en el momento en el que haya sido hecha, no deja ver ni bonanza ni bonhomía, sino las condiciones ínfimas en que laboraban los peones mineros. Más adelante insertará dos imágenes más (“Peon on ore dump rolling a cigarette”, “Water-carrier for the mine”), otras semidesnudeces de trabajadores, que aunque tomándose un tiempo para fumar o posar con su carga, en ese entorno de piedras y aridez, son radicalmente distintas, de manera evidente, a los sonrientes y elegantes personajes que califica como “American mine-owners”, sus amigos.

En otro momento, el secretario de Gillpatrick, Epifanio (“para otros él había sido mozo y peón”), le comenta que le gustaría enviar un retrato a su familia en Zacatecas. “Esto

me dio una inspiración –escribe el periodista-, conseguí mi kodak y le disparé en el acto [frente a la pared]. Epifanio se opuso enérgicamente: quería cambiar su atuendo, pero le dije que esta toma era preliminar no era más que para practicar. Luego desapareció, y después de un momento se presentó en tal ropa hermosa, que ni siquiera estaba seguro de que su esposa lo reconocería”. Y Gillpatrick le haría el segundo retrato (en un patio y una vivienda de fondo) el cual también publica (“Two portraits of Epifanio- in working and gala array”). Un acto entre el deseo de verse representado dignamente y la inmediatez de la toma al trabajador frente a un muro. No era tan inocente lo que de manera tan sencilla le dijo su mozo, Manuel, a Wallace Gillpatrick.¹⁴⁶

Libros como el de Gillpatrick –aparentemente un diario de viaje, en realidad para conocer las condiciones en que se podía invertir y trabajar en la minería- le narran al lector las condiciones de viaje a todo aquel que le interese invertir en México, la manera en que se viaja por el país, la receptividad de los habitantes y el cómo son éstos, lo cual se puede ver mediante imágenes. En otros casos, el lector de ultramar tiene que poner a rodar su imaginación a partir sólo de los descrito por las letras, libros sin imágenes, como *Le Mexique au debut du XXe siècle*, casi un informe oficial sobre México realizado desde París, con sus aseguenes. Digamos, en defensa de los indígenas, el príncipe Roland Bonaparte, vicepresidente de la Sociedad de Geografía de París, hacia 1900, indicaba: “Se ha calumniado que los indios [mexicanos] se adelantan más en su embriaguez que la de otros pueblos. Esto es lo opuesto a la verdad. Consumen menos bebidas alcohólicas que los moujicks de Rusia, los campesinos irlandeses y los ciudadanos de Europa y Estados Unidos. El indio es bastante simple, y su embriaguez no es más repugnante que la del blanco”.¹⁴⁷ Favor que nos hacía.

¹⁴⁶ Las fotografías de los mineros se encuentran entre las páginas 66-69 y 334-336; las de Epifanio entre la 272 y 275; y la de los dueños de la mina en 350-352.

¹⁴⁷ Roland Bonaparte (ed. y comp.), *Le Mexique au debut du XXe siècle*, 2 t., París, Librairie Ch. Delagrave, 1903, p. 109.

En otros casos había ausencia de palabras. Álbumes que se publicaban y se formaban como recuerdos de viaje de grupos que realizaban trayectos al país a manera de multitudinarias excursiones. He ahí *A Tour Through Mexico* del dueño de agencia turística Charles Gates. Una compilación de imágenes de apacibles calles rurales, espléndidos paisajes montañosos, tarjetas turísticas (“Dancing the Fandango”), la fascinación por los mercados populares, la arquitectura colonial, Teotihuacán, Mitla, una noche de luna en un lago. Y de pronto, lo infaltable: niños y mujeres cargando más niños en cualquier camino polvoso, ancianos, todos posando para los turistas (y junto a ellos) y exhibiendo lo que años después se conocerá como pobreza extrema. Sin mayor explicación. Sólo mostrando el tránsito por el territorio del Otro, exhibiéndolo.¹⁴⁸

La mera ilustración es más que común. Esto es, el relato viajero que fugazmente integra algunas imágenes de las personas (indígenas, claro) o del espacio territorial del que se escribe. En casos como éstos alcanza a asomar alguna imagen de la que apenas se hace referencia en el texto: digamos, los indígenas trabajadores de tierra caliente o de la meseta central en Ernst Below.¹⁴⁹ Otros más inundan la información estadística y geográfica con fotografías, es el caso del editor inglés J. R. Southworth quien editaba libros sobre los disitintos estados del país (Sonora, Sinaloa, Veracruz) y era el gran competidor de la Librería de la Vda. de C. Bouret la cual también realizaba producciones de esa naturaleza; esto es, trabajaban con los gobiernos de los estados, de

¹⁴⁸ Charles H. Gates, *A Tour Through Mexico*, Toledo, Ohio, Gates Tours, s/f [ca. 1907]. Este álbum contiene fotografías de Percy S. Cox, quien acompañó en su viaje al grupo, también otra de A. Briquet y el resto de Gates o de su comitiva de turistas que pertenecían a la Cleveland Chamber of Commerce. La fecha aparece en una fotografía ahí publicada (2 de marzo de 1907).

¹⁴⁹ Ernst Below, *Mexiko. Skizzen und Typen aus dem Italien der neuen Welt*, (Mexico. Bocetos y tipos de la Italia del Nuevo Mundo), Berlín, Allgemeiner Verein für Deutsche Litteratur, 1899. El libro contiene apenas cinco fotografías de la autoría de A. Briquet. Éste es un libro costumbrista, en donde Below se fascina con la corridas de toros, con las damas que fuman, con la figura de los rancheros, los caballeros y los hacendados, de los que hace su diferenciación, con una visita al cráter del Popocatépetl, con el clima del país. Desde luego que pone atención, como otros, en la industria minera. No omite señalar que la literatura es abundante sobre el país, aunque prefiere verla como una literatura turística, aunque él poco se aparta de la misma.

donde obtenían patrocinio, para mostrar las bondades de las regiones. De cada territorio se mostraba la agricultura, la industria, los elementos naturales, su orografía, en imágenes panorámicas o retratos de estudio, siempre “bajo la autorización del gobierno del estado”, como advertían las ediciones bilingües de Southworth. Éste se apoya en la realización de fotografías de autores de los que poco se ha conocido, como H. E. R. Evans y Steadman & Trager; y de profesionales locales, como Francisco Bustamante, Lorenzo Becerril, José M. Salas o Francisco León para el caso de Puebla y Oaxaca.¹⁵⁰ Pero hay un cambio que hay que advertir, aunque no se dejan de incluir escenas costumbristas (escasamente arrieros, el atestado mercado de Nochistlán, tehuanas, en la monografía de Oaxaca), predomina, como en Robinson Wright, las elegantes tiendas, los restaurantes en donde se reúne la alta sociedad y la arquitectura de los edificios públicos. Pero sobre todo emerge una nueva sociedad, de clase media y alta, alejada de lo plenamente rural: la sociedad de los comerciantes, los profesores y las señoritas de los colegios, la sociedad de las damas de las ciudades y municipios, que dejan de ser mera narración testimonial –por lo menos en la escritura viajera– para convertirse en imagen. Ya se vio que Charles Lummis había publicado, en dibujo proveniente de fotografía y en fotograbado, unas elegantes damas (“Young Spanish American Type”), para dejar claro el atractivo de éstas. Pero ahora, en las publicaciones del editor inglés, debemos de entender que desde el discurso editorial, y gubernamental (que era quien pagaba), había que mostrar lo mejor de la sociedad. Esto es, lo que se entendía sobre la sociedad del otro lado de la de los peones indígenas. Lo que en los libros de los viajeros no era algo común, o bien muy raro, por lo menos hasta ese entonces.¹⁵¹ Las damas de

¹⁵⁰ De estos estados fueron los tomos aquí consultados, véase *El estado de Puebla ilustrada. Su historia, comercio, minería, agricultura e industrias. Sus elementos naturales en español e inglés*, t. VI, J. R. Southworth (ed.), Gobierno del estado libre y soberano de Puebla, 1901; y *El estado de Oaxaca ilustrada. Su historia...*, t. V, J. R. Southworth (ed.), Gobierno del estado libre y soberano de Oaxaca, 1901.

¹⁵¹ Véase Robert Brown, *op. cit.*, quien hacia 1866 inserta, mediante el grabado una “Mexican Mestizo Lady”; mientras, Frederick A. Ober, en *Travels in Mexico and Life Among the Mexican* (1883), Boston,

la clase media o alta sociedad mexicana eran *narradas*, (y siguiendo a Pratt si se nos permite el término cuando hace un neologismo sobre los “viajados”), en sus costumbres y su vida, antes que ser mostradas mediante imágenes fotográficas. Por lo menos hasta la llegada de nuevas publicaciones que buscaban otros lineamientos.

Reu Campbell, quien fue el autor de una extensa guía ilustrada sobre México, también inicia en su libro la inclusión de elegantes damas, aunque no deja de extrañarse que algunas fumen: “las señoras mayores a veces disfrutaban de un cigarrillo, y ocasionalmente un rancharo y su esposa pueden ser vistos fumando en los coches, y muchas mujeres de la clase media o baja fuman sin parar, pero en las mujeres de buena sociedad no es la costumbre fumar”. Con todo, incluye una imagen de lo que por entonces se entendía una señorita de alta sociedad fumando.¹⁵² Campbell, quien había iniciado su guía para turistas desde 1895, inserta una extensa variedad de temas e imágenes. No evita –como nadie lo evita para ese entonces- las escenas costumbristas que tanto atraen a la mirada viajera: en Mitla una indígena frente a los muros de la ciudad prehispánica (“In the Halls of Her Ancestors”), un recurso usado hasta la actualidad, esto es, el indígena junto a su pasado histórico, un símbolo del pasado en el presente; la arquitectura colonial, vendedores sobre sus mulas, carromatos tirados por bueyes; tehuanas luciendo su vestimenta; bailes de charros –se extiende sobre el uso del sombrero de ala ancha- y chinas poblanas; tortilleras, tlachiqueros, sin dejar de incluir a turistas al lado de burros. No hay mayor complicación en sus descripciones, van dirigidas al turista, tanto estadounidense como europeo. No hay explicación sobre las condiciones laborales, digamos cuando inserta una imagen de cuatro trabajadores

Estes and Lauriat, edición revisada de 1887, p. 277, inserta un retrato de estudio “The Beautiful creole. (From a Photograph)”. Ambas imágenes, en un siglo que buscaba preferentemente al Otro, se vuelven inusitadas.

¹⁵² Reau Campbell, *Campbell's New Revised Complete Guide and Descriptive Book of Mexico*, Chicago, Press of Robert O. Law Co., 1906, p. 49. En el libro se le otorgan créditos de las fotografías a Winfield Scott y a la Detroit Photographic Co. Esta edición incluye un prefacio fchado en 1895 y más adelante otro firmado en enero de 1904, ediciones que precedieron a la que consultamos.

mineros, apenas deja asomar una breve impresión: “Los más primitivos métodos de minería aún son utilizados en México, pero una moderna maquinaria ha comenzado a ser utilizada... a los peones mineros no les importa el calor o el agua, caminan penosamente a lo largo de cada día por el más pequeño salario o tan solo un porcentaje de lo que ellos trabajan”.¹⁵³ Nada más, porque, sospechamos, esto no le interesa al turista o al minero emprendedor.

La minería, y las regiones en donde ésta se da, como poco después el petróleo, es un tema al que varios viajeros ponen atención. La descripción detallada, como las que hizo Wallace Gillpatrick para llegar a las minas de Durango, no son casuales. No pueden serlo en un escenario donde se fomentaba la inversión extranjera. Lo sabía bien el periodista y escritor francés, Louis Lejeune:

Desde la frontera de Estados Unidos hasta la de Guatemala y de uno a otro mar, México es un terreno de explotación minera, un *mineral*... es el país prototípico de la plata, se busca oro, cobre y zinc, se encuentra, y se encuentra por añadidura plomo, mercurio, antimonio, manganeso, carbón petróleo y muchas otras materias útiles. México se asemeja a un museo de mineralogía cuya primera sala es la única frecuentada por el público; los curiosos se aventuran actualmente en las salas posteriores, en las galerías laterales y hasta en los gabinetes con poca luz.¹⁵⁴

Estábamos en los primeros años del siglo XX, y Lejeune sabía bien lo que una información de este tipo podía ofrecer al inversionista interesado en la minería. No por nada escribió un libro dedicado a ello, *Sierras mexicaines. Mines et mineurs*.¹⁵⁵ Por otro lado, quien también lo hizo fue el inglés Percy F. Martin, explayándose de manera extensa sobre la producción que se daba en Guanajuato.

¹⁵³ *Ibidem.*, p. 15.

¹⁵⁴ Louis Lejeune, *Tierras mexicanas*, Conaculta, (Mirada viajera), 1995, pp. 219-221. El subrayado es de Lejeune.

¹⁵⁵ Louis Lejeune, *Sierras mexicaines. Mines et mineurs*, París-México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908. Ambos libros de Lejeune no contienen imágenes.

El primer libro que Martin hizo sobre México tiene la estructura de un largo reportaje sobre Guanajuato y sus alrededores y el territorio donde se asentaban las minas. Por eso *Mexico's Treasure-House (Guanajuato)* es, sobre todo, un largo recuento de las inversiones inglesas y estadounidenses en ese estado.¹⁵⁶ Cifra por cifra, y listado por listado, Martin va detallando las inversiones, los datos exactos, y el resultado de la explotación minera de cada una de las compañías. También quiénes son los inversionistas que trabajan en Guanajuato, a la manera de un “who is who”. Por ello el último capítulo de su libro se vuelve una especie de diccionario biográfico de cada uno de esos inversionistas. Pero también utiliza la fotografía para mostrar un paisaje industrial en medio de colinas y montañas. Paisajes en donde se sobre imponen estructuras metálicas, interiores de los edificios dominados por lo mecánico y mapas que detallan los sitios de las minas.



Percy F. Martin, *Mexico's Treasure-House*, 1906.

Martin le da el crédito a Percy S. Cox, fotógrafo de la Ciudad de México quien le ayudó a hacer la gran mayoría de las fotografías contenidas en el libro. Le ofrece también agradecimientos a R. H. Burrows “por varias de las fotografías usadas”. Incluye dos fotografías de los barrios pobres de los peones y una del interior de una mina, con trabajadores jóvenes desnudos y otros semidesnudos. Éstas son las únicas imágenes que muestran el otro lado de la boyante industria. Incluye también seis notables panorámicas tomadas por él mismo de los sitios industriales. Y escribe: “la situación de Guanajuato

¹⁵⁶ Percy F. Martin, *Mexico's Treasure-House (Guanajuato). An Illustrated and Descriptive Account of The Mines and Their Operations in 1906*, Nueva York, The Cheltenham Press, 1906.

es lamentable en algunos aspectos, pero es deliciosamente pintoresco, como lo he dicho, y como muestran mis fotografías panorámicas”.¹⁵⁷ No ahonda más en su primera afirmación. Escribe en algún momento sobre la vida social y sobre el “buen sentimiento y bonhomía que existen entre los varios extranjeros que viven aquí”, sustancialmente estadounidenses, “unos pocos británicos” y unos cuantos alemanes, quienes conviven de buena manera con “la clase oficial nativa” y suelen reunirse en el Guanajuato Club. Poco hay sobre los trabajadores de las minas de los que ha incluido imágenes. Escribe, en el breve segmento dedicado a ellos (“The Mexican Peon As He Is”):

Especialmente útil y amable es la presencia de un mozo, de los cuales cada mina posee al menos uno o bien media docena. Tras largos o cortos recorridos a través del campo, sobre un caballo, el mozo es simplemente invaluable porque nunca se cansa. Él piensa muy poco de sí mismo, y nunca hasta que todas las necesidades y deseos de su amo se han cumplido y satisfecho... el mozo no se requiere para defender a su amo de los ataques de bandidos, aunque estaría perfectamente dispuesto a hacerlo en cualquier momento, y dar su vida por él si fuera necesario, digno de confianza y cuidadoso siervo no es muy inteligente... pero tan leal y fiable como se podría encontrar en cualquier parte del ancho mundo.¹⁵⁸

Hasta ahí se hace un trazo del mozo un tanto de manera afable. Una descripción que pronto adquirirá otro tono.

Todas las grandes fincas o haciendas en México tienen su mozo, así como sus peones trabajadores. La mayor parte de ellos se heredan, y casi tanto como una herencia de la finca o hacienda propia. Los trabajadores aquí son *adscripti gleboe*, el dueño de la hacienda es su señor feudal, y no buscan ni obedecen a ninguna otra autoridad, sino sólo a la suya, jamás, y menos por la fuerza, se le ocurriría dejarlo a él y a su empleo...El peón es lento por naturaleza, no es previsor, prácticamente nace y muere siempre en deuda, muy adicto a la bebida, cae en el exceso de su amado pulque, y deja sus escasas ganancias en las peleas de gallos y las posibilidades de apuestas en la lotería. Él rara vez es

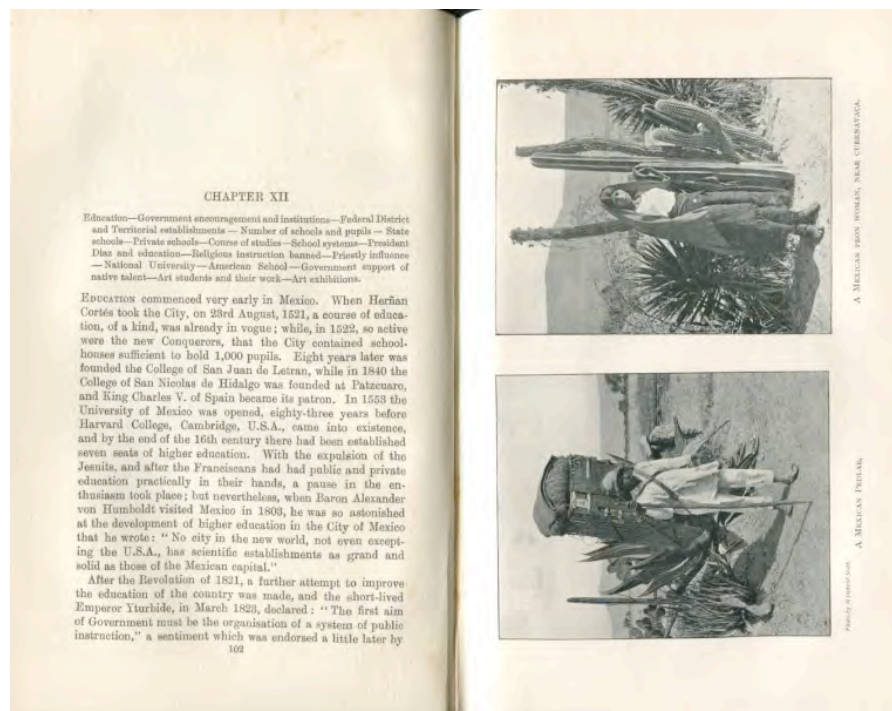
¹⁵⁷ *Ibidem.*, p. 37.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 66.

capaz de controlarse a sí mismo bajo una gran provocación y el uso del cuchillo es dolorosamente frecuente incluso en las ciudades, ya que sólo son raramente castigados (como ciertamente deben ser) con la muerte.

Tal vez uno de los mayores fallos que posee el peón minero mexicano es su propensión a robar. Un ojo agudo tiene que ser mantenido continuamente sobre él, de lo contrario todas las herramientas en la mina desaparecerían con el tiempo, y grandes cantidades de rico mineral también.¹⁵⁹

No volverá a tocar el tema porque su interés está en dar a conocer cómo se maneja el negocio de la minería, pero ya ha dejado claro qué actitud se debe de tener hacia los peones. Esos seres que sólo tangencialmente aparecen en sus barrios pobres, en una mina, con un pie de imagen que nada tiene que ver con ellos: “La veta que se muestra en esta fotografía se encuentra en el quinto nivel de la mina la Sirena (de la Guanajuato Consolidated Mining and Milling Co.), el Ancho aquí es de 163 pies”.¹⁶⁰



Percy F. Martin, *Mexico of the Twentieth Century*, vol. 1, 1907

El siguiente libro de Martin aparecerá apenas un año después, en 1907, en dos tomos.

Con apoyo de la Royal Geographical Society (como su integrante, a ésta correspondían

¹⁵⁹ *Ibid.*, pp. 66-68.

¹⁶⁰ *Ibid.*, la fotografía se encuentra entre las páginas 82 y 83.

las siglas que le seguían a su nombre en sus libros: F. R. G. S.),¹⁶¹ escribe *Mexico of the Twentieth Century* que como su libro anterior busca ser un libro informativo – ampliamente informativo- sobre las condiciones económicas, industriales, de gobierno y geográficas del país. A eso se avoca, a describirle a un posible inversionista, o viajero interesado en el país, el sistema de trenes, el sistema legislativo y judicial que predomina en el país, los puertos y sus sistemas de aduanas; el sistema de impuestos; los diarios de circulación y las oficinas gubernamentales; el sistema de tranvías en la Ciudad de México y hasta el número de pasajeros por año y las ganancias que se obtuvieron.¹⁶² Como en su libro de Guanajuato, los aspectos sociales poco le interesan aunque inserta significativas fotografías sobre peones y “nativos”, acaso de su autoría. Por otro lado, sus fuentes que le proveen de fotografías son bastantes. De la Ciudad de México los siguientes fotógrafos le ayudan con sus imágenes: Percy S Cox, C. B. Waite, Frank L. Clark, W. Schlattmann, M. Valletto; de Tehuantepec: Hickman and Todd; así como una serie de personajes en diversas ciudades: James W. Purcell en Saltillo; W. Morkill en Puebla; Walter Morcom, Juan Quintas y W. W. Wheatly de la Ciudad de México; más Robert P. Elliot de Oaxaca. “Otras pocas más son de mi propia cámara”, dice. Predominan los retratos de los políticos, y hace una curiosa clasificación de los tipos de soldados mexicanos así como de las fuerzas policiales sin mayor aclaración, salvo para dejar ver su estructura administrativa y su distribución territorial. Antes que detenerse en su apreciación sobre las clases bajas en la Ciudad de México prefiere escribir sobre las diversiones que se ofrecen para 1905-1907 (las corridas de toros, los teatros, los musicales, los circos, los panoramas, el cinematógrafo), aunque no deja de ofrecer su opinión, brevemente:

¹⁶¹ Sobre esta sociedad de abiertos tintes colonialistas, véase *Royal Geographical Society. Illustrated*, Nueva York, Stewart, Tabori & Chang, 1997.

¹⁶² Percy F. Martin, *Mexico of the Twentieth Century*, 2 t., Londres, Edward Arnold, 1907.

Los mexicanos de clase baja son gente curiosa. Tienen un miedo al intenso frío cuando les afecta la cabeza, pero al parecer no les importa cuando lo sienten en los pies. Por lo tanto, se encuentran hombres, mujeres y niños durmiendo pacíficamente en puertas o en los parques y plazas públicas, con las cabezas muy envueltas en mantas gruesas, sólo permitiéndose sacar la bocanada de aire, mientras sus piernas se dejan al descubierto hasta las rodillas. Naturalmente, la neumonía es muy frecuente entre ellos, y esta enfermedad, se da junto con el tifo que sigue a la suciedad. Hay una enorme mortalidad entre los recién nacidos derivados de la negligencia absoluta de las madres, por eso tienen una fuerte tasa de mortalidad. En circunstancias normales, no conozco una ciudad más agradable y saludable en América del Norte o del sur que la Ciudad de México. Pero la manera en que las clases bajas viven es claramente anormal.¹⁶³

Ése era un sector social que varios testimonios viajeros ponían de relevancia, inevitablemente. Mientras que el otro, el de la clase media en ascenso, le merece un comentario a Martin (en su breve pasaje de la “Family Life”):

El joven mexicano no viaja mucho al extranjero. Su lugar es casi siempre cerca del padre, pero si el espíritu de los viajes y la aventura fuera fuerte en su interior, la influencia del hogar y las súplicas de los padres sería suficiente para mantenerlo cerca de ellos. Incluso, ir tan lejos como a un estado vecino o la próxima ciudad es vista negativamente si se puede evitar, aunque a menudo tiene que llevarse a cabo. Casi todos los jóvenes mexicanos, tienen un empleo en los bancos, tiendas o fábricas tanto en las ciudades como en los pueblos. Viven con sus padres o sus familiares cercanos, y la pasión por los bufetes de abogados, o tener un piso aparte, es tan común como en la creciente generación de británicos; o para los estadounidenses la vida en los clubes sociales, pero esto poco se refleja en el joven mexicano

Las chicas de la familia nunca dejan la casa de sus padres hasta el día de su matrimonio, y muy a menudo no lo hacen ni siquiera entonces, para compartirla con su esposo, que se añade a los miembros de la familia. Esta es la costumbre también en Chile, donde los padres y los abuelos son tratados con

¹⁶³ *Ibidem.*, pp. 182-183.

la mayor deferencia, su asesoría es solicitada hasta inclinarse ante sus opiniones, mientras que la tan despreciada "suegra", de nuestras tierras, es la deidad venerada de los hogares hispanoamericanos, y gobierna allí omnipotente y sin oposición.¹⁶⁴

Salvo los retratos de los políticos que inserta, de los jóvenes de clase media o alta no se encuentra ninguna imagen, sólo la descripción de su vida en familia. En cambio incluye imágenes de peones mexicanos, tanto hombres como mujeres, detenidos en los caminos, o de niños y arrieros (de autoría de Winfield Scott, a quien le ofrece su crédito). Porque, evidentemente, ahí se marcaban las diferencias, en lo "extraño", en lo "anormal" del Otro. Era ese el sector social que tanto atrajo a la mirada viajera para ser expuesto en su precariedad. Y pocos, o nadie, se escapaban de ello. Fueran científicos, escritores profesionales o diplomáticos la inserción de los "tipos mexicanos" se vuelve un hecho *natural* en las páginas editoriales.

Digamos, Raoul Bigot, un ingeniero de profesión, y para 1909 exconsul de Bélgica en Mazatlán, en su libro *Le Mexique moderne*, pone atención a las finanzas, a la minería y a la industria a las que le dedica varios capítulos. Para él su libro "no es propiamente hablando, un libro de economía política, no es más que un recuento anecdótico de viajes". Sin embargo, agrega, está dirigido a "los espíritus curiosos para que se documenten sobre un país escasamente conocido, a todos los comerciantes, comisionados e industriales... que se interesen financieramente por los asuntos mexicanos".¹⁶⁵ Para Bigot, el México moderno es precisamente el industrial, el de la inversión foránea, y las imágenes que inserta son precisamente de la industria y la minería (de autoría de A. Briquet y C. B. Waite), que son las que predominan además de las calles de la Ciudad de México. Sin embargo no deja de aparecer "Un 'ahuehete' du bois de Chapultepec. Au pied, un Mexican en grand costume national", esto es, un

¹⁶⁴ *Ibid*, p. 191.

¹⁶⁵ Raoul Bigot, *Le Mexique moderne*, París, Pierre Roger & Cie. Éditeurs, 1909, en "Avant-propos".

caballero vestido de charro en su elegante cabalgadura; o bien un “Indigène extrayant l’aguamiel d’un maguey”; una “femme de Tehuantepec se rendant à l’église”, una niña tehuana que aparentemente va a la iglesia (en realidad en el estudio de C. B. Waite, que todo indica instaló en esa ciudad); o un “Campement d’Indiens venant célébrer la fête de la Vierge”, a las afueras del templo de la virgen de Guadalupe. Y con todo que “México ha sido profundamente transformado en pocos años” permanecen los rezagos. Bigot escribe que “la imparcialidad nos obliga a decir que hay un abismo entre la clase dirigente y la masa popular en México”, lo cual no sería algo nuevo. Y a ello le otorga tres orígenes: “Nosotros reconocemos, en esta inferioridad de la clase popular mexicana, tres principales causas: la falta de instrucción, el abuso del alcohol, la negligencia mostrada por el clero, [los cuales son] tres prioridades a combatir como tareas”.¹⁶⁶ Con todo, y a pesar de otorgarle un capítulo breve, es amplio el espacio que en imágenes les otorga a este sector social. ¿A qué respondía este tipo de inserciones casi obligadas?

Mostrar la diferencia

¿Se podría decir que la exhibición del Otro era atractiva editorialmente? Esto es, ¿que ello era comercialmente interesante para la mirada foránea más allá del testimonio escrito? Las pistas nos las pueden ofrecer los propios documentos de los viajeros. Veamos algunos casos.

Hans Gadow fue un biólogo y naturalista de origen prusiano, que perteneció a diversas sociedades científicas de Inglaterra en donde vivió la mayor parte de su vida. Entre 1902 y 1904 realizó dos viajes a México para escribir su libro *Through Southern*

¹⁶⁶ “Le Peuple mexicain”, en *Ibidem.*, pp. 28-29.

Mexico que apareció en Londres y Nueva York en 1908.¹⁶⁷ Gadow, como ya era común para entonces, viaja con su propia cámara fotográfica. Y todo lo registra y describe a detalle, esencialmente lo que le servirá para su profesión (la zoología, sobre todo, la botánica, la orografía, hasta extenderse al hábitat). Junto a ello, y como Wallace Gillpatrick, fotografía a todas las personas a su alrededor: a sus sirvientes, a quienes conoce a lo largo de los caminos, a los vendedores en los mercados, a los indígenas que llega a conocer o quienes se le cruzan enfrente. Por momentos hay personajes que se le escapan. Ante el ayudante del prefecto de Tehuantepec, se lamenta no haberlo fotografiado: “Siempre lamentaré no haber fotografiado a ese andrajoso ordenanza en sandalias, con revólver, *machete*, vara, pantalón corto y ancho de algodón, guerrera militar vergonzante y sombrero de paja con cintas negras”.¹⁶⁸ Mientras, en San Bartolo, en la mixteca oaxaqueña, se le cruza en el camino una familia a la que fotografía, y de la que escribe:

Allí alcanzamos a un hombre con su hijo y tres mujeres -madre, esposa y hermana—que apenas podían caminar por la desnutrición; la pobre criaturas venían de Tehuantepec con esperanza de conseguir empleo en Oaxaca. El hombre cargaba al niño pequeño. Su gratitud por unas monedas fue enternecedora, aunque no mendigaban ; en cuanto a eso, nunca topamos con mendigos en el estado de Oaxaca, excepto en alguna estación del ferrocarril, donde ciegos y tullidos piden, y los muchachos se desmoralizan por las monedas que les arrojan turistas de buena fe pero equivocados.¹⁶⁹

La imagen que Gadow incluirá en su libro la titulará “La familia famélica”, un grupo de indígenas en una circunstancia absolutamente precaria, que para el naturalista merecen aparecer en su libro. Y muchos otros casos poblarán su libro. Junto a una imagen de unos “Vagabundos mixes”, Gadow escribe: “En cualquier caso, la ‘sangre oscura’

¹⁶⁷ Nosotros consultamos aquí la edición en español, véase Hans Gadow, *Viajes de un naturalista por el sur de México*, Antonio Carrera (pról.), Teresa Moreno (trad.), México, FCE, 2011.

¹⁶⁸ *Ibidem.*, pp. 164-166.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 233.

predomina, y no hay señal de que sea desplazada por la blanca”.¹⁷⁰ Seres depauperados que encuentra aquí y allá a lo largo de sus viajes (“Un pescador del Balsas”, en extremo sucio; o más precariedades de varias familias en la costa de Guerrero). Como deja ver el propio viajero, los andrajos resultan atractivos para ser fotografiados y publicados. Pero, evidentemente, Gadow no es el único que exhibe al Otro en su forma más frágil. De pronto, es un tema que se vuelve relevante para el testimonio viajero: las costumbres, la apariencia y la vestimenta del “viajado” se convierten en una iconografía recurrente y hasta necesaria, como obligada para algunos, para verse en las páginas testimoniales. Era cuando lo extraño se convertía en atractivo, la exhibición de esos seres, y su territorio, para hacer más extraordinario el viaje.



Nevin O. Winter, *Mexico and her People of To-Day*, 1907 (1923)

No es casual que Nevin O. Winter inicie con la imagen de una tehuana en el frontispicio de su exitoso libro *Mexico and Her People of To-Day* y unas cuantas páginas más adelante muestre a una joven oaxaqueña (“An Indian Maiden”) y a un niño campesino con sus burros (“The Land of burros and sombreros”). Desde ahí está introduciendo a su lector a una tierra “misteriosa”, como bien lo advierte, y escribe:

El viajero que vaya a México en ferrocarril descubrirá que ese país comienza mucho antes de llegar a la frontera. Pese a viajar por el gran estado de Texas, donde el dialecto de los nativos está tan extendido como la accidentada llanura que lo circunda, él se acordará de nuestros vecinos del sur por los suaves

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 248.

acentos de la lengua española o por la entrada de un carro de caballos manejado por un vaquero mexicano, con su gran sombrero y traje pintoresco. Al dejar la hermosa San Antonio, la cual es una moderna ciudad española, no pasan más de un par de horas hasta que el tren atraviesa el fangoso Río Grande en Laredo y, después de cruzar una línea imaginaria en el centro del río, el viajero se adentrará a la tierra de los burros y los sombreros, una tierra de origen misterioso y enorme antigüedad.¹⁷¹

La fotografía del niño y sus animales le viene bien. Está presentando al país a su lector y la imagen está ahí para constatar lo aseverado. Winter anuncia que las fotografías de su libro son de su autoría y de C. R. Birt. Y como en otros casos, es únicamente la sociedad indígena la que se permite mostrar (hay ciertamente, una imagen del castillo de Chapultepec, como residencia del Díaz; y ya para sus testimonios sobre la Revolución, posteriores a 1912 en que aparece la segunda edición de su libro, inserta los retratos de Francisco I. Madero, Carranza y Álvaro Obregón). Es esta sociedad indígena la que domina a lo largo de su libro y sus testimonios escritos van en concordancia con las imágenes. Frente a una casa de palma de “tierra caliente” -acaso en el sur de Veracruz- se detiene frente a una familia que habita en ella y que será fotografiada (para llevar el título de “An Indian Home in the Hot Country”). Los integrantes –dos mujeres, una niña y un hombre, campesinos- miran al viajero, posan para él, y éste escribe:

Sus casas son distintas de aquellas que están en los territorios más fríos. Las casas de los de clase media y de los de las clases más bajas están hechas de bambú o de otro material ligero que se encuentra en las selvas tropicales, y son techadas con hojas de palma. Las varas de bambú verticales usualmente están unidas con una separación de una pulgada o más, de tal forma que permita la libre circulación del aire. Un pueblo indio generalmente consiste en una larga, sinuosa e irregular calle flanqueada a cada lado por estas cabañas pintorescas,

¹⁷¹ Nevin O. Winter, *Mexico and Her People of To-Day. An Account of the Customs, Characteristics, Amusement, History and Advancement of the Mexican, and the Development and Resources of their Country*, Boston, L. C. Page & Company, 1923. La primera edición apareció en 1907, mientras tres subsecuentes ediciones aparecerían en 1912, 1918 y la de 1923 que consultamos. Para esta últimas ediciones Winter realizó muy diversas adiciones como resultado de los cambios dados en la Revolución.

guardando gran parecido con un pueblo del interior de África. Por estas calles pululan en igual profusión bebés y niños semidesnudos que, incluso superando la edad de la niñez, visten con la misma sencillez, asimismo hay perros hambrientos olisqueando por todos lados. El país en su zona cálida está escasamente poblado en comparación con las mesetas y no hay grandes ciudades.¹⁷²

La imagen de una pareja de jóvenes indígenas sentados en la calle (“A Peon and His Wife”), que miran al espectador, esto es, al viajero sin mayor asombro (curiosamente una imagen tomada al ras del suelo algo inédito para la época, porque eleva a las figuras desde un primer plano en fuera de foco, lo que también le da un aura a las figuras); y un cargador con un gran peso sobre sus espaldas, le sirven a Winter para realizar sus propias reflexiones que incluirá al lado de las imágenes.

Estos trabajadores son baratos y se necesitan muchos de ellos para obtener mayores resultados, pero hay millones que han sido engañados. Nada les aflige ni el futuro les despreocupa. No obstante, el hecho de que no poseen el control sobre sí mismos y que siempre están dispuestos a seguir a un líder, que los manipula a través de prejuicios y fanatismo, hace que esta clase sea un verdadero obstáculo para el gobierno progresista. lo cual debería ser estudiado de manera más inteligente.

El hombrecito moreno con el gran sombrero de ala ancha, que presenta una altura que no corresponde con la robustez de su cuerpo, es una figura pintoresca y el paisaje no está completo sin él. En presencia de extraños, su rostro es solemne pero entre los de su clase es desenfadado y alegre, su cara fácilmente estalla en sonrisas... No dedican mucha inteligencia a su trabajo. Para ellos rascar la superficie del suelo con un palo torcido es arar perfectamente. El peón ni sabe ni le interesa aprender otra manera distinta de hacer el trabajo más que el que sus padres le enseñaron. La posibilidad de ganar más dinero usando aparatos que ahorren el tiempo de trabajo no es tan atractivo como para el trabajador americano.¹⁷³

¹⁷² *Ibidem.*, pp. 104-105.

¹⁷³ *Ibid.*, pp. 186-188.



Nevin O. Winter, *Mexico and her People of To-Day*, 1907 (1923)

Era claro que esas figuras complementaban al paisaje, y a la propia descripción. Como otros viajeros testimoniales, Winter echará un ojo hacia el trabajo en las inmensas haciendas y en seguida escribe lo que era de conocimiento público:

El peonaje, que es una forma moderada de esclavitud, está en vigor en México... Un patrón sin escrúpulos es capaz de envolver en una red de deudas al indio pobre e ignorante. Después de un tiempo, una deuda de \$50 se convierte en \$100 y hasta que ésta se paga el trabajador se encuentra como esclavo. Para el peón, ésta es una suma imposible de ahorrar dados los escasos salarios que recibe, considerando que debe mantener a su familia que suele ser extensa. El precio de la libertad es la cantidad total de la deuda. Hasta que se pague, la ley lo obliga a trabajar para su acreedor, no obstante tiene permitido conseguir a alguien que le ayude a pagarla y así poder cambiar de patrón. No pueden separar al trabajador de su familia, ni puede ser obligado a abandonar la plantación donde se generó la deuda sin el consentimiento del patrón. El propietario puede, sin embargo, vender la plantación y la deuda es transferida a su sucesor, de tal forma que el peón debe servir al nuevo patrón bajo las mismas condiciones.¹⁷⁴

¹⁷⁴ *Ibid.*, pp. 188-189.



Nevin O. Winter, *Mexico and her People of To-Day*, 1907 (1923)

Imágenes de pordioseros en la Ciudad de México le seguirán, de niños vendedores en las calles o haciendo tortillas; de burros cruzando cualquier calle (“Primitive Transportation”); o, de pronto, unos mineros comiendo sobre la tierra en lo que puede ser una sección de la mina.

Los pobres peones suben penosamente hasta esas escaleras [la salida de la mina], a veces hacen más de mil rondas sin descansar, cargando sobre sus espaldas un costal con doscientas cincuenta libras de mineral, llegan a hacer varios viajes en un día. En tiempos anteriores los indígenas eran obligados a trabajar en estas minas con todo el propósito y la intención de esclavizarlos. Eran golpeados y azotados hasta la muerte si se negaban a obedecer a sus amos. Por la noche, cada peón era registrado por temor a que se robaran algunos de los metales preciosos. Sin embargo, como su uniforme era sumamente sencillo la revisión no presentaba mayor complicación.¹⁷⁵

Otro tipo de imágenes son las menos (“A Company of *Rurales*”, una poderosa caballería; una fortificación militar en la Ciudad de México), para insistir con las imágenes de los caminos rurales en donde cruzan indígenas –de obligados sarapes, sombreros y grandes cargas-; o para volver a “A Zapoteco Woman”, frente a los muros

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 280.

de Mitla o a un grupo de lavanderas. Hay, entonces, una mayor persistencia hacia ciertas imágenes. Las que dejan claro cómo es el Otro.

O bien se da el caso contrario, como el del italiano Adolfo Dollero quien en las casi mil páginas de su libro, *México al día*, poco, muy escasamente, inserta imágenes de indígenas frente a las decenas de fotografías de elegantes, limpias y bien trazadas ciudades mexicanas. Un México moderno se deja ver –muy en el tono de Marie Robison Wright- porque es evidente que ésa no es la temática principal de su libro que es la de dar a conocer, entre sus paisanos, la industria y el comercio que se da a lo largo y ancho del territorio mexicano.¹⁷⁶ Por eso al publicar su libro, Dollero, busca mostrar que México “es un país de porvenir halagüeño y que aquí el capital puede ser invertido de mil maneras, todas con alicientes magníficos, y bajo la égida de un gobierno firme, apto, civil, moderno, que ampara eficazmente a mexicanos y extranjeros”. Entre otras cosas, eso lo señalaba en el mejor momento del porfiriato, a principios de junio de 1907 y con esa idea se irá del país en agosto de 1910. Tres años de viaje –extensas travesías y largas estancias en las ciudades- que realiza junto a dos amigos que le acompañan: el ingeniero Armando Bornetti y el químico Arturo Vaucresson, quienes le ayudan con sus conocimientos y a recopilar datos de las industrias, de la minería y de toda empresa fabril que se da en México. Por un lado, sus testimonios dejan ver la bonanza que se veía en gran parte del país al acceder y acercarse a hacendados e industriales y, de manera tangencial -al recopilar cientos de fotografías, que adquieren para el libro--, a

¹⁷⁶ Adolfo Dollero, *México al día (impresiones y notas de viaje)*, París-México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1911. La edición que consultamos se encuentra en español, sin embargo una nota editorial señala: “de México al día se imprimirán otras 4 ediciones: en inglés, francés, italiano y alemán”, las cuales quizá no se llegaron a conocer por los sucesos que le sobrevendrían al país desde el año de la edición en español.

ofrecer una larga nómina de fotógrafos que trabajan en la ciudades que visitan.¹⁷⁷ Con todo y que también ellos cargan con sus cámaras.

Todo indica que los tres viajeros debieron entrar a México por Ciudad Juárez, Chihuahua, y desde ahí llegaron a la Ciudad de México a bordo de los cómodos pulman del Ferrocarril Central Mexicano. Su sorpresa es grande al ir adentrándose en el país: “¡Por fin veíamos los indios! Ya no eran los indios que G. Aymard nos había pintado, con plumas de águila, la figura abronzada y los lineamientos duros... Eran criaturas de aspecto inofensivo, vestidos de tela y con las típicas sandalias de cuero curtido que se denominan *huaraches*. El sombrero de palma de alas grandes había sustituido las plumas de águila, y nos miraban de una manera indiferente...”¹⁷⁸

En la Ciudad de México, Dollero escribe sobre Santos, uno de sus sirvientes: “era sencillamente un *mecapalarero*, es decir algo menos que un *cargador* porque no pagaba el impuesto municipal para obtener su patente. Santos no era muy alto; de un sombrero de palma, muy roto, le salían mechones de pelos enmarañado. Una barba descuidada y el color amarillento del rostro muy picado de viruela, completaban su retrato”.¹⁷⁹ Pero no incluye ninguna fotografía de él. En cambio cuando se encuentra con la colonia de los “Moscobos”, cerca de Musquiz, Coahuila, se apresura con su cámara: “Yo intenté fotografiar un grupo de niños, pero la madre se apercibió de ello y dando muestras del más vivo disgusto los obligó a entrar en casa violentamente”. Y así como publica varias fotografías de las señoritas de alta sociedad (“Grupo de hermosas señoritas de

¹⁷⁷ Entre muchos otros fotógrafos, publican imágenes de L. Roa de Guanajuato; Kaiser de San Luis Potosí; L. Cuevas de Cuernavaca; Villa de Zacatecas; José Z. García de Durango; B. Castillo de La Paz; A. W. Lohn de Culiacán; F. Herrera de Tepic; José María Lupercio de Guadalajara; Méndez Gil hermanos de Zamora; J. J. Ramos de Colima; a. Garduño de Toluca; Acosta de Pátzcuaro; A. Macías del puerto de Veracruz; Márquez de Papantla; J. M. Rubio de Campeche; Geo Lerch de Coatzacoalcos; o F. Rabiella de Tehuantepec, entre otros.

¹⁷⁸ *Ibidem.*, p. 12. Gustave Aymard, de origen francés, fue un novelista de gran fama en Europa en el siglo XIX que contribuyó a crear una visión estereotípica enormemente fantasiosa sobre México. Según cree Auguste Genin nunca estuvo en el país, véase *Les français au Mexique. Du XVIIe siècle a nous jours*, París, Nouvelles Éditions Argo, 1933, p. 310. También de Aymard, en alemán, *Mexicanische Nächte*, Leipzig, Verlag von Chr. C. Rollmann, 1865.

¹⁷⁹ *Ibidem.*, p. 88. El subrayado es del autor.

Durango”, “Grupo de hermosas señoritas de la mejor sociedad de Culiacán”), poco se detiene frente a un retrato de tarahumaras (una fotografía de H. W. Stephenson), aunque sí un poco más sobre los “terribles yaquis” (fotografiados por Abitia Hermanos). Los coras y los huicholes no dejan de sorprender a los viajeros durante su estancia en Santiago Ixcuintla:

El espectáculo era para nosotros muy exótico.

Grupos de huicholes y de coras, indios típicos que con los tepehuanes pueblan las abruptas montañas del territorio de Tepic, habían venido desde lejos con sus mujeres, los niños y los perros para presenciar la deseada fiesta y sus tipos muy especiales hubieran formado la delicia de un etnólogo... En los grandes sombreros llevaban plumas multicolores; algunos tenían la cara pintada de color carmín o de amarillo y los niños estaban enteramente desnudos.

Quería Bornetti comprar a uno de ellos su arco y las flechas, pero el indio no condescendió en venderlos.¹⁸⁰



Adolfo Dollero, *México al día*, 1911

Dollero incluye dos fotografías de estos grupos en su libro al lado de sus descripciones. Más adelante le dedica unos breves párrafos a los totonacas de Papantla. “Tienen el defecto de ser poco amantes del trabajo continuado y por lo general prefieren dedicarle sólo una parte del día”; en San Cristobal de las Casas, incluyen un retrato de estudio (de la autoría de Guadalupe Martínez Rojas) de una pareja de indígenas de Zinacantán, “fue para nosotros una impresión dolorosa el ver a los chamulas”, y se extiende:

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 406.

Los chamulas en esos lugares desempeñan el papel de bestias de carga, con la diferencia de que se cansan menos... Las mujeres más pequeñas, no bonitas, muchas veces desaseadas y con el pelo inculto, llevan también pesos enormes, y algunas veces cargan todavía un niño sobre los brazos o sobre las espaldas en medio de las canastas.

Su condición es muy triste, y en algunas aldeas, como en Huistán, no es raro ver el indio que sigue a la mujer doblada bajo la carga, lo mismo como arrearía su burrito. Por lo general están unidos solamente por los vínculos de la naturaleza o por el matrimonio religioso.¹⁸¹

En Palenque, Dollero no puede dejar de decir unas palabras sobre los lacandones y frente a las inmensas selvas que se levantan frente a ellos: “En esa montañas viven las tribus indias de los lacandones que se encuentran aún en estado semi-salvaje. Personas que han vivido por aquellos rumbos aseguran que son politeístas y que en sus tribus el incesto es ley”. Una fotografía de lacandones, junto a un monolito en Ocosingo, quiere dar cuenta de ello; en Amatlán, cantón de Córdoba, no pueden resistirse a producir una toma a las mujeres: “En la estación de Amatlán, Vaucresson pudo fotografiar un típico grupo de indias de la localidad, todas vestidas de blanco y muy adornadas de corales y monedas de oro”, una imagen que Dollero incluye de esas mujeres caminando en las calles. A pesar de esos trazos sobre las etnias que los viajeros conocerán a lo largo de su estancia en México, y de la inserción de fotografías a propósito, otro es su interés: el de mostrar un México próspero y digno de invertir en él. Pero lo que aquí queremos destacar es que no se pueden sustraer, por momentos, a otras condiciones culturales que no son las suyas.

Veamos otro caso. Witold de Szyszlo fue un geógrafo, botánico y climatólogo de origen polaco, y miembro de la Sociedad de Geografía de París, que llegó a México en enero de 1909. Le interesaba la parte sur occidental y norte del país, del Soconusco a Sonora y Baja California, ya que ésta, según su versión, era menos conocida en Europa. Para

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 745.

ilustrar su libro se valió sustancialmente de la adquisición de fotografías realizadas por C. B. Waite, al que le compró varios retratos de tehuanas, de un elegante charro en su caballo, de indígenas en las ruinas de Mitla (una vez más), de las calles de Oaxaca, de una familia indígena veracruzana a las puertas de su casa (“Un jacal près de Vera-cruz), y estas imágenes son referenciadas brevemente en la propia narración que realiza de esas regiones (al pie de foto coloca la página en donde hace referencia en el texto).¹⁸²

Dada su profesión, le interesa la agricultura, el tipo de cultivos según las regiones; para ello “recurrí a observaciones precisas y detalladas sobre el clima, la flora, las culturas, la industria, el comercio y la colonización en el país”, escribe. Pero en varias ocasiones unas ciertas circunstancias dan paso a sus personales comentarios. De Szyszlo es un viajero que no inicia con los dos primeros capítulos (o tres), obligados para otros, dedicados a la historia del país, del imperio azteca a la colonia y/o de Cortés a Juárez tan recurrentes en otros visitantes. “Aparte de las ruinas de Mitla yo no busqué los vestigios de la historia precolombina”, dice, para mejor ocuparse “del México moderno”. Pero este último concepto es muy relativo para entonces –lo era para Bigot y lo será también para el inglés R. J. MacHugh, como veremos—. Es así que no aparecen en su libro las imágenes de la industria o la minería –imponentes cuando se quería poner atención en ellas-, que aparecían en los libros de Martin, salvo hacia el final el moderno puerto de Manzanillo, símbolo de la modernidad portuaria en el porfiriato. La primera imagen de *Dix mille kilomètres a travers le Mexique* es la de “Un jacal près de Vera-cruz”. Así, de Veracruz a Jalapa: “El paisaje en esa mañana lluviosa y oscura de enero no era muy atrayente... Aquí y allá, algunas cabañas de hojas de palmera (*jacales*) sembraban de manchas grises la llanura arenosa”. Con esa primera fotografía y las subsecuentes imágenes de Waite, es que inicia su narración. Antes, en Veracruz, en

¹⁸² Vitold de Szyszlo, *Dix milles kilomètres a travers le Mexique, 1909-1910*, 2ª ed., París, Librairie Plon, 1913.

donde de entrada “se traba conocimiento con los sombreros típicos del país, los *sombreros charros*”, ofrece su primera consideración sobre los habitantes a quienes comienza a conocer:

El indio y sobre todo la india son, en general, de corta estatura. No es una raza modelo; sus vicios les han impuesto molestas degeneraciones y su complexión es más bien endeble. Pero el tipo de indio mexicano varía según las provincias. El indio de las costas es tal vez más resistente que el de las mesetas; de todas maneras la raza pura es casi inexistente al norte del trópico, aun en el estado de Veracruz está muy mezclada. El matiz cobrizo oscuro es reemplazado por un tinte bronceado más claro, una frente más alta, una estatura más elevada, una nariz más regular.

Es por la forma de la nariz que se reconocen, en México, los rastros de sangre india, como por el color de las uñas a la raza negra. La nariz y la boca son, sin duda, las partes menos perfectas del rostro indígena. El mestizo no presenta un tipo uniforme; su conformación depende tanto del grado de mezcla de su sangre como de la tribu india con la que el mestizaje se dio. En los alrededores de México, el mestizo es feo, vicioso y holgazán, mientras que, en Yucatán y Chiapas ellos forman una raza notable por su propiedad, su prestancia y sus cualidades físicas.¹⁸³

Debemos de pensar que esto lo escribió a su regreso a Europa, si no entonces se valió de otros testimonio para escribir esto apenas llegando a México. Pero frente a las imágenes incuestionables (apenas 28 fotografías) el lector-espectador europeo echará a andar su imaginario a partir de los testimonios escritos de un viajero que ha “constatado”, durante un viaje de alrededor de un año en el país, lo que asevera.

Con frecuencia se ha hablado de la crueldad del mexicano; yo diría que se exagera mucho. Los niños indios, sobre todo, tienen una mirada ingenua de una extrema dulzura. Por lo demás, y en general, la fisonomía del indio lleva la marca de una melancolía conmovedora. Es presa de los vicios que, sin resistencia, se apoderan de los pueblos jóvenes, indisciplinados, faltos de experiencia y explotados. Largas generaciones deberán darse para eliminar

¹⁸³ *Ibidem.*, pp. 8-9. Los subrayados son del autor.

las causas profundas que están enraizadas en la mentalidad y en la tradición indígena.

A falta de una fuerte base moral, de un alto ideal que sobrepase el horizonte de la baja sensualidad, esta interesante raza está dedicada a costumbres que la consumen sin cesar y que las clases dirigentes son negligentes para combatir. La prostitución, la embriaguez, el juego, son taras que constituyen a la civilización mexicana. El gobierno no trata de reaccionar contra ellas, ¡o lo hace tan poco! Se ha limitado a prohibir a los menores la entrada a los *bars* y a las *pulquerías* (lugares en donde se despacha la repulsiva bebida llamada *pulque*).¹⁸⁴



Vitold de Szyszlo, *Dix mille kilomètres a travers le Mexique*, 1913

¹⁸⁴ *Ibid.*, pp. 36-37. Los subrayados son del autor.

Frente a imágenes (siempre Waite) de campesinos en una plantación de caucho, de unos músicos de marimba en Tapachula y, desde luego, de “Une pulquería a Mexico” (con nombre de “Un viaje al Japón”, hermosamente pintada su fachada a manera de mural), acaso no había otra cosa que imaginar para el lector europeo. El sentido estaba ya dado desde las palabras escritas por Vitold de Szyszlo, un geógrafo, zoólogo, botánico, proveniente de París, cuyas últimas palabras se referirán a “la inmensa variedad de recursos naturales de este país privilegiado”, en donde, con todo, habitaban esas personas que tanto se preocupó por describir.

De Szyszlo no fue el único en escribir sobre el modo de beber del indígena; como otros más, Dillon Wallace, un escritor y fotógrafo estadounidense, también lo hizo. Wallace viajó a la parte noroccidental de México, en la zona que comprende Jalisco, Nayarit, Sinaloa y Sonora, en el invierno de 1907-1908 para dar a conocer su libro *Beyond the Mexican Sierras*.¹⁸⁵ “Nos dirigíamos –escribe- hacia el sur, a aquella región oscura y poco conocida del viejo México que se extiende más allá de las sierras; esa extensa área entre la meseta y el océano Pacífico, los estados de Sonora y Jalisco, que han dormitado sin disturbios a través de los siglos, indiferentes al gran mundo del progreso y la actividad más allá de sus fronteras”. Con todo y que como otros más le interesa dar a conocer las posibilidades de la explotación minera en esa región, se extiende en sus apreciaciones sobre los habitantes. Siguiendo a De Szyszlo, escribe en la introducción de su libro: “En términos generales, el peón carece de ahorros. Sus necesidades son pequeñas, sus oportunidades limitadas, y se contenta con lo que tiene. Exceptuando los numerosos días feriados, el peón trabaja constantemente, y en general se puede confiar en él. En los días de fiesta se entrega a los placeres, participa libremente de los productos nativos tóxicos: pulque y mezcal y se juega todos sus ahorros. No puede ser

¹⁸⁵ Dillon Wallace, *Beyond the Mexican Sierras*, Chicago, A. C. McClurg & Co., 1910.

un ejemplo de honestidad para el mundo”.¹⁸⁶ Como otros casos más, su posible lector se entera de esto apenas iniciando el libro. Sus descripciones hablan de regiones detenidas en remotos pasados.

Diez ríos turbulentos fluyen a través del estado de Sinaloa, en el curso de las cordilleras hacia el mar, y otros tres atraviesan el territorio de Tepic. Con la excepción de Mazatlán, la metrópoli del Pacífico de México, y las ciudades capitales de Culiacán y Tepic, la población es escasa y dispersa. Hay unas pocas ciudades pequeñas distribuidas como puntos de comercio, y aquí y allá pequeñas agrupaciones de chozas de indios, donde los nativos viven como sus ancestros vivieron hace incontables generaciones antes que ellos, con pocos cambios en sus hábitos y costumbres desde los días en que el gran Moctezuma gobernó su llamado imperio azteca. Pero esto no es más que un desierto escasamente poblado.¹⁸⁷

De entrada para él estas tierras son inhóspitas (con su capítulo “A Forgotten Land”, es que abre). Y estas zonas se encuentra pobladas de seres, un tanto extraños, que se dedica a fotografiar. En el puerto de San Blas ve a un policía, “un espécimen”, que le llama la atención, por la manera en que fuma, por su traje de manta desabrochado, por su gran revolver, por sus huaraches: “él era –escribe- el mejor representante que he visto de la estupidez humana y de la indolencia oficial”. Le pide permiso para realizarle un retrato ante la indiferencia del policía, “yo quisiera publicarlo, para que sea immortalizado, señor”, le insiste, “yo quisiera hacerle una foto”. El personaje accede:

se preguntaba si deseaba que él saliera a la luz del sol en la calle. Tratando de auxiliarme de todo mi vocabulario en español, le dije muy dulcemente, “Sí, señor”. El resultado fue mágico. El policía agarró con fuerza la macana y empezó a subir la calle a buen ritmo, detrás de Ramos [su interprete], Randall [su acompañante] y los otros. Pensó que eran malhechores, y que yo le estaba contando sobre un hecho oscuro y sangriento que ellos habían cometido. Él iba a correr tras ellos. En la desesperación, me dirigí a él y le grité: “¡No!, ¡No!

¹⁸⁶ *Ibidem.*, pp. XXIV y 1.

¹⁸⁷ *Ibid.*, pp. 3-4.

señor, la fotografía”, mientras que yo sacaba mi cámara. Una multitud estaba aglomerándose y la situación se volvía cansada para mí. El oficial se detuvo y sonrió. Por fin comprendía. “No” era un buen español, mientras que “señor” y “fotografía” sonaban muy similares a las palabras en español para designar las mismas cosas y todo esto ya con la cámara desfundada, aclaró lo que quise decir. El policía se paró donde yo le indiqué y realizó la pose más militar de que era capaz, y después hice mi toma. Le agradecí cordialmente, nos quitamos el sombrero y nos estrechamos las manos, y después regresó al poste en la sombra, donde inicialmente estaba recargado. Como un héroe para los ojos de la multitud asombrada, la cual se reunió alrededor suyo, para hablar de lo ocurrido, mientras yo me apresuraba para encontrar a mis amigos.¹⁸⁸



Dillon Wallace, *Beyond the Mexican Sierras*, 1910

Así, detrás de ese retrato hay una carga irónica, que exhibe, para Wallace, la “estupidez” del oficial. En otra ocasión se sorprende ante unas mujeres, con las que se cruza, que sobre sus cabezas llevan unos recipientes de agua.

¹⁸⁸ *Ibid.*, pp. 17-19.

Al pasar por debajo de un asentamiento, en un camino que conduce por la pared trasera de un edificio de hacienda, tomé una foto de unas mujeres que llevaban agua. Tuve que hacerlo a escondidas, ocultándome detrás de unos arbustos, porque casi todos los indios le temían a mi cámara, como si fuera un nuevo tipo de arma. En esta ocasión, las mujeres me vieron justo cuando apretaba el botón, y ellas dejaron sus jarras de agua, sólo cuando me vieron dirigir la cámara en otra dirección, volvieron a tomar el equilibrio”.¹⁸⁹



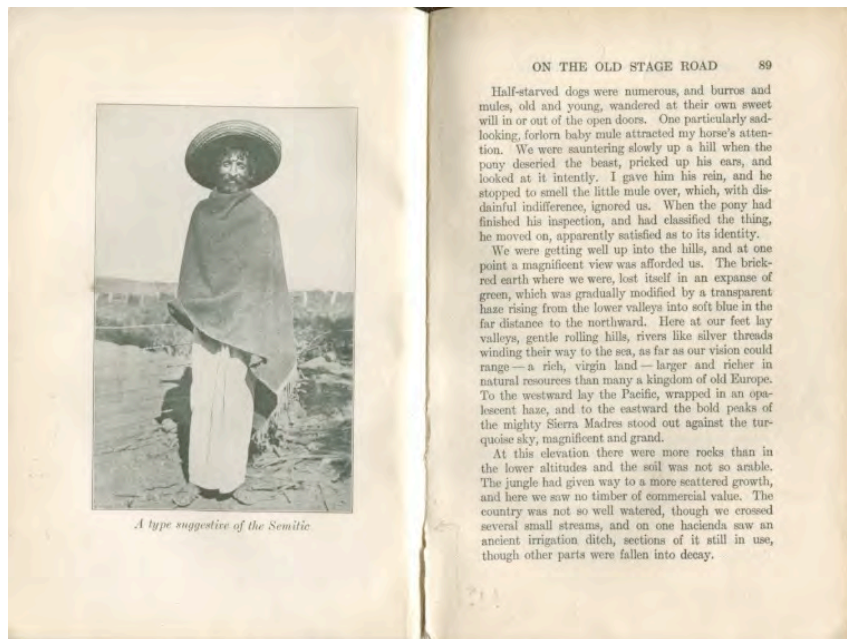
Dillon Wallace, *Beyond the Mexican Sierras*, 1910

Éste será un ejemplo, entre otros, de esos seres que pueblan la región visitada por Wallace. Al no tener otros personajes cerca, fotografía a su sirviente (“José, our waiter-an Indian youth of twenty”), muy a la manera, como hemos visto, de Gillpatrick. En otra ocasión en un camino de Tepic, en la zona alta de la sierra, se encuentra a un campesino al que fotografía y no duda en atribuirle orígenes semíticos (imagen que titula “A type suggestive of the Semitic”):

La gente nos miraba con asombro mientras íbamos por los caminos, porque éramos, evidentemente, mucho más interesante para ellos que ellos para nosotros, dado que ya nos estábamos acostumbrando a los sombreros pintorescos, a los sarapes de alegres colores, a la ropa blanca de algodón, y a los pies calzados con sandalias. Aunque todavía nos sentíamos atraídos por los

¹⁸⁹ *Ibid.*, p.58.

tipos que sugerían lo semítico, lo malayo o lo mongol, y de vez en cuando por alguien a quien podíamos fácilmente imaginar como un beduino de las llanuras.¹⁹⁰



Dillon Wallace, *Beyond the Mexican Sierras*, 1910

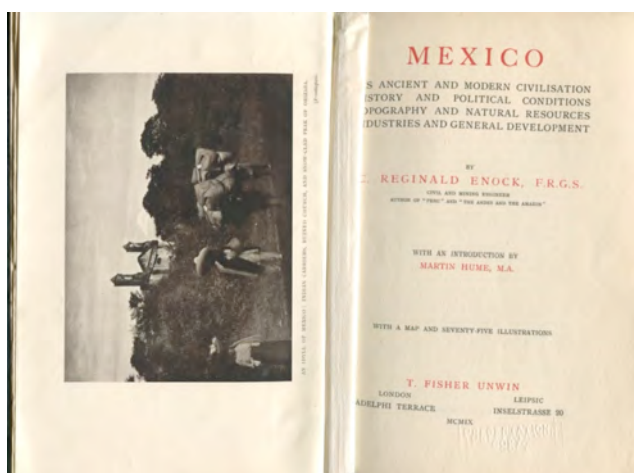
Y para comprobarlo ahí estaba la fotografía de ese hombre que se cruzó por su camino. La cámara fotográfica, como más adelante veremos, funcionaba como un objeto depredador; de culturas, de circunstancias, para construir las imágenes de los Otros. Dillon Wallace, finalmente ofrece a sus lectores su opinión sobre la cultura campesina que está dando a conocer, desde su punto de vista.

Todos estos indígenas viven en lo más profundo de la pobreza y la ignorancia. Su existencia es de día a día. Para ello nacen en el mundo... Una desnudez apenas cubierta, un poco de torta de maíz, frijol y café, cama en la tierra desnuda, o, si la suerte les favorece, un catre de lona, es todo lo que alguna vez pueden esperar, y por encima y más allá de estas cosas su ambición nunca se mueve... Los peones de México no son movidos por ningún sentimiento. Fue difícil para mí darme cuenta, mientras me movía entre ellos, que eran los descendientes de los hombres que habían luchado y sacrificado para preservar su libertad, antes de que el español finalmente los redujera a la esclavitud.¹⁹¹

¹⁹⁰ *Ibid.*, pp. 89-90.

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 78.

Y estas opiniones se ofrecían a pesar de la campaña del Estado porfiriano por mostrar un rostro distinto. Con todo y que cada libro era revisado y su autor interrogado, acerca de sus intereses por escribir sobre México, las opiniones de cada escritor foráneo terminaban por salir. Y en sus apreciaciones y selección de imágenes se iba construyendo una fisonomía nacional. El ingeniero inglés Reginald Enock, desde el frontispicio de su libro, inicia ofreciendo todo un sistema iconográfico identificatorio de lo que se entiende es México. Una fotografía en donde se ve a una pareja de arrieros, un burro en extremo cargado, una espesura selvática, un camino rural, las ruinas de una iglesia colonial y al fondo de este paisaje el pico de Orizaba (“An Idyll of Mexico: Indian Carriers, Ruined Church, and Snow-Clad Peak of Orizaba”).



Reginald Enock, *Mexico its ancient...*, 1909

Una visión idílica, ciertamente, que fue explotada de manera extensa. Pero detrás de ello, lo mismo de siempre, la opinión que va a transformar el sentido de la imagen: “El grupo principal –escribe Enock- vive a la sombra de la periferia, en jacales; las precarias viviendas de los peones, de los más pobres de la ciudad y de los marginados errantes; caminos polvorientos bordeados por cercos de tunas o *nopales*; pintorescos caminos de polvo de adobe que llega hasta los tobillos, que se eleva desde debajo de los cascos de nuestros caballos y nos cubre con una polvillo impalpable, luego de haber

recorrido los alrededores del lugar”.¹⁹² Enock –integrante cómo Percy F. Martin de la Royal Geographical Society, y también interesado en la industria minera— no se engaña. Ve al México de la élite y las políticas gubernamentales y, claro, a los Otros, y escribe:

El carácter mexicano debe resumirse como el de un pueblo en crecimiento. Incluso en sus fisonomías se encuentra latente. Volvamos sobre las páginas de cualquier libro publicado en México y observemos los retratos de los hombres públicos y de sus biografías, por lo general, estarán llenas de éstos, a menudo para complacer su vanidad. Los rasgos están fuertemente marcados, y a veces rayan en lo grotesco, lo decimos sin ningún afán de ofender. Una gran inteligencia que se desboca, y un idealismo no mitigado... Sin embargo, esto identifica al pueblo, no decadente, sino que ha involucionado. Los mexicanos están en el comienzo, no en el final, de su civilización; en la cima, no en el declive, de su vida. Aquí está la materia de un vigoroso y prolífico ascenso que puede estar destinado a fortalecer en gran parte, como toda Hispanoamérica, el futuro régimen de la civilización del hombre blanco.

La “era del progreso glorioso” –para usar el término mexicano- que la larga dictadura del actual famoso presidente de México inauguró, es un tema que ocupa en gran parte la mente y la pluma del mexicano. El escritor europeo generoso lo registra, y el muy usado adjetivo tiene mucha razón de ser tan constantemente utilizado. El general Porfirio Díaz ha sido sabio y afortunado, y ha sido capaz de rodear su administración con los hombres más talentosos de su tiempo: una pléyade de incontables hombres conspicuos, por citar la descripción que un mexicano hace de sus colegas en sus propias palabras grandilocuentes. En cuanto al presidente, se puede suponer que la tendencia de sus contemporáneos a deificarlo, y el constante desborde de adulación y lisonja, se da en pos de su vanidad.¹⁹³

¹⁹² Reginald Enock, *Mexico its Ancient and Modern Civilisation, History and Political Conditions, Topography and Natural Resources, Industries and General Development*, Martin Hume (intr.), Londres y Leipsic, T. Fisher Unwin, 1909, p. 9. El autor ofrece sus agradecimientos a muy diversas instituciones porfirianas que le ofrecieron material fotográfico para publicar en su libro, entre otras a The Mexican Vera Cruz Railway Company, a The London Bank of Mexico y a la The Mexican Financial Agency.

¹⁹³ *Ibidem.*, pp. 164-165.

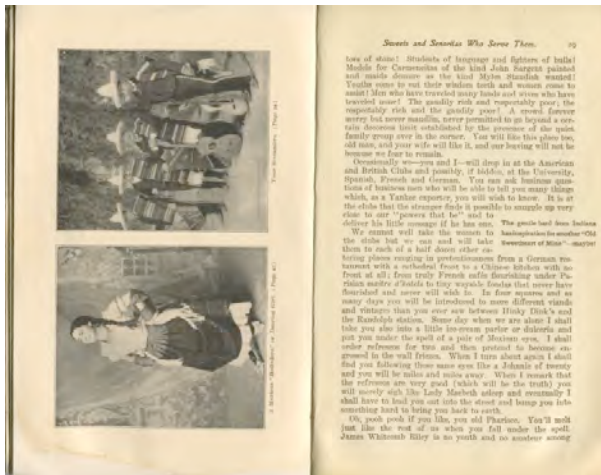


Reginald Enock, *Mexico its ancient...*, 1909

Qué gran contradicción era esto para Reginald Enock. Sin embargo, no se sustrajo a la distancia ajena e incomprensible. Digamos a ciudades como Teotihuacán, Mitla, Monte Albán o Chichén Itzá les dedica el capítulo “The Strange Cities of Early Mexico”, para aventurar algunas hipótesis sobre las civilizaciones precolombinas e inmediatamente escribir sobre Cortés y la Conquista.¹⁹⁴ Como ingeniero puso de relevancia lo que la ingeniería británica había hecho en México; para, de nuevo, regresar a las escenas de siempre (“Mexican Peon Life: Typical Village Market-Place”). ¿Quién se podía sustraer a esto? O bien, ¿deberíamos de decir que hacia finales del porfiriato, en los dos o en el último año, la visión sobre México en los libros de viajeros comenzaba a mostrarse de manera más poliédrica? Posiblemente había algo de ello. Porque hubo viajeros como el estadounidense J. A. Ball, quien escribió una guía para turistas, que lo mismo incluyó los elegantes cafés de alrededor de la residencia presidencial en Chapultepec, que la sobria y espléndida avenida Reforma, sin obviar las imágenes de fragilidades sociales en las regiones tropicales de México (el istmo como gran referente obligado, en: “Rural Maids of the Isthmian States” o “A Settlement in Tropical Mexico”), adquiridas a la

¹⁹⁴ *Ibid.*, pp. 37-75. Otros viajeros prefirieron, aunque brevemente, sustentar su visión sobre las culturas prehispánicas, a partir de los estudios que para estos años se habían hecho sobre las culturas del sureste mexicano. Véase Constantine George Rickards, *The Ruins of Mexico*, v. I, Londres, H. E. Shrimpton, 1910. Un hermoso libro de acabado editorial en donde se inserta un fotograbado y decenas de fotografías sobre el tema. Todas las imágenes en el libro son de autoría de su autor, y unas pocas, de Yucatán, de Pedro Guerra. Rickards era de origen inglés proveniente de una familia de empresarios mineros en México.

compañía fotográfica Underwood & Underwood; o de plano, ya, una china poblana y unos marichis solicitando sus presencias como connacionales (“A Mexican ‘Bailadora’ or Dancing Girl” y “Your Serenaders”).¹⁹⁵ Y eso sin contar con portadas de diversos libro que hacían alusión al charro, a los nopales, a los volcanes, a la arquitectura prehispánica, que ya desde ahí hacían alusión al país de referencia.¹⁹⁶ Una forma de identificación inmediata. Y estamos en los últimos meses del porfiriato.



J. A. Ball, *Mexico...*, 1910

¹⁹⁵ J. A. Ball, *Mexico as Described in Personal Correspondence Between Mr. Ben Slaevin North and His Friend Mr. Seymour South*, 2^a ed., México, National Lines of Mexico, 1910. Éste es un diálogo epistolar imaginario entre esos dos supuestos amigos, el norte y el sur, escrito por Ball.

¹⁹⁶ Desde la portadas igualmente se incluían glifos prehispánicos o se jugaba con la tipografía para hacer alusión al país de referencia, véase Osw. Schroeder, *Mexiko. Eine Reise durch das Land der Azteken*, Leipzig, Wanderer-Verlag, (Mit Camera und Feder durch die Welt/ Con cámara y pluma por el mundo), 1905, un autor que adquirió en México fotografías de Winfield Scott pero quien también realizó sus propias imágenes. Este libro de Schroeder lo trajo consigo Hugo Brehme en su primer viaje a México en 1908 y es evidente que también fue de gran influencia para él por su temáticas, he ahí a los tlachiqueros, tortilleras, vendedoras de frutas, lavanderas y mujeres oaxaqueñas junto a ruinas y cactus. Agradezco a Dennis Brehme la consulta de este tomo.

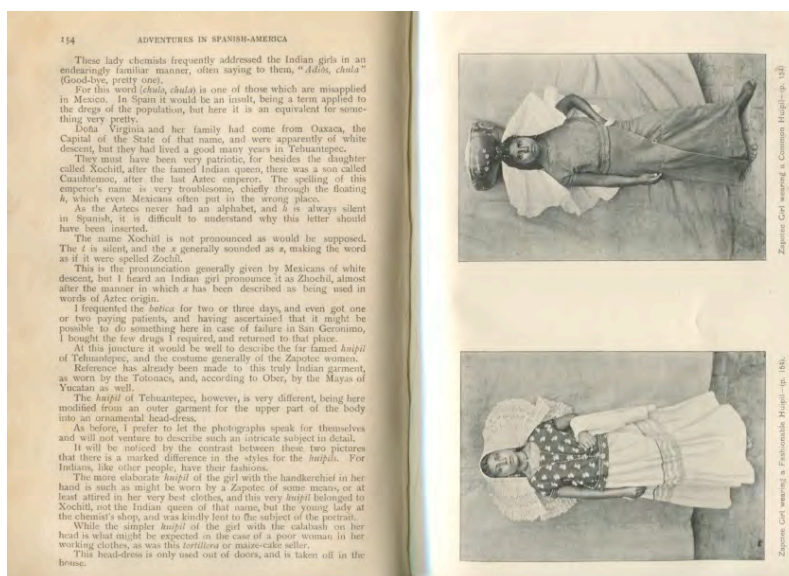
Un autor llamado *Vaquero*



Vaquero, *Adventures in search of a living in spanish-america*, 1911

Entre 1904 y 1905, debió haber arribado, desde España, y vía La Habana y Nueva Orleans, un personaje que simplemente se hacía llamar *Vaquero*. Un seudónimo que nada tenía que ver con ninguna de sus habilidades. Médico de profesión y de origen británico, fue también un notable fotógrafo que recorrió buena parte de las regiones del centro y del sureste mexicanos. Por si hiciera falta, se improvisó también como etnólogo para estudiar a las “razas nativas” que tanto llamaban su atención. Su gran testimonio sobre México y Latinoamérica quedó plasmado en su libro *Adventures in Search of a Living in Spanish-America*, publicado en Londres en 1911. En el prefacio, *Vaquero* le advierte al lector que una de las objeciones más comunes a los libros de viaje son los superficiales recuentos que se gestan a partir de un corto tiempo en el país que se describe. No era su caso, él señala que sus viajes por Hispanoamérica le llevaron cerca de seis años. Él viaja ofreciendo los conocimientos de su profesión médica, para obtener

recursos y continuar sus viajes, por eso advierte: “Y si los acontecimientos aquí descritos no corresponden con la experiencia de otros, no significa necesariamente que alguno de los escritores se haya desviado de la verdad. Porque un turista adinerado verá las cosas desde una perspectiva distinta a la de un residente extranjero necesitado [como él], que está compitiendo por tener justo lo mínimo para vivir”. Además pone de relevancia su oficio con la cámara: “Las fotografías han sido seleccionadas de aquellas que se tomaron durante mis viajes, con la esperanza de que puedan transmitir al lector una percepción más verosímil del tema”.¹⁹⁷ La verosimilitud fotográfica como constatación irrefutable, una vez más.



Vaquero, *Adventures Search of a Living in Spanish-America*, 1911

Más de 70 fotografías, la mayoría sobre México, aparecerán a lo largo de su libro. Otras cuantas son de Chile y Perú a donde viajará y de donde regresará a México para volver a partir hacia Europa; prometiendo que “si mis esfuerzos son apreciados se propone continuar con estas aventuras en un segundo volumen el cual trataría sobre las Indias Occidentales”. Libro que no se sabe si llegó a publicar. *Vaquero* ingresará al país por Laredo, cruzará Monterrey, Saltillo, San Luis Potosí hasta la Ciudad de México. Y

¹⁹⁷ *Vaquero, Adventures in Search of a Living in Spanish-America*, Londres, John Bale, Sons & Danielsson, 1911, “Prefacio”.

pronto inicia sus descripciones sobre el país que comienza a recorrer. Al sur de Saltillo, en donde describe la monotonía del paisaje, visita la mina Concepción del Oro: “Aparte de estos trabajos, no había nada de interesante en esta ciudad bastante sucia de cerca de cinco mil habitantes. Entre sus características más repulsivas fueron las casuchas miserables de los hombres que se dedican a la minería”. Mientras, en su viaje hacia el sur: “Un español me dijo, “*El (sic) índole de los mexicanos es triste*” (the disposition of the mexicans is sad)”.¹⁹⁸ A su llegada a la Ciudad de México, *Vaquero*, se sorprenderá, como otros, con las pulquerías en las que se da “el aspecto indio en mucha de la gente”. “Los periódicos –advierte- describen casos de tiroteos y apuñalamientos en las pulquerías y en los barrios pobres de la capital, por ello una persona ajena a esos lugares deberá ser muy cuidadosa y no visitar esos lugares, sin la guía de alguien competente”. Y describe a sus habitantes, de diversas apariencias:

Hay una buena cantidad de sangre india en los suburbios de la Ciudad de México. Y al hacerle esta observación a una dama española, que estaba familiarizada con la capital, dijo despectivamente, “*Meros indios*”, pero esto, yo creo, era una exageración, debido a los prejuicios españoles. “*Meros indios*”, no es una regla de vida en las grandes ciudades de las zonas centrales de México, pues los *mestizos*, o los de cruce de raza, a menudo también viven en los barrios más pobres.

Estas localidades presentan una cierta cantidad de miseria, incluso como en los países de Europa, pero alcanzan niveles ínfimos en la Ciudad de México, probablemente por la raza inferior que está mezclada con la de los colonos blancos.¹⁹⁹

Vaquero es un viajero que ciertamente se interesa por la capital, aunque no mayormente porque su interés está en la regiones del sureste hacia donde terminará por dirigirse. Sin embargo ya desde la Ciudad de México comienza a fotografiar a los distintos tipos de personajes que la habitan. Describe cuidadosamente la vestimenta femenina, de la cual,

¹⁹⁸ *Ibidem.*, pp. 29 y 33. El subrayado es del autor.

¹⁹⁹ *Ibid.*, pp. 48-49.

dice, pueden ser clasificadas según ésta. Las damas de clase media que por lo regular usan un mantón y aquellas mujeres, las de la clase pobre, que utilizan el rebozo. Por otro lado, en las “partes primitivas” se encuentran las “indias que usan una desgatada prenda que es llamada *huipil*”. Y para comprobarlo inserta dos fotografías de una joven con rebozo y de otra con mantón. Sobrios retratos de estudio con los que inicia su clasificación de los habitantes mexicanos. Para mostrar cómo es el traje charro, le solicita a un rural que pose para él al lado de su hermoso corcel. Los charros y los *catrines*, entonces son descritos:

Los trajes de *catrín* son iguales a las de las clases altas y medias de la sociedad europea, con natural tendencia de estilo español. Éste representa la mejor clase de México, incluso podría ser propietario de algún bien, un comerciante, un profesional, empleado o funcionario, o bien pertenecer a cualquiera de las clases educadas, especialmente aquellas cuyas ocupaciones son sedentarias y no rurales.

El traje de *charro* por su estilo particular tiene una influencia mayor en la gente de campo, por una parte porque es un traje nacional, por otra porque es una vestimenta lo suficientemente apretada como para cabalgar y también porque el tipo de adornos de estos trajes no se prestan a otros estilos de vestimenta.²⁰⁰

Un solo capítulo le dedica a la Ciudad de México, para pronto alejarse de ella, y dirigirse a Calpulalpan. Un pueblo triste, para el viajero: “La plaza generalmente estaba lo suficientemente vacía, como en la foto se muestra, sin embargo, a veces en días de mercado estaba muy llena. Calpulalpan era un pueblo pobre y poco ambicioso, el cual sólo contaba con una plaza para todas sus necesidades. La mayoría de los pueblos sin ninguna pretensión tienen dos plazas; una en donde se pone el mercado y otra para paseos y música”.²⁰¹

Constantemente *Vaquero* habla de su trabajo con la cámara. De las vicisitudes que tiene con ella o la dificultades para obtener materiales como película y papel. Para estos

²⁰⁰ *Ibid.* p. 47.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 54.

materiales, la Ciudad de México le parece muy cara, más que Londres (“se pueden, por supuesto, obtener buenos resultados con las placas americanas; sin embargo, no las encuentro tan confiables como las inglesas”). Mientras, tiene que rescatar una de sus cámaras de la aduana la cual, mediante una compañía de envíos, le llega un tanto dañada. Poco importa, por algún momento, ya que tiene que ganarse la vida como médico en el desolado Calpulalpam. En otro momento pone atención en la hechura de los asuntos “típicos”:

La cámara [debido al envío] había sufrido, uno de los negativos fue dañado y el espejo de vidrio esmerilado se había roto en pedazos. Por alguna extraña razón el vidrio no tenía por ninguna parte perforado el fuelle, así que el costo por repararla fue poco.

Para este momento la dificultad de ganarme la vida... provocaron que desatendiera mis fotografías. Sin embargo, cuando regresé a Calpulalpam para tomar algunas imágenes de la industria del pulque, caminé junto con el hijo de Don Julián Cortés, cerca de tres millas hacia un pueblo vecino llamado Cuaula. Ahí tomé la fotografía de la construcción de ladrillos secados al sol con el nopal y la espinosa tuna, la cual a veces crece en forma de árbol. La casa y el árbol son típicos en su especie y podría haberlos conseguido en Calpulalpam pero quizá no tan bien.²⁰²

Ahí mismo, en Calpulalpam, se cruza con otros profesionales de la cámara. Un fotógrafo que retrata a los habitantes y quien, de una u otra forma, le hace competencia a *Vaquero*.

Una vez tuve por compañero a un fotógrafo viajero, quien se quedó por dos o tres semanas, y como me interesó su trabajo, a menudo estábamos juntos. Hicimos un viaje en tren a una hacienda, a unas dos o tres estaciones del pueblo, ambos fuimos muy bien recibidos y nos dieron de desayunar, sin embargo, él tuvo mucho más suerte que yo en conseguir trabajo.

Este joven despreció Calpulalpam por su pobreza, debido a que no ganó más de veinte dólares en la semana, sin considerar, por supuesto, que debe

²⁰² *Ibid.*, p. 58.

descontarse el gasto del material fotográfico. Sin embargo, aún haciendo concesiones por el precio de su trabajo de planta, él debió haber ganado más de la mitad de lo que yo he ganado en todo el tiempo que he estado aquí.²⁰³

Un hacendado -el señor Lassus- le recomienda conocer Altotonga, un sitio que le llamará poderosamente la atención, en tanto: “nunca había sido capaz de ganar lo suficiente para vivir aquí [Calpulalpam]”. Realiza breves viajes para conseguir material fotográfico a la Ciudad de México: “Ahora regresaré a Calpulalpam con mis compras y mi cámara, intentaré tomar algunas fotografías típicas antes de irme a Altotonga”. Posteriormente, Huamantla será otro de los sitios en donde se encontrará a sus anchas. Aunque *Vaquero*, no siempre las tiene consigo. Permanentemente narra cómo ciertos indígenas no les permiten realizar fotografías de ellos. Por momentos lo logra, con ciertos indígenas, en otras ocasiones no:

Fue una suerte que aprovechara esta oportunidad, porque posteriormente me enteré de que los indios de Huamantla son aún más mal humorados e intratables que en otros lugares y sería un experimento peligroso fotografíarlos en el lugar o inclusive en las partes más retiradas del pueblo. El siguiente miércoles me encontraba en la puerta de la botica, cuando vi a dos jóvenes indias, una de ellas muy bien parecida, en su camino hacia la salida del pueblo, después de hacer sus compras... pregunté si me permitían tomarles una fotografía. Ellas se fueron caminando rápidamente...²⁰⁴

Vaquero es cuidadoso con sus composiciones, y eso se ve en cada una de sus fotografías. Los mismo de los grupos indígenas que de la arquitectura vernácula. Se detiene y estudia las conformaciones de las casas campesinas, pero las más de la veces se rechaza su presencia, ahí mismo en Huamantla: “Un hombre salió y me preguntó con un tono bastante mal educado que qué quería, se notó insatisfecho al explicarle que sólo estaba mirando su casa porque pensé que podría ser una bonita fotografía”. A menudo *Vaquero* es agredido con piedras al hacer sus fotografías en los pueblos indígenas, y

²⁰³ *Ibid.*, p. 59.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 74.

pareciera que esa era una constante entre los fotógrafos viajeros, salvo que *Vaquero* lo narra al detalle. En algún momento se enfrenta a un indígena con las manos cargadas de piedras, frente al que emprende la retirada para no hacer más difícil la situación, y escribe:

Una semana después de mi aventura con el indio, salí una tarde con la cámara por primera vez desde mi llegada a Huamantla para tomar una fotografía a las afueras del pueblo. Cuando estaba en lo más alto de una de esas calles vacías que ofrecen tan poco incentivo fotográfico, estaba considerando en qué dirección debía poner mi máquina, cuando un pequeño hombre con aspecto de indio, subió y empezó a hablarme. No pude entender lo que quería, pero no había duda alguna de que su manera de ser era ofensiva, y lo escuchaba murmurar malas palabras. Así que me limité a responder de que no tenía intenciones de tomar ninguna fotografía en ese lugar, y dejando al hombre en la calle, me dirigí a una calle lateral donde el pueblo termina y la ciudad empieza. Aquí sólo había un poco de lodo y tabiques, cabañas y una pequeña capilla a la distancia.

Puse la cámara sobre el camino y estaba viendo el suelo a través del vidrio de mi cámara, con el paño negro sobre la cabeza, cuando oí un ruido sordo cerca de mí, como de algún objeto pesado cayendo. Miré hacia arriba rápidamente pero no podía ver nada. Segundos después una gran piedra pasó a unos dos metros de mi cabeza, y pude ver a un hombre parcialmente oculto entre unas plantas de maguey a una distancia muy corta.²⁰⁵

Ante tantos sucesos que ponen en riesgo su seguridad, *Vaquero* reflexiona sobre su estancia en Huamantla, Tlaxcala. No hay signos en favor de su seguridad: “En cualquier caso, vi que la vida de un extranjero en Huamantla, no era demasiado segura, y ahora entendía por qué el señor Espejel había sugerido que si quería salir con la cámara que debería ir acompañado. Por lo que apenas pude tomar algunas fotografías más en este lugar, porque no tenía dinero para pagar a un hombre por montar guardia sobre mí”.²⁰⁶

Vaquero se queja, con cuanto ciudadano puede, sobre las agresiones al no permitirles

²⁰⁵ *Ibid.*, 76-77.

²⁰⁶ *Ibid.*, p

tomar una fotografía a los indígenas. La vieja boticaria le dice “*Los indios son malos*”, mientras él responde cantando, ironizando con sus temores y porque está a punto de irse de ahí: “*Los indios de Humantla no me matarán*”, ante la risa de la anciana.

En otra ocasión, en Altotonga, Veracruz, se enfrenta a otra circunstancia violenta. Con todo y que la narración de este hecho también deje ver su capacidad de composición.

Un día caminaba con mi cámara en las afueras de la ciudad, buscando nuevos escenarios, cuando me encontré en una de las mencionadas veredas, que tienen paredes compuestas de piedras sueltas apiladas a cada lado. En este punto había un lugar adecuado para una buena fotografía -una choza a una distancia apropiada detrás de la pared de piedra, que aquí tenía la abertura deseada con la vegetación y fondos necesarios para lograr una agradable impresión.

No parecía necesario que el fotógrafo pidiera permiso para tomar una vista cuando se encuentra en la vía pública pero, conociendo las peculiares ideas de algunos indios sobre este tema, pensé que sería más seguro hablar con los habitantes de la choza.

Obtiene el permiso de una mujer quién sólo le advierte que no se adentre a la casa ya que el dueño no se encuentra. Mientras, *Vaquero* se prepara a hacer la imagen.

Esto era lo único que requería e inmediatamente empecé a apuntar la cámara en esa dirección.

Mientras me encontraba con la cabeza bajo el paño para enfocar, escuché el ruido de unos pasos que se acercaban pero no les presté atención, ya que aquí nadie me había amenazado o molestado.

Algunos segundos después me tomaron por la espalda y me agarraron los brazos. Durante algunos momentos permanecí quieto pensando que podía ser una broma que me jugaba la familia de don José, en muy mal momento.

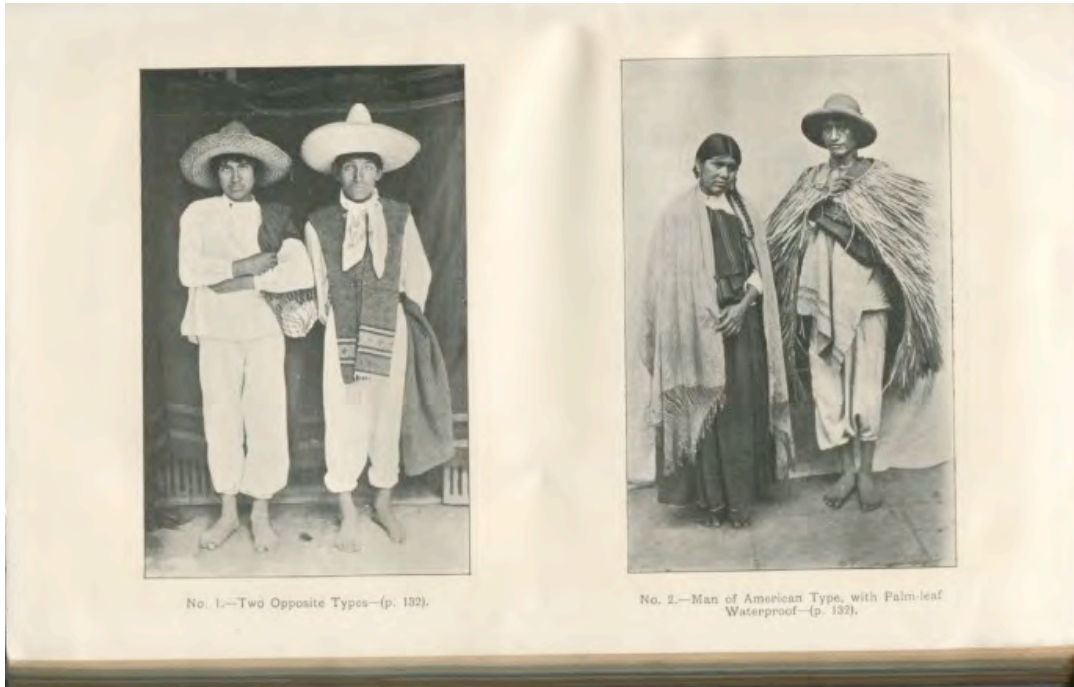
Cuando, sin embargo, la fuerza del apretón y una sensación dolorosa en la cara me hizo consciente de que la intención era mala, di un violento tirón y descubrí que dos hombres me estaban atacando. Lancé un golpe hacia uno de ellos, pero estaba en tal desventaja que logró retirarse a tiempo, y mi puño pasó a varias pulgadas de distancia de su cara algo sorprendida.

Después de seguirlo durante algunas yardas, repentinamente recordé que el otro hombre estaba detrás de mí y que tendría una cantidad ilimitada de piedras de las apiladas sobre la pared.²⁰⁷

Este hecho lo llevará a las autoridades, hasta el cónsul de Xalapa, sin mayor repercusión o eso pensó él ya que el propio gobernador del estado de Veracruz le informó que sus atacantes “ya habían sido castigados”, aunque *Vaquero* nunca supo “en que consistía el castigo”. Huamantla, Veracruz y Tehuantepec son los sitios clave de la producción fotográfica, y testimonial, de *Vaquero*. Evidentemente él está haciendo una construcción sobre el Otro. Pero lo peculiar es su capacidad retratística, sus notables composiciones y sus descripciones. Es, sin duda, un fotógrafo muy hábil que a pesar de las circunstancias que le impiden realizar algunas fotografías de indígenas logra producir significativos estudios al aire libre, con fondos –de cobijas o tela lisa- o difuminando los entornos. Más allá, desde luego, de sus suposiciones sobre los rasgos étnicos entre los indígenas (de orígenes asiáticos, o mongol: “En México también un importante grupo de tipos es de mongol”). En los barrios de Altotonga realiza una serie en donde busca confirmar sus supuestos: dos jóvenes de tipos opuestos (en la fotografía 1: dos jóvenes de tipo ¡americano! y otro de tipo mongol); una pareja (en la imagen 2: de “indio legítimo”, “indio puro”, que, con todo, el hombre es del tipo americano, “ella está más cerca del tipo mongol”); la imagen 3 muestra a una mujer cargando un niño, “una espécimen de tipo mongol”; la imagen 4 es la de una “mujer de tipo compuesto”; la imagen 5: “Un grupo tomado para la ocasión. Los muchachos tienen caras indias bastante buenas. El extraordinario hombre que mira en el centro es un mendigo mudo. La joven no debe estar en la foto, ya que es mestiza, y substituyó a una mujer india que de repente salió a la izquierda en el último minuto”. Todos ellos “indios pobres”, que buscan exhibir cómo

²⁰⁷ Este fragmento lo retomamos de Martha Poblett Miranda, “*Vaquero*. Aventuras en busca de una forma de vida en Hispanoamérica”, en *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, t. VIII, 1896-1925, Veracruz, Gobierno del estado de Veracruz, 1992, pp. 241-243. En la edición original se encuentra en *ibidem*, pp. 137-138.

son, esa es la intención de *Vaquero*, los modernos aztecas. Dejando de lado sus suposiciones, estas imágenes dejan ver su capacidad retratística, planos cerrados, nitidez notable en los rasgos, figuras centralizadas y equilibradas.



Vaquero, Adventures Search of a Living in Spanish-America, 1911



Vaquero, Adventures Search of a Living in Spanish-America, 1911

Vaquero sabe bien cómo distribuir a sus sujetos fotografiados, y qué lugar ocupa cada uno de ellos. O bien, qué elementos determinan los contenidos de la imagen. Eso lo deja

ver cuando logra reunir a un grupo indígena, para él significativo, en donde pueden conjuntarse rostros y vestimentas. Un ejemplo, desde su selección, de los grupos y las razas en el país.

La fotografía "En el camino del mercado", representa una de estas escenas. Fue tomada a las cuatro de la tarde, frente a una de las últimas tiendas, antes de que la zona fuera cerrada. Un grupo de aspecto indio vio la cámara puesta en el camino, y por desgracia saltaron como desbocados. Era su única posibilidad, ya que estaban decididos a no ser registrados en vivo, y la situación no era favorable para ninguno de los métodos utilizados [por mí] en Huamantla por lo que expresaban su disgusto. Sin embargo, quedaron suficientes personas para dar una idea clara de la proporción de sangre blanca e india que se mezcla de forma tan desigual entre los mexicanos de hoy.

El hombre de aspecto serio que se encuentra en el centro, de espaldas a la pared, parece ser de un origen inusual para un peón blanco. Estaba moderadamente borracho, y comenzó a saltar desde la carretera cuando vio que me estaba preparando para tomar una fotografía. Esto era muy molesto, porque mi obturador había sido robado, junto con otros objetos de valor, en Cuba, y, aparte de esto, la luz suave y difusa, así como las placas que eran bastante lentas, dejaban ver que necesitaría más de una exposición, suficiente para mostrar el movimiento.

Había que conservar la calma, los mexicanos blancos de clase baja son un poco más civilizados que los indios, así que me dirigí, silenciosamente, hacia el hombre, y le dije que sería una muy buena fotografía si él posaba en el centro del grupo, si permaneciera tranquilo. Y, casi para mi sorpresa, se puso en el lugar asignado, y no hizo ningún movimiento.

El peón que se encuentra a su izquierda parece ser indio, al igual que la mujer parada con su rebozo en la cabeza. La joven mujer con la botella en la mano luce como una persona blanca, así como el joven que la acompaña a su lado. La mujer sentada con el gran sombrero sobre su cabeza, luce más blanca que india y muchos otros parecen mestizos.

Es difícil saber en qué clase colocar a la persona cuya pierna aparece entre las del borracho, pero siendo justos hay que señalar que, a pesar de su

extraordinaria posición, no se puede deducir que él también estaba borracho, el espacio estaba lleno de gente, y quizás sólo trataba de hacerse notar.²⁰⁸



On the way from Market—(p. 95)

Vaquero, *Adventures Search of a Living in Spanish-America*, 1911

Sus dificultades no fueron pocas, sin embargo, logró mostrar un mosaico indígena de la región, con todo y su ideología del británico enfrentándose a una cultura radicalmente distinta a la suya. Finalmente generaba sus imágenes, en las condiciones que fueran, para ser mostradas en Inglaterra en su libro, pleno de experiencias fotográficas —que hoy puede ser visto como los testimonios de cualquier otro fotógrafo viajero- *Adventures in Search of a Living in Spanish-America*. Él lo sabía y lo ponía en práctica.

con los hombres, la dificultad era poco menos, pues en varias ocasiones, cuando hablaba con ellos pasaban sin hacer caso para acceder a la petición de dejarse fotografiar, cuando, además de tener tratos con el odiado extranjero, incluso podría poner en peligro sus almas, como una mujer de Huamantla temía.

Eventualmente, sin embargo, obtuve algunos buenos tipos por lo que nunca por regla les preguntaba yo mismo, siempre por medio de algún conocido.

Vía Veracruz, y en dirección a La Habana, *Vaquero* regresó a Europa hacia finales de 1910 sin que se sepa hasta hoy quién fue él realmente. En su libro “logró captar el

²⁰⁸ *Vaquero, op. cit.*, p. 95.

México porfiriano, no en su aspecto falsamente encomioso, como era costumbre entre los mexicanos de ese periodo, sino con la ingenuidad y la crudeza del extranjero que observa la realidad ajena desapasionadamente”, como expresaría una investigadora.²⁰⁹



The last Trouserless Man of Jilotepec—(p. 136).

A Hard-working Couple—(p. 140).

Capítulo III. Una visión sobre la violencia.

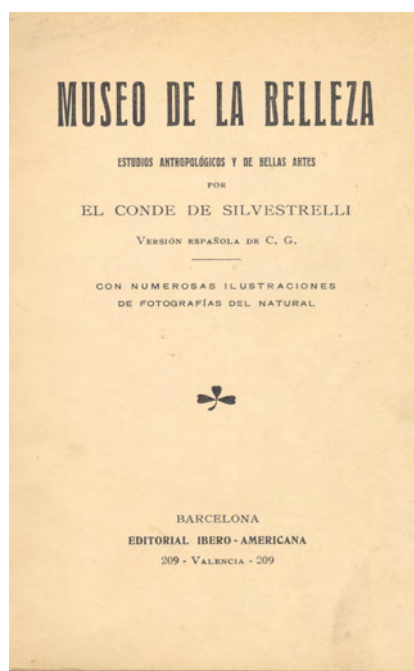
Cuerpo expuesto/ cuerpo clasificado/ cuerpo falsificado

El tomo denominado *Museo de la belleza*, por su pequeño formato (18 x 12 cm.), parece más un libro de divulgación popular. Y muy probablemente lo fue en su momento. Aunque a partir de su introducción se pretende más de carácter científico. Fue escrito y publicado por el conde de Silvestrelli hacia 1900-1901.²¹⁰ Y de este autor casi nada se sabe más que el haber dado a conocer este texto. En el libro se anuncia que de éste se ha realizado una “versión española de C.G.”, por lo que muy probablemente se trata de algún autor italiano o de un seudónimo. Acaso también el autor posee fuertes vínculos con España ya que cuando hace referencia a Portugal, advierte del escaso conocimiento

²⁰⁹ Martha Poblett Miranda, *op. cit.*, pp. 241-243.

²¹⁰ El pie de imprenta del *Museo de la belleza* no indica su año de edición. Dentro del texto se manejan fechas de 1899 y de “finales del siglo pasado” por lo que deducimos la fecha antes señalada. Se menciona también la Exposición Universal de Bruselas que se celebró en 1897. Además se podría señalar igualmente sus características editoriales -impresión de páginas fotográficas en pliego aparte fuera de tipografía-, que provenían del siglo XIX. Hubo otro libro de esta naturaleza aunque ya sin implicaciones mexicanas: E. Tairens Drangs, *La mujer en el amor y la voluptuosidad*, Barcelona-La Habana, B. Bauza-Librería Cervantes de Ricardo Veloso, s/f [ca.1905].

que de este país se tiene con todo y que, dice, “hubo tiempos en que formamos una sola nación”; además de que el *Museo de la belleza* fue publicado en Barcelona por la Editorial Ibero-Americana. El subtítulo nos advierte de unas ciertas pretensiones científicas: “Estudios antropológicos y de bellas artes” y se anuncia “con numerosas ilustraciones de fotografías del natural” -en total 37 fotografías- las cuales se encuentran desplegadas a página entera. Imágenes fotográficas de mujeres, de diversas partes del mundo –o eso se busca hacer creer- que son el tema de estudio del autor, que muestran su desnudez de impulsos abiertamente sexuales, metódicamente contruidos en su puesta en escena y en el discurso escrito.



El capítulo introductorio, “Variedades de la especie humana”, pretende ser la justificación de todo lo que vendrá más adelante. Silvestrelli se vale de ideas de los naturalistas del siglo XVIII y XIX, como Linneo o Buffon, y aún de botánicos como Alphonse Candolle. Y así se pregunta y se justifica:

¿Qué causas pudieron influir sobre el género humano para que se nos presente con una variedad tan pronunciada desde el groenlandés, el negro, el papú, hasta la noble figura del europeo; o desde el habitante de la Nueva Holanda (Australia), monstruoso y degenerado, hasta el esbelto circasiano?... admítense formas materiales que los clasifican, y al hallar la dificultad de explicar su dispersión sobre la tierra hasta países en donde poco ha penetró la Europa civilizada, y al ver, en fin, el color tan variable, sus costumbres y sus inclinaciones, los naturalistas, lo repetimos, concluyeron que el género humano era la reunión de géneros, especies o razas distintas... Consideran otros al clima como las causas de las variedades que se hallan en la especie humana, y se fundan en la facilidad con que le afectan los agentes que le rodean, imprimiéndole un sello muy especial; en la observación de las variedades cruzadas; en el ejemplo de la vegetación y de la animalidad, capaces de modificarse bajo influencias extraordinarias hasta desconocerse; en el poder irresistible de la civilización o del estado de barbarie; en la modificación orgánica que reconocen en los que, por un tiempo dado, pararon de un clima a otro muy opuesto; en la imposibilidad o dificultad a lo menos, con que se reproducen los seres de diversos tronco y de diversas especies; y en fin, en los caracteres comunes más importantes que deben formar un solo y único género. Esta opinión se halla robustecida por Linneo, Buffon, Dumeril, Lacepede, Cuvier, Walchner, Richerand, Lepelletier...²¹¹

El autor va buscando en su libro un metódico, como inmediatista, sentido clasificatorio; lo cual realiza con una muy libre interpretación de los diversos naturalistas convocados en sus argumentaciones. Será evidente que a lo largo de todo su libro Europa siempre ocupará el rango de noble y civilizada, con todo y que su geografía (o su orografía) sea muy diversa. Pero para otros casos, el clima y la elevación, siempre contará para conducir sus argumentaciones. Así, se desprende que algunos de “los indios del Perú son de color de cobre” por habitar “a la orilla del mar y en las tierras bajas”, pero aquellos que habitan las elevadas cordilleras “son casi tan blancos como los europeos”.

²¹¹ Silvestrelli, *op. cit.*, pp. 11-16.

De ahí deduce “que la posición de un país, sus grados de latitud, su altura y muchas otras causas, hace variar los tipos primitivos más marcados”.

Sin embargo, Silvestrelli no deja de apuntar que en la región europea se observa “una gran variedad en las formas, en el color, en las costumbres y en el genio de sus habitantes; nadie equivoca al blanco y alto alemán con el rubio inglés, ni al francés con el español; y el vulgo mismo sabe caracterizar estas naciones que no confunde”, pero esto lo llega a afirmar a partir del hábitat citadino (de ahí el reiterado uso del vocablo “civilizada” para referirse a Europa) o bien campesino en que se desarrollan las sociedades, así escribe:

Compárese un joven delicado de la gran sociedad, criado en medio del lujo y de la ostentación, acostumbrado a disfrutar de los grandes placeres de una refinada civilización, con un labrador sin educación, entregado a los trabajos del campo bajo la influencia de un sol abrasador, y limitado a un alimento escaso y poco nutritivo, y se notará con corta diferencia esa distancia inmensa que separa, según algunos naturalistas, a las grandes familias del género humano.²¹²

El color de la piel inevitablemente sale a discusión. Y en ello llega a conclusiones tajantes, dado que “el color de los negros es el producto de una exhalación que tiene lugar en la estructura de ese tejido bajo la influencia solar”, lo cual afirma siguiendo a los anatómicos alemanes Henle, Purkinse y Schwan que han probado “esta verdad” en sus investigaciones. Si eso se genera en el color de la piel, por cuestiones climáticas, existen para el autor igualmente otras razones para vincular los rasgos anatómicos de las diversas culturas con la fauna local de las regiones, basándose en este mismo capítulo introductorio en uno de sus autores favoritos.

El hombre, identificándose con las diversas regiones que habita por largo tiempo, adquiere analógicamente, dice Lepelletier, el carácter, el

²¹² *Ibidem*, pp. 22-23.

temperamento y las disposiciones de los animales indígenas (sic) de aquellas localidades, y parece que los mismos agentes exteriores que obran sobre éstos les imprimen un sello especial. Vemos, añade, como consecuencia de esta ley común parecerse el lapón al rengífero, el moscovita al oso, el negro al mono, el malés al tigre, el árabe al camello, el indio al buey, el moro a la hiena, el chino al gato y el peruano a la vicuña.²¹³

Esta asociación, como el lector de principios del siglo XX lo llegará a leer al terminar el libro, no tendrá nada de inocente. Ya desde esta introducción el lector-espectador de este libro puede ir viendo al hojear las páginas, las fotografías de una serie de mujeres expuestas en su desnudez. Para que finalmente se llegue al tema de la naturaleza de cada una de éstas, esto es, de la “naturaleza” que Silvestrelli les impone a sus estudiadas. Finalmente el lector llegará al meollo de todo el asunto, después de leer una cuarta parte del libro, cuando el autor anuncie que “trazado todo el anterior bosquejo, pasamos a especificar los caracteres distintivos más salientes de las mujeres, como tipo de belleza, de todas o las principales razas que pueblan ambos hemisferios”.

El autor divide en dos grandes apartados, o capítulos, su libro: en “Museo de la raza blanca”, en donde lo mismo incluye a las “americano-latinas” (en donde incluye al “tipo de mujer mejicana”) que a las “alemanas”, “argelinas”, “austriacas”, “egipcias”, “marroquíes”, “persas” o “noruegas”, entre otras. Este capítulo le lleva a Silvestrelli casi el 70% del contenido del libro (de la página 55 a la 236); mientras que al segundo apartado, “Museo de la raza de color”, en donde ya no hay nacionalidades tipológicas de las mujeres sino únicamente denominaciones raciales como “amarillas, negras y rojas”, sólo les dedica tres páginas (237-239), las últimas.

Las imágenes que dejan ver la desnudez de las mujeres varían todas pero poseen un cierto esquema preestablecido, muy al estilo decimonónico: la utilización de los fondos

²¹³ *Ibid.* p. 38.

pintados de bosques y jardines o de habitaciones interiores; una atmósfera, cuando se trata de estas últimas, burguesa o de clase media alta. Para esto se utilizan elegantes sillas o mullidos sillones con acabado de madera; cortinajes y espejos; alfombras, cojines y telas semitransparentes (que ocasionalmente cubren parte del cuerpo de la mujer); columnas románicas; camas o largos sofás, biombos o tocadores cuidadosamente ornamentados; telas que envuelven asientos y que ofrecen la apariencia de íntimo descuido; ramos de flores circunstancialmente tiradas en el suelo o en un pedestal. Las menos sólo poseen un fondo liso para enmarcar la figura femenina.

Hay aquí –no podía ser de otra forma- un cierto acabado sobre los estereotipos. El “tipo de mujer argelina”, sentada de frente en medio de amplios cojines, adorna sus brazos y tobillos con pulseras y cubre de manera púdica su cabeza con un turbante y su rostro con un velo; mientras que el resto del cuerpo muestra su desnudez. El “tipo de mujer chilena” cubre sus piernas con una suave gasa y sostiene entre sus manos un racimo de vid, mientras que su cabeza se encuentra coronada con pequeñas flores. Al “tipo de mujer dinamarquesa”, parada desnuda sobre un pasto artificial cubierto de flores, le acompaña una pequeña cabra. El “tipo de mujer egipcia” apenas se encuentra adornada con un collar en el cuello y la cintura y unos brazaletes en espiral en sus tobillos, más un breve tocado en su frondosa cabellera, mientras que de ésta se dice: “La sobriedad de las egipcias es proverbial, pero sus costumbres no tienen nada de severas, y las fellahs son las que abastecen las casas de placer, donde su belleza y su gracia, son incentivos bastante para reunir en ellas a los extranjeros”. Mientras, el “tipo de mujer judía”, quien mira de frente a la cámara mostrando su cuerpo, posee un tocado con un velo. O bien “el tipo de mujer persa”, apenas en semidesnudez, la cubre una larga falda y una breve blusa. Pero curiosamente los acabados estereotípicos son aquí los menos, dado que prevalecen más los desnudos alejados de esto. Porque más poderosa va a ser la

dirección que con la palabra le ofrezca el autor. Y con ello vendrá el convencimiento, al lector-espectador, de que “así son las mujeres” de los países que supuestamente aborda. Las fotografías de cada una de las estudiadas adquirirá así el sentido impuesto por las descripciones escritas desde un cierto prejuicio imaginario.

Algunos ejemplos bastarán para conocer la tipología que en la descripción escrita emprende el autor. Veamos: cuando describe a las mujeres alemanas hace distinciones de clase, la burguesa y la obrera. De la primera “no se puede alabar sus dotes de orden y economía que hacen de ella un ama de casa admirable”, mientras que la segunda, la cual “hallase ésta muy pervertida por la miseria”, señala: “Las hijas del pueblo, con su boca enorme, su nariz dilatada, su frente baja, sus ojos grisáceos, su apostura sin gracia son las que dan a la prostitución ese contingente de desgraciadas que hace del amor una compra-venta sin poesía, y que desde la puesta del sol se instalan sin vergüenza, en todas las grandes vías, y muy especialmente en los bancos de *Unter den Linden*”.²¹⁴

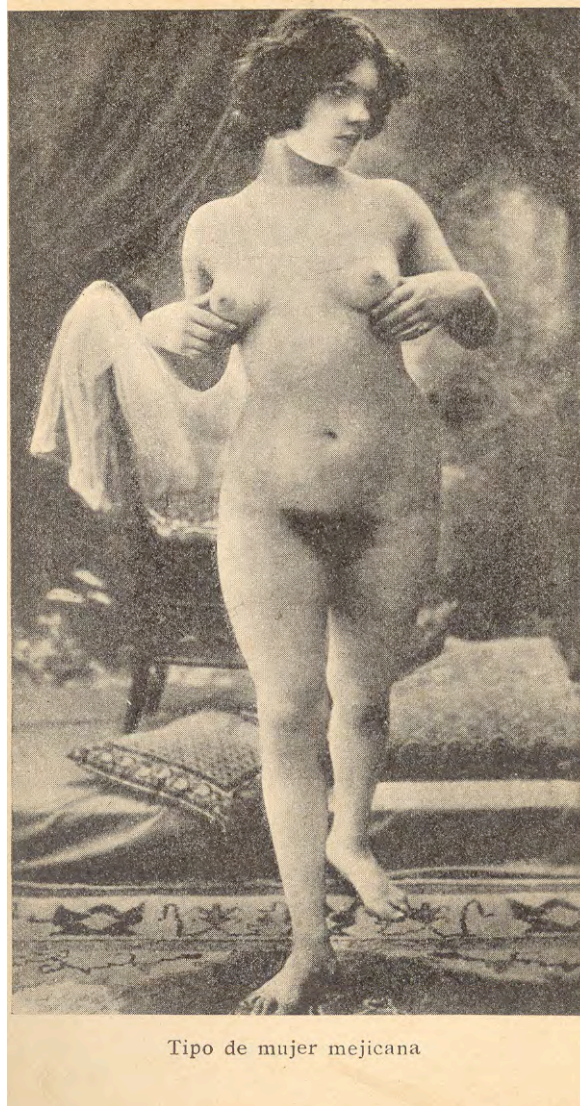
El “tipo de mujer alemana” es el primero que describe el conde de Silvestrelli. Pero en el pie de foto –en donde se ve a una mujer en completa desnudez que mira a la cámara sentada sobre un buró, en un espacio que quiere semejar una recámara- no se le dice al lector qué clase de mujer alemana está fotografiada. Pero esto en realidad no importa –o más bien importa sustancialmente- ya que lo que busca el autor es construir una tipología sexual desde sus particulares valores morales (y de época), como se verá posteriormente.

Es ahí donde le sigue el turno al “tipo de mujer mejicana”. Como introducción a ello, las “americano-latinas” le merecen al autor loas a su belleza -“La dulzura hecha carne; la melodía hecha tipo...”-, aunque sólo aparentemente. Escribe, antes de entrar de lleno a la descripción de las mujeres mexicanas, de las latinoamericanas; siempre desde su

²¹⁴ *Ibid*, p. 59.

muy particular perspectiva: “La gracia voluptuosa de la cubana es proverbial, y aunque del rostro pudiera decirse que no siempre reúne las mismas condiciones de la belleza, del cuerpo, en cambio, se puede asegurar que es una obra maestra de proporciones”, lo que para el autor se da lo mismo “en el Camaguey, que en Matanzas, que en la Habana”. Mientras, en Argentina y el Uruguay, “la mujer es de una belleza escultural en las clases elevadas y graciosa y vivaracha en el pueblo”. ¿Por qué?, bueno porque “no faltan los rostros de un blanco sonrosado y los cabellos rubios, porque a aquellas hermosas riberas han abordado representantes de todos los pueblos, y el Norte (sic) ha pagado su tributo”. Mientras, es evidente que cuando se refiere a la mujer mexicana – en cuatro páginas, una extensión que a muy pocas descripciones/clasificaciones les da-, el autor está imbuido de la propaganda positivista del orden y el progreso que tanto difundiera el régimen de Porfirio Díaz.

Silvestrelli establece inicialmente que en México se da la conjunción de dos razas, la española y “la india del país”. Así, para él, “el cuerpo [de la mujer] es elegante y bien conformado, y las facciones finas aunque acusan el cruce de dos razas tan disímiles”. Desde el punto de vista de Silvestrelli, o desde la información con que cuenta, en Guadalajara hay “mujeres realmente lindas y dignas de su reputación; allí es donde más puro se conserva el tipo español”. De manera general, la mujer en México es “bondadosa y amable, pero indolente”. “En las ciudades –agrega-, las costumbres se americanizan rápidamente, y sólo en el campo, es donde persisten los usos nacionales, que difieren poco del resto de América”.



Para nuestro autor, las damas mexicanas de finales de siglo se encuentran altamente instruidas en la educación y en las artes: “brilla en la poesía y en la música, sobresale en el arte de novelar y en la narración de leyendas, presenta cuadros en las Exposiciones”, dice. Y esto se vuelve notorio dado que la difusión del arte realizado por mujeres mexicanas del siglo XIX poco se difundió en el exterior, salvo en unas cuantas muestras internacionales como la Exposición de Filadelfia (1876), en la de París (1889) y en la de Chicago (1893); mientras que la poesía pudo divulgarse de manera amplia gracias a una publicación de José María Vigil para esta última exposición.²¹⁵ Y agrega:

²¹⁵ José María Vigil, *Poetisas mexicanas. Antología formada por encargo de la Junta de señoras*, correspondiente a la Exposición de Chicago, México, 1893, citado en Leonor Cortina, *50 mujeres en la plástica de México*, México, ISSSTE-UAM, 1997.

Los que desconocen los adelantos de aquella vigorosa nación; los que no saben que aventaja en muchas cosas a los primeros pueblos de Europa, especialmente en su constitución política, no heredada de los extranjeros, sino debida a iniciativa propia, al titánico impulso del Reformador, del gran Juárez, se asombrarán cuando sepan que la mujer recibe en México instrucción académica, que puede cursar facultad mayor, que existen numerosas alumnas matriculadas en la Universidad, habiendo obtenido brillantes notas en Filosofía y Letras, en Medicina y Jurisprudencia.²¹⁶

Hasta aquí pareciera que Silvestrelli se hace eco, amable, de una cierta visión oficial emanada del porfirismo. En donde unos cuantos hechos de una sociedad en pleno desarrollo se magnifican para hacerlos extensivo a una totalidad. No se tenía en cuenta aquí, porque inicialmente no era esa la inicial intención, que en México prevalecían “las diferencias entre el mundo oficial y el no oficial”²¹⁷ que era divulgado hacia fuera. Pero inmediatamente esta información le funcionará al autor de manera adecuada para dejar ver sus prejuicios, sus obsesiones. Y aquí nos permitiremos citar *in extenso* lo que escribe.

Con gran acierto considera el Gobierno mejicano que hallándose dotada la mujer intertropical de imaginación ardiente, conviéndole llenar con el estudio el vacío de sus largas horas para defenderse del tedio, formidable enemigo que se introduce en el hogar, ligero como una sombra, aéreo como un vapor; enemigo peligrosísimo porque es incorpóreo, intangible e invisible.

El tedio hace insoportable la existencia a la mujer ociosa; el tedio corroe su alma como el moho al hierro.

Él marchita las bellas ideas y apaga el entusiasmo; puede compararse a una espada candente destrozando el corazón, al buitre de Prometeo, a una fiebre maligna, para la cual no hay remedio en la farmacopea.

Cuando la mujer no tiene ocupaciones que la distraigan y trabajos que hagan trabajar su inteligencia, cuando su vida está encadenada a la rutina, a lo vulgar

²¹⁶ Silvestrelli, *op. cit.*, p. 68.

²¹⁷ José C. Valadés, *El Porfirismo. Historia de un régimen. El crecimiento II*, t.III, México, UNAM, p. 16.

y lo pequeño, se exalta su fantasía, alimentándose de excentricidades, de caprichos ridículos, de ideas vanas, de imposibles y hasta de sueños peligrosos.

...Evítese el ocio en el sexo femenino; por más que parezca una paradoja, el ocio femenino es muy creador; nunca se mueve tanto una mujer como cuando está parada; la vida sedentaria le hace desplegar una actividad tal vez nociva: *il farniente e causa del far tutto*.

Por romper una mujer ociosa la monotonía de su existencia, se suele postrar ante altares que nunca debiera rezar.

Es indispensable que consagre su vida a cosas grandes, para que aborrezca las pequeñas.

Los trabajos de la mujer son generalmente mecánicos, rutinarios, dejan al pensamiento libre, y éste, si no se halla bien encauzado, suele naufragar en el inmenso piélago de la utopía. Cuando la fantasía no va guiada por la razón, extravíase en un dédalo de falsas ideas.

Para evitar el ocio femenino, los gobernantes mejicanos esméranse en propagar la instrucción, en facilitar profesiones lucrativas en armonía con las aptitudes de la mujer.²¹⁸

Esto es, la educación femenina (o la posible existencia de ésta) entre la sociedad mexicana se debía, o se encontraba implementada, para evitar las ideas “ardientes” entre las damas de la época dada su naturaleza intertropical. La educación y el arte son por ello necesarios para evitar “fantasías... caprichos ridículos... sueños peligrosos”. ¿Y qué es lo que muestra la fotografía del “tipo de mujer mejicana” que acompaña a este texto?

²¹⁸ *Ibidem*, p. 68-73.



He ahí, pues, a una joven mujer, de cabellera corta, con plena desnudez exhibiéndose de frente y que parece caminar hacia la cámara sosteniendo los pechos con sus manos. Este último gesto corporal le ofrece al desnudo un sutil (y abierto) toque erótico de invitación sensual. La acogedora habitación en donde se encuentra la mujer puede verse como un decorado realizado ex profeso: cojines en el suelo, una silla en donde cuelga una tela (alguna vestimenta) semitransparente, una alfombra en el piso, una cortina y un fondo pintado (esto último deja ver que la fotografía fue realizada en estudio). Y aquí difícilmente podría decirse que lo que se está viendo corresponda a la imagen de una joven mexicana, o a una fotografía realizada en México. En mucho porque la tradicional construcción estereotípica, en este caso, ha sido eliminada. Pero eso no importa porque el imaginario echado a andar por Silvestrelli –con una fotografía erótica proveniente de un sitio indeterminado- ha comenzado a funcionar en su producto editorial: he ahí pues, a una dama, cualquier dama mexicana, de cualquier estrato, que es educada y que se exhibe en sus ardientes “sueños peligrosos”. Un hecho que ha sido construido por

Silvestrelli expresamente para sus lectores, con un adecuado acomodo entre imagen y texto. Una interacción entre las clasificaciones sexistas, las descripciones explícitas y las fotografías eróticas producidas a granel desde, y en, Europa. Porque, era de esperarse, de Silvestrelli no se posee ningún dato de un posible viaje a México. Pero en cualquier caso este tipo de imágenes se volvieron de fácil acceso en las metrópolis europeas. Porque fue muy común que los fotógrafos componían “los sainetes de la vida doméstica, adornados de diversos efectos pintorescos de valor, a menudo, erótico: la joven burguesa tirada en su gabinete –o, al principio, el codo posado sobre una chimenea-, la costurera o la planchadora con los senos desnudos, se volvieron, en los interiores cuidadosamente compuestos, los tipos de una nueva imaginería seductora y familiar”.²¹⁹ No por nada el “tipo de mujer bávara” aparece aquí bañándose, la paraguaya mirando su cuerpo en un espejo o a la peruana despreocupada sentada en un sillón y de la cual se dice: “Buenas, devotas, ingenuas; su amor a la religión no las impide ser amantes deliciosas y espontáneas en su pasión, confundiendo en ellas la santa y la mujer ligera”. Finalmente no extraña el sorprendente parecido entre la modelos del “tipo de mujer noruega” con la joven que se nos dice es mexicana. De la misma manera en que el “tipo de mujer española” es la misma mujer que el “tipo de mujer italiana” que aparece páginas más adelante. Y esto no vuelve a importar –no para un distraído lector- ya que la palabra determina la dirección de la imagen, a la manera de cómo lo ha señalado Kossoy. El imaginario que se desprendía de las descripciones se convertía así en el sustento *moldeador* de las imágenes. O bien se daba una interacción, que se volvía poderosa, entre ambas.

²¹⁹ Sylviane de Decker Heftler, “Le nu photographique. Art impur, art realiste”, en *Photographies*, núm. 6, París, diciembre de 1984, p. 72.



No puede dejarse de lado que estas estampas fotográficas se volvieron –o eran, acaso en su origen- también productos de la vida galante, de los esquemas y modos de recepción y consumo de la imagen erótica; y también de cómo el cuerpo, desde una visión colonialista, era visto por la mentalidad racista. Porque he ahí las palabras finales de Silvestrelli, cuando le dedica unas cuantas líneas a las mujeres “amarillas, negras, rojas” -que aquí no poseen nacionalidad alguna- de las cuales aparecen algunas imágenes. De manera explícita ahí se dice:

Si aquí las incluimos es solamente para que el público, comprador del libro, pueda establecer las debidas comparaciones entre unas y otras, y dar al Todopoderoso las gracias más rendidas por haber compensado la fealdad de esas razas inferiores con la espléndida profusión de las mujeres blancas, que son el encanto del alma, el recreo de los sentidos, y los objetos predilectos de nuestra pasión... razas negras como el carbón, rojas como los ladrillos o amarillas como los canarios que hieren con su sola presencia los gustos menos cultivados y hasta los estómagos más fuertes...¿Cómo podríamos considerar

bella, menos aún, modelo de bellezas, a esos orangutanes que quieren pasar por personas?²²⁰

Al final, el autor corrobora sus obsesiones y sus fobias. Su posición ideológica, de clase, no se encuentra basada únicamente en lo sexual sino también esto se encuentra englobado dentro de una visión colonialista. En la manera de mirar al Otro, a esas culturas “exóticas” en las que se deja exhibir el cuerpo desnudo femenino para catapultar imaginarios eróticos y culturales. Malek Alloula, al estudiar el harén colonial concebido desde la fotografía, advierte: “Es... una seductora llamada al ánimo de aventuras y colonización. En resumen, la postal es una rotunda defensa del espíritu colonial en forma de imagen. Es la historieta de la moralidad colonial...Supone también sentar las bases para que vuelva bajo otro disfraz: un racismo y una xenofobia excitados por la nostalgia del imperio colonial”.²²¹ Es igualmente la formación de un gusto desde la Europa occidental, o desde los países más industrializados de ésta, para mirar -y sustancialmente imaginar- usos y costumbres ilusorias atribuidas desde un imaginario construido de manera expresa. Así se vuelve evidente que “la sintaxis entre la escritura y lo visual es aquí importante para la intención del editor. En estos populares libros fue el editor, más que... el fotógrafo, quien finalmente controló el mensaje que recibía el público”.²²² Una vez más texto y fotografía se complementaban, sin dissociarse, para construir una *ficción documental*. Un documento ilusorio.

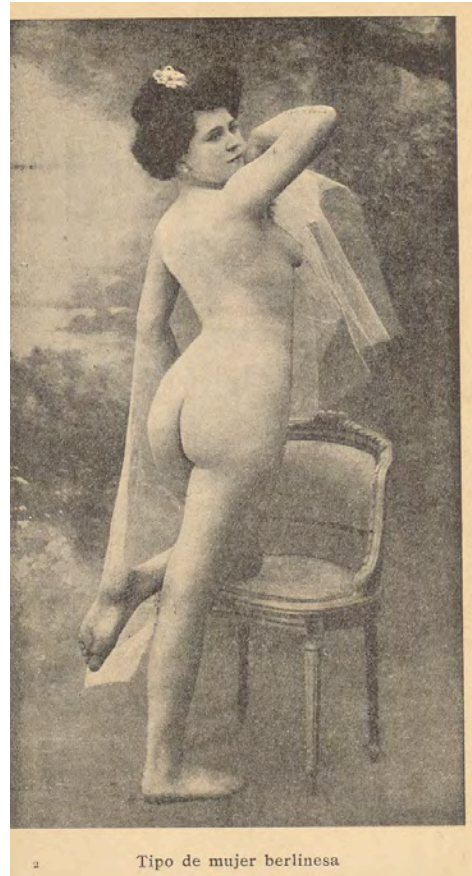
²²⁰ Silvestrelli, *op. cit.*, pp. 238-239.

²²¹ Malek Alloula, “Desde el harén colonial”, en Juan Naranjo (ed.), *Fotografía, antropología y colonialismo (1845-2006)*, Barcelona, Gustavo Gili, 2006, pp. 220-226.

²²² Keith McElroy, “Popular Education and Photographs of the Non-Industrialized World, 1885-1915”, en *Exposure*, vol. 28, núm. 3, invierno 1991/92, pp. 34-51.



Tipo de mujer argelina



Tipo de mujer berlina

Carl Lumholtz: una fascinada visión imperial

En retrospectiva, Carl Lumholtz, en una brevísima autobiografía, recuerda sus experiencias, hacia 1885-1888, entre los nativos de Australia: “Mi vida entre los negros de Queensland me despertó un creciente interés por el hombre primitivo, y desde entonces he dedicado mi vida al estudio de las razas aborígenes... me sentía honrado de ser el primero entre estos aborígenes ignorados. Mi estancia entre los hombres de la Edad de Piedra duró muchos meses. Fue una experiencia decisiva en mi vida”. De esa manera rememora una de sus primeras exploraciones que darían origen a su libro *Among Cannibals* (Nueva York, Charles Scribner’s Sons, 1889) además de que, al ofrecer conferencias, la divulgación de sus hallazgos le traería un prestigio entre las sociedades científicas de los Estados Unidos. Lo que daría pie a su siguiente viaje en el

noroeste mexicano, “con miras a proseguir mis investigaciones entre los hombres primitivos del continente americano”.²²³

Lumholtz (1851-1921) realizó estudios sobre teología en la Universidad de Cristianía (hoy Oslo). Pero éstos, de acuerdo con sus propios testimonios, poco le entusiasmaron. Él más bien se inclinaba por la zoología –en la que fue hábil taxidermista- y la botánica, tanto que desde muy joven llegó a integrar un herbario de la “flora fanerógama” de Noruega que llegaría a recibir la Sociedad Botánica de Kew Gardens, de Londres. Mientras que su colección de aves y otros animales fue aceptada por el museo zoológico de su universidad, lo que le daría gran satisfacción al incipiente explorador. Desde su juventud, y todavía sin la posibilidad de realizar grandes viajes fuera de su país, emprendía constantemente largos trayectos en solitario hacia las montañas centrales de Noruega: “¡Qué maravilloso –recuerda- me parecía estar en contacto con la naturaleza otra vez! Nunca olvidaré cómo se veían, una mañana muy temprano, los sauces de montaña mientras yo pasaba entre ellos bajo la evocadora luz del verano nórdico”.²²⁴ Hasta que le llegó la oportunidad, gracias a una invitación del profesor Collet, quien le había recibido su colección de pájaros y animales para el museo universitario, de realizar un viaje a Australia para reunir una colección similar a la que había hecho en su propio país.

En Australia, Lumholtz, según su propia experiencia, se adentra hasta donde otros no han llegado, más allá de los ranchos ganaderos. La cordillera costera del noreste de Queensland le atrae por una razón: su creciente interés por los “negros..., aborígenes, desnudos casi todos”, a quienes va conociendo porque éstos se acercan a él para conseguir vísceras de res que los ganaderos desechaban, así como otros objetos. Viaja y se establece por un tiempo entre esos nativos en una empresa que para Lumholtz se

²²³ Carl Lumholtz, “My Life of Explorations”, *Natural History*, Nueva York, vol. 21, núm. 3, 1921, pp. 225-243.; y “Mi vida de exploración”, en Carl Lumholtz, *Los indios del Noroeste, 1890-1898*, pp. 1-11.

²²⁴ *Ibidem*.

vuelve pionera: “hasta entonces ningún blanco había acampado solo entre los nativos cimarrones de Australia”. Pero lo cierto es que sobre las diversas regiones del país ya existían estudios realizados por otros viajeros, incluso se hacía mención de una posible antropofagia aunque no como una práctica extendida sólo dada en las guerras internas de las tribus, en donde el vencedor comía una sección del enemigo. A esto contribuyó que a los visitantes europeos les impresionaba el cómo en ciertas tribus se hacía uso de los cráneos humanos como vasijas para beber. Con todo, estas referencias sobre ciertas prácticas de finales del siglo XIX parecen venir de un siglo antes cuando los europeos comenzaron a poblar Australia.²²⁵ Sin embargo los testimonios y experiencias de Lumholtz en aquel país se volvieron fuentes ampliamente citadas en otros libros científicos de la época que describían a las razas humanas.²²⁶

Muy pronto, las miras del viajero estuvieron encaminadas a otra región en donde esperaba encontrar y estudiar otras ancestrales culturas, dado su interés hacia los “pueblos primitivos... [para] el estudio de las razas bárbaras y salvajes”. Lumholtz – que hasta sus experiencias en Australia se consideraba un zoólogo- comienza a interesarse en México, de acuerdo a sus propias palabras, en 1887 durante una estancia en Londres. No se sabe cuál fue el detonador de su interés por el país. Acaso la lectura de algunas publicaciones (o su ausencia). Porque ciertamente en Europa ya circulaban varios libros que daban cuenta de la vida mexicana, pero para entonces la gran mayoría

²²⁵ Véase Federico Ratzel, *Las razas humanas*, t. I, Barcelona, Montaner y Simon, Editores, 1888, pp. 381-435. Originalmente publicado en alemán, e inmediatamente publicado al español, el de Ratzel fue un libro de divulgación científica muy popular que se valió de las experiencias de muy diversos viajeros por el mundo y de distintos tiempos históricos; de tal forma que testimonios generados en el siglo XVII se entrelazaban con otros provenientes de mediados del siglo XIX. Cuando aparece el libro de Lumholtz sobre Australia (en 1889) ciertamente muchos otros viajeros europeos le han precedido –como Warburton, H. Behr, W. Wyatt, Stuart, Frank Gregory o Taplin, entre otros- por lo que es relativo su aseveración de haber sido el primero en acercarse a las tribus del noreste de Australia. Véase también la edición original: Friedrich Ratzel, *Volkerkund*, Leipzig, Bibliographisches Institut, 1885-1888 y la versión en inglés *The History of Mankind*, Londres, MacMillan and Co., t.I y II, 1896. Lo notable de la obra de Ratzel es que con plena conciencia utilizó la fotografía como documento, trasladada al grabado, para documentar ampliamente las culturas del mundo.

²²⁶ R. Verneau, *Merveilles de la nature. Les races humaines*, colección dirigida por A.E. Brehm, París, Librairie J.-B. Baillière et fils, s/f [ca. 1890], pp. 182-188.

se ubicaba sustancialmente en las experiencias de sus autores en la parte central y sureste del país.²²⁷ Así, un viajero como Frederick A. Ober en su libro *Travels in Mexico and Life Among the Mexicans*, publicado en 1887, en una edición revisada, llegó a realizar una descripción sobre la ruta más segura que va de El Paso a la ciudad de Chihuahua, no sin mencionar los ataques de los apaches, los llamados “indios bárbaros”, un peligro vigente aún para el viajero. Hace una fugaz mención a pie de página de los “Tarumares” quienes viven en la sierra del estado, la que es una desértica región. Pero, a lo largo de las páginas dedicadas al estado no le merecen mayor atención más que por ser éstos unos conocidos corredores, de donde se origina su nombre. En general, cuando Ober aborda sus experiencias en Chihuahua y Sonora su visión es la de un viajero que escasamente describe a las etnias, salvo cuando da cuenta de cerca de veinte prisioneros apaches *squaws*, entre mujeres y niños o, bien, cuando éstos han comenzado a ser exterminados.²²⁸ Por otro lado, Adolph Bandelier había realizado ya algunos estudios, entre 1880 y 1885, que llegaron a aparecer en revistas especializadas de escasa circulación más allá de los especialistas. Un trabajo que significativamente antecede en contexto e intenciones al estudio de Lumholtz, como él mismo lo llega a mencionar así como a W. J. McGee en sus estudios en Sonora.²²⁹ Para el caso de Louis Lejeune, un técnico minero vuelto colaborador de diarios mexicanos, sus travesías por Chihuahua y Sonora, entre 1885 y 1886, estaban más encaminadas al descubrimiento de minas y al comercio de éstas que a otro tipo de intereses. Y aunque su primer libro

²²⁷ Por sólo citar unos cuantos de estos años: A. Dupin de Saint-André, *Le Mexique aujourd'hui. Impressions et Souvenir de voyage*, París, Librairie Plon, 1884; Lucien Biart, *La terre tempérée. Scenes de la vie mexicaine*, París, J. Hetzel, 1886; o C. A. Stephens, *The knockabout Club in the Tropics. The Adventures of a Party of Young Men in New Mexico, Mexico and Central America*, Boston, Estes and Lauriat, 1884.

²²⁸ Frederick A. Ober, *op. cit.*

²²⁹ De trabajos de Bandelier como “The Indians of Southwestern United States, Carried on Maincy in the Years from 1880 to 1885” así como de otros que anteceden a la obra de Lumholtz se hace referencia en R. B. Brown, “El papel de Adolph Francis Bandelier en la arqueología y antropología de Chihuahua”, en Eduardo Gamboa Carrera (coord.), *El México desconocido cien años después*, INAH, (Divulgación), 1996, pp. 29-36. McGee, junto con el mismo Bandelier, es mencionado en la página 22 y 87 de *El México desconocido*.

apareció en 1892, *Au Mexique* (París, Léopold Cerf, Éditeur), no sería sino hasta los años 1908 y 1912 en que se conocerían sus libros sobre la zona que poco abordaban la cuestión antropológica, salvo porque fue testigo en directo de la guerra y exterminio apache en Sonora por parte del General Crook.²³⁰ Situación ésta –la feroz apachería y sus, literalmente, descarnados ataques- a la que Lumholtz le atribuye la escasez de extensos estudios en toda esa vasta región.

Acaso, entonces, Lumholtz detectó que ciertamente había, en la última década del siglo XIX, una ausencia de estudios sobre la zona. Por eso reitera la necesidad de estudios sobre esa “grande y misteriosa cadena de montañas llamada la Sierra Madre...[que] presenta amplio campo para la exploración científica, que hasta el día casi no se ha llevado a cabo”. Así, para 1890, este viajero noruego está listo para emprender su largo viaje, su primer gran trayecto de estudios, que de manera intermitente, entre idas a los Estados Unidos y regresos a la parte noroccidental del país, le llevará más de cinco años de expediciones. Para tal logro, Lumholtz se va a apoyar de los patrocinios del Museo Americano de Historia Natural y de la Sociedad Geográfica Americana, además de otros particulares que le proveen de fondos. En el prefacio a su libro seminal *El México desconocido*, el viajero escribe de los primeros pasos que lo llevarían hasta esa región:

... naturalmente, como todos, había oído hablar de las admirables cavernas habitadas, situadas al S. O. de los Estados Unidos, de pueblos enteros constituidos en cavernas en las cuestas de empinadas montañas, a donde en muchos casos es sólo posible llegar por medio de escaleras. Dentro del territorio de los Estados Unidos no quedaban, de seguro, supervivientes de la raza que alguna vez habitó aquellas moradas; pero se dice que cuando los españoles descubrieron y conquistaron aquel territorio, encontraron cavernas ocupadas aún. ¿No podría suceder que algunos descendientes de ese pueblo

²³⁰ Véase Louis Lejeune, *Tierras mexicanas, op. cit.*; y *Sierras mexicaines. Mines et mineurs, op.cit.*

existiesen todavía en la parte N.O. de México, tan poco explorada hasta el presente?²³¹

Con un salvoconducto otorgado por el jefe de la nación, Porfirio Díaz quien durante el tiempo de sus viajes le tuvo gran consideración, Lumholtz se adentra por Bisbee, Arizona, hacia la Sierra Madre, el 9 de septiembre de 1890. Lleva consigo a otros científicos, entre botánicos, arqueólogos o geógrafos: “Éramos, por todos, treinta personas, contando el grupo científico, los guías, los cocineros y los muleteros, y llevábamos aproximadamente un centenar de animales entre mulas, asnos y caballos, al cruzar la sierra”.²³² Entre ellos va C. H. Taylor, ingeniero y fotógrafo, aunque el propio Lumholtz, como se sabrá a lo largo de todo su viaje y narración, es un consumado fotógrafo que aprecia este nuevo recurso para documentar la información antropológica. Y ya desde el principio, Lumholtz, con sus reiterados viajes y a lo largo de los años, va a mantener un planteamiento que perdurará hasta el final y que va a dejar ver su visión, y formación, europea que trasluce un trasfondo imperial y colonialista. En el mismo prefacio escribe:

...llegamos a los habitantes de las cavernas. Los indios tarahumares de la Sierra Madre, una de las tribus mexicanas menos conocidas, vivían en cavernas, en una extensión tal que propiamente puede llamárseles los *troglobitas* americanos de hoy. Me resolví a estudiar este interesante pueblo...

²³¹ Esta obra de Carl Lumholtz apareció, tanto en inglés como en español, por primera vez en 1902 publicada por la editorial Charles Scribner's Sons en Nueva York y traducida por Balbino Dávalos. Eso ya deja entrever que su éxito era predecible. Un año después sería editada, en edición facsimilar, por MacMillan en Londres, así como se tienen referencias de que en Cristianía (Oslo), su ciudad de origen, se llegó a realizar una más. En México hubo otras tantas ediciones facsimilares, a partir de la edición en español, aunque en distinto formato a la de 1902, en los años de 1945, en 1960, 1970, 1972 y 1981, esta última producida por el Instituto Nacional Indigenista (en su colección Clásicos de la antropología, 11),. Así a la que nosotros recurrimos, y a la que recurriremos en este apartado, fue a la edición de 1972 publicada por Editora Nacional que también realizó la de 1970 en su Colección económica (2 t., 827 y 828) y que es similar a la de 1902, como en general todas las ediciones en español. La obra así, en su título completo se denomina *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre occidental, en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán, obra escrita en inglés por... edición ilustrada..* Las referencias de páginas y citas se pueden cotejar en las ediciones publicadas en nuestro idioma. El “Prefacio”, aquí citado, comprende de las págs. ix a xxi.

²³² *Ibidem.*

como no era práctico hacerlo, ni con la reducida gente que llevaba entonces, poco a poco fui desbandándola hasta quedar sin nadie... pude continuar mis pesquisas yo solo, hasta agosto de 1893, en que llevé mis colecciones tarahumares y tepehuanes a Chicago para exhibirlas en la Exposición Universal.²³³

Desde un inicio los grupos a estudiar se les denomina “trogloditas”, de manera inconsistente, mientras que el lugar es una zona “misteriosa”, de posibles “pueblos...en cavernas”. Con ello, la escritura (y pensamiento) de Lumholtz ha iniciado insertando un aura de misterio hacia una remota región, en donde él –lo señala reiteradamente- se asume como el primer hombre blanco que emprende tal exploración. Lo cierto es que a lo largo de su viaje va a encontrar a diversas colonias de mormones, norteamericanos aposentados en algunos ranchos y lo que él llama mexicanos, esto es, personas que provienen de los lugares “civilizados”.

Su hipótesis sobre la existencia de las condiciones de vida de los indígenas es que su estudio desvelará los orígenes de la humanidad. Con ello echar a andar su engranaje del gran viaje de descubrimiento, de los hallazgos insólitos, muy propio del sentimiento europeo que ha perdurado desde el siglo XVI hasta entonces. Por eso el contenido de su *México desconocido* aborda la que es, desde su planteamiento, una

[...] porción de la República que nunca han visitado los turistas y que es desconocida aún para la mayoría de los mexicanos. Los pueblos primitivos son cada día más raros en el globo. En el continente americano aún quedan en su estado original. Si se les estudia antes de que ellos hayan perdido su individualidad o hayan sido arrollados por el paso de la civilización, se podrá esparcir mucha luz no solo sobre los antiguos pobladores de dicho país, sino aún sobre los primeros capítulos de la humanidad... Las vastas y esplendorosas selvas vírgenes y la riqueza mineral de las montañas no continuarán largo tiempo siendo exclusiva propiedad de mis morenos amigos; mas espero que les

²³³ *Ibid*, las cursivas son mías.

habré hecho el servicio de erigirles este modesto monumento, y que los hombres civilizados serán los primeros en reconocerlo.²³⁴

Y a partir de aquí un tono de contradicción, entre la aceptación y el rechazo por las culturas que estudia, entre el juicio lapidario y el benévolo, se va perfilando a lo largo de sus apreciaciones. A Lumholtz, sin duda, le atraen y fascinan las culturas –a las cuales nunca denomina de tal manera- a las que ha llegado a conocer. Incluso en sus observaciones y apuntes las más de las veces se contradice a sí mismo. Pareciera que el espíritu científico –nunca ausente de ideología en el siglo XIX- se encuentra en él en permanente lucha interna con su formación europea, con su mundo, con su visión paternalista en la que la civilización, la suya, es la dadora del bienestar. De un lado está el progreso; de éste otro lo inhóspito. La admiración y el desprecio floreciendo permanentemente en sus notas. Un oficio –el del viajero, el antropólogo, el arqueólogo- en un choque sin solución con sus sentimientos y cultura. No será raro, por eso, que después de un largo puente de años y de extensa escritura, el viajero termine así su libro: “Ciertamente me gustan más los hombres civilizados que los primitivos, pero por mucho que me satisfagan las comodidades y placeres de la vida, no me pueden borrar las impresiones que almacené durante mis peregrinaciones por el México desconocido... Tribus primitivas como son, me han enseñado una nueva filosofía de la vida, pues su ignorancia está más cerca de la verdad que nuestras preocupaciones”.²³⁵

Los tarahumaras, los tepehuanes, los coras, los huicholes, los tarascos -que tanto le ayudaron ofreciéndoles información y de quienes recolectó objetos rituales o cotidianos para ser expuestos ante la mirada de otros-, nunca perdieron para él, desde su perspectiva, la condición de primitivos. Y aquí las palabras no son casuales, en un

²³⁴ *Ibid.*

²³⁵ *Ibid.*, t. II, pp. 456-457.

viajero que tanto se preocupó por su significado, por su correcta expresión, aun en las lenguas que estudió.

Y esto se vuelve aún más patente en su “Conclusión”, hacia el final de su estudio. Unas conclusiones en donde hace ineludibles comparaciones: “Es error muy común considerar a los bárbaros, hombres de tercer orden. El cuerpo del indio adquiere mejor desarrollo que el del blanco y sus sentidos son más perfectos”; sin embargo:

Lo cierto es que los hombres primitivos son tan diferentes de nosotros en sus razonamientos y en sus actos... Considerando, pues, la recíproca influencia entre conquistadores y conquistados, la expansión cada vez más creciente del comercio hasta los rincones más remotos del mundo, y finalmente, el rápido desarrollo de los medios de comunicación a un grado tal de que apenas podemos tener idea, podemos percibir de qué manera se estimulará a las naciones y tribus, necesítenlo o no, hacia un progreso gradual según direcciones y métodos que lleguen a ser generales en la evolución natural de las cosas... Mucho tienen que aprender de nosotros las razas retardadas, pero mucho también nos pueden enseñar ellas: no sólo dibujos de arte ignorado, sino ciertas cualidades morales. La hipocresía cederá el paso al avance de la civilización y el mundo ganará con ello.²³⁶

Para la divulgación de sus ideas –factores que todo lo permean-, Lumholtz se vale de varias circunstancias fundamentales: del museo y las instituciones científicas; de una feria mundial, la Exposición Universal de Chicago de 1893; del registro fotográfico y del libro de divulgación como producto cultural de su tiempo. Instancias todas ellas de un poder que se quiere inequívoco, y que se vuelve determinante en el siglo XIX.

Por un lado, el museo, en este caso el Museo Americano de Historia Natural, ubicado en Nueva York, se volverá el depositario sustancial de los objetos que llegará a recopilar el viajero. Objetos indígenas que, desde la concepción decimonónica del museo, se vuelven “lecciones históricas... [en la que] cada parcela de esta evolución está marcada

²³⁶ Ibid, t. II, pp. 465, 470-471.

por acontecimientos y realidades que el hombre ha venido protagonizando y construyendo”.²³⁷ En este marco propedéutico los objetos asumen el sentido de lectura que sus divulgadores le otorgan, que lo mismo puede adquirir el sentido de lo primitivo como de lo exótico. En eso, la exposición de Chicago tuvo tal enfoque evolucionista, a partir de los componentes etnográficos, que se vio como una “exposición unitaria de variaciones étnicas cuyo hilo conductor eran conceptos de evolución y movimiento a través de estados de evolución”.²³⁸ Y a esto contribuyeron los conceptos antropológicos de evolución de F. W. Putnam, un ideólogo clave para la sección etnográfica –y nada menos que conservador del museo neoyorquino que patrocinó a Lumholtz-, como del propio viajero.

La utilización de la fotografía para estos años es ya insustituible, como el uso del tradicional cuaderno de notas. Durante las últimas décadas del siglo XIX esto se vuelve una poderosa herramienta, tanto que la antropología ya no se comprende sin ella. Así lo entienden algunos viajeros coloniales como igualmente otros que son artistas o técnicos de esta práctica. En este sentido, M. V. Portman -fotógrafo del Departamento de Etnografía del Museo Británico- alecciona desde las islas Andaman en 1896: “Respecto a la fotografía de razas salvajes, los siguientes consejos pueden ser de utilidad. Es absolutamente necesario ser paciente con los modelos y no tener ninguna prisa. Si un sujeto es un mal modelo y no se dispone de una cámara manual, lo mejor es prescindir de él y buscar otro, pero no hay que perder nunca la calma y decirle a un salvaje que piensas que es un estúpido”.²³⁹ Gustav Le Bon aboga porque el antropólogo utilice la placa seca, que hacia 1880 comienza su difusión, dado que ésta por su velocidad le

²³⁷ Luis Alonso Fernández, *Museología y museografía*, Barcelona, 2 ed., Ediciones del Serbal, 2001, pp. 56 y 62.

²³⁸ James Gilbert, *Perfect Cities: Chicago' Utopias of 1893*, Chicago, 1991, citado en Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998, pp. 247-248.

²³⁹ M. V. Portman, “Photography for Anthropologists”, *Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 25, 1896, compilado por Juan Naranjo (ed.), *Fotografía, antropología y colonialismo (1845-2006)*, Barcelona, Gustavo Gili, (Fotografía), pp. 137-154.

permite un mayor margen de movimiento: “Así pueden ser fotografiados individuos sin que ellos lo recelen, lo cual tiene gran interés, sobre todo respecto a ciertas razas inferiores”.²⁴⁰ Albert Londe, un extraordinario experimentador, por su lado alude a la precisión de la fotografía para el registro de los indígenas en los viajes ya que: “Antaño, el dibujante para representar a un piel roja, se conformaba con pintar de color ocre a un tipo cualquiera que no tenía nada de salvaje, y el mismo tipo pintado de negro representaba a un negro”, lo que la fotografía desde sus apreciaciones ya no tergiversaba.²⁴¹ Era más que evidente que la cámara como herramienta se había vuelto ya un requisito obligado. Y así lo entendió Lumholtz, a veces siguiendo estos lineamientos, a veces recurriendo a los suyos propios, o cambiando las formas según la circunstancia, en “aquella parte del mundo”. Así inicia su extenso registro deslumbrado por una joven que se admira ante la gran caravana que acompaña al viajero y que le ofrece su saludo: “Obedeciendo a mi primer impulso desmonté al punto para perpetuar esa escena por medio de un[a] Kodac (sic) que llevaba pendiente de la cabeza de la silla. A ser posible, con gusto enviaría a la joven su fotografía como muestra de mi gratitud por su jovial saludo, y seguramente que le agradecería mucho, pues todos los indígenas se deleitan viendo sus fotografías”.²⁴² Pero ésta es una circunstancia espontánea que, como se verá, no se volverá a repetir.

Por lo menos en dos ocasiones, Lumholtz deja ver el alto valor que tiene para él la fotografía. Por eso en aquellas montañas tiene una preocupación permanente: “No sólo las bestias mismas, sino todo cuanto llevan es de vital importancia para el éxito de la expedición, y no cesa de existir el peligro, por ejemplo, de que la cámara y útiles fotográficos o la preciosa colección de negativas que se hayan tomado, vayan a

²⁴⁰ Gustavo Le Bon, *Estudio de las civilizaciones y de las razas*, Madrid, M. Aguilar, s/f [ca. 1920].

²⁴¹ Albert Londe, *La photographie moderne. Traité pratique de la photographie*, París, 2 ed., G. Masson, Éditeur, 1896, pp. 568-569.

²⁴² Carl Lumholtz, *op. cit.*, t. I, pp. 27-28.

precipitarse al abismo”.²⁴³ Mientras que en San Andrés, en la sierra huichola, contempla caerse a su mulo blanco, “El Chino”, con preocupación. “Por algunos momentos me pareció que iba a rodar precipitando consigo al abismo la parte más valiosa e irreparable de mis avíos, esto es, el aparato fotográfico. Quedéme sin respiro, pero el animoso animal volvió a pararse...”.²⁴⁴ Una imagen, en grabado, muestra precisamente a ese mulo con grandes cajas en su lomo, conteniendo el valor máspreciado del viajero. Esa herramienta que complementa extensamente el contenido de *El México desconocido*. Como otros viajeros en México, Lumholtz permanentemente se va a valer del poder, sea éste el político, el eclesiástico o el tribal, para sus registros, según sea el caso. Y de ello dejó amplios testimonios de sus logros para el sometimiento y la exhibición del Otro. A fines de febrero de 1891, a punto de darse el encuentro con los tarahumaras, realiza un primer registro entre los pimas, pese a su reticencia: “En Yepáchic –escribe- calculé que habría como veinte familias pimas, las que se resistían bastante a ponerse frente a la cámara, pues el mismo presidente municipal se asustaba del instrumento creyendo que era del diablo”.²⁴⁵ Dos retratos de hombres pimas, de frente y de perfil -“Un pima joven” y “Un pima de buena edad” al que, se deduce, se le ha pedido bajarse la camisa para mostrar su torso desnudo- acompañan sus comentarios. Poco después algo similar se le presenta cerca de Guachochic durante una excursión:

Al oscurecer llegamos a la parte de una barranca llamada Ohuivo (Pvé = *volver*, o sea “lugar a donde volvieron”) sobre el río fuerte. Los indios de allí, a pesar de la influencia que ha ejercido en muchos la proximidad de las minas, son reticentes y desconfiados, y ninguna ascendencia tenía evidentemente sobre ellos nuestro guía. Fue imposible hacerlos consentir en fotografiarse y ni el gobernador quiso someterse a tan terrible prueba.²⁴⁶

²⁴³ *Ibidem*, pp. 33-34.

²⁴⁴ *Ibid*, t. II, p58.

²⁴⁵ *Ibid*, p. 127.

²⁴⁶ *Ibid*, t. I, p. 185.

A su regreso al cruzar un valle rumbo a Guachochic, como en otras ocasiones, Lumholtz, escribirá: “En dicha planicie, bordeada por todas partes, con excepción del lado sur, de majestuosos pinares, viven numerosos indios, así como en los abundantes valles cercanos, pero todos son civilizados, esto es, contaminados de muchas nociones cristianas, y ya sin la sencillez primitiva”.²⁴⁷ Un testimonio de cómo al viajero le contradice un mundo que él no espera ver. A lo largo de sus experiencias él busca volverse descubridor de lo incivilizado.



En Norogáchic el viajero traba amistad con el sacerdote que oficiaba en una “imponente iglesia de adobe, construida en la época de los misioneros” y quien creía que los tarahumaras “no cultivan sus facultades mentales, puede decirse que son diamantes en bruto”. Un párroco “de buena presencia y enérgica complexión” que vivía “en aquel apartadísimo rincón de la cristiandad” con su anciana madre y seis hermanas. Como se verá, éste terminará ayudando al viajero en sus oficios fotográficos de manera muy singular:

²⁴⁷ *Ibid*, p. 182.

El padre, con su natural oficiosidad, me ayudó a conseguir indios que se dejaran fotografiar, y aun insistía en colocármelos frente a la cámara. Sus esfuerzos sin embargo, tendían más bien a lograr el triunfo artístico que la verdad científica, queriendo, por ejemplo, adornar a los indios con plumas de pavo real. Con todo cedió a mi sugestión de que serían más a propósito las plumas de guajolote, y al punto mandó coger uno de los que tenía en casa para arrancarle algunas de la cola.²⁴⁸

Testimonio éste de hasta dónde el sentido exotista, con su adecuado toque ficcional, había permeado al padre, como al mismo viajero. Y si en esa ocasión fue ayudado por este párroco entusiasta por adornar a los indígenas, poco después en Carichic le apoyaría un personaje llamado Andrés Madrid, hijo de tarahumaras y de “muy liberal educación mexicana”:

Como era bueno y ayudaba a los indios, así como por ser el representante de las autoridades mexicanas, profesábanle un respeto rayano en adoración. Como sabía cuanto pasaba en la sierra, ya le habían hablado de mí provocando su risa con las propensiones de canibalismo que me atribuían. Envió inmediatamente un mensajero a Narachic para dar aviso de mi llegada al capitán, pidiéndole que encargara a los indios presentarse para ser retratados por un hombre que llegaba de parte de Porfirio Díaz (nombre que equivale a un conjuro) para recibir todo género de informes acerca de los tarahumares. Naragachic es un pueblo insignificante a que pertenecen los indios de esa localidad, cuyo nombre significa “donde uno está llorando”.²⁴⁹

En efecto, Lumholtz narra cómo se propagó entre los tarahumaras, debido a unos “extraños procedimientos..., o sea de nuestro empeño en fotografiarlos”, su supuesta antropofagia: encontrábamos los ranchos desiertos, y las mujeres y niños se ocultaban de nosotros lanzando gritos al punto como nos divisaban... En donde quiera que llegaba, se me aborrecía en la convicción de que me alimentaba de niños y maíz

²⁴⁸ *Ibid*, p. 202.

²⁴⁹ *Ibid*, pp. 216-217.

verde...”.²⁵⁰ En un inicio a este prejuicio le atribuye Lumholtz la negativa de los indígenas a ser fotografiados, lo cierto es que de todas formas se vale de las autoridades para tal efecto. Hasta lograr en ocasiones una cierta confianza en donde se entrelaza la seducción del ritual fotográfico con las creencias y mitos de los propios indígenas. En la misma zona, y después de una larga sequía, una pertinaz lluvia acompaña las incursiones de Lumholtz por lo que “los indios...comenzaron a relacionar mi presencia con ella”. Así, escribe:

Antes de que me fuera, dijéronle a don Andrés: “No es bueno dejar que este hombre se vaya, porque puede llevarse las aguas”. Ya entonces consentían con todo gusto en ponerse frente a mi cámara fotográfica, suponiendo que aquel misterioso aparato tenía extraordinario poder para hacer que lloviera; de suerte que habían cesado los pretextos para no dejarse fotografiar; no insistían en que aquello les causaría la muerte y disgustaría a su Dios, ni se repitió el caso de que otro me dijera lo que cierto indio para mostrarme su oposición, que “puesto que nada me debía, no necesitaba que lo retratara”.²⁵¹

En todo ese proceso, Lumholtz mide y pesa, en ocasiones, a los indígenas. Recolecciona cráneos -no sin cierta extrañeza por parte de los tarahumaras-, mechones de cabellos, y hace apuntes sobre algunas deformidades: “Tuve noticias de ocho individuos con bigote, de siete gibosos, de seis hombres y cuatro mujeres con seis dedos en los pies, y de uno o dos casos de bizcos. Vi un muchacho que tenía los dedos hacia dentro...”.²⁵²

Y, desde su muy particular punto de vista, realiza minuciosas anotaciones:

Despiden estos indios un olorcillo indefinible que ellos no perciben; pero sí dicen de los mexicanos que huelen a cerdo y que los americanos huele[n] a café, olores ambos desagradables para los tarahumares... [pero] Aunque sus sentidos son vivos, no los considero superiores en esto a cualquier blanco bien equilibrado... En atención a la importancia que se presta a la estructura del pelo, coleccioné el

²⁵⁰ *Ibid*, p. 182.

²⁵¹ *Ibid*, pp223-222.

²⁵² *Ibid*, pp. 234.

de diferentes individuos...la indiferencia con que se arrancan los cabellos, tal como yo hubiera hecho con las cerdas de un caballo, me convenció de que las razas inferiores son más insensibles al dolor que el hombre civilizado. Arranqué una vez de un solo tirón seis cabellos de la cabeza de un niño que estaba durmiendo, sin que lo sintiera.²⁵³

Y en su permanente contradicción habla de la belleza de la mujer tarahumara, a la que ya ha definido como raza inferior, siempre anteponiendo sus esquemas: “no se aviene a nuestro ideal clásico ni tampoco se conforma al gusto moderno. Constituyen el primer requisito los muslos gordos, y tanto es así que a las personas [un extraño vocablo en el viajero] bien parecidas se les llama ‘una buena pierna’”.²⁵⁴ Sin embargo apunta, en el que es paradójicamente uno de los mejores capítulos de su libro, que a las mujeres tarahumaras “nunca se las obliga a contraer matrimonio sin amor”²⁵⁵ Un retrato de una “Joven tarahumar acarreado agua” con el torso desnudo acompaña estos comentarios. Es así como Lumholtz retrata a otros y se delinea permanentemente a sí mismo.

Dirigiéndose hacia el sur, en enero de 1895, ya en su tercer viaje que es el más extenso (de marzo de 1894 a marzo de 1897), Lumholtz llega a la región tepehuana en donde considera que los indígenas “son menos flemáticos y más impresionables e impulsivos que los tarahumares”, acaso porque “una mujer se reía tanto que no me fue posible fotografiarla. Son ruidosos y activos, y trabajan en el campo charlando y riendo alegremente”.²⁵⁶ En Navogame su trabajo fotográfico lo vuelve a poner en dilemas. Es ahí donde un comerciante predispuso a los tepehuanes a no dejarse fotografiar por el viajero ya que “si permitían que ‘ese hombre los retratara, se los llevaría a todos el diablo, por lo que harían muy bien en matarlo’”. Una carta dirigida al gobernador se le hace llegar hasta su campamento, pero una vez más se valdrá del poder civil:

²⁵³ *Ibid*, pp. 236-238.

²⁵⁴ *Ibid*, p. 261.

²⁵⁵ *Ibid*, p. 262.

²⁵⁶ *Ibid*, p. 413.

Pueblo de Navogame, Enero 29 de 1893.

Estimado Sr. Retratista

Hágame Ud. el favor de no venir al pueblo a retratar como se que intenta hacerlo. Creo que lo mejor que puede Ud. hacer es ir primero a Baborigame, porque en lo que respecta a este pueblo, yo no lo permito. En consecuencia, sírvase no pasar el día en este pueblo tomando fotografías.

Su atto. Servidor,

José H. Arroyos

General

*Al Sr. Retratista.*²⁵⁷

Lumholtz no se arredra. Ha pasado para entonces por otras adversidades. Se dirige con un solo acompañante hacia el general, quien lo espera con un rifle en las manos “para dar peso a sus palabras”. En medio de más de veinte hombres, un juez con las cartas gubernamentales en las manos, las mismas que le otorgan poder al viajero, llega a convencer a los presentes para que obedezcan a las autoridades. “Pronto comprendieron los tepehuanes la fuerza de sus argumentos, y el agitador tuvo que irse derrotado, siendo el resultado de todo que los indios me expresaran la pena de no haberse reunido en mayor número para que los fotografiara y que si tal era mi deseo mandarían llamar a otros individuos de su tribu”.²⁵⁸

En esa parte del sur de Chihuahua el viajero se enfrenta de manera constante a la aceptación y el rechazo por sus registros fotográficos. En Morelos “consintieron algunos indios tubares... para dejarse medir y fotografiar por mí. Los pocos representantes de la tribu que vi, tenían buena figura y manos y pies pequeños. Mostrábanse vergonzosos, pero revelaban ser placenteros”.²⁵⁹ Hacia julio de 1896 se

²⁵⁷ *Ibid*, p. 417. En este capítulo Lumholtz claramente señala su visita a los tepehuanes en enero de 1895, sin embargo la carta se encuentra fechada dos años antes, todo lo cual indica que entrelazaba experiencias y tiempos en su viajes.

²⁵⁸ *Ibidem*.

²⁵⁹ *Ibid*, 432.

traslada del sur de Chihuahua hacia Sinaloa para llegar al pueblo de San Francisco de Lajas, en donde es recibido por el profesor Crescencio Ruiz quien para entonces es una “influencia benéfica” para los tepehuanos, toda una autoridad moral. Pero con todo y su ayuda, y no sin lamentárselo, el viajero escribe:

Lo único que para ellos era motivo de seria oposición y aun de extraordinario miedo, era mi cámara, y para inducirlos a ponerse frente a ella tuvimos don Crescencio y yo que unir nuestros esfuerzos durante cinco días. Cuando consintieron en hacerlo, parecían reos próximos a ser ejecutados. Creían que fotografiándolos, podría llevarme sus almas para comérmelas después, a mi sabor, si lo quería; que morirían al punto como sus retratos llegasen a mi país, o que les sobrevendría, cuando menos, algún mal. Las mujeres desaparecieron como codornices asustadas cuando me disponía a practicar aquella terrible operación con los hombres; pero volvieron a poco para ver cómo habían salido sus maridos de la difícil prueba. Cuando pedí que se pusieran algunas, volvieron a correr, a pesar de las reprensiones de los hombres, y sólo tres hembras robustas de “grande alma” consintieron en que las “tomaran”, después de que el miedo las hubo “sacudido” lo bastante.²⁶⁰

En su libro, el viajero no incluye estas específicas imágenes, como sí lo hace de los indígenas tubares. O bien sobre específicas imágenes no ofrece mayor información. Lo cierto es que los alegres tepehuanos del sur de Chihuahua pasan a ser asustadas codornices en el norte de Sinaloa, según su despreciativa y terrible apreciación. De ahí se dirigirá hacia el sur, con los coras y los huicholes de la Sierra del Nayar.

Entre los huicholes –quienes “despiden un olor característico, aunque no fuerte, parecido al que se desprende de un perro mojado”, el cual se parece al de los australianos, según el viajero- tiene por lo regular mayor aceptación con su trabajo de cámara. Una etnia que se permite fotografiar sin muchos dilemas, incluso mostrando una cierta admiración a sus manipulaciones. “Encontrando, al fin, –dice- oportunidad de emplear mi cámara fotográfica, le coloqué en el trípode. No bien lo advertieron, cuando

²⁶⁰ *Ibid*, 446-449.

dos indios, llevando cada uno una vela encendida, se acercaron a arrodillarse a ambos lados del aparato como si fuese a adorar a algún santo”.²⁶¹

Pareciera que entre los huicholes, Lumholtz se desenvuelve de mejor manera, a pesar de que consideraba que éstos seguían “en el mismo estado de barbarie en que se hallaban el día que pisó Cortés el suelo de América”. Eso pudo verse en el pueblo de Santa Catarina, en el centro del país huichol, en el que durante una ceremonia un astrólogo osa oponerse al registro fotográfico de la misma porque: “A nuestro señor el Sol no le gusta ser reproducido”. Sin mayor efecto entre sus coterráneos, que siempre estarán dispuestos al registro fotográfico, el astrólogo terminará por dimitir yéndose a su rancho cercano. Mientras que el viajero saldrá, una vez más, triunfante en su adecuada documentación fotográfica.

Cuando hubo desaparecido, se me acercaron algunos de los indios a decirme que no les parecía peligroso que los fotografiara, y ofreciéndome que todos lo peyoteros y sus mujeres se pintarían la cara y se dejarían retratar. ¡He aquí de qué inesperada suerte quedaba victorioso en mi empresa! Esa misma tarde fotografié a los hombres, y al día siguiente a las mujeres. Dos años más tarde que volví a visitar a la tribu, supe que mi adversario había muerto repentinamente, estando cantando en un templo, circunstancia que aumentó mi prestigio a los ojos de aquellos naturales, porque me atribuyeron mayor influencia con los dioses. “Era un loco en oponerse a V.”, me decían, en lo que no podía yo menos que convenir”.²⁶²

La antropología moderna vería en ello una alteración a las circunstancias cotidianas en ese pintarse ex profeso para la imagen. De la misma manera en que Lumholtz lo llegó a hacer con los tarahumaras al colocarles una pluma de guajolote. Pero en ese momento no lo es para el viajero, quien se encontraba construyendo metódicamente su imaginario, sin mayor dilema.

²⁶¹ *Ibid*, t. I, p. 482; t.II, p. 50.

²⁶² *Ibid*, t. II, pp. 143-145.

En este sentido, a lo largo de toda la narración de Lumholtz se desprenden varias interrogantes con respecto a las imágenes que utiliza en su libro. Digamos, con “La bella de la gruta”, una joven tarahumara quien posa para él precisamente en una cueva abierta, nunca hay mayor descripción. Pareciera que esa imagen quiere ser la constatación de su hipótesis inicial. Pero en otra página opuesta vemos que esta joven se encuentra acompañada de otros hombres sentados, en un suelo en donde no se ven objetos cotidianos. ¿De que se trata?: ¿de un paseo hacia la cuevas en donde se hizo posar a la joven?, ¿de un refugio real de invierno (con todo y el torso desnudo de la mujer)?, ¿de una escenificación en el imaginario del viajero?; según se deduce del propio viajero así sería, ya que los tarahumaras, para cuando él arriba, “pasan por un estado de transición, habiendo adoptado la mayor parte chozas y cobertizos; pero muchos aún no comprenden por qué han de dejar sus cómodos y seguros abrigos naturales por mezquinas habitaciones construidas con sus manos”.²⁶³ Nosotros nos inclinamos a pensar que ésa es así una imagen salida del imaginario del viajero. Entre un hecho alguna vez real –el habitar las cuevas por parte de los tarahumaras- y en ese momento en total desuso, o bien dado sólo circunstancialmente para un trabajo específico, la desilusión del viajero se hace patente. Mientras que algunas otras imágenes, sorprendentes para el periodo, seguirán siendo una incógnita.²⁶⁴ Como aquellas no publicadas en el libro pero que no dejan de ser otras tantas terribles imágenes elaboradas por el autor: digamos, la mujer tarahumara que posa junto a su tienda totalmente desnuda y con las piernas abiertas, ¿qué tipo de registro antropológico era éste que no se encuentra en ningún lineamiento?; ¿o esa otra mujer siendo pesada por los ayudantes de Lumholtz en la barranca de San Carlos, en 1892?

²⁶³ *Ibid*, t. I, pp. 158-159.

²⁶⁴ Nos referimos de manera específica también a la fotografía “Mujeres criminales moliendo maíz para los presos en la cárcel de Querétaro”, un numeroso grupo de mujeres en sus tareas, de la que no hay mayor contexto ni información.



“La bella de la gruta”

¿Ante qué estamos? Sin duda *El México desconocido* es un libro de gran valor antropológico y arqueológico. Sus descripciones al respecto, profundamente ricas en detalles, permiten ver la capacidad y sensibilidad de su autor para exponer y describir los objetos y las circunstancias de las distintas etnias que visitó. Pero también a lo largo de su narración lo dominó, irremediablemente, su cultura europea, imperialista, de hombre blanco civilizado que accede a mirar, y mostrar, al Otro. Al referirse a la relación entre cultura e imperio, Edward Said advierte:

No creo que los escritores estén mecánicamente determinados por la ideología, la clase o la historia económica, pero sí creo que pertenecen en gran medida a la historia de sus sociedades, y son modelados y modelan tal historia y experiencia social en diferentes grados... así como nociones que son formas de conocimiento ligadas a tal dominación: el vocabulario de la cultura imperialista clásica está cuajada de palabras y conceptos como “inferior”, “razas sometidas”, “pueblos subordinados”, “dependencia”, “expansión” y “autoridad”.²⁶⁵

Un hecho a lo que no fue ajeno Carl Lumholtz.

²⁶⁵ Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 26 y 44.

Frederick Starr: la violencia aplicada

Hacia los últimos años del siglo XIX los editores de libros ilustrados requirieron vorazmente de imágenes. Aunque no sólo éstos sino también los antropólogos y conservadores de museos y bibliotecas las utilizaron, los cuales no siempre podían hacer un registro en directo de las lejanas culturas. Es por ello que se dio el éxito y la inmensa circulación de imágenes proporcionadas por los fotógrafos viajeros los cuales, a su vez, encomendados por alguna institución podían realizar esos registros para ser distribuidos y consumidos en las metrópolis.

Así, desde la comodidad del gabinete o del hogar, el interesado podía “conocer” mediante el libro o el álbum cualquier región remota. He ahí la dimensión de lo que narra el historiador Helmut Gersheim cuando escribe citando un texto, de la década de los años sesenta del siglo XIX, del también fotógrafo francés Antoine Claudet: “... tenemos la ventaja de que podemos examinarlas [a las imágenes] sin tener que exponernos a las fatigas, las privaciones y los riesgos que corren los valientes y emprendedores artistas que, para nuestra instrucción y complacencia, han atravesado tierras y mares...”.²⁶⁶ La cuestión estaba, precisamente, en asumir como un hecho verídico lo que se veía, esto es, lo publicado como un documento para el conocimiento (o “nuestra instrucción”). Detrás de la “complacencia” se daba lo creíble. Y esto se debía al impacto de lo fidedigno que había tenido la fotografía desde unas cuantas décadas antes; además, desde luego, de una expansión colonialista que promovió el registro del mundo no industrializado. El mismo Gersheim lo señala: “El mundo entero se veía ahora de nuevo a través de los ojos del fotógrafo, el cual captaba verídicamente, y con frecuencia también artísticamente, las imágenes de las reliquias de las civilizaciones antiguas, familiarizando a la gente con la belleza paisajística y

²⁶⁶ Helmut Gersheim, *Historia gráfica de la fotografía*, Barcelona, Ediciones Omega, 1967, p. 98.

arquitectónica de su propio país y de los demás, con las escenas de la vida doméstica, costumbres y trajes típicos de otras naciones”.²⁶⁷ Es evidente aquí que la “familiarización” era una especie de construcción cultural del Otro, erigida inicialmente, sí, por el fotógrafo pero determinada, como ya hemos visto, por quienes divulgaban las específicas imágenes.

La antropología y la etnografía se valió de este recurso de manera extensa. De entre muchos otros libros, hagamos mención de uno el cual en principio nos atañe: *Les races et les peuples de la Terre*, del antropólogo J. Deniker quien en este libro, aparecido en 1900, hizo uso extenso de la fotografía.²⁶⁸ Sobre el hecho nos dice en el prefacio:

Las figuras destinadas a explicar y a completar el texto han sido elegidas con un gran cuidado. Salvo tres o cuatro excepciones, los “tipos” de los diferentes pueblos son de fotografías de sujetos muy auténticos, frecuentemente estudiados y medidos por sabios competentes o por mí mismo.

Le di demasiada importancia a la *ilustración exacta y razonada* de las obras antropológicas por lo que no desaprovecho la ocasión de agradecer muy sinceramente a las instituciones y las personas que han querido prestarme las impresiones de las fotografías.²⁶⁹

Los subrayados aquí son del autor. Y sus palabras dejan ver la confianza que toda una serie de científicos le tenían al documento fotográfico. Entre las instituciones a las que agradece Deniker se encuentra el Museo de Historia Natural –del cual era su bibliotecario-, la Sociedad Real de Londres y el Instituto Smithsonian de Washington, entre otras. Y en esto no hay casualidad, ya que eran estas instituciones las que precisamente generaban la necesidad de divulgar este tipo de imágenes.

²⁶⁷ *Ibidem*, pp. 97-98.

²⁶⁸ En este caso se realizó una revisión a la segunda edición, véase J. Deniker, *Les races et les peuples de la Terre*, 2. ed., París, Masson et Cie., Éditeurs, 1926.

²⁶⁹ “Préface a la premiér édition (1900)”, en *ibidem*, p. VIII.

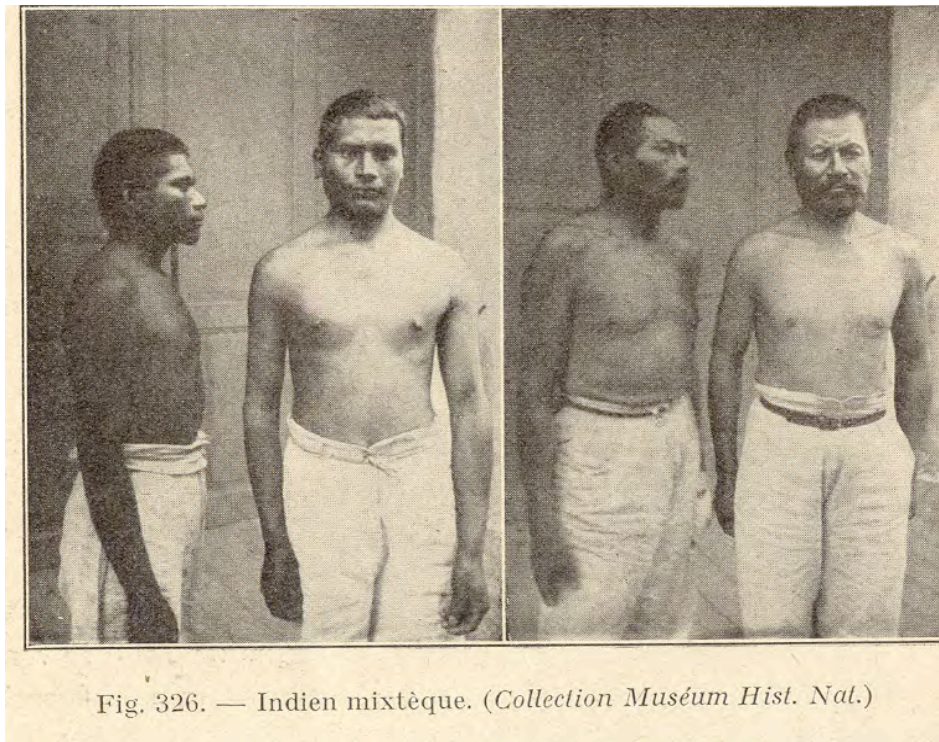


Fig. 326. — Indien mixtèque. (*Collection Muséum Hist. Nat.*)

Entre las páginas 660 y 662 del libro de Deniker se hacía referencia a unos grupos étnicos específicos que habitaban el suroeste mexicano: los zapotecas, los mixtecos, los zoques y los mixes. Y se publicaban cuatro fotografías de unos indígenas mixtecos realizadas por Désiré Charnay de hombres visto de frente y de perfil, además de dos mujeres vistas de frente con el torso desnudo. Todo indica que estas imágenes provienen del viaje que, en los años 1880-1882, realizó el expedicionario francés en México, dado que las fechas de esas imágenes se asientan en el Museo de Historia Natural.²⁷⁰ Unas cuantas líneas le son dedicadas a estos grupos, pero hay ahí aseveraciones que provienen de un saber que se quiere científico. Se dice que “en el estado de Oaxaca y en el de Chiapas, en la frontera de Guatemala, se encuentran los zoques, los mixes, conservadores y supersticiosos, todavía antropófagos a mediados del

²⁷⁰ Véase Keith F. Davis, *Désiré Charnay. Expeditionary Photographer*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1981. en la página 96 se publica una imagen proveniente de los fondos fotográficos de ese museo que es muy similar, por los escenarios que se utilizan, a las publicadas por Deniker en su libro.

siglo XIX”. Esta información la retomaba Deniker del antropólogo estadounidense Frederick Starr, quien, proveniente de la Universidad de Chicago, había llegado a la región zapoteca y mixe por primera vez en 1896, aunque sus estudios comenzarían hasta noviembre del año siguiente.

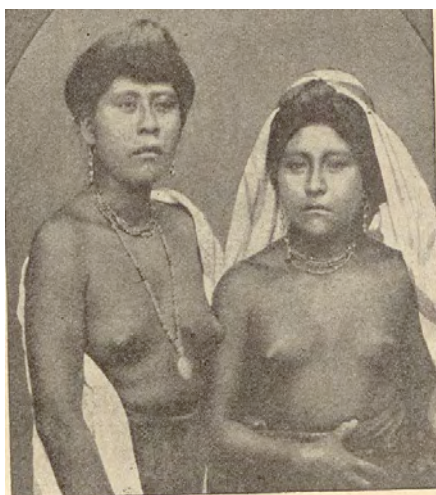


Fig. 328. — Femmes mixtèques (Mexique). (Photo D. Charney, Coll. Muséum Hist. Nat., Paris.)

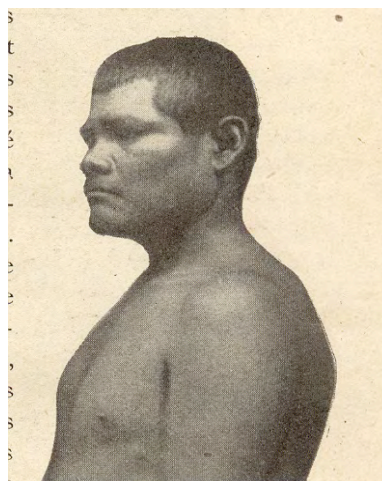


Fig. 327. — Indien mixtèque. (Collection Muséum Hist. Nat.)

Antes de abordar a Starr, creemos que es fácil deducir lo que pensaron los lectores-espectadores de Deniker. Los retratos de los indígenas muestran a hombres de mediana edad y mujeres jóvenes semidesnudas. Los primeros se encuentran dentro de un espacio que parece ser una habitación (una puerta y un piso de madera o bien un porche exterior dado la necesidad de luz que se requería) y que sólo en una imagen es suprimida para que apareciera únicamente la silueta del indígena y su cuerpo desnudo. Las mujeres tienen un fondo liso redondeado. Pero es precisamente la edad, la que ayuda a ofrecerles sentido a las imágenes. Estos personajes vistos en ellas provienen de etnias antropófagas, descendientes directos e inmediatos de éstas, como se sugiere. El texto dedicado a ellos, de tan escaso, funciona como pie de foto afirmando de muchas maneras la naturaleza de los seres que el espectador europeo ahí ve. Además de que la

exhibición de su desnudez en mucho ayuda a ello, porque así se entendía, así se había ido construyendo, la visión sobre los pueblos lejanos, “incivilizados”.²⁷¹

Este testimonio que fue asentado en el libro de Deniker definía sin embargo muy bien la fuente de donde provenía, que eran nada menos los estudios, los escritos y las fotografías de Frederick Starr. Dado que éste, desde una posición científicista de la antropología física, recurrió en México al sometimiento físico y al prejuicio cultural tan corriente por entonces en la visión antropológica.

A dos documentos de la autoría de Starr nos referiremos aquí sustancialmente: al álbum exclusivamente fotográfico *Indians of Southern Mexico, an Ethnographic Album* (1899) y al libro, ampliamente ilustrado con fotografías, de paisajes y escenas cotidianas de viaje, *In Indian Mexico, a Narrative of Travel and Labor* (1908). Ambos testimonios poseen vínculos entre sí. De hecho se podría decir que uno complementa al otro, a pesar de la distancia de edición entre ambos. Esto es, en el primero se publican las fotografías de sentido etnográfico que Starr realizó entre noviembre de 1897 y el año de edición del álbum; y en la segunda publicación se dan a conocer los testimonios escritos del antropólogo, sus experiencias y sus fobias, al trabajar entre los indígenas mexicanos y al medirlos y fotografiarlos. Textos éstos sobre el viaje de Starr que parten de 1896 y se extienden hasta 1901. Como veremos, una buena parte de lo que se narra en uno se visualiza en el otro.²⁷²

²⁷¹ En la segunda edición que revisamos del libro de Deniker se advierte que la editorial hizo releer ciertas partes del libro a calificados especialistas para obtener una “exactitud” y “actualidad”. Por lo que se deduce que se hicieron agregados o correcciones a la edición de 1900 que no pudimos cotejar. Dado esto cabe la posibilidad de que J. Deniker no le haya dado la dirección al texto y a las imágenes que hemos evidenciado aquí. Pero esto poco cambiaría nuestro análisis. Porque de nueva cuenta son los editores Masson y los especialistas –del Museo de Etnografía o la Agencia General de las Colonias, entre otras instituciones– los que le ofrecieron el sentido que hemos dejado ver. Además de que el “prefacio”, en donde el autor declara su fe en la fotografía, proviene de la primera edición.

²⁷² Las siguientes son las referencias completas de las publicaciones: *Indians of Southern Mexico: an Ethnographic Album*, edición de autor, Chicago, Lakeside Press, 1899 e *In Indian Mexico, a Narrative of Travel and Labor*, Chicago, Forbes & Company, 1908. Con respecto a este último nosotros hemos consultado la edición, y traducción, en español la que de hecho será la que citemos, excepto cuando hagamos referencia a las fotografías insertas en la edición en inglés. Véase Frederick Starr, *En el México*

Cuando se realiza la revisión del álbum *Indian of Southern Mexico*, hermosamente impreso para la época, éste poco deja ver de la violencia y humillaciones por las que pasaron los habitantes de las etnias registradas ahí. Mientras que el propio Starr le informa a sus lectores: entre enero y marzo de 1898 fueron documentadas las etnias del Estado de México, Michoacán, Tlaxcala y Puebla; y durante los mismos meses de 1899 se hizo un registro principalmente en el estado de Oaxaca, todos las cuales aparecen en la publicación. Los grupos (“tribus”, en palabras de Starr) visitados fueron los de los otomíes, tarascos, aztecas, tlaxcaltecas, mixtecos, triques, zapotecas, mixes, huaves y chontales.

Se hicieron tres clases de trabajos -dice Starr- mediciones, fotografía y modelado. En cada tribu fueron medidos cien hombres y veinticinco mujeres; de cada uno fueron hechas catorce medidas. En cada tribu fueron tomadas de cincuenta a sesenta fotografías. Éstas fueron de cuatro tipos: retratos con tomas de las personas de frente y lado (negativos de 5 x 7 pulgadas); grupos de cuerpo entero mostrando su vestimenta (negativos de 5 x 8 pulgadas); vida cotidiana e industria (en negativos de 5 x 8 pulgadas) y vistas (8 x 10 pulgadas). Se hicieron cerca de 750 negativos. Varios bustos en yeso fueron tomados de sujetos vivos en cada tribu. Esta serie de bustos incluyeron cincuenta especímenes, cuatro de cada tribu.²⁷³

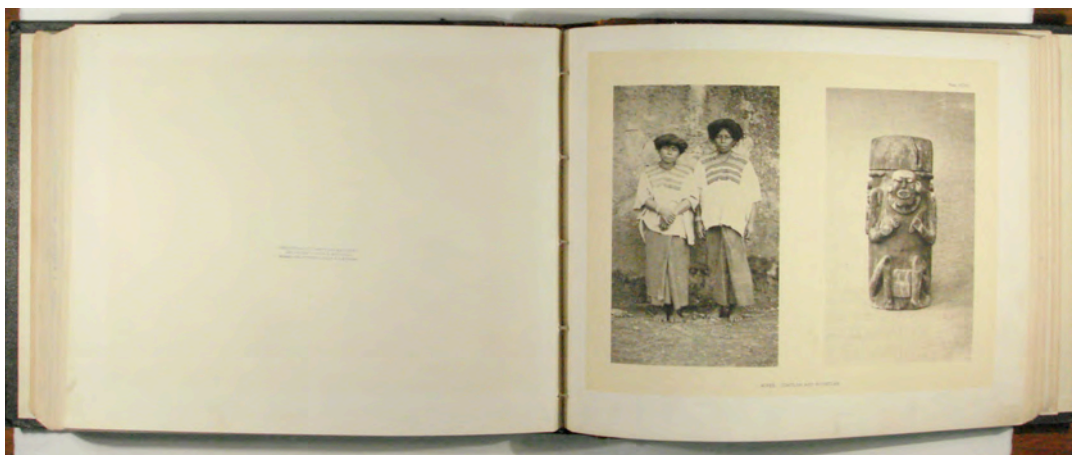
Starr narra que para obtener esto ha tenido a lo largo de sus visitas demasiadas dificultades. Pero para sortearlas se valió del gobernador de cada estado y los jefes políticos de los distritos visitados. Además del arzobispo, de los obispos y de los curas, “quienes fueron de gran ayuda de muchas formas”. Unos personajes sin los cuales el trabajo de Starr en muchos momentos no se hubiera logrado. Sus fotografías fueron

indio, México, Gloria Benuzillo Revah (trad.), Beatriz Scharrer Tamm (pról.), Conaculta-Dirección General de Publicaciones, (Mirada viajera), 1995.

²⁷³ *Indians of Southern Mexico*, op. cit., p. 7. El hecho de que se fotografiaran a más hombres que mujeres se debía a que los rasgos de los hombres eran más marcados, según Starr, mientras que “las mujeres, debido a su terquedad, estupidez o miedo, eran mucho más difícil de ser medidas”, en Frederick Starr, *The Physical Characters of the Indian of Southern México*, p. 67, citado en Beatriz Scharrer Tamm, (pról.), *En el México indio*, op. cit., p. 15.

Bedros Tatarian, en el viaje de 1897-98, y Charles B. Lang, en el de 1899, y con quien realizó tres viajes.²⁷⁴

En el prefacio a *En el México indio*, Starr sólo reconocía como antecedentes de su trabajo la obra *El México desconocido* de Lumholtz. Y, cómo éste, con el sentido de descubrimiento que los dos asumieron, dejó ver que sus investigaciones en el sur del país también eran un tema inédito: “El único distrito en el que su trabajo y el mío coinciden es la zona tarasca. Entonces, de hecho, escribo sobre un tema casi desconocido y virgen. Lumholtz estudió la vida y las costumbres indígenas; mi análisis versa sobre el tipo físico de los indios del sur de México. Hrdlicka estudió las características físicas de las tribus de la zona cubierta por Lumholtz. Su análisis y el mío son prácticamente las únicas investigaciones en este campo”. Además ahí mismo señalaba que su libro “sólo pretende ser un relato de viaje y de trabajo. Es una obra para el público en general”, dado que los resultados científicos de sus expediciones habían sido publicadas en otros lados.²⁷⁵ Sin embargo difícilmente podía separarse este largo relato de viaje, lo ahí narrado, de sus afanes científicos y de lo que ocultaban las propias fotografías.



²⁷⁴ En *In Indian Mexico* hace referencia a un tercer fotógrafo, Louis Grabic, quien lo acompañó en dos viajes, en 1900 y 1901.

²⁷⁵ *En el México indio*, *op. cit.*, pp. 27-31.

Casi la totalidad de las imágenes aparecidas en *Indians of Southern Mexico* no muestran cómo se habían logrado. En varios casos se fotografió a las etnias dentro de las mismas comunidades. Por eso la arquitectura de los pueblos aparecía como contexto: patios interiores, muros de adobe o de palo, exteriores de edificios con grandes columnas de mampostería o de troncos de árbol, puertas y ventanas de madera, techos de teja o paja y patios de tierra. Desde esas atmósferas familiares pareciera que los retratados se encontraban cómodamente en su elemento. Posando en su hábitat cotidiano, porque también se encuentran sentados (algo rígidos) en sillas.

Los indígenas aparecían en grupos de dos o más personas y, ocasionalmente, un niño que mira la escena. A veces, siguiendo una vieja tradición de descontextualizar al retratado se le colocaba un fondo (de petate o de una tela lisa extendida, aunque ciertamente los muros de adobe carcomido a veces funcionaban como tal); o se les colocaba de perfil, incluso en grupos de cuatro. Algunas sombras indican que el registro ciertamente se daba de media mañana a media tarde, y de frente al sol, lo que permitía ver de lleno la vestimenta y el rostro al caerles la luz a las personas. Con todo hay una cierta actitud apacible, por lo menos en las fotografías que seleccionó el propio Starr para su álbum. Pero estos documentos poseen mucho de engañosos. Porque, siguiendo a Kossoy, “la comunicación no-verbal ilusiona y confunde...Hay que recuperar pacientemente particularidades de aquél momento histórico retratado, pues una imagen histórica no se basta a sí misma... (sólo así) se estará en condiciones de recuperar las microhistorias implícitas en los contenidos de las imágenes, para revivir el asunto registrado en el plano del imaginario”.²⁷⁶ En otras palabras, no siempre lo que se ve en la imagen explica todos sus significados. Detrás de cada fotografía hay una historia que

²⁷⁶ Boris Kossoy, *Fotografía e historia*, Buenos Aires, La Marca, (Biblioteca de la mirada), 2001, pp. 90-91.

no siempre se ve en ella. Detrás de lo aparente (lo cotidiano, lo apacible) de las fotografías de Lang y Tatarian, dirigidos por Starr, hay en realidad una historia terrible de sometimientos.

En su viaje de 1896, que hace a caballo de Oaxaca a Guatemala, Starr, se encuentra por primera vez con un grupo de mixes, una “comunidad alteña tan poco conocida”. Este encuentro, fascinante y desconcertante para el viajero, se da en Mitla y se va a volver el motivo de sus futuros viajes por la zona. El enfrentamiento con el Otro, desde el sentido de superioridad, está en puerta.

Se habían detenido para pernoctar y habían apilado sus mercancías contra la pared. Envueltos en sus andrajosas y sucias cobijas, se acostaron sobre el piso de piedra, tan juntos el uno del otro que me hicieron pensar en sardinas enlatadas. Con un ocote encendido llevamos a cabo nuestra inspección. Sus amplios rostros morenos, de nariz ancha, labios gruesos y quijadas salientes, su ropa burda, su suciedad, su forma de hablar áspera y gutural me impresionaron tan profundamente que tomé la decisión de penetrar en sus pueblos para verlos en su hábitat lo antes posible.²⁷⁷

Ni la sugerencia de sus acompañantes de que en Guatemala había otros “indígenas atractivos” lo hace desistir porque muy pronto llegará a México. Starr adentra al lector primero en el espacio físico, inicialmente el de Oaxaca. En sus descripciones del abrupto como bello paisaje, deja entrever un sentimiento de conquistas de territorios inhóspitos, una manera de adentrarse a un universo inexplorado en donde él (como en las narraciones de Charnay o Lumholtz) es el primer anglosajón en pisar esas tierras. Pero a partir de la monumentalidad selvática, que cuidadosamente detalla, desprende otro hecho en su imaginación: “Pensábamos que encontraríamos a nuestros mixes bárbaros viviendo en chozas miserables entre las rocas, vestidos con sus trajes muy ligeros, llevando una vida medio salvaje”. Sin embargo en Ayutla “las casas eran de

²⁷⁷ *En el México indio, op. cit.*, p. 45.

madera, de construcción sólida...tanto los hombres como las mujeres –estas últimas vestidas a la europea- se mantenían ocupados en sus pequeñas granjas. Cada claro del bosque nos hablaba de diligencia, frugalidad y moderada comodidad”.²⁷⁸

Y es ahí, en cada pueblo, en donde es ayudado por los curas y los jefes políticos, a quienes reprende las más de las veces por su desinterés (y es cuando amenaza con acusarlos a sus superiores) o por su alcoholismo; o bien se vale de otros recursos: “necesitábamos persuadir, discutir y sobornar para conseguir sujetos. A cada individuo le dábamos una suma insignificante, algunos centavos. Era ésta una política equivocada y dejamos de practicarla en las siguientes poblaciones”. En sus narraciones el antropólogo entrelaza sus viajes. De la región mixe regresa al Estado de México, a Huixquilucan, en donde consigue fotografiar principalmente a mujeres: “eran criaturas pequeñas, apenas más grandes que nuestra niñas [estadounidenses] bien desarrolladas de once o doce años...Si tuviéramos que juzgar a la población por la mujeres solamente, podríamos decir que los otomíes son verdaderos pigmeos”. Indolente, igualmente le molesta la maternidad de estas mujeres, porque “muchas de las mujeres que medimos y fotografiamos llevaban a sus bebés y fue un problema acomodar a los niños mientras examinábamos a las madres...los bebés lloraban sin cesar, distrayendo la atención de sus madres e interfiriendo seriamente en nuestro trabajo”.²⁷⁹

²⁷⁸ *Ibidem.*, p. 53.

²⁷⁹ *Ibidem.*, pp. 80-81.



En Tlaxcala, en donde no consigue fotografiar mujeres de los pueblos cercanos, las autoridades se manifiestan algo indiferentes; éstas y algunas personas que se negaban a ser fotografiadas, según Starr, “no mostraban ningún interés por el progreso de la ciencia”. Y como siempre, cuando la autoridad civil no le apoya, recurre a un cura, el cual le ofrece una carta para el juez del pueblo de San Esteban en ese mismo estado. Un juez que al llegar le advierte que la carta en su poder no proviene de ninguna orden de gobierno por lo que, si las mujeres se negaban, “no se podía emplear la fuerza”.

Continúa Starr:

Cuando sacamos la cámara, notamos que su interés aumentaba, manifestó su deseo de tener una fotografía de un grupo familiar. Lo llevé a un lado y le hice saber que era imposible que fotografiáramos a todas las familias, pero que si podía ayudarnos a conseguir a las veinticinco mujeres sin demora, aunque el único documento que tuviéramos fuera esta carta del cura, tomaríamos la fotografía del grupo familiar de su elección. Mi proposición surtió efecto inmediato. Llamó a los policías y los envió por las mujeres de la aldea para

que las pudiéramos medir, por supuesto sin hacer mención de su derecho a rehusarse.²⁸⁰

Starr no siempre encontró rechazo. En algún momento, que no se da sino en unas dos ocasiones, encuentra incluso cooperación para la realización de una toma fotográfica.

Eso se da en San Nicolás Panotla, Tlaxcala:

Fotografiamos lo que quisimos, entramos en las casas, examinamos lo que nos pareció más interesante, y en realidad pudimos advertir que sí había entusiasmo por nuestro trabajo entre la gente del pueblo... Cerca de la iglesia, cuando visitamos la escuela de los niños, vimos a unos cuarenta jóvenes, morenos y de ojos negros, cuya lengua materna era el náhuatl. Les dijimos que nos gustaría fotografiarlos; se agruparon fuera del colegio, no sin antes colocar sobre el muro, como fondo, un par de banderas nacionales y el retrato del gobernador, Próspero Cahuantzi.²⁸¹

Este pasaje es extraordinario, dentro del trabajo de Starr con las etnias visitadas, porque los retratados intervienen, en parte, en la hechura de la imagen. Ellos han decidido aparecer con una iconografía cívica, o bien política. En otra ocasión un cura le solicita recrear la bienvenida que le ofreció el pueblo (montado el párroco a caballo con el grupo de indígenas), a lo cual accede el antropólogo. Pero no vuelve a darse con Starr porque él siempre será quien determine quién aparece en la imagen y cómo.

Starr de continuo utiliza la fuerza pública. Pero en un pasaje él mismo narra cómo en el pueblo de Huancito, cerca de Zamora, Michoacán, en donde “la población allí era primitiva y puramente india”, secuestra a un joven “tarasco puro”. Lo toma del brazo, le explica su método para sacar moldes de yeso y “antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, ya estábamos listos para comenzar”. El antropólogo somete al joven, pero en algún momento una mujer llega a su rescate gritando: “¡No te quedes con estos

²⁸⁰ *Ibid*, pp, 106-107.

²⁸¹ *Ibid*, p. 110.

hombres crueles; escápate conmigo!'. Lo tomó de la mano, le sacudió el yeso de los hombros y se encaminaron hacia la puerta, pero cuando vieron que yo me encontraba en el pórtico, echaron un vistazo por el cuarto, y saltando por la ventana abierta huyeron despavoridos hacia su casa".²⁸² Un hecho así nunca impidió a Starr la realización de sus moldes de yeso y de sus fotografías. Porque, cuando alguien se le escapaba, nuevamente recurría a la policía para volver a someterlo. Precisamente lo que sucedió con este indígena tarasco y con otras persona más de Huancito. A su regreso a Chilchota, en donde pernoctaba, y sin conseguir cargadores, él y su equipo se van sin ayuda: "cada uno de nosotros cargó sobre sus hombros uno de los bustos y cabalgamos con nuestro trofeos". Frase que define una vez más al antropólogo.

Cuando Starr no cuenta con "sujetos", en sus palabras, para ser fotografiados o modelados, lo mismo se vale de la misma policía que de prisioneros. En Mitla recurre a éstos:

Después de medir a unos cuantos oficiales, les propusimos que trajeran a los presos...Había dieciocho, y ya con ellos pudimos comenzar nuestro trabajo. Entre los prisioneros encontramos a nuestro primer sujeto para el modelaje. Les untamos aceite y comenzamos a tomar los moldes. Ya habíamos terminado con la parte de la espalda y, mientras se endurecía la segunda pieza que cubría la parte inferior de la cara y la superior del pecho, le comenzamos a aplicar el yeso en la parte superior de la cara.²⁸³

En la misma Mitla llega incluso a realizar una recurrente imagen entre los fotógrafos viajeros, que arrancó precisamente ahí mismo con Charnay en una imagen de la Sala de las Columnas y seguiría mucho después con otros: unir el pasado prehispánico, registrar las ruinas, pero insertando a un indígena –heredero de ese pasado- dentro de la

²⁸² *Ibid*, pp. 116-117.

²⁸³ *Ibid*, p. 153.

arquitectura. En su álbum *Indian of Southern Mexico* también lo hace en imágenes paralelas: colocando un monolito al lado de una fotografía de mujeres indígenas retratadas. Starr escribe:

Era tal la cantidad de trabajo y tantas las dificultades para llevarlo a cabo que casi no pudimos gozar de las ruinas. Sin embargo, hicimos los arreglos necesarios para fotografiar a las autoridades del pueblo frente a los muros de uno de los patios de estos magníficos edificios, con sus espléndidas decoraciones geométricas, que lucen como testimonio de buen gusto y habilidad. Este grupo abigarrado de oficiales medio borrachos, vestidos miserablemente, envilecidos y pobres, en este escenario de magnificencia pasada, nos hizo pensar en el contraste entre el gobierno de la antigua Mitla y el actual, entre la magnificencia de los tiempos pasados y la miseria moderna.²⁸⁴

En su viaje a la Mixteca alta, a principios de 1898, Starr narra de manera extensa un episodio que lo pinta de cuerpo entero en sus métodos antropológicos, que evidentemente poseen mucho de racismo. Viaja de Tlaxiaco al pueblo de Chichahuastla en búsqueda del los triquis, “muy poco conocidos”, dice. Sus referencia son Orozco y Berra a quien cita, pero corrigiéndolo: “Los pueblos que él menciona como triquis en realidad son de chontales”. Y agrega: “Los triquis son de estatura baja, de color moreno oscuro, ojos negros aguileños y nariz ancha. Están entre los indios más conservadores, suspicaces y supersticiosos de todo México. La mayoría usa su ropa típica, todos hablan triqui y no conocen el español. Como pueblo han sido lamentablemente degradados, ya que son excepcionalmente adictos a la bebida”.²⁸⁵ Ante tales afirmaciones no extraña la referencia que Deniker hiciera de Starr. De esa manera los prejuicios se extendían en los libros científicos. Mientras que Starr, pasando penurias, alimentaba el cómodo imaginario de sus colegas con su labor que también se quería científica. El antropólogo de manera detallada y extensa escribe:

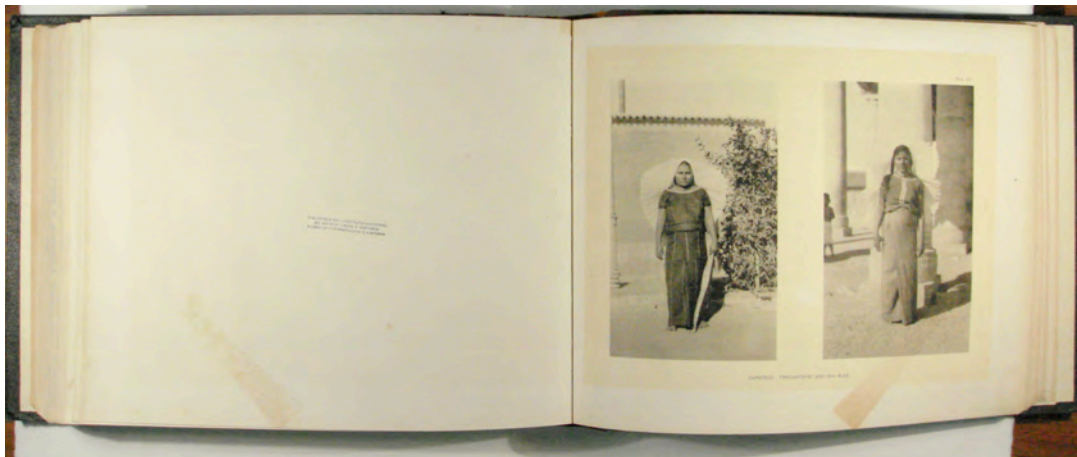
²⁸⁴ *Ibid*, p. 155.

²⁸⁵ *Ibid*, p. 141.

Ya hemos dicho que la gente de Chichauastla es conservadora y supersticiosa. Nuestras operaciones de mediciones, fotografías y moldeo de yeso provocó alarma y temor entre los habitantes. Si ya era difícil conseguir sujetos masculinos, con las mujeres fue peor aún. Al principio fracasamos en nuestros intentos de procurarnos sujetos femeninos, pero después de que en repetidas ocasiones advertimos a las autoridades del pueblo de nuestra necesidad de la presencia de veinticinco mujeres y ante la furia y amenazas de don Guillermo [...], el gobierno de la aldea comenzó a idear la forma de poder cumplir con nuestro deseo. Cerca de la casa de don Guillermo estaba situada la plaza de la pequeña aldea, donde las mujeres se reunían para comerciar con tortillas y otros artículos. En la plaza se encontraban con los vendedores ambulantes provenientes de Tlaxiaco, Cuquila (sic) y la costa, con los que negociaban e intercambiaban productos. Los oficiales del pueblo esperaban con nosotros hasta que una o dos mujeres llegaran a la plaza; entonces se separaban tomando direcciones opuestas. En cuestión de minutos, desde donde nos encontrábamos, cualquier observador hubiera podido advertir el círculo de hombres rodeando la plaza. Por lo general cuando las mujeres se daban cuenta de lo que sucedía, gritaban aterrorizadas y se echaban a correr por los senderos de las montañas, mientras los del gobierno del pueblo, dieciséis hombres fuertes, las perseguían dando de gritos y alaridos. Era como cuando los sabuesos salen a cazar venados. A menudo, las mujeres, fortalecidas por el terror, se escapaban; pero una de cada tres veces, los oficiales regresaban triunfantes con su presa, y de inmediato procedíamos a tomarle medidas y, en ocasiones, fotografías. Con el tiempo, estas cacerías nos proporcionaron a las veinticinco víctimas requeridas.²⁸⁶

Las imágenes aparecidas en *Indian of Southern Mexico* no dejan ver esta violencia. Ahí aparecen unas adustas triquis, mirando simplemente de frente. Los retratos ocultan la manera en que fueron logrados. La superficie fotográfica se ha vuelto, una vez más, engañosa. El lector-espectador norteamericano (o europeo), de 1899, podía examinar esa lámina desde su biblioteca y echar a andar su imaginario sobre ese pueblo ajeno a él. Sin imaginar la otra parte: el cómo fueron obtenidas por la necesidad del científico.

²⁸⁶ *Ibid*, p. 143.



Al año siguiente de este hecho, no extraña lo que Starr hizo en Tehuantepec, después de una larga discusión con las autoridades de las que siempre se valía: “Fuimos hasta palacio, y al poco tiempo llegaron los cuatro policías con una mujer del mercado. De mala gana se sometió a las mediciones y, cuando terminamos, los cuatro policías volvieron al mercado y aparecieron con un segundo sujeto. De esta manera seguimos trabajando, con cuatro policías para cada mujer, hasta que terminamos de medir a la última”.²⁸⁷ Estas mujeres de Tehuantepec, con sus vestidos y sus tocados tradicionales, con los brazos a sus costados, miran de frente al fotógrafo. No hay miedo en su pose, acaso sólo un rostro serio. El sol ilumina todo el espacio, el cual es, precisamente, el patio del palacio del jefe político. Nada vuelve a indicar que esas mujeres fueron llevadas hasta ahí por las autoridades. Todo lo esconde la mirada occidental dominante del antropólogo. Es aquí, entonces, cuando puede ser aplicado el concepto elaborado por Quentin Bajac al advertir que la cámara se volvió una depredadora de culturas en el siglo XIX.²⁸⁸ Sobre todo al ser utilizada por antropólogos, arqueólogos y fotógrafos viajeros que la utilizaron como una herramienta-arma para registrar al Otro. En un siglo

²⁸⁷ *Ibid*, p. 167.

²⁸⁸ Quentin Bajac, “Ce que l’art désire du réel”, en *D’ un regard l’ Autre. Photographes XIXe siècle*, Paris, Musée du quai Branly-Actes Sud, 2007, p. 145.

en donde precisamente ese trasfondo, de tan natural, nunca se vio. La fotografía en este sentido nunca fue transparente al mostrar esas sociedades inmóviles y fijadas en el tiempo.²⁸⁹



Charles B. Lang, *Zapotecas*, 1897-1898.

²⁸⁹ Christine Barthe, “Des photographies dites ‘ethnographiques’”, en *ibidem*, p. 166.



Charles B. Lang, *Mixes*, 1897-1898



Frederick Starr, *In Indian Mexico. A Narrative of Travel and Labor*, 1908.

of San Lucas to clean them. It was only lately that they confederated to carry mud to Tuxtlan to mill. In the town-house they cherish two much-prized possessions, the *ahual* and *mayas* of the town. The former is the great music by the Spanish government to this village, in the year 1763. It is an excellently preserved document in parchment and the old writing is but little faded. As for the *mayas*, it is a strip of native, coarse cotton cloth, seven feet by three feet nine inches in size, with a landscape map of the surrounding country painted upon it in red, yellow, black and brown. It is a quaint piece of painting, with mountain valleys, streams, caves, trees, houses, churches, and villages represented on it with fair exactness. It was probably painted at the same time that the *ahual* was given to the village.

The morning after our arrival, we witnessed a quadruple Indian wedding in the church at seven. The brides were magnificent in the brilliant *huipiles*, and the godmothers were almost as much so, with their fine embroidery. The ceremony was much like that at Colatlahuaca, already described. The bride put a silver ring upon the groom's finger, and he did the same by her; the priest put money into the man's hands, he transferred this to the woman, and she to the priest; single chains were hung about the neck of each of the party, both men and women; the covering sheet or scarf was stretched over all four couples at once, covering the heads of the woman and the shoulders of the men.

Near the town-house, along the main street, is a series of shops or shacks used as shops, altogether numerically disproportionate to the population. Great was our surprise to find that one of these was kept by a Frenchman, who speaks excellent English, and who is married to an English lady. They were the only white people living in this great Indian



Mexico. Carriers from San Lucas.



Mexico. Carriers from San Lucas.

334 IN INDIAN MEXICO

a population of 2000. Until lately the town was famous of itself from outside, and little inclined to hospitably towards travelers. It has now, however, become more friendly. We were received most heartily; the large and enthusiastic town government, after hearing our errand, expressed their willingness to aid us in every way. They at once cleared a fine large room in the town-house for our occupancy, prepared four beds of boards covered with *petates*, and brought from the priest's house, hard by, blankets, sheets, and pillows for my own use. Arrangements were also made for our outfit with the priest, Padre Minnaro, with whom we lived in truly regal fashion. In the days we stayed at Huastula, there were no delays in our work and everything went in orderly fashion. It is true, our subjects for beads were an awkward and trying lot. The first subject broke the hard-piece of the mould to fragments, and, when the plaster was being applied to his face, he opened his mouth and talked, opened his eyes, and drew out his nose-tubes, with the result that eyes, nose and mouth were all filled with the soft mixture, and it was all that we could do to clean him without damage. As for trying to take his last sign, that was quite out of the question. The second subject was all right, until the last application had been made, when he turned in the partly hardened mould with truly disastrous results. The third one acted so awkwardly, that a piece of mould, which should have come off singly, was taken off in ten fragments.

The dress of the Mexican woman is elaborate and striking, both *mayas* and *huipiles* being made from the cotton woven by themselves. At the base of the *mayas* is a broad and heavy band of wool, embroidered in geometrical patterns, the color being cochineal. Above these bands, there are embroidery in the same colored wool, animal and human figures, and geometrical designs. The



Mexico. Women. Huastula.



Mexico. Women. Huastula.

Capítulo IV. Una realidad se revela.

Los precedentes: testimonios y constatación de la mirada viajera que preludian el cambio

Sin que para entonces motivara nada, hay un breve pasaje en el libro *Mexico. The Wonderland of the South* del viajero estadounidense W. E. Carson que pocos detectarán. En su paso por Chihuahua y Sonora, narra la lucha que el gobierno llevaba a cabo contra los yaquis. Su salvajismo es, para entonces, parte de una leyenda que se extiende por todo el noroeste mexicano, incluso esas noticias llegan hasta la prensa que se lee en el centro del país. Y de cómo ellos, siempre insumisos, siembran el terror en algunas regiones de Sonora, asolando y matando a familias de las rancherías lejanas. Incluso alcanzan hasta las cercanías de Hermosillo, en donde llegan a merodear. Su fortaleza es también parte de su leyenda, construida con el miedo de los habitantes de las rancherías de los desiertos sonorenses. De un lado estaba su bravura incivilizada, de la que nadie dudaba, y que todos temían; del otro estaba su exterminio que a nadie le importaba. No había para qué, si eran de las pocas etnias que no acataban reglas muy bien podía el gobierno seguir enfrentándolos y desapareciéndolos. Finalmente ellos estaban lejos, en Sonora, y cruzaban el país, discretamente, como presos, hasta el otro extremo, Yucatán. Carson, fugazmente, escribe:

Poca atención se da generalmente a los merodeadores yaquis cuando son atrapados *in fraganti* por los soldados mexicanos. Sin el indicio de un juicio, una docena o más a veces son puestos en línea y fusilados; a veces son colgados de los árboles, y sus cuerpos los dejan colgando al borde de la carretera como una advertencia a sus compañeros sobrevivientes. También se llevan a cabo las deportaciones de un gran número de yaquis inofensivos a los

pantanos de Yucatán, y el gobierno mexicano continua desatando una cruel guerra de exterminio.²⁹⁰

Sólo eso. No hay nada más. Las palabras que Carson inserta –“deportaciones”, “Yucatán”, “guerra de exterminio”-adquirirán una notable resonancia a partir de estos años. Pero este párrafo, en un libro de 1909, no fue detectado por el control informativo que Díaz tenía con todo lo relacionado con México y su política interior. Sobre todo en el mundo angloparlante que eran los Estados Unidos y Europa. Esta circunstancia, el periodista John Kenneth Turner la expondrá en un capítulo (“El contubernio de Díaz con la prensa norteamericana”) de su libro *México bárbaro*. Y se apoya en un texto editorial de *The American Magazine*, cuando comenzaron a publicarse sus artículos en septiembre de ese mismo año. Así, Turner retoma la editorial de la revista:

Díaz controla todas las fuentes de noticias y los medios de transmitir las. Los periódicos se suprimen o se subsidian a capricho del gobierno. Sabemos de algunos de los subsidios que se pagan en México aun a los importantes periódicos que se imprimen en inglés. Las verdaderas noticias de México no pasan la frontera. Los libros que describen con verdad el actual estado de cosas son suprimidos o comprobados, aun cuando se publiquen en los Estados Unidos. Se ha creado el gran mito México-Díaz, mediante una influencia hábilmente aplicada sobre el periodismo. Es el más asombroso caso de supresión de la verdad y de divulgación de la mentira que aporta la historia reciente.²⁹¹

Como veremos, después de iniciarse la publicación de los artículos de Kenneth Turner, *The American Magazine* sufrirá la misma circunstancia que critica: la censura por parte de la prensa monopólica estadounidense. Por otro lado, Kenneth Turner sabía que él no había sido el primero en dar a conocer las condiciones de esclavismo en México. Hubo

²⁹⁰ W. E. Carson, *Mexico. The Wonderland of the South*, Nueva York-Boston, The MacMillan Company-Bay View Reading Club, 1909. En la página editorial se señala una posterior reimpresión, en abril de 1910, otra edición en junio de 1912, en julio y octubre de 1913 y otra más en junio de 1914. Edición ésta que fue la que consultamos. Hay que dejar claro que más allá de su éxito es necesario señalar esto ya que tales afirmaciones provienen muy probablemente desde la edición de 1909, cuando el régimen de Díaz mantenía un férreo control de la información, como más adelante John Kenneth Turner lo confirmará.

²⁹¹ John Kenneth Turner, *México bárbaro*, México, Cordemex-Costa Amic, 1965, p. 214.

algunos otros testimonio, aunque sin la extensa difusión que sus artículos tuvieron en *The American Magazine*: “Puede verse que mi exposición de la esclavitud mexicana no fue la primera que circuló con letras de molde; tan sólo fue la primera que circuló con amplitud y ha sido mucho más detallada que cualquiera anterior”.²⁹² De sus predecesores testimoniales por tierras mexicanas menciona a dos viajeros ingleses: Channing Arnold y Frederick J. Tabor Frost, quienes realizaron un extenso trabajo en la península de Yucatán. Y como un caso de censura más -como otros, que se dieron para no exhibir lo que sucedía en México (hace también referencia al libro de Rafael de Zayas Enríquez, *Porfirio Díaz*, 1908; y al de Carlo de Fornaro, *Díaz. Czar of Mexico*, 1909)—, escribe su experiencia para conseguir el libro de estos autores ingleses, que fue impreso en Inglaterra y editado en Nueva York en 1909:

Otro sucedido, acaso más notable, fue la supresión de *Yucatán, el Egipto americano*, escrito por Tabor y Frost, ingleses. Después de haber sido impreso en Inglaterra, este libro se puso a la venta en los Estados Unidos por Doubleday, Page & Co., una de las casas editoriales más grandes y respetables. La edición se hizo a todo costo; de acuerdo con el curso normal del negocio editorial, habría sido posible adquirir ese libro años después de haber sido impreso; pero dentro de los seis meses siguientes, al contestar a un probable comprador, los editores aseguraron que el libro *se ha agotado y no hay absolutamente ningún ejemplar disponible*. La carta obra en mi poder. El libro se refería casi por entero a las viejas ruinas de Yucatán. Pero en unas 20 páginas exponía la esclavitud en las haciendas henequeneras; por esto tenía que desaparecer. Es de imaginar la clase de argumento que se empleó con nuestros estimados y respetables editores para inducirlos a que lo retirasen de la circulación.²⁹³

Todo indica que Kenneth Turner, en su momento, no pudo conseguir el libro. Se equivoca en el nombre de los autores —acaso por no tenerlos a mano—, dado que Tabor Frost es sólo uno de los dos autores. Además de que el título correcto fue *The American*

²⁹² *Ibidem*, p. 203.

²⁹³ *Ibid.*, p. 221. Los subrayados son del autor.

Egypt. A Record of Travel in Yucatan. Pero tiene razón en algunas cosas: es un gran volumen de casi 400 páginas, de pasta dura y elegante entelado en verde, con un papel aterciopelado al tacto, excelente tipografía, y una caja tipográfica de generosos espacios en blanco. Una moderna obra editorial. Además con fotografías producidas por los autores que se incluyen, desde el frontispicio, a lo largo del volumen. También se publican dibujos, mapas y grabados, de estelas y edificios mayas. Y efectivamente contiene un capítulo, titulado “Slavery on the Haciendas”, al que hace referencia Kenneth Turner.²⁹⁴

Es claro que los viajeros no pudieron sustraerse a lo que vieron en la región. Ellos viajaban con otro interés: dar a conocer a la sociedad inglesa la cultura maya. De los sitios prehispánicos sus fotografías son algo escuetas: se alejan demasiado de los edificios, incluyen poco a personas. De hecho, señalan en su prefacio que es su “privilegio producir el primer libro sobre Yucatán nunca escrito por ingleses”. No pudieron olvidar, desde luego, a A. P. Maudslay al que tienen que mencionar (y de quien señalan puso más atención en Guatemala), pero los testimonios de éste los sienten muy lejanos, como también los de Charnay o Maler (todo indica que con él entraron en contacto, además de adquirirle algunas fotografías que incluyen en su libro), John L. Stephens (“padre de la arqueología maya”), junto a otros como E. H. Thompson, K. Sapper o “el eminente profesor Forstemann”. Ellos se asumen como los primeros en dar a conocer en Europa la cultura maya. Aunque, es evidente, con su muy personal punto de vista.

Los autores ponen atención a la cultura maya sin mucha seriedad (señalan que los arquitectos de los monumentales edificios de Yucatán debieron de provenir, a partir de una larga emigración, de Java, Malasia, Ceilán o la India), y a ello le dedican todo un

²⁹⁴ Channing Arnold y Frederick J. Tabor Frost, *The American Egypt. A Record of Travel in Yucatan*, Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1909.

capítulo (“Who Were America’s First Architects”), como otros innumerables comentarios a ese respecto. Pero, sin duda, es su capítulo sobre el esclavismo en las haciendas que adquiere, para su tiempo, una singular relevancia. Pero además, antes de entrar en ello, estos viajeros ingleses dan cuenta de una noticia aparecida en un diario – no especificado— de los Estados Unidos. Todo así lo indica que se trata de una reseña del libro de Rafael de Zayas Enríquez en donde éste dio cuenta del proceso de exterminio de los yaquis en Sonora y sus deportaciones a Yucatán, a partir de la propia Guerra del Yaqui y sus secuelas.²⁹⁵ Por ello, Arnold y Tabor Frost, advierten que insertan una gran parte de la noticia como una manera de sostener su posterior historia que contarán a continuación en el capítulo que les valdrá la censura de su libro. “Como corroboración para completar la historia de horrores que nosotros hemos relacionado, creemos que vale la pena citar el recuento largo y admirable de esa campaña infame [contra los yaquis], un problema reciente aparecido en un periódico de Estados Unidos”. Así ellos se extenderán en el capítulo respectivo. Además no únicamente hablarán de los yaquis desterrados sino de los propios indígenas de Yucatán trabajando en las haciendas (insertan una nueva circunstancia: la de los indígenas independientes de Yucatán y aquellos sujetos al trabajo de las plantaciones henequeneras). Todo ello adicionado con cuatro fotografías que ya abordaremos.

Ponen atención en las formas de la agricultura en las haciendas. Y como a lo largo de su libro se dará, hacen comparaciones con el trabajo en el campo inglés. Al ver cómo los indígenas yucatecos preparan las parcelas para la siembra, los autores, no conciben tan abrupto desorden de los terrenos, dado que el método

²⁹⁵ Para un recuento extenso de la Guerra del Yaqui, desde el punto de vista oficial, véase el notable libro de Fortunato Hernández, *Las razas indígenas de Sonora y la Guerra del Yaqui*, México, Talleres de la Casa Editorial J. Elizalde, 1902. Libro notable por su trabajo editorial y por la inclusión de manera extensa de fotografías, por sus tricromías, y el cual, por otro lado, es un trabajo nacional pionero de la etnología en Sonora, al lado del de Carl Lumholtz en el noroeste mexicano.

que aún usan los indios, que en la actualidad son independientes, es quemar el bosque, al final de la temporada seca, en mayo, así como esté, cortando los troncos grandes que se hayan librado del fuego, a un metro, más o menos, de la base, dejándolos donde cayeron. En estas condiciones los indios consideran que está lista su parcela. Verlas después de haberlas trabajado, comparadas con los campos ingleses, es de inmediato una rara y deprimente experiencia.²⁹⁶

Pero su principal objetivo –que es a la vez un gran testimonio-- es narrar cómo trabajan en las haciendas todos los indígenas. Poco a poco, inician su testimonio hacia las condiciones de vida indígena. Lo que comen y cómo lo comen: “frijoles negros, siempre frijoles”, o por momentos chachalacas que caen en las trampas de sus milpas, a veces cerdo. “Su menú es simplemente lo mismo, tan monótono, a lo largo del año como al final”. Y a esto agregan:

No hay ningún problema en esto. Es sólo la vida que su raza ha vivido siempre y que el maya común y corriente siempre desearía vivir. No habría problema si –y es un gran, gran si- el paciente trabajador fuera un hombre libre. Los yucatecos [criollos y mestizos] tienen un proverbio cruel: *los indios no oyen sino por las nalgas*. Los españoles mestizos han adoptado una raza que una vez fue bastante noble y los dobló en la rueda de una tiranía tan brutal que su corazón está muerto. La relación entre los dos pueblos es ostensiblemente la de un amo y un sirviente; Yucatán está corrompido con una injusta esclavitud -por el corruptor y negrero, por su hipocresía y presunción.²⁹⁷

Este es el panorama que los autores trazan entre indígenas mayas y mestizos. La relación de trabajo, si ésta acaso pudiera existir, es para los autores “abusiva y oscura”: “En Yucatán, cada peón indio está en deuda con su amo yucateco, ¿por qué?, ¿debido a que todo indio es un derrochador? Para nada; sino a que el interés del amo está en tenerlo y mantenerlo en deuda”. Así, agregan:

Esto se hace de dos maneras. El esclavo de la plantación debe comprar las cosas necesarias, para su humilde vida, en la tienda de la plantación, donde se

²⁹⁶ Channing Arnold y Frederick J. Tabor Frost, *op. cit.*, p. 323.

²⁹⁷ *Ibidem*, p. 324. El subrayado es de los autores.

tiene el cuidado de callar tales precios que están fuera del alcance de su humilde paga de seis centavos (ingleses) al día, de modo que siempre está en deuda con la hacienda; y si el indio es descubierto ocultando algún dinero que debe, los libros de la hacienda son alterados (cooked) –sí, deliberadamente cocinados-, y cuando él se presenta ante un magistrado a pagar su deuda, digamos de 20 dólares (2 libras), el hacendado puede presentarse enojado con una deuda de 50 dólares. El indio alega que nos los debe. Mientras el hacendado se ríe socarronamente. La palabra de un indio no puede prevalecer contra la de los libros del señor... y de nuevo regresa a su trabajo de esclavo, el miserable peón debe ir a ser azotado para enseñarle que la libertad no es para gente como él, y que cualquier lucha que haga nunca se escapará de su cruel amo, que ante la ley, que de hecho se aplica en Yucatán, su cuerpo está a disposición plena como cualquier cerdo que anda por el campo de la hacienda.²⁹⁸

Hablar de la “esclavitud” es para los millonarios yucatecos un tema muy sensible, de acuerdo a los autores. “Basta con mencionar ‘esclavitud’ –escriben— y comienzan a hacer la apología de las comodidades en que viven los indios, el cuidado con que los tratan y las relaciones paternales entre el hacendado y sus esclavos”. Los autores mismos agregan de manera irónica: “Muy paternal claro, como vamos a señalar enseguida [en tanto] ellos prestan sólo cuidado de los indios tan razonablemente como los hombres prudentes prestan cuidado a su ganado, y no más”.

Arnold y Tabor Frost dan cuenta de la visita de Díaz a Yucatán, y no dejan de mencionar “los feos rumores que habían llegado a la Ciudad de México, sobre la vida de esclavitud en Yucatán. La visita del presidente no dejó de estar conectada con esto”. Así, son testigos del discurso de Díaz, quien de paso critica a aquellos escritores que han divulgado malas noticias sobre la península. Citan un breve pasaje:

Aquí un visitante puede darse cuenta que la energía y perseverancia que aquí continúa, después de muchos años, es el resultado de todo lo que he visto.

²⁹⁸ *Ibid.*, pp. 324-325.

Algunos escritores que no conocen el país, que no lo han visto como yo lo he hecho, a sus trabajadores, han declarado que Yucatán es una desgracia por la esclavitud [¿Rafael de Zayas?]. Sus declaraciones son las peores calumnias, como lo prueban las mismas caras de los trabajadores, por su tranquila felicidad. El que es esclavo se ve necesariamente muy diferente de los trabajadores que he visto en Yucatán.²⁹⁹

Con ello, el presidente estaba cambiando el rumbo de todo testimonio negativo sobre la vida en las haciendas. Entre la multitud de políticos y hacendados se dan: “Los aplausos prolongados y un entusiasmo sin medida provocaron estas palabras”. El discurso finaliza con la aparición de un viejo indígena, quien le ofrece al presidente un discurso de bienvenida, en su propia lengua, “presentando un ramo de flores silvestres y un álbum fotográfico lleno de fotos con vistas de la hacienda”. Los autores ya no se toman la molestia de citar las palabras del trabajador, “que habían sido puesto en la boca del pobre viejo, por el amo. Es sólo una cadena de insignificantes elogios”. Describen el derroche, las decoraciones, los banquetes y las fiestas ofrecidas al gobernante. Las falsas apariencias que se llevaron a cabo para impresionar a Díaz: “decenas de miles de dólares fueron derrochados para guardar los secretos del hacendado”, escriben. Toda una gran puesta en escena, de la vida indígena en las haciendas, para la complacencia de Díaz.

En la visita del presidente se hicieron chozas falsas. Cada una de éstas habían sido, si no construidas realmente para la ocasión, sí provistas de muebles americanos de madera. Cada una de las matronas indias tuvo una máquina de coser. Cada muchacha había sido ataviada con adornos y en algunos casos, se dijo, fueron provistas de sombreros europeos. El pueblo modelo por el cual fue conducido el presidente fue el fraude del día. Tan pronto como el presidente se fue, las máquinas de coser fueron regresadas a las tiendas de Mérida, muebles,

²⁹⁹ *Ibid*, p. 327.

sombreros y todo lo demás, y los indios volvieron a la sencillez de su vida de falta de muebles, que probablemente era la que preferían.³⁰⁰

No podía ser de otra manera, de acuerdo a los autores. El anciano indígena que ofreció un discurso, ni todo el “comité de los indios sometidos al látigo”, hubieran dicho algo en contrario para seguir ocultando “la verdad al general Díaz”. “Sabían muy bien lo que les habían dicho que tenían que hacer -señalan-. No estamos exagerando cuando decimos que le habría costado la vida a cualquier indio haber intentado que el general Díaz supiera la verdad. Ningún indio podría haberse encontrado en todo el Yucatán civilizado para hacer el intento”. Y se extienden:

No es exagerado decir que la esclavitud de los indios de Yucatán nunca ha tenido, nunca puede tener, justificación. Concebida como una impía alianza entre la iglesia y la fuerza bruta, con los siglos ha aumentado en una degradación racial que tiene, como sus únicos objetivos, el aumento de los millones de propietarios de esclavos y la gratificación de sus deseos malsanos. La condición social actualmente de Yucatán se representa como infamante, una conspiración para explotar y prostituir a toda una raza como lo muestra la historia del mundo. Yucatán está gobernado por millonarios monopolistas cuyos intereses son idénticos, coludidos todos para negar justicia a los indios, quienes de ser necesario, son tratados de una manera que un inglés se sonrojaría al tratar así a su perro. “Los indios no oyen sino por las nalgas”. Sí, pero el maltrato de los pobres diablos, a menudo, no termina en los azotes: acaba en crimen.³⁰¹

Desde este marco de oscuridad social, varios casos estrujantes son narrados por estos escritores viajeros. Como el de un joven abogado de Mérida, Pérez Escofee, quien al conocer la muerte de un peón, azotado hasta morir, indignado busca hacer justicia. Junto a un agente, acude hasta la hacienda para obtener testimonios de los indígenas que presenciaron el hecho. Y los obtiene y publica en un diario de Mérida, exigiendo que el hacendado fuera investigado. Pero “el hacendado en cuestión, envió a su agente y

³⁰⁰ *Ibid*, p. 328.

³⁰¹ *Ibid*, p. 329.

obtuvo de los mismos indios la declaración en contrario”, lo que le valió la cárcel al propio abogado, a su agente y al editor del diario. “Desde hace tres años y poco más – escriben Arnoldo y Tabor Foros-, Escoge y su abogado han estado en la cárcel de Mérida sin juicio al momento de nuestra visita, si nuestra información es correcta. El familiar del hacendado no lo ha permitido hasta ahora, pues ha mostrado ser suficientemente poderoso para evitar el juicio”. De ese caso, sólo el editor fue liberado por la presión de sus amigos periodistas “que amenazaron con revelar el asunto si no era dejado en libertad”. Otro caso fue el de un chofer quien por no conducir lo suficientemente rápido recibió azotes, por parte de su amo, hasta la inconciencia en plenas calles de Mérida. No contento con ello, lo hizo encarcelar, “por algún cargo baladí”, por seis meses. Pero los testimonios públicos hicieron que se pudiera resarcir al agraviado. Otros hechos más contados por ellos mismos:

Otro caso repugnante fue el del azote hasta morir de una india de 11 años por su ama. La pobre jovencita era culpable de haber hecho algo de desobediencia sin importancia y quien la mató, quien tenía suficiente dinero, no tuvo dificultad en obtener una orden de entierro. La muerte se anunció como debida a una neumonía. La verdad nunca se hubiera sabido si no es por el chisme de la nieta de esta bestia humana, que por su niñez contó a algunos vecinos. Las amas yucatecas golpean a sus sirvientas indias sin misericordia por faltas menores, pero apenas sería creíble a los lectores ingleses que Yucatán está tan perdido, en cualquier sentido humanitario, que ellas también son culpables de las peores bajezas de crueldad con sus sirvientas. Oímos el caso en donde una yucateca, debido a que la muchacha india llegó un poco tarde a llevarle el desayuno de leche y pan, le arrojó a la cara la jarra de leche hirviendo y la golpeó en la cabeza con el palo, de un papel engomado, hasta que quedó inconsciente. Para tales hechos cobardes no hay castigo. En este caso la pobre muchacha le contó a una amiga que por varios días deseó matarla y que este sentimiento de venganza le preocupaba. Así que al final fue con el sacerdote para que la aconsejara. Su señoría le dijo que debería de ser dócil, que debería someterse en todo a su ama. Esto es realmente el peor rasgo de la conspiración

para degradar a los indios. La parte que juega la iglesia y los sacerdotes, que respalda a los hacendados en todo, es porque de ellos reciben su dinero.³⁰²

Sobre el hecho de que, con todo, el esclavo debe ser preservado para el trabajo, y para la conveniencia de los hacendados, los autores también ofrecen su comentario:

No sería del todo cierto decir que los indios son azotados hasta morir. El trabajo en Yucatán es muy escaso. Una perfecta red de regulaciones y leyes son impuestas en las haciendas para conservar a los indios. Estos desafortunados infelices son absolutamente necesarios para el que busca fortuna en Yucatán. Y son, hasta ahora, demasiado valiosos para ser eliminados torpemente. Las haciendas son consideradas un buen campo para las nuevas generaciones de esclavos. Así que la regla es que ningún indio, de cualquier sexo, se pueda casar fuera de la hacienda. La verdad es que los indios no son sino ganado, y solo como propiedad de su amo, como los novillos y vaquillas en Inglaterra que pertenecen a los propietarios de los ranchos.³⁰³

Desde el punto de vista de estos autores, ¿cómo es que se da el comercio de esclavos?, ¿y cómo la aceptación de la iglesia ante estos hechos?

Aunque no hay abiertamente un mercado de esclavos en Mérida, estos cobardes propietarios de esclavos trafican con ellos a voluntad. Y no hay límite ni escapatoria para los indios. Hay razones para que continúe este cruel sistema. Primero la prostitución de la iglesia hacia el hacendado. Las supersticiones a un grado notorio aún entre las muchas gentes semicivilizadas que han sido víctimas del catolicismo. Los mayas ven a sus sacerdotes como semidivindades cuya palabra es la ley, y un sacerdocio inmoral, ansioso de hacer amigos con la señal de la infalibilidad del dinero, y ellos mismos inescrupulosos en su autoindulgencia, apoyan ambiciosamente la esclavitud.³⁰⁴

Si desde los testimonios de los autores hay un absoluto dominio sobre lo físico y lo espiritual, ellos no dejan de abordar el aspecto sexual. Una dura denuncia ante la sociedad inglesa. Incluso los autores señalan que escribir esto es duro para el lector. Así, citemos de manera extensa, lo que ellos escriben:

³⁰² *Ibid*, p. 330.

³⁰³ *Ibid*, pp. 330-331.

³⁰⁴ *Ibid.*, p. 331.

Cada hacendado ayuda a los otros manteniendo a los indios en las haciendas, así que vaya donde vaya, el indio no tiene refugio excepto en los bosques, en los cuales puede ser cazado con perros. Él se somete a su destino... [es] un esclavo, con un sueldo que es sólo un simulacro, una bagatela, realmente dada para hacer más creíble la razón de su amo. Él debe ver sometidas a sus hijas a una tiranía sistemática de lujuria, que es, en realidad, tan baja que es difícil escribir de ella en un lenguaje tranquilo. Aquí en Yucatán cada horror sexual, que en la historia del sur de USA de los años sesenta horrorizaron al mundo, fueron reproducidas con la peor hipocresía. El indio, desde la niñez en adelante, es presa del hacendado y de sus hijos. De sus garras no puede escapar. Si su padre tuvo, pobre diablo, aún algún escrúpulo, él debe ahogarlos o prepararse a arriesgar su vida al objetarlo. De hecho de manera, tan inmoral y degradante, se han convertidos los indios de las haciendas, que las objeciones a este *droit du Seigneur*, este *Jus Primae Noctis* (derecho de primera noche), casi nunca se han dado a conocer. No estamos escribiendo sin sopesar nuestras palabras con cuidado, cuando decimos que hay haciendas donde el propietario del esclavo muchas veces exige como parte de las obligaciones de sus siervos el derecho para cada joven tan pronto como llega a la mayoría de edad y, a veces, antes. Él lo exige y hace lo que quiere con esta niñas, pues generalmente éstas no son nadie, y no hay remedio para los padres.

Desde el testimonio de los autores toda la sociedad tiene conocimiento de ello, todos los “amos”, sean estos los hacendados o sus esposas.

El cinismo inconcebible es la actitud de todos los yucatecos [mestizos] hacia los abusos sexuales. Sus jóvenes hijos de 14 años en adelante no son reprimidos e incluso son alentados por los padres y aun las madres. Para satisfacer sus pasiones juveniles a costa de las muchachas esclavas. No es una respuesta decir, como lo hacen algunos yucatecos, que las jóvenes en muchos casos cooperan; ya que las jóvenes están más que deseosas, ser víctimas de sus jóvenes amantes. Los muchachos yucatecos son notablemente atractivos y las sirvientas del frío norte [de Yucatán] les sería difícil resistir el acoso de estos jóvenes don juanes. Se da el caso que éstos no enamoran a las damitas sino que les exigen y ellas tienen que ir al cuarto de él, o les pegan cruelmente hasta que ellas se rinden. Si ella se hace de valor y lo dice a la ama, ésta simplemente se

ría, es sólo una pequeña esclava. ¿Qué mejor suerte puede pedir para ella que haber atraído al muchacho que en el futuro será su amo? Y si resulta embarazada es sólo un bebé de hacienda más, que crecerá con los demás. Nadie se preocupa y si es una bebita, al crecer será, probablemente, incluso atraída por su propio padre quien para entonces ya habrá heredado la hacienda. La joven no lo sabría y no se atrevería a desobedecer, y si lo supiera es muy seguro que el hombre para ese entonces ya habría arruinado a muchas otras muchachas y ya no tendría ningún cargo de conciencia respecto a su propia satisfacción. Es posible que el lector ya estará deseando exonerarnos por cualquier imparcialidad de la que hayamos parecido ser culpables, cuando dividimos la población del así llamado Yucatán civilizado de los “salvajes” y “esclavos”.³⁰⁵

Y hacia el final, después de todos sus testimonios y reflexiones, los autores no ven futuro sobre los indígenas, “un pueblo corrompido y degradado”. Se han dolido al ser testigos de sus condiciones de vida, aunque también abogan por la liberación de Yucatán por parte de los Estados Unidos. Así, finalmente cuando dejan de escribir sobre el tema, al término del capítulo, señalan:

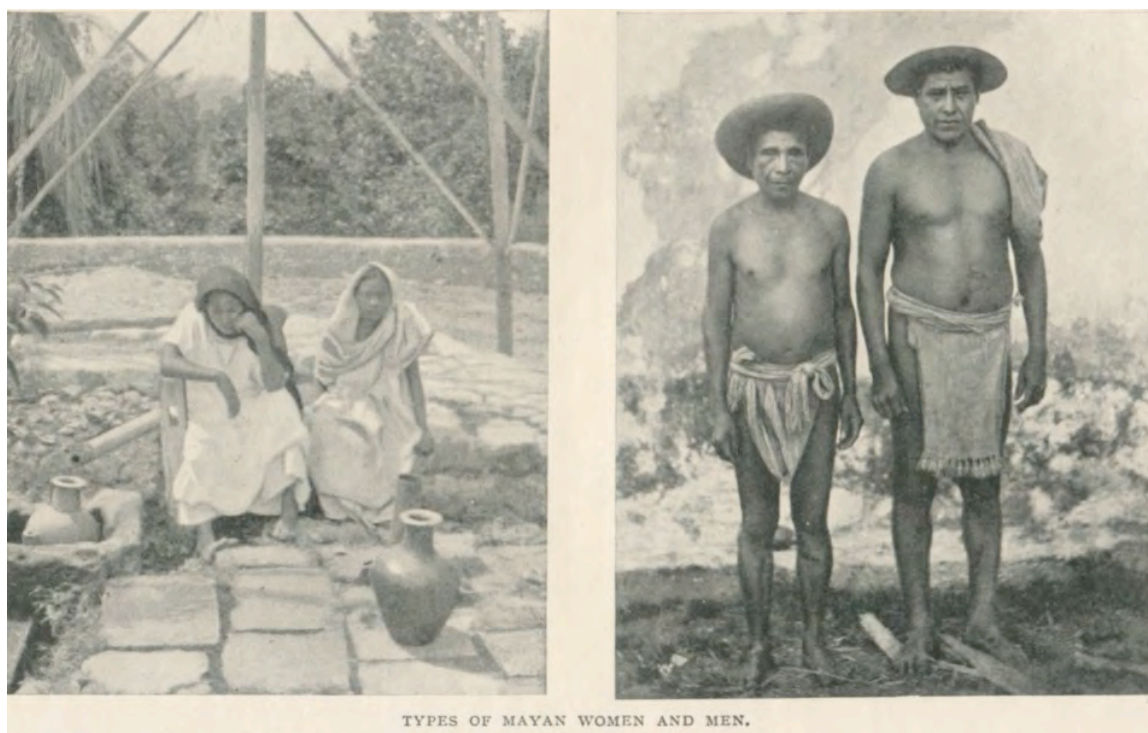
Quando la tarea de revivir a estos pobres mayas con el elixir de la libertad sea llevado a cabo, si acaso lo es (y rueguen a Dios que así sea), por los Estados Unidos de América, será tan difícil como volver de nuevo a la convalecencia a un paciente enfermo de muerte. Ninguno de estos seres entenderá de pronto que la libertad esté tan mal. Son como prisioneros que por muchos años han estado moribundos en la oscuridad de un calabozo. La luz del sol de la libertad será demasiado brillante para sus pobres ojos atrofiados. Ellos se los taparán y se acogerán de nuevo a su lobretez.³⁰⁶

Como adelantamos, cuatro fotografías sobre los trabajadores de las haciendas, acompañan a estas palabras. Y esas imágenes adquieren otra dimensión a partir de lo que exponen los autores. Un díptico (“Types of Mayan Women and Men”), muestra, por un lado, a dos mujeres en un espacio abierto, acaso el patio de una hacienda. Una de ellas

³⁰⁵ *Ibid*, pp. 232-233.

³⁰⁶ *Ibid*, p. 335.

no mira a la cámara, por el contrario baja su mirada y recarga su rostro en un brazo, en actitud afligida. La otra fotografía muestra a dos peones, con el torso y las piernas descubierta en una imagen acaso hecha en estudio, o frente a una pared de la hacienda. Esto último lo más probable.³⁰⁷ En tanto creemos difícil que esos peones hayan salido de los límites de la hacienda para llegar hasta un estudio. Las dos imágenes restantes dejan ver a un grupo de niños en los linderos de un terreno (“Hacienda Children”) y a otro grupo de varones indígenas (“Independent Indians”). Así, detrás de esas imágenes, lo que no se ve, son las de unos seres que se encuentra bajo una “tiranía tan brutal que su corazón está muerto”, desde la percepción de Arnold y Tabor Frost. Y este es el libro que, en su momento, no pudo acceder Kenneth Turner y que apareció en paralelo a sus artículos de *The American Magazine*.



Channing Arnold y Frederick J. Tabor Frost, *The American Egypt*, 1909

³⁰⁷ *Ibid*, las fotografías se encuentran entre las páginas 334 y 335.



Channing Arnold y Frederick J. Tabor Frost, *The American Egypt*, 1909

Una información incómoda: la aparición de *Barbarous Mexico*.

Hacia finales de 1910 –o muy probablemente principios de 1911- el profesor de inglés, Juan Humberto Cornyn (en su nombre castellanizado, ya que él firmaba sus artículos para *The Mexican Herald* como John Hubert Cornyn y todo indica que era de nacionalidad estadounidense), publicó dos extensos tomos sobre la vida del todavía presidente del país los cuales llevaban por título *Díaz y México*.³⁰⁸ Una biografía muy tardía y, como muchas otras que antes habían circulado, absolutamente laudatoria hacia el “verdadero tipo de estadista moderno”, como se quería ver a Porfirio Díaz.

Como otros libros que de manera corriente ya integraban fotografías a sus páginas, el de Cornyn incluía muy diversas imágenes lo mismo de políticos de la historia mexicana, de paisajes de ciudades que de tipos indígenas (“Natural de Ixtlán”, “Mestizos de Oaxaca”, “Indio de Minatitlán”), algunas de ellas con autorías de C. B. Waite, Percy S. Cox y A. Briquet. Cornyn era muy claro en su discurso escrito: a pesar de los esfuerzos del gobierno de Díaz, los resabios de la cultura española que durante más de tres siglos

³⁰⁸ Juan Humberto Cornyn, *Díaz y México*, México, 2 t., Imprenta Lacaud, 1910. La posibilidad de que este libro se conociera a principios de 1911 se desprende por las fechas en que algunas referencias fueron insertas, como octubre de 1910, con todo y que la dedicatoria se encuentra fechada en julio de 1910.

había sometido a los indígenas, prevalecía aún entre éstos. El rezago en la cultura india se debía a la larga historia de los peninsulares en México, no a los esfuerzos del Estado porfirista.

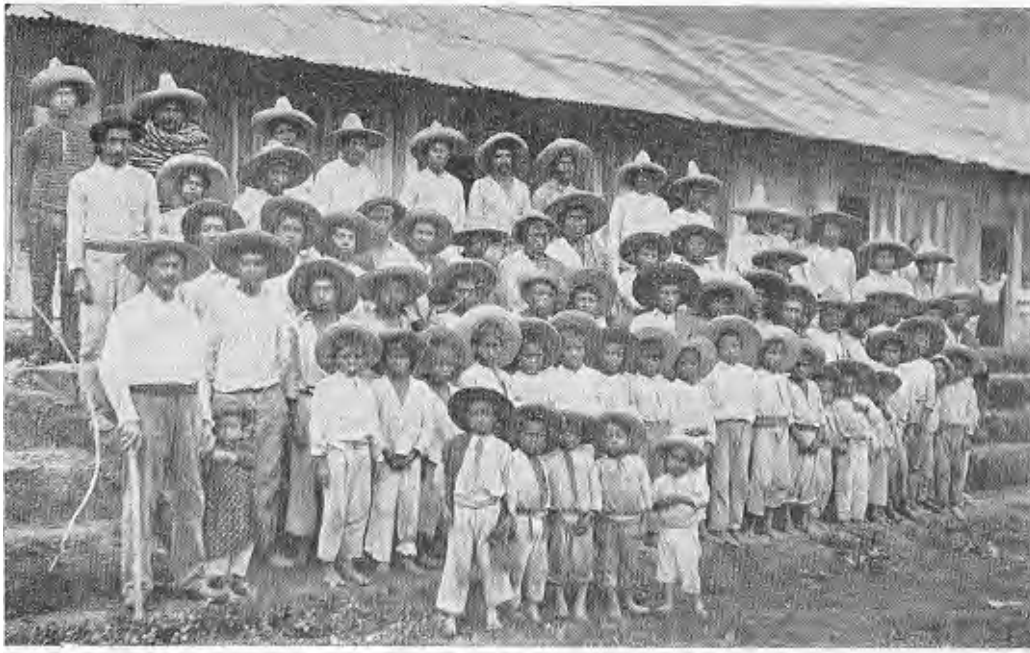
A cada paso en la vida nacional de la República de México se tropieza con la perniciosa influencia española... aquellos que ahora rigen su destino no tendrían ante sí la tarea de levantar del seno del profundo desaliento al pueblo que todavía lleva sobre sí la marca de bestia que le fue aplicada hace cuatrocientos años. Si México en algunos lugares presenta signos de barbarie todavía, es porque la España civilizada lo hizo bárbaro y no porque la inteligente y laboriosa administración presente haya dejado de trabajar honradamente en la labor que prosigue desde hace más de treinta años para mejorar las condiciones políticas, industriales, económicas y sociales de la República.³⁰⁹

Esto lo escribe en el capítulo “Dificultades de raza”, en donde otra raza, la negra, que habita en el país, no deja de tener una mención desde la perspectiva de Cornyn: “La raza negra ha dispuesto durante las dos últimas generaciones, de un número de ventajas educativas infinitamente mayores que las que el indio ha tenido a su alcance en México en el transcurso de siglos enteros. Sin embargo, la primera no ha producido hombre alguno de talento que sobresalga de alguna manera. Todo lo que el negro ha hecho ha sido imitar al hombre blanco”.³¹⁰ De manera directa y explícita, la conquista española – y lo mucho que de esa cultura aún quedaba de ella- para Cornyn hacía que imperara “la pobreza, la ignorancia, escualidez y degradación, que no son sino el resultado directo de las prácticas viciosas de España en el Nuevo Mundo”.³¹¹

³⁰⁹ *Ibidem*, t. 2, pp. 72 y 79.

³¹⁰ *Ibid.*, p. 80.

³¹¹ *Ibid.*, p. 82.



UN PROBLEMA DE MÉXICO

Acaso por ello –y a manera de ejemplo que no resulta más que paradójico, porque a su vez contradecía la labor que, por otro lado, ponía de relevancia a Díaz hacia su olvido de la población indígena-, desde el primer tomo de su obra el autor ha insertado imágenes en donde muestra las condiciones paupérrimas de los indígenas en las ciudades además de en el ámbito rural. En un de ellas se deja ver a unos niños formados en fila y detrás de ellos otras líneas más de adultos indígenas frente a una casa de madera. Todos cubiertos con sombrero y descalzos. El pie de foto, que el autor le escribe, es el siguiente: “Un problema de México”, sin mayor explicación ya que la totalidad de ese volumen está dedicado a la biografía y hazañas bélicas de Porfirio Díaz. Sólo unas páginas más adelante inserta unos “Indios de los cerros de Oaxaca”, fotografiados de manera ficticia en un estudio y sin que éstos tengan las características de ser indígenas oaxaqueños.³¹²

En el segundo tomo, apenas terminando el capítulo de “Dificultades de raza” e iniciando el de “Condiciones sociales”, Cornyn publica un cuadro de retratos de frente

³¹² *Ibíd.*, t. 1, entre las páginas 262 y 263 y 274 y 275

de, todo así lo indica, reos de cualquier cárcel. El pie le indica al lector que se trata de: “La clase viciosas de México”. En este caso estaríamos hablando, de acuerdo a lo que ha escrito anteriormente el autor, a los resabios que ha dejado entre la población la herencia española.³¹³



Pero la labor de Díaz es lo que el autor quiere poner de relieve. Díaz, como el salvador de la patria, un laudo que de manera tan común se le aplicaba al gobernante. “Tocó a Porfirio Díaz –escribe- reconocer que la salvación del país estriba en la educación del indígena y del criollo, en el fomento de la agricultura y las artes mecánicas e industriales, en la aplicación de la ley con toda igualdad tanto al pobre como al poderoso”.³¹⁴ Sobre “el indio y el criollo de los pueblos interiores” -y debido al “estudio de la historia y la sociología” por parte de Díaz-, “mucho se ha logrado en el sentido de mejoría de esas clases”. Por eso Cornyn no comprende que exista una crítica al estadista y a su gobierno, con todo y que éste: “Se muestra sensible a la crítica que mal interpreta sus actos, bien por ignorancia o bajo otros móviles, y sobre todo a los cargos de

³¹³ *Ibid.*, t. 2, entre las páginas 92 y 93.

³¹⁴ *Ibid.*

egoísmo respecto a su administración de los negocios de la federación”.³¹⁵ Hacia el final del mismo capítulo, “Dificultades de raza” -y no sin antes advertir que “el general Díaz cree, con justicia, que en el indio existen inherentes virtudes, las que la educación y las ocasiones propicias harán surgir”-, el autor escribirá sobre los que él denomina “los censuradores de México”. Esto es, aquellos que no valorizaban el progreso del país, aquellos que “han juzgado a México, no desde el punto de partida de su etapa en la senda de la civilización, sino desde el de otras naciones, que ni ahora ni antes han tenido que confrontar problemas tan desconfortantes como él [México]”. Así, escribe:

Sociológicamente han hallado a México atrasado comparándolo con los países que les han sido siempre familiares, y sin razón, lo han calificado desde luego de bárbaro. Han lanzado el reflector de la publicidad sobre los puntos oscuros de su sociología y han hecho aparecerlos cien veces más sombríos de lo que en realidad son por medio de hábiles contrastes de luz y sombras. Han pasado por alto del todo los vivos esfuerzos que el gobierno ha estado haciendo para impulsar el avance de las clases inferiores y para mejorar las condiciones sociales en toda la República. No han fijado los verdaderos principios bajo los cuales razonar, sino que se han señalado a sí mismos como el tipo ideal de la perfección cívica y han procurado mostrar cuánta distancia separa aún a México de esa eficiencia de civismo ideal. De esto se infiere que tales críticos y censuradores son explotadores del sensacionalismo y del escándalo, que sólo buscan el describir a México como bárbaro, el adquirir una temporal notoriedad, la que de otro modo nunca podrían alcanzar.³¹⁶

Cornyn ha utilizado aquí dos veces el vocablo bárbaro, lo cual se vuelve una clara referencia al libro que abordaremos en seguida. Pero antes de que lleguemos a esta velada referencia, Cornyn dedica todo un capítulo, denominado “México y sus críticos”, precisamente en referencia a los escritores viajeros. A todos aquellos que hasta entonces

³¹⁵ *Ibid*, p. 84.

³¹⁶ *Ibid*, p. 85.

habían producido un libro sobre México. El profesor de inglés en la Ciudad de México, y también crítico de arte para *The Mexican Herald*, les señala a sus lectores:

Y lo peor del caso es, que entre esta clase de escritores mal informados y poco estudiosos, encontramos la mayoría de los extranjeros que se han dedicado a escribir libros sobre México; libros que han aparecido periódicamente durante la última década en los países donde se habla el idioma inglés. Algunos de ellos han alabado al país y a su administración, y muchos han criticado y ultrajado en los términos más malignos todo lo que es mexicano; sin embargo, todos ellos, realmente, tanto amigos como enemigos, no han podido ni sabido apreciar la verdadera situación... Habiendo sido hechas sin otro móvil que el de la venta, esto es, del negocio han sido escritas con la mayor velocidad posible, y empleando la menor cantidad posible de energía. Todas han sido delineadas desde el punto de vista del impresionista, y por interesantes que puedan aparecer, son casi siempre inexactas y con frecuencia groseramente injustas.³¹⁷

En realidad, para entonces decenas de libros han sido escritos para promover en el extranjero la imagen del régimen porfirista, el cual ha apoyado la producción de los mismos. En ese sentido el investigador Paolo Riguzzi señala: “Se buscó acreditar una imagen positiva y progresista del país, difundiendo materiales propagandísticos, comisionando y financiando periódicos y periodistas, personalidades y asociaciones que se expresaran a favor del reconocimiento diplomático”. Los Estados Unidos inicialmente, hacia finales de la década de los años setenta del siglo XIX, se volvieron “el primer destinatario del primer experimento de creación de circuitos informativos y de intereses sobre los cuales articular las iniciativas promocionales”; le seguirían diverso países europeos, entre ellos Francia, y a mediados de la década de los ochenta Inglaterra, que se encontraba distante debido a la deuda del país con esa nación. Debido a toda esa labor, “la propensión promocional se consolidó en estructura permanente,

³¹⁷ *Ibid*, p. 95.

como parte de una vertiente ideológica (y de filosofía de la historia nacional) y enraizada en la cultura gubernamental del porfiriato”.³¹⁸ Pero de esto, Cornyn no hace mención explícita. El suyo propio fue patrocinado por Guillermo de Landa y Escandón, gobernador del Distrito Federal, con la necesaria mención y agradecimiento a Díaz, “sincero amigo del obrero”, quien hacía –para ese momento- todo por el “engrandecimiento de México”. Para él, en su libro, sólo existe una sola categoría, la del viajero excursionista el cual:

generalmente llega al país apresuradamente, toma notas desde la ventanilla de los trenes, conversa con gente de su misma nacionalidad que encuentra en los hoteles, y que por lo general está tan mal informada como él mismo; y con los datos así adquiridos, regresa a su país y escribe un libro sobre México. Con frecuencia no sabe una sola palabra de castellano, nunca se ha relacionado con gente mexicana, y de ésta, no se ha rozado sino con individuos de clase baja. En otras palabras, no tiene absolutamente ningún fundamento sobre el cual poder formar un juicio exacto del país.³¹⁹

Ninguna mención a un libro que en ese momento estaba causando demasiadas molestias: el *Barbarous Mexico* del periodista John Kenneth Turner, el cual sólo tangencialmente ha sido mencionado por Cornyn. Pero el libro del profesor de inglés es un texto más, de decenas de artículos en diarios y revistas, que aparecerían descalificando los contenidos del libro de Turner.

El propio John Kenneth Turner narra en *México bárbaro*, la manera en que fue acercándose a una cierta realidad mexicana. Unas circunstancias que causarían conmoción tanto entre los lectores estadounidenses como en los mexicanos, desde el momento mismo en que aparecen publicadas en *American Magazine* y posteriormente ya como libro.

³¹⁸ Paolo Riguzzi, *op. cit.*

³¹⁹ Juan Humberto Cornyn, *op. cit.*, t. 2, p. 97.

Comisionado por el diario *Los Angeles Record*, a principios de 1908, el periodista entra en contacto con unos revolucionarios mexicanos quienes se encontraban reclusos en la prisión municipal de Los Ángeles. Ellos eran Ricardo Flores Magón, Librado Rivera, Manuel Sarabia y Antonio Villarreal, los cuales estaban acusados de planear la invasión a una nación amiga. Y algo le inquietaba a Turner: ¿cómo era posible que estos hombres “educados, inteligentes, universitarios todos ellos” se encontraban ahí reclusos? Los reclusos le cuentan a Turner el motivo de su estancia la cual se debía a las abiertas manifestaciones contra el régimen de Díaz. La policía secreta del dictador les había seguido los pasos, sus vidas fueron amenazadas y su bienes destruidos. Sus derechos políticos de libre reunión habían sido vulnerados y por su búsqueda para promover los cambios políticos en México habían sido perseguidos como delincuentes comunes más allá de su propio país, lo que los llevaría a tomar las armas. Entonces, Turner se preguntaba ¿por qué deseaban ellos derrocar al gobierno? Los presos políticos se extienden ante el periodista: porque el gobierno de Díaz había dejado de lado la Constitución; porque había acabado con los derechos cívicos; porque había propiciado el despojo de las tierras al pueblo y debido a que “había convertido a los trabajadores libres en siervos, peones y algunos de ellos hasta en verdaderos esclavos”. Ante ello, inquiere el periodista:

¿Esclavitud? ¿Quieren hacerme creer que todavía hay verdadera esclavitud en el hemisferio occidental? –respondí burlonamente- ¡Bah! Ustedes hablan como cualquier socialista norteamericano. Quieren decir “esclavitud del asalariado”, o esclavitud de condiciones de vida miserables. No querrán significar esclavitud humana.

Pero aquellos cuatro mexicanos desterrados insistieron:

-Sí, esclavitud- dijeron, verdadera esclavitud humana. Hombres y niños comprados y vendidos como mulas, exactamente como mulas, y como tales pertenecen a sus amos: son esclavos.

-¿Seres humanos comprados y vendidos como mulas en América? ¡En el siglo XX! Bueno –me dije-, si esto es verdad tengo que verlo.³²⁰

Para su viaje de investigación periodística, Turner, quien se asumía una persona progresista y abierto simpatizante del socialismo estadounidense, se valdrá de los apoyos del grupo al que pertenecía y que se había conformado como la Liga por la Defensa de los Revolucionarios Mexicanos. Entre éstos se encontraba Elizabeth Darling Trowbridge, una rica heredera de Boston, integrante del mismo círculo, quien le financiaría su primer viaje a México para la realización de su gran reportaje sobre el país; además de John Murray quien antes también realizaría otro reportaje sobre las condiciones sociales en territorio mexicano aunque sin las repercusiones que tendría el trabajo de su colega periodista. Sin embargo Murray, quien ya se había internado en el país previamente (había estado cerca de los lugares, sin acercarse a fondo, a donde llegaría su amigo), le ofrece a Turner pistas sobre la vida en México.³²¹

En septiembre de 1908, Turner cruza el río Bravo por El Paso, a donde ha llegado desde Los Ángeles. Lo acompaña en su aventura el abogado Lázaro Gutiérrez de Lara –su intérprete y guía- quien es vigilado muy de cerca por la policía de Díaz, nada menos que por haber sido dirigente de la huelga de Cananea; y con todo y que él mismo había sido además un prominente funcionario y juez en Chihuahua. Por ello, tanto el periodista como el abogado, tienen que cruzar por Ciudad Juárez bajo otras personalidades que no corresponden a sus verdaderas intenciones. “El papel de la farsa que desempeñé –escribe Turner-... fue el de un inversionista con mucho dinero que quiere colocarlo en propiedades henequeneras. Como tal los reyes del henequén me

³²⁰ John Kenneth Turner, *México bárbaro*, op. cit., pp. 10-11.

³²¹ Véase Armando Bartra, “John Kenneth Turner. Un testigo incómodo”, *Luna Córnea*, núm. 15, México, Conaculta-Centro de la Imagen, mayo-agosto de 1998; y Eugenia Meyer, *John Kenneth Turner. Periodista de México*, Biblioteca Era- UNAM, 2005, pp. 23-24 y 24.

recibieron calurosamente”.³²² Turner sabe que en la primavera de ese año, Díaz publicó una orden para que la Secretaría de Guerra aprehendiera, “donde quiera que se encontrasen”, a todos los yaquis para ser deportados a Yucatán. Por ahí es que se enfoca su primer objetivo testimonial.

De Ciudad Juárez viajan como prominentes empresarios por el Ferrocarril Central Mexicano hacia el sur, hasta llegar a la Ciudad de México y de ahí al puerto de Veracruz. Al abordar el carguero *Sinaloa*, con destino al puerto de Progreso, Turner y Gutiérrez de Lara entran en contacto con los primeros yaquis que han sido desterrados desde Sonora. Un largo viaje como prisioneros han tenido que recorrer los indígenas yaquis para llegar hasta ahí. Hacinados en un barco de guerra, cuenta el periodista, parten de Guaymas a San Blas; de ahí por la sierra a pie hasta Tepic y después en dirección a San Marcos de donde se abordará el ferrocarril hasta la Ciudad de México. Hasta San Marcos el traslado dura cerca de veinte días: “Se hace alto en unos campos de concentración a lo largo de la ruta, así como en las ciudades principales. Durante el camino se desintegran las familias”;³²³ ya en la capital el siguiente punto es el puerto veracruzano, en donde el reportero se encontrará a uno de los tantos de grupos desterrados. Y es ahí en que a bordo del carguero el reportero, sin mayor dificultad, entra en contacto con un grupo de indígenas, de los cuales paradójicamente no todos son yaquis. “Había 104 amontonados en la sucia bodega de popa del vapor carguero *Sinaloa*, en el cual embarcamos. Creíamos que sería difícil encontrar la oportunidad de visitar este antro infecto; pero afortunadamente nos equivocamos”. Personas de todo tipo: “un magnífico atleta de menos de treinta años, que llevaba en brazos a una delicada niña de dos años; una mujer de cara agresiva, de unos cuarenta años, contra la cual se oprimía una de diez que temblaba y temblaba presa de un ataque de malaria...

³²² John Kenneth Turner, *op. cit.* p. 12.

³²³ *Ibidem*, p. 43.

mujeres sucias, casi la mitad de ellas con niños de pecho”. Les obsequian a los prisioneros tabaco y frutas y pueden hablar con ellos, en una larga y dolorosa entrevista comunitaria en medio de lo insalubre:

--¿Revolucionarios? -pregunté al hombre con *overall* y blusa.

--No; trabajadores.

--¿Yaquis?

--Sí, un yaqui –dijo, señalando a su amigo el de la cobija-. Los demás somos pimas y ópatas.

--Entonces, ¿por qué aquí?

--Ah, todos somos yaquis para el general [Luis] Torres [gobernador de Sonora]. Él no hace distinción. Si uno es de tez oscura y viste como yo, es un yaqui para él. No investiga ni hace preguntas..., lo detiene a uno.

--¿De dónde es usted? –pregunté al viejo.

--La mayoría de nosotros somos de Ures. Nos capturaron durante la noche y nos llevaron sin darnos tiempo para recoger nuestras cosas.

--Yo soy de Horcasitas –habló el joven atleta con la niña en brazos-. Yo estaba arando en mi tierra cuando llegaron y no me dieron tiempo ni a desuncir mis bueyes.

--¿Dónde está la madre de la niña? –pregunté con curiosidad al joven padre.

--Murió en san Marcos –contestó apretando los dientes- la mató la caminata de tres semanas por los montes. He podido quedarme con la pequeña... hasta ahora.³²⁴

Poco a poco, otros indígenas se integran al diálogo desesperanzador. De diversas maneras le narran a Turner cómo fueron separados de sus patrones. “Trabajábamos para pequeños rancheros, gente pobre, que no tenía a su servicio más de media docena de familias... la ruina era tanto para ellos como para nosotros”, le dicen. En el trayecto muchos de ellos se quedaron, de acuerdo a su propio testimonio.

--Murieron en el camino como ganado hambriento –continuó el viejo de Ures-. Cuando uno caía enfermo nunca sanaba. Una mujer que estaba muy enferma

³²⁴ *Ibid*, pp. 44-45.

cuando salimos, pidió que la dejaran, pero no quisieron. Fue la primera en caer; sucedió en el tren, entre Hermosillo y Guaymas.

--Pero la parte más dura del camino fue entre San Blas y San Marcos. ¡Aquellas mujeres con niños! ¡Era terrible! Caían en Tierra una tras otra. Dos de ellas ya no pudieron levantarse y las enterramos nosotros mismos, allí, junto al camino.

--Había burros en San Blas --interrumpió una mujer-, y mulas y caballos. Oh, ¿cómo no nos dejaron montarlos? Pero nuestros hombres se portaron muy bien. Cuando se cansaban las piernecitas de los niños, nuestros hombres los cargaban en hombros. Y cuando las tres mujeres con embarazo muy adelantado no pudieron caminar más, nuestros hombres hicieron parihuelas de ramas, turnándose para cargarlas. Si, nuestros hombres se portaron bien; pero ya no están aquí. Ya no los veremos más.

--Los soldados tuvieron que arrancarme de mi marido --dijo otra-, y cuando yo lloraba se reían. A la noche siguiente, vino un soldado y quiso abusar de mí; pero me quité los zapatos y le pegué con ellos. Si, los soldados molestaban a las mujeres con frecuencia, especialmente la semana que estuvimos pasando hambre en la Ciudad de México; pero siempre las mujeres los rechazaron.³²⁵



BAND OF YAQUIS ON THE EXILE ROAD

³²⁵ *Ibid*, pp. 45-46.

Finalmente Turner ve cómo esos indígenas serán llevados a la hacienda perteneciente al ex gobernador de Yucatán Olegario Molina, quien ya para entonces era secretario de agricultura. No faltará mucho para que el reportero, en su condición de inversionista henequenero, se va a enterar en directo de las condiciones que prevalecían en las haciendas.

Pronto me enteré en Yucatán de lo que hacía con los desterrados yaquis. Estos son enviados a las fincas henequeneras como esclavos, exactamente en las mismas condiciones que los cien mil mayas que encontramos en las plantaciones. Se les trataba como muebles; son comprados y vendidos, no reciben jornales; pero los alimentan con frijoles y tortillas y pescado podrido. A veces son azotados hasta morir. Se le obliga a trabajar desde la madrugada hasta al anochecer bajo un sol abrazador, lo mismo que a los mayas. A los hombres los encierran durante la noche y a las mujeres las obligan a casarse con chinos o con mayas. Se les caza cuando se escapa, y son devueltos por la policía cuando llegan a sitios habitados. A las familias desintegradas al salir de Sonora, o en el camino, no se les permite que vuelvan a reunirse. Una vez que pasan a manos del amo, el Gobierno no se preocupa por ellos ni los toma ya en cuenta; el Gobierno recibe su dinero y la suerte de los yaquis queda en manos del henequenero. Vi muchos yaquis en Yucatán; hablé con ellos, vi cómo los azotaban.³²⁶

En efecto, el periodista va a narrar para sus lectores estadounidenses cómo se vuelve testigo involuntario del castigo infligido a un indio yaqui a base de latigazos. Lo narra de manera extensa y con mucho detalle. En la madrugada, en medio de una gran hacienda yucateca a donde han sido levantados de su descanso 700 indígenas formados en fila, uno de ellos, que responde al nombre de Rosanta Bajeca es llamado al frente. Bajeca es joven y fuerte. Los capataces ordenan quitarle la camisa, pero nadie lo logra, como tampoco pueden asestarle golpes de palo por la agilidad del yaqui que los elude.

³²⁶ *Ibid*, p. 47.

Su mirada, nos dice Turner, es como de tigre. Finalmente el yaqui se despoja él mismo de su camisa, “dejando al desnudo su bronceado y musculoso torso”. Todos los esclavos miran con cierta indiferencia, más bien somnolientos. Todos visten ropas raídas, camisas con agujeros que dejan ver su bronceada piel, con pies descalzos. “Era un grupo zarrapastroso... Había allí tres razas: el maya de aguda faz y alta frente, aborigen de Yucatán ; el alto y recto chino y el moreno y fuerte yaqui de Sonora”. A una orden del administrador un gigantesco chino emerge de aquella multitud de esclavos. Se agacha y se echa sobre su espalda al yaqui. El verdugo, llamado *mayacol*, “un bruto peludo de gran pecho”, extrae de una cubeta de agua cuatro cuerdas de henequén que chorreaban. Mojadas son más pesadas y cortantes. Un jadeo de lamento se escucha entre el grupo, a todos se les va la somnolencia. Muchos, para entonces, han pasado por ese tipo de castigo, “el drama era viejo para todos ellos, tan viejo que los ojos estaban cansados de verlo tantas veces... ninguno tenía suficiente fuerza de ánimo para dar la espalda al espectáculo”.³²⁷

El verdugo ha medido su distancia y asesta el primer latigazo que silba en el aire para caer con un sonido seco sobre la espalda del esclavo. El administrador con reloj en la mano aprueba ese primer golpe, el mayordomo sonríe. El gigantesco chino sostiene con fuerza al yaqui.

Todos contuvieron la respiración en espera del segundo golpe. Yo contuve la mía, por momentos que me parecieron años, hasta que creí que la cuerda no caería más. Sólo cuando vi la señal que el administrador hizo con el dedo, supe que los golpes se medían con reloj; y sólo hasta después de terminado el espectáculo supe que, para prolongar la tortura, el tiempo señalado entre cada golpe era de seis segundos.

Cayó el segundo latigazo, y el tercero y el cuarto. Los contaba al caer con intervalos de siglos. Al cuarto azote, la fuerte piel bronceada se cubrió de

³²⁷ *Ibid*, pp. 48-50.

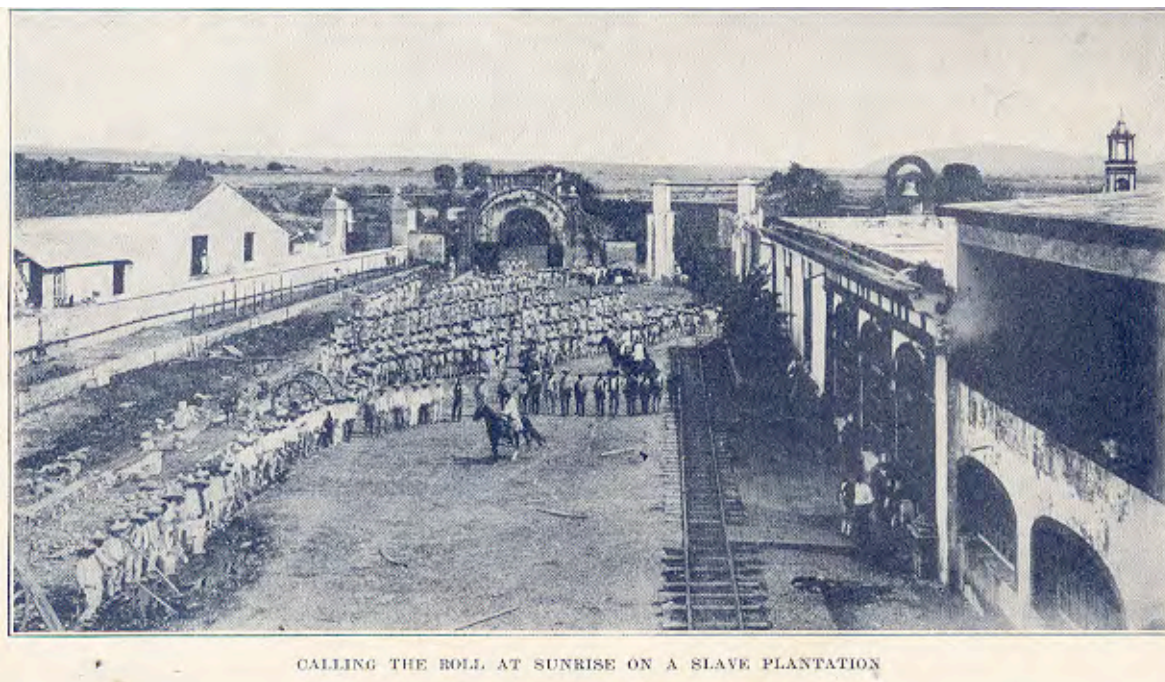
pequeños puntos escarlata que estallaron y dejaron correr la sangre en hilillos. Al sexto, la reluciente espalda perdió su rigidez y empezó a estremecerse como una jalea. Al noveno azote un gemido nació en las entrañas del yaqui y encontró salida al aire libre. Pero, ¡qué gemido! Aún lo puedo oír ahora; un gemido tan duro como si su dureza la hubiera adquirido al pasar a través de un alma de diamante.

Por fin cesaron los azotes que fueron quince...el gigante chino soltó las manos con que sujetaba las morenas muñecas del yaqui y éste cayó al suelo como un costal. Quedó allí por un momento, con la cara entre los brazos y con su estremecida y ensangrentada carne al descubierto, hasta que un capataz se adelantó y le dio un puntapié en el costado.

El yaqui levantó la cabeza, dejando ver un par de ojos vidriosos y una cara contorsionada por el dolor. Un momento después ya se había levantado e iba con pasos vacilantes a reunirse con sus compañeros.³²⁸

John Kenneth Turner narra esto en el tercer capítulo de su libro *Barbarous Mexico* que aparecería a principios de 1911, todo indica que en enero. Pero antes, los avances de lo que se convertiría en este célebre el libro, el lector estadounidense los había leído como reportajes en las páginas de *The American Magazine* durante los tres últimos meses de 1909.

³²⁸ *Ibíd.*



Para diciembre de 1908, Turner de vuelta a los Estados Unidos ha redactado un inicial artículo sobre México sobre su primer viaje que había iniciado en septiembre de ese año. Un texto que le es presentado a los editores de *The American Magazine*, quienes interesados conminan al periodista a adentrarse más a fondo. Lo que hace que Turner, acompañado ahora de Ethel Duffy, su esposa, regrese a México de enero a abril de 1909. Para seguir ocultando sus intenciones, durante esos meses se vuelve cronista deportivo para el *Mexican Herald*, incluso árbitro en torneos de tenis (y colega circunstancial de J. H. Cornyn).³²⁹ Pero sigue viajando por territorio nacional y no sólo con su libreta de apuntes sino también con una cámara fotográfica. A su regreso viajará a Nueva York para entregar los primeros capítulos de lo que será su *Barbarous Mexico*. Una información delicada y descarnada. Y los editores saben de la magnitud de ello. En septiembre se anuncia lo que vendría y en octubre de 1909 aparecería desplegado su primer reportaje en esa revista que presumía un tiraje de más de 300 mil ejemplares. Un editorial señalaba que para descubrir todo ello, “Turner había viajado a México para

³²⁹ Eugenia Meyer, *op. cit.*, pp. 32-33.

descubrir la verdad. La lectura de los textos del periodista permitiría empezar a conocer el verdadero país que se ocultaba en una larga cadena de supuestos y engaños. Quedaría así al descubierto una `república` sostenida por un autócrata que logró establecer un sistema policiaco y un control absoluto que beneficiaba a unos cuantos, mientras negaba a la mayoría los derechos más elementales”.³³⁰ En noviembre llegaría el segundo reportaje y en diciembre el que será el último aparecido en esa revista. Los anteriormente valientes editores, bajo presión, dejaron de publicar en enero de 1910 la continuación. Detrás de ello estaba el poderoso William Randolph Hearst, con grandes extensiones de tierra en México y fuertes intereses compartidos con el gobierno de Díaz y quien no por nada viaja hasta México para ofrecerle su apoyo al viejo jearca.

El impacto de la violencia expuesta en los reportajes conmueve a los lectores y a las clases políticas en ambos lados del río Bravo. No sin dejar de denunciar como cobardes a los editores del *American Magazine*, Turner se va a la revista *Appeal to Reason*, su definitiva casa como periodista, a seguir publicando la continuación de sus testimonios y da a conocer otros más en *International Socialist Review* y en *Pacific Monthly*.³³¹ No únicamente la prensa estadounidense reacciona, sino también la mexicana ante los testimonios de Turner. *El Imparcial*, patrocinado por Díaz, del 1 de abril de 1910 señalaba: “También nosotros podríamos escribir un *Estados Unidos bárbaro* que empalidecería las páginas de Mr. Turner”.³³² El escándalo es de tal dimensión que cuando Hearst, dueño de grandes diarios estadounidenses, arriba a México en marzo de 1910 para darle el espaldarazo a Díaz declara a *El Imparcial*: “¿Usted no ignora que México ha sido víctima de injustos ataques en algún magazine americano? –Los he visto y no he prestado crédito a tan ruines versiones; en mis periódicos es bien distinto. Dos escritores de mi staff, Otheman Stevens y Alfred Henry Lewis, han publicado

³³⁰ *Ibidem*, pp. 34-35.

³³¹ Armando Bartra, *op. cit.*,

³³² Citado en Eugenia Meyer, *op. cit.*, p. 36.

extensos artículos sobre el particular”.³³³ En efecto, Stevens publica tanto en *The Cosmopolitan Magazine* como en *El Imparcial* del mismo 1 de abril un artículo titulado “México hoy y mañana”, con el que se intenta suavizar los testimonios de Turner.³³⁴

Los artículos publicados por Turner en *The American Magazine* que habían levantado toda una reacción sobre las condiciones del peonaje en México fueron: “Los esclavos de Yucatán” que apareció en octubre; “México bárbaro. La trágica historia de los indios yaquis”, de noviembre, y “México bárbaro. Con los esclavos contratados de Valle Nacional” de diciembre,³³⁵ los cuales conformarán a su vez los primeros capítulos de *Barbarous Mexico*. Los restantes que aparecerían en *Appeal to Reason* y otras revistas conformarán la totalidad del libro que circulará a principios de 1911.

Los artículos de *The American Magazine* van a publicarse con viñetas ilustradas por George Varian y con fotografías, varias de ellas tomadas por Turner y otras adquiridas al fotógrafo Charles B. Waite que le van a servir al periodista para ilustrar sus artículos y su libro y, además, para ofrecerle un sentido visual a su narración testimonial. Sin embargo las imágenes que aparecerán en la revista no van a ser necesariamente las que aparezcan en su libro y esto es relevante porque deja asomar que Turner realizó, y reunió, una gran cantidad de fotografías para su trabajo, más allá de las que llegó a publicar en los distintos medios.

En el número de octubre dominan las viñetas de Varian, pero en las ediciones de noviembre y diciembre las fotografías tendrán relevancia. Es claro que la escena descrita de Rosanta Bajeca –de la que no hay fotografía, ni en la revista ni en el libro– conmueve al ilustrador porque ésta aparece con su trazo descriptivo en el número de octubre y noviembre, en donde un corpulento hombre carga a un desfalleciente

³³³ *El Imparcial*, México, 27 de marzo de 1910, p. 1, citado en Armando Bartra, *op. cit.*

³³⁴ Eugenia Meyer, *op. cit.*

³³⁵ Rosalía Velázquez Estrada, *México en la mirada de John Kenneth Turner*, UAM-Conaculta-INAH, 2004, p. 130.

indígena. Y éste es el momento de preguntarse aquí ¿por qué Turner, un hombre eminentemente de letras, recurre a la fotografía para complementar, esto es, extender, sus testimonio? Aquí creemos que la fotografía tiene –y así lo asume el periodista- valores de verdad y de lo fidedigno entre la sociedad de su tiempo. Su testimonio escrito, nunca tendría mayor ayuda –y complementariedad- que el valor de la veracidad de la fotografía. Ése es, acaso, la esencia de la utilización de la fotografía en sus textos que develaron la otra cara del régimen porfirista.

Salvo pocos testimonios muy precisos por él escritos, Turner poco deja ver que él es el autor de la mayoría de las imágenes tanto de sus artículos como de su libro. En el propio *Barbarous Mexico* como en sus textos posteriores sobre el país -digamos cuando le toca estar en la Ciudadela en plena Decena Trágica de febrero 1913, cuatro años después de sus primeros testimonios publicados- deja constancia del recurso que hace de la fotografía. También de que, por momentos, no pudo recurrir a su cámara. En algún momento en Valle Nacional, en Oaxaca, siguiendo a un grupo de esclavos que son trasladados, escribe:

En cierto lugar desmontamos y por las inclinadas faldas de una gran montaña, dejando a nuestros caballos que encontrasen por sí solos el camino entre las piedras detrás de nosotros. En otro sitio esperamos mientras los esclavos se quitaron la ropa, la recogieron en envoltorios que cargaron sobre la cabeza y vadearon un arroyo; nosotros seguimos a caballo. En muchos lugares hubiera deseado tener una cámara fotográfica; pero sabía que si la hubiera tenido me habría traído disgustos.³³⁶

En otro momento, estando en la Ciudad de México, narra su visita a un cierto inframundo:

³³⁶ John Kennteh Turner, *México bárbaro*, op. cit., p. 79.

Un mesón es un albergue tan miserable que sólo son peores las galeras o cárceles dormitorios de los esclavos de “tierra caliente”, y los dormitorios de las prisiones y las galeras estriba en que a estas últimas los esclavos son conducidos, medio muertos de fatiga, hambre y fiebre, a latigazos, y se cierra la puerta cuando están dentro; mientras que los miserables andrajosos y desnutridos que andan en las calles de la ciudad llegan a los mesones a alquilar con tres centavos de cobre un breve y limitado refugio... un pedazo de suelo desnudo en que echarse, un petate, la compañía de sabandijas que se crían en la suciedad, y un mal descanso en un aposento nauseabundo con 100 personas más, que roncan, se mueven, se quejan, y que son hermanos del dolor.

Durante mi última estancia en México —en el invierno y la primavera de 1909— visité muchos de estos mesones y tomé fotografías de la gente que ahí dormía. En todos ellos encontré las mismas condiciones: edificios viejos, a veces de cientos de años, abandonados e inadecuados para otros fines que no sean los de servir de dormitorios para los pobres. Por tres centavos el viajero recibe un petate y el privilegio de buscar un lugar en el suelo con espacio suficiente para poder echarse. En noches frías, el piso está tan cubierto de seres humanos que es muy difícil poner el pie entre los dormidos. En un aposento llegué a contar hasta 200 personas.³³⁷

Lo cual deja ver que más allá de las zonas esclavistas de Yucatán y Valle Nacional, Turner deja también constancia de las condiciones que prevalecían en la Ciudad de México, más allá de la fastuosidad de los palacios porfirianos que aparecían por doquier en la prensa ilustrada patrocinada por el porfiriato (y en los libros de Marie Robinson). Las imágenes de esos sitios denominados mesones aparecen en *The American Magazine* de noviembre (una imagen) y diciembre (dos fotografías), las cuales, salvo una, son distintas a otras tres de personas hacinadas -ancianos, niños y hombres formando un tapete humano- que aparecen dentro de las páginas de *Barbarous Mexico*.

³³⁷ *Ibidem*, pp. 100-101.



MIDNIGHT IN A MEXICO CITY "MESON", CHEAP LODGING HOUSE OF THE POOR. ONE PAYS THREE CENTAVOS FOR A GRASS MAT AND HUNTS A PLACE TO LIE DOWN IN THE ENCLOSURE. FROM A FLASHLIGHT BY THE AUTHOR

Como tal, el libro *Barbarous Mexico* –después de quince meses en que comenzarían a aparecer los adelantos de los reportajes de Turner- va a contener 22 fotografías, que narran en paralelo a los testimonios del escritor. Imágenes en donde el pie de foto cumple una sustancial función. Un detalle relevante es la “Lista de ilustraciones” que aparece antes del primer capítulo. Era claro que a estos documentos fotográficos, el autor les estaba ofreciendo una dimensión relevante dentro de la edición que aparecería bajo el sello de Charles H. Kerr & Company, una editorial socialista de Chicago.³³⁸

Dos de las fotografías con que inicia el libro, en su edición original, muestra por un lado a una jovencita cargando a una niña en la espalda (“Slave Mother and Child; Also Henequén Plant”) y a una indígena madura moliendo maíz en un metate junto a un niño sentado (“Women are Cheaper than Grist-Mills”). Parecieran imágenes salidas del costumbrismo decimonónico en el que tanto fueron fotografiados los estratos sociales

³³⁸ John Kenneth Turner, *Barbarous Mexico*, Chicago, Charles H. Kerr & Company, 1910. El pie de imprenta de la tercera edición aquí consultada marca el año de 1910 como fecha de edición. Sin embargo Turner fecha su prefacio a esta misma edición el 8 de abril de 1911. Mientras que él mismo ahí dice que “hace menos de cuatro meses que fue impreso”, lo que hace pensar que la primera edición apareció entre diciembre de 1910 y enero de 1911.

más bajos. Pero a Turner le sirven estas imágenes para hablar de la compra-venta de personas y de los “prestamistas y corredores de esclavos”: “Estos hombres compran y venden esclavos, lo mismo que los hacendados. Unos y otros me ofrecieron esclavos en lotes de más de uno, diciendo que podía comprar hombres y mujeres, muchachos y muchachas o un millar de cualquier especie, para hacer con ellos lo que quisiera”.³³⁹ En un futuro próximo sus críticos, ante este tipo de imágenes, denostarán al periodista de que las imágenes no se correspondían con los hechos descritos. Sin embargo la fuerza testimonial de muchas de ellas era más que devastadora.



WAIFS, MOTHER AND SON, IN A "MESON". TWENTY THOUSAND SLEEP THIS WAY EVERY NIGHT IN DIAZ'S CAPITAL ALONE. FLASHLIGHT BY THE AUTHOR



GROUP OF HOMELESS CHILDREN IN A CORNER OF A "MESON", MID-NIGHT. THOUGH THESE PLACES ARE LICENSED BY THE AUTHORITIES, THERE IS NO SEGREGATION OF THE SEXES

³³⁹ J. K. Turner, *México bárbaro*, *op. cit.*, p. 17. En adelante citaré indistintamente la edición en español de Costa-Amic y la publicada en inglés de Charles H. Kerr.



SLAVE MOTHER AND CHILD; ALSO HENEQUEN PLANT



WOMEN ARE CHEAPER THAN GRIST-MILLS

La siguiente imagen que aparece en la edición original de *Barbarous Mexico* parece hablar de la hacienda en donde es azotado Rosanta Bajeca, y de hecho, por la descripción de las haciendas yucatecas y de la circunstancia que hace el periodista, parece que es así: “los peones... formaron frente a la tienda de la finca... Había 700 hombres. De cuando en cuando, la luz de las lámparas era un poco más viva y llegaba hasta los altos árboles tropicales que, muy próximos entre sí, rodeaban el patio en cuyo suelo crecía hierba”. La fotografía está tomada desde la azotea de un edificio formando

una panorámica en donde se ve a un numeroso campesinado adecuadamente formado (la lejanía, desde una parte alta, habla también de lo subrepticio del registro). Toda la descripción coincide, aunque, desde luego, no se ve el acto de los azotes. Acaso esta imagen la registró Turner en cualquier otro momento, pero la arquitectura, el enorme patio, los hombres en fila, los árboles descritos le ayudan al lector (y al autor) a despertar un imaginario sobre el sitio en que fue torturado Bajeca.³⁴⁰ Aunque ciertamente, tampoco se puede evitar una cierta interrogante sobre dónde fue registrada esta imagen, ya que en la lejanía (en la parte superior derecha de la imagen) aparece una gran colina, difícil de concebirse en la orografía yucateca. Con todo, la narración escrita se va a complementar con la adecuada inserción de imágenes, se corresponda o no una con otras. Esa va a ser permanentemente la carta bajo la manga de Turner. Imagen y narración por momentos coincidía, se complementaban, pero no siempre sucedía así. Por ejemplo, el libro cierra con una fotografía de C. B. Waite, cuyo título colocado por el propio fotógrafo es “Wood Carriers, Mexico”, con una fecha precisa de propiedad asegurada de enero 2 de 1905, una fecha en la que aún Turner no volteaba hacia México. Una imagen muy propia del costumbrismo urbano de Waite, que mostraba a los Otros, a la clase baja trabajadora que deambulaba por la ciudad. Sin embargo, el pie de foto de Turner se extiende y busca otro sentido: “Wood Carriers, City of Mexico. `A Mexican Laborer is Cheaper than a Horse`”: un trabajador mexicano es más barato que un caballo. Mientras que con su pluma escribe:

Los empresarios norteamericanos son un poco más progresistas en el uso de maquinaria que los empresarios mexicanos; pero suelen perder ganancias por esta causa. ¿Por qué? Porque en México la carne y la sangre humanas son más baratas que la maquinaria; es más barato poseer un peón que un caballo, y un

³⁴⁰ J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, la fotografía aparece entre las páginas 26 y 27, del primer capítulo del libro, en donde Turner ya escribe unos adelantos sobre los castigos a los esclavos y de cómo él los presencié. No será sino hasta el tercer capítulo en que realizará la minuciosa descripción sobre los azotes a Rosanta Bajeca.

peón es más barato que un arado. Con el precio de un molino de nixtamal se pueden comprar 100 mujeres.³⁴¹



En otro caso vuelve a utilizar una fotografía de Waite –un campesino, en plena desolación, que carga a sus espaldas una gran cesta y con el torso desnudo- cuyo título, también colocado por el propio autor, es: “Hot Country Laborer, Mexico”; mientras que editorialmente Turner le coloca el siguiente pie de imagen: “Type of enganchado’or

³⁴¹ J. K. Turner, *México bárbaro*, op. cit. p. 294.

Plantation Slave”, dentro del capítulo cuatro donde escribe sobre la otra región esclavista, que es Valle Nacional. La complementariedad se da, digamos, en casos como el tercer capítulo, “En la ruta del exilio”, en donde se abre este apartado con un grupo de mujeres y niños sentados en el suelo (“Scene in a Yaqui ‘Bull Pen’ on the Exile Road Between Sonora and Yucatan”), en el capítulo precisamente donde narra la azarosa ruta que tienen que sufrir los yaquis y que va de Guaymas a Yucatán.



Con todo, hay una adecuada complementariedad entre narración e imagen. Digamos, en ese grupo de yaquis en fila custodiados por hombres armados (“Band of yaquis on the Exile Road”); en esos oscuros mesones en donde en el suelo se hacían decenas de pobres; en el testimonio incontrovertible del trabajo infantil dentro de las plantaciones

azucareras (“Boy Slave son a Sugar plantation in the Hot Lands”); en los testimonios de la ejecuciones, en el antes y en el después; digamos en ese sujeto custodiado por dos hombres armados (“Ready for the Execution”), o en esos hombres listos para ser fusilados (“Lined up Against a Wall”) o en esos otros cuerpos tirados después de la descarga (“After the Volley”), ambas con el título de “A Typical Mexican Military Execution”. Imágenes que simplemente no se habían visto nunca antes. Eso era un valor testimonial agregado a la obra de Turner, eso había hecho entusiasmar a los editores de *The American Magazine*. La fotografía había hecho que la escritura de Turner se enriqueciera de diferente manera. Y que la expandiera de otra forma contundente.



READY FOR THE EXECUTION

A Typical Mexican Military Execution.



LINED UP AGAINST A WALL



AFTER THE VOLLEY

Mención aparte merece una fotografía que aquí es publicada (“Yaquis Hanged in Sonora”) y otra que es referida en la narración de Turner. La primera aparece en el capítulo ocho, “Elementos represivos del régimen de Díaz”. Se trata de unas figuras esqueléticas, semitransparentes, que cuelgan de un árbol muerto, como las mismas seis figuras que ahí aparecen. Kenneth Turner, escribe al respecto:

Tengo ante mí una carta firmada por G. G. Lelevier, antiguo miembro del Partido Liberal Mexicano y director de uno de sus periódicos en los Estados Unidos, de quien se dice que se puso después a favor de la causa del Gobierno. La carta dice comentando una fotografía que muestra a un grupo de yaquis colgados de un árbol en Sonora:

“Esta fotografía se parece mucho a otra tomada en el río Yaqui cuando el general Ángel Martínez estaba al mando del ejército mexicano de ocupación. Este general tenía la costumbre de colgar gente porque no podía decirle dónde se encontraban en aquel momento los yaquis insurrectos, y llegó al extremo de lazar a las mujeres de los yaquis y colgarlas también. Así siguió hasta que el jefe de la comisión geográfica comunicó los hechos a la ciudad de México, amenazando con renunciar si continuaban esos procedimientos. Entonces fue retirado ese monstruo.

Pero más tarde, el gobernador Rafael Izábal (debe haber sido en 1902) hizo una incursión en la isla Tiburón, donde se había refugiado algunos yaquis pacíficos, y sin más trámites ordenó a los indios seris que le trajeran la mano derecha de cada uno de los yaquis que allí hubiera, con la alternativa para los seris de ser a su vez exterminados. El doctor Boido tomó una fotografía y en ella se podía ver al gobernador riéndose a la vista de un racimo de manos que le presentaban colgando del extremo de un palo. Esta fotografía llegó a publicarse en el periódico *El Imparcial* de la ciudad de México, haciendo escarnio de las hazañas del gobernador Izábal.³⁴²

Esta fotografía en efecto existió. Aunque no la encontramos en las páginas de *El Imparcial*, sí la localizamos en la obra del cronista sonoreño, Federico García y Alva, *Álbum directorio del estado de Sonora*, publicado en 1907.³⁴³ García y Alva narra cómo en diciembre de 1904 las fuerzas gubernamentales al frente de las cuales se encontraba el propio gobernador Izábal, realizaron una incursión para combatir a los yaquis refugiados en isla Tiburón. Un grupo de seris están de su lado debido a una no

³⁴² J. K. Turner, *México bárbaro*, op. cit., pp. 35-36.

³⁴³ Federico García y Alva, *Álbum-directorio del estado de Sonora*, Hermosillo, Imprenta Oficial dirigida por Antonio B. Monteverde, 1905-1907.

muy clara negociación para dejarlos libres y ofrecerles un salvoconducto, la condición: traer a los yaquis que habitaban en la isla a los cuales los seris conocían bien. Éstos, prometieron que traerían amarrados de las manos a los yaquis, o eso entendieron los militares que acompañaban al gobernador. Después de unos pocos días, dos emisarias de los seris se acerca al grupo: “Ahora sí capitán, cumplimos; quedamos libres ¿verdad?, mira, mira”. Lo que les muestran es un racimo de manos amarradas a un palo. Manos cortadas de cuerpos de yaquis. El Dr. Lorenzo Boido, integrante del grupo, conmovido, es quien hace la fotografía.³⁴⁴



Indias seris con un racimo de manos de yaquis.

³⁴⁴ El testimonio de García Alva sobre el momento en que se realiza la toma fotográfica es el siguiente: “Se terminaban los preparativos para esta marcha cuando a lejana distancia y enarbolando un trapo que hacía veces de bandera blanca, aparecieron dos emisarias de los seris, trayendo el salvo-conducto expedido por el Sr. Gobernador. Aquellas mujeres, con una alegría imposible de contener, gritaban dirigiéndose al señor Gobernador: ‘ahora sí Capitán, cumplimos; quedamos libres, ¿verdad?, mira, mira’; y subía cuanto alto podía un palo del que pendían unos sombreros de petate. Ordenó el Sr. Gobernador al Sr. Comandante Barrón que descubriera lo que aquellos sombreros ocultaban y ¡horror! Era un manojo de manos humanas aún chorreando sangre. ¿Qué había pasado? ¿Qué sangriento epílogo de qué espantosa tragedia representaban aquellas aún calientes manos? ¡Ah! Lo que había pasado era horrible. Aquella siniestra Manuela, cuando juntó y alzó las manos, quiso decir que si los yaquis se resistían a ir, los matarían los seris y les cortarían las manos para entregarlas como garantía de que habían cumplido su compromiso”, en Federico García y Alva, *ibidem*, s/p.



La imagen de los yaquis colgados en un árbol es contundente. Muy seguramente fue retocada en demasía, pero el valor de veracidad permanecía para los lectores de Kenneth Turner. La narración de la otra imagen seguramente también desconcertó a los lectores estadounidenses e ingleses del periodista. Las imágenes positivistas ahora tendrían su parte -su contraparte- más realista por más descarnados que fueran estos testimonios visuales. Veintidós imágenes contenidas en la edición original de 340 páginas, de narración verídica, que cambiarían la visión afeitada sobre una nación. No por nada varios detractores de Turner de entonces pusieron especial atención en comentar las fotografías que aparecían en *Barbarous Mexico*. Como fue el caso de Pierre N. Beringer, uno de los dos editores de la californiana *Overland Monthly* -en donde en alguna ocasión Turner colaboraría- y quien escribió en un número dedicado a México para rebatir al periodista incómodo. Así, como en tantos otros textos defensores de Díaz, Beringer escribe:

No le tomó muchos kilómetros de viaje para encontrar que los cargos fueron en gran medida fabricados de la nada, que contó con el apoyo de dibujos de la memoria y la memoria está muy cerca, familiarmente, de la imaginación. El cargo es que abiertamente en México algunas de las fotografías utilizadas se hicieron en Ocotlán, a cientos de millas del Valle Nacional. Falsos dibujos de

imitaciones y falsas fotografías, historias falsas de la conducta atroz de supervisores [hacendados, esclavistas, mayordomos, administradores] para reforzar un átomo de lucha de la verdad.³⁴⁵

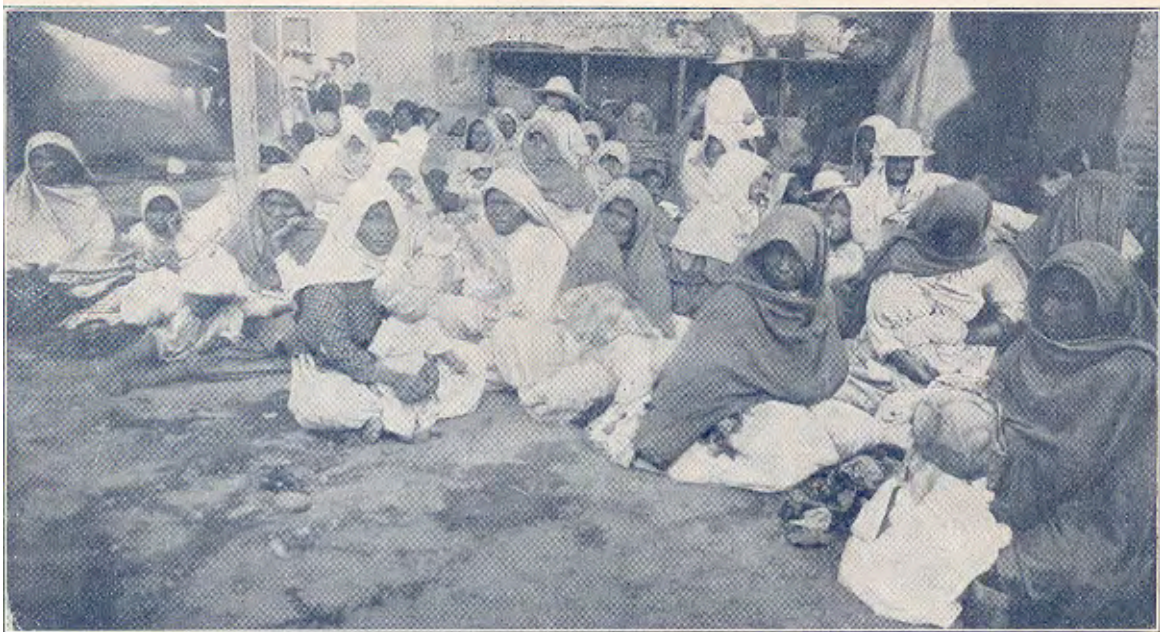
No cabe duda que *Barbarous Mexico* ofrecería un nuevo modo de percepción sobre un país, el cual para entonces apenas comenzaba otra etapa. Y esto siempre lo supo el periodista a lo largo de la escritura de sus testimonios. Y ante las adversas respuestas que llegarían que nos buscan más que ocultar las circunstancias sociales. En el prefacio a la tercera edición (tres ediciones en sólo cuatro meses), que fecha el 8 de abril de 1911, escribe:

Desde la primera edición de este libro..., las dos profecías que contiene se han cumplido: decía que México “está a punto de iniciar una revolución a favor de la democracia” y que “los Estados Unidos intervendrán con fuerzas armadas, si es necesario, para sostener a Díaz o a un sucesor dispuesto a continuar su asociación especial con el capital norteamericano”.

En el momento de escribir estas líneas hay cerca de treinta mil soldados norteamericanos que patrullan la frontera mexicana, y barcos de guerra de los Estados Unidos navegan en la proximidad de puertos mexicanos. Aunque ningún solo soldado llegue a cruzar la línea, ni los barcos disparen un solo tiro, se trata de una intervención efectiva. El propósito declarado es de aplastar la Revolución mediante el cierre de sus fuentes de aprovisionamiento e impedir que los patriotas mexicanos residentes en los Estados Unidos vayan a luchar por la libertad de su país... El objeto de este libro ha sido informar al pueblo norteamericano acerca de los hechos ocurridos en México con el fin de que pueda prepararse para impedir la intervención norteamericana contra una revolución cuya justicia es indiscutible.³⁴⁶

³⁴⁵ Pierre N. Beringer, “The Awakening of Mexico. Centenary of the República”, en *Overland Monthly*, California, Julio de 1910, p. 13.

³⁴⁶ J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, *op cit.* pp. 5-6.



SCENE IN A YAQUI "BULL PEN" ON THE EXILE ROAD BETWEEN SONORA AND YUCATAN

Y no por nada Francisco I. Madero, en la única entrevista que tiene con el periodista, en enero de 1913, le comenta a éste: “me manifestó que el *México bárbaro* le había ayudado mucho en la Revolución de 1910, pues permitió al pueblo estadounidense enterarse de que luchaba por la libertad...”³⁴⁷ Así: “El libro fue objeto de diversas reseñas que incluso lo anunciaban como el detonador de una guerra civil y como la publicación que marcaría una época de la historia mexicana... Cualquiera que sea el balance, sin duda *México bárbaro* marcó un hito en la historiografía estadounidense sobre México; desenmascaró las estructuras de un poder arbitrario compartido entre dos naciones y tuvo la valentía de denunciarlas cuando aún prevalecían”.³⁴⁸ El tiempo finalmente le dio la razón a John Keneth Turner.

³⁴⁷ Citado en Eugenia Meyer, *op. cit.*, p. 55.

³⁴⁸ *Ibidem*, p. 43.



BOY SLAVES ON A SUGAR PLANTATION IN THE HOT LANDS

Capítulo V. Cambio y transición



Robert Dorman, en Anita Brenner, *The Wind that Swept Mexico*, 1943

En el principio, Ciudad Juárez

Era irremediable: desde finales del siglo XIX, y hasta bien entrado el siglo XX, cientos de imágenes sueltas circularon de manera masiva en el comercio queriendo hablar de lo mexicano. Fotografías que eran adquiridas las más de las veces por los viajeros –o los editores- para posteriormente incluirlas en los libros, o en los reportajes sobre el país. El comercio extenso de éstas, postales impresas en offset o en papeles fotográficos, crearon otros imaginarios que reforzaron a los ya establecidos por medio de los libros. Y esto se daba más allá de nuestras propias fronteras -no únicamente desde el comercio local-- de la misma manera en que los libros iban dirigidos a los públicos europeos o estadounidenses, no necesariamente para ser vistos y leídos por un público nacional. Y

esto se generaba en zonas internacionales como apenas aquí en la frontera norte, a la vuelta de la esquina.



Existía la iconografía reconocible en tarjetas postales que tanto habían divulgado Winfield Scott como C. B. Waite y tantos otros. Había casos extremos, como el del editor H. H. Stratton, de la ciudad de Chattanooga, en Tennessee, que ante el retrato de una mujer de la Polinesia no dudó de adjudicarle su identidad como “A Mexican Indian Princess”, dado que era morena y estaba semidesnuda, como si acaso eso fuera algo identificatorio. Mientras que otros eran capaces de publicar extensos catálogos para que los editores (museos y viajeros) tuvieran variedad de dónde elegir como el propio Scott,³⁴⁹ W. H. Jackson³⁵⁰ o, desde Laredo, Texas, T. J. Cockrell quien se asumía como “artista-fotógrafo” y presumía poseer “los negativos de una de las más grandes y variadas colecciones de vistas mexicanas en este país”, además para el interesado “se remiten catálogos gratis a cuantos lo soliciten”,³⁵¹ o Robert Runyon quien difundía sus postales de temáticas mexicanas en todos los Estados Unidos Por ahí es que se daba el

³⁴⁹ *Mexican Curios & Souvenirs*, México, Sonora News Company, s/f [ca. 1910], en donde se exhibía la amplia variedad que Scott había producido.

³⁵⁰ Su anuncio en Adalberto de Cardona, *De México a Chicago y Nueva York, guía para el viajero*, Nueva York, 1892, en donde anunciaba “Vistas de la República de México”, “Cada colección a 85 centavos”.

³⁵¹ Su anuncio en Adalberto de Cardona, *De México a Nueva York, guía para el viajero*, San Francisco, 1890. Muy probablemente De Cardona era un ciudadano estadounidense de origen mexicano.

comercio de las postales: si no se podía estar en el lugar adecuado, o acceder a ciertas zonas, para eso existía el fotógrafo viajero (el fotoperiodista apenas se comenzaba a perfilar). Para dotar a las publicaciones de imaginarios convertidos en un solo tema: lo mexicano. Existían también álbumes que mostraban ambos lados de la frontera, documentos fotográficos como *Souvenir of El Paso, Texas*, de finos fotograbados, que de un lado mostraban a esa ciudad texana de altos y elegantes edificios, de una ordenada urbanidad, o de una industria boyante al lado de la ciudad; mientras que de este lado, de Ciudad Juárez, casas de adobe, calles polvosas, recua de mulas cargando madera, personajes sobre sus caballos, corridas de toros e iglesias coloniales. La diferencia era marcada, sí, pero también había ahí todo un sistema de selección –y elección— iconográfica: sobre qué aspecto era lo mostrable.³⁵² Desde el congelamiento, el detenimiento físico (la pose, pagada por momentos), las persistentes temáticas dirigidas, se daba una sujeción (y dirección).

Aunque esto no se acabó del todo, porque los pensamientos de antaño prevalecerán, algo comenzará a cambiar, con la llegada de nuevos líderes y con la irrupción de las masas hacia dentro de las imágenes. Una nueva manera de deslizamiento de las figuras dentro de éstas, de poderosas presencias ya no tan quietas. Ahora el indígena, o el mestizo, podía retar a la visión estereotípica y volverse un ente activo contra todo poder sujetador de la cámara. La pose, la persona --por momentos, ciertamente-- conllevaba una presencia orgullosa, sabedora de lo que ahora ya era capaz de transformar. Ya no tanto las miradas unilaterales (aunque siempre con sus asegunes). Mucho de ello mostraron las primeras imágenes de la Revolución que se originaron precisamente en Ciudad Juárez, en las primeras acciones de batalla. Por lo pronto, ya no más burros

³⁵² *Souvenir of El Paso, Texas, Photo-Gravures*, The Albertype Co., Brooklyn, N.Y., s/f [ca. 1910].

fijados en el tiempo del estereotipo con sus arrieros, los jacales de siempre y las corridas de toros, sino una nueva actitud de una sociedad en proceso de cambio.

En octubre de 1909, tuvo lugar el encuentro entre Díaz y William Howard Taft en las ciudades vecinas de El Paso y Ciudad Juárez, nada menos que el mes en que comenzarían a circular los artículos de John Kenneth Turner. Pocos se imaginaban para entonces que por ahí se colarían los vientos de la Revolución año y medio después, a principios de mayo de 1911. Un año en que:

Ciudad Juárez —escribe el historiador Pedro Siller—contaba con 11 781 habitantes y su única posibilidad económica parecía ser un débil comercio y un pujante desarrollo turístico, ya que tenía una grande y moderna plaza de toros construida en 1903, y un elegante hipódromo levantado en 1905. A diferencia de El Paso, Ciudad Juárez se permitía los juegos de apuestas, las peleas de gallos y de box, por supuesto, muchas de ellas promovidas por inversionistas estadounidenses asociados con mexicanos... Con el tiempo todo parecía converger allí: caminos, ferrocarriles, aventureros, revolucionarios, por lo que no resultaría extraño que si algo habría de suceder, acontecería allí precisamente.³⁵³

Y sucedió. Para el 20 de noviembre de 1910, Madero se encontraba en San Antonio desde donde proclamó el Plan de San Luis que llamaba a un levantamiento contra Díaz. De ahí se dirigió hacia El Paso, en donde permanece con todo su grupo, desde febrero de 1911 y en donde se abastecerán de armas y municiones. A principios de ese mes se daría la primera batalla contra las fuerzas federales en la estación de Bauché, muy cerca de Juárez, a cargo de Pascual Orozco.³⁵⁴ Y las cosas ya no se detendrían. Entre la expectación, y el miedo por lo que se acercaba, se dio un gran movimiento entre los habitantes de Juárez y la sociedad de El Paso. Ya para el 4 de febrero:

³⁵³ Pedro Siller Vázquez, *1911. La batalla de Ciudad Juárez. I. La historia*, Miguel Ángel Berumen (inv. iconográfica), Ciudad Juárez, Cuadro por Cuadro-Berumen y Muñoz Editores, 2003, pp. 27-29.

³⁵⁴ *Ibidem*, pp. 38-45.

Para sorpresa de todos, de repente aparecieron automóviles cargados con alrededor de 25 personas, muchas de ellas mujeres, que venían de El Paso a observar la batalla. “Nunca vi a un montón de gente actuar de manera tan tonta -escribió [Ira] Busch— les advertí que esto no era un espectáculo del 4 de julio, sino una guerra en serio... una mujer entre ellos me dijo que no me metiera en lo que no me importaba”. Entre tanto el combate arreció y las balas comenzaron a caer cerca del grupo de curiosos, una de ellas destrozó una roca y los pedazos hirieron a la mujer que pensó que había sido herida directamente, así que comenzó a gritar y a correr entre los matorrales donde dejó buena parte de su ropa. Todos los demás curiosos corrieron hacia los autos.³⁵⁵

A partir de ahí se comenzaría a formar el perfil de otro productor de imágenes. No aquél hacedor de postales inmerso en el costumbrismo. Tampoco el fotógrafo que desplegab sus imágenes, de retratos de personajes notables y eventos sociales, en los diarios para los que trabajaba. Sino, ahora, el fotoperiodista de guerra. “Jack Ironson –escribe George R. Leighton--, fotógrafo de deportes de la Internacional, se encontraba con los Gigantes en su viaje de primavera cuando le avisaron por cable que llegara hasta México y tomara fotografías del problema. Mientras estaba reflexionando sobre la extraña tarea que le estaban asignando, recibió otro cable: ‘Deja de esquivar las pelotas y comienza a esquivar las balas’”.³⁵⁶ No sólo él llegaría, sino decenas de otros tantos fotógrafos y periodistas que se iban a enfrentar, ahí, en Ciudad Juárez, a la primera revolución del siglo XX. Y es ahí cuando una gran cantidad de aficionados y profesionales entrarían a la escena. Unos haciendo negocios y enviando fotografías a las agencias y sus diarios y otros tomando imágenes como mero souvenir.³⁵⁷ Era tanta la producción de fotografías “que –escribe el historiador Miguel Ángel Berumen- llamó la

³⁵⁵ *Ibíd*, p. 52. Siller cita al médico Ira Busch, quien deja sus testimonios sobre la batalla de Ciudad Juárez en su libro *Gringo doctor*, Caldwell, Idaho, Caxton Printers, p. 163.

³⁵⁶ George R. Leighton, “The Photographic History of the Mexican Revolution”, en Anita Brenner, *The Wind That Swept Mexico. The History of the Mexican Revolution, 1910-1942*, Nueva York y Londres, Harper & Brothers Publishers, 1943, p. 288; hay versión en español *La Revolución en blanco y negro. La historia de la Revolución mexicana entre 1910 y 1942*, México, FCE, 1985.

³⁵⁷ Miguel Ángel Berumen publica varias imágenes de cómo los aficionados, en especial mujeres, se improvisan como fotógrafos, junto a profesionales, véase *1911. La batalla de Ciudad Juárez/ II. Las imágenes*, Ciudad Juárez, Cuadro por Cuadro-Berumen y Muñoz Editores, 2003, p. 127.

atención de algunos reporteros locales. Norman Walker, columnista de *El Paso Herald*, advirtió algunos excesos sobre el fenómeno fotográfico que estaba despertando la Revolución, y en su artículo ‘Las verdaderas bromas de la revolución, los corresponsales falsos en el campamento’, describía irónicamente la irresponsabilidad de algunas personas que creían ejercer el oficio de fotorreportero, por tan sólo tener una cámara de la que echaban mano”. Leighton agrega:

El grueso de las fotografías fue tomado por fotógrafos de noticias que estaban desempeñando su trabajo, o individuos que eran participantes o espectadores y tenían un interés particular en lo que estaba sucediendo . De acuerdo a W. A. Willis, corresponsal del *Herald*, “el lugar estaba bien provisto de fotógrafos independientes... Los reporteros no eran “artistas” sino tan sólo fotógrafos que se estaban ganando la vida; otros pocos tenían la idea de que sus fotografías serían publicadas. A algunos de estos reporteros la Revolución les provocó una fuerte sacudida... Uno de ellos dijo: “¿Sabes por qué los mexicanos iniciaron esta Revolución? Fue porque la mayoría de ellos eran esclavos”.³⁵⁸

Pero entre los profesionales apareció una celebridad, Jimmy Hare, quien había sido testigo de otras batallas (en Rusia, en Japón y en la guerra de los Boers, en Sudáfrica). Hare se encontraba tomando fotografías en San Antonio cuando supo de los problemas en Ciudad Juárez. Fue entonces cuando se dirigió a El Paso, a donde llegó el 9 de mayo de 1911. Evitando a la multitud de periodistas que se encontraban del lado estadounidense, cruzó en medio de la noche hacia Juárez, junto con un reportero de Omaha y un fotógrafo de El Paso. Todavía para esas hora, había poco movimiento y Hare pensó que era demasiada la publicidad que se le había dado al movimiento de Madero, “pero al día siguiente, cuando regresó a Ciudad Juárez, vio que la lucha se había desatado de veras”.

De repente Hare, que se había refugiado en una cantina huyendo de los francotiradores, se fijó en un hombre que cruzaba por la calle, cubierto de

³⁵⁸ George Leighton, *op. cit.*, pp. 288-289.

cruces rojas y llevando una bandera blanca. Él era el enviado de Madero. Hare descubrió que era Gerald Brandon, un fotógrafo de Panamá... y obtuvo su consentimiento para acompañarlo. Cuando Hare y Brandon regresaban de su misión, se sobresaltaron al oír disparos y alaridos que venían del otro lado de la ciudad. El general Navarro [a cargo de las fuerzas federales] se creía en control de la situación, pero este inesperado ataque -la primera aparición revolucionaria de Francisco Villa— dio por resultado la captura de la ciudad y originó formalmente la Revolución. Hare, la celebridad, tomó sus fotografías, pero la competencia de nuevo estilo ya estaba muy cerca detrás de él.³⁵⁹

A tanta balacera y celebridades que querían ser testigos del inicio de la caída de Díaz, se les unirá Robert Dorman, un fotógrafo que precisamente se improvisó como reportero allí mismo. Hasta ese momento Dorman era un aventurero que había llegado circunstancialmente a la ciudad de El Paso en el día de año nuevo de 1911. Ahí se enteró de que estaba a punto de darse un conflicto del otro lado del Río Bravo. Dorman había tenido alguna experiencia como fotógrafo aficionado y eso le sirvió para unirse a una banda de revolucionarios. “En cierto momento -escribe Leighton- descubrió que le podía ir mejor trabajando por su cuenta como fotógrafo que en la guerrilla. Formó una sociedad con E. C. Aultman, un fotógrafo de El Paso y se dedicó seriamente a fotografiar el proceso de la revolución en el norte de México. Posteriormente adquirió y equipó un vagón de carga y este vagón, enganchado a los trenes de Villa, viajó por todos lados siguiendo la lucha”.³⁶⁰

Desde ese momento la producción fotográfica fue enorme. Porque varios, como se ve, se improvisaban como fotógrafos, además de los múltiples profesionales que llegaron cumpliendo órdenes y siguiendo a cada uno de los ejércitos. Y ante tanta necesidad de información gráfica, por parte de diarios y revistas, la producción siguió aumentando. Nuevamente las imágenes sueltas --con textos explicativos detrás, en el formato de

³⁵⁹ *Ibidem.*, p. 289.

³⁶⁰ *Ibid*, p. 290.

tarjeta postal-- se convirtieron en el gran producto que circulaba de mano en mano (el tamaño de la postal permitía llevarse en la bolsa de una camisa, o en el pantalón, de ahí su gran éxito desde las guerras de finales del siglo XIX) y, además era enviado por los soldados a sus casas.³⁶¹ Circularon también muchos diarios y revistas ilustradas —masiva difusión más allá de este estudio— que dieron cuenta del movimiento y que se alimentaron de cientos de imágenes, ¿pero qué sucedía con los libros, específicamente qué publicaron tantos corresponsales extranjeros al respecto? El historiador Miguel Ángel Berumen ya nos ha advertido los diferentes medios visuales en que circuló la imagen de la Revolución, entre ellos los libros, con todo y que éstos comenzaron a darse a cuenta gotas en su momento o posterior a éste. Un caso extraordinario, que nos dio a conocer Berumen, es *Hacia la Verdad*, del periodista Gonzalo G. Rivero y con fotografías de Samuel Tinoco. Un libro inusitado que con la inmediatez periodística apareció en 1911, impreso por la empresa de la *Semana Ilustrada*.³⁶² De cómo quedó Ciudad Juárez después de esos primeros días, nos lo relata el corresponsal:

Se trata de fotografiar distintos aspectos de la ciudad después del combate, y de retratar de paso, esta vez a pluma, el aspecto actual de cuanto la histórica ciudad encierra.

Es en calurosa mañana. Un sol de fuego nos acaricia rudamente, mientras a través de los escombros y ruinas buscamos enconadamente la vista fotográfica digna de pasar, por su importancia, a la placa que ha de popularizarla... todo

³⁶¹ Para el caso mexicano del periodo de la Revolución, véase Paul J. Vanderwood y Frank N. Samponaro, *Border Fury. A Picture Postcard Record of Mexico's Revolution and U. S. War Preparedness, 1910-1917*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988. Vanderwood y Samponaro estudian cómo las imágenes en tarjeta postal fomentaron el estereotipo del mexicano, digamos, ante dos "Typical Mexican Soldiers", ellos colocan el siguiente pie de fotografía: "Estos dos individuos descritos como 'típicos soldados mexicanos', se ajustaban a la imagen (e incluso ayudaban a reforzarla) estereotipada estadounidense de los mexicanos como un pueblo violento"; o bien, exhiben una postal enviada por el propio fotógrafo Walter H. Horne a su madre y a cuyo pie de imagen escribe: "Las postales de Horne reforzaban consistentemente el estereotipo estadounidense negativo de los 'mexicanos típicos', un punto de vista que también compartía Horne. Cuando envió esta tarjeta a su madre el 3 de septiembre de 1912, le explicaba: 'Éste es uno de los muchos grupos de mujeres que siguen al ejército mexicano, preparando la cena. Observa el charco de suciedad. Las pulgas no se ven'", imágenes en pp. 45 y 84.

³⁶² Gonzalo G. Rivero, *Hacia la verdad. Episodios de la revolución*, México, Compañía Editora Nacional, 1911.

de cuanto más bello hubo en Ciudad Juárez yace ¡oh, dolor!, convertido en ahumada reunión de inseguros paredones.

En cambio, mántiense sanas y salvas las tristes casas de adobes, que al confundirse con la tierra, sugieren la extraña idea de un pueblo de trogloditas.

La Biblioteca, el Correo, casas céntricas de comercio, todo fue pasto de las llamas y del saqueo, porque hubo saqueo y recio, hubo aunque se diga lo contrario...³⁶³

Mientras, el periodista Timothy Turner relatará muy a su manera la batalla de la toma de Ciudad Juárez, en esos primeros días de mayo de 1911:

Primero, escuché los gritos de las mujeres, continuos y poco a poco aumentando en volumen. Luego cuatro mujeres bajan y dan vuelta en el camino por el que llegaron, hacia el campamento que yo conocía, iban montando a caballo y con tropas caminando junto a los caballos. Una estaba desnuda hasta las caderas con un vendaje alrededor de su torso, su cabello caía sobre su espalda. A muy pocos pasos del caballo, lloraba de dolor y sus hermanas heridas se unieron a la horrible música. En otros caballos cabalgaban soldados heridos, gimiendo y ligeramente colgados sobre los hombros de los caballos y llevados por los jinetes sentados sobre la silla de montar. Era un espectáculo terrible pero también fascinante, las apariciones de las mujeres con el vaivén de su negra cabellera, las tropas con sus atractivos uniformes azules adornados con rojo, sus extraños y supremos quepís barnizados de negro, y con barbas de candado, sus finos, grandes y solemnes caballos cabalgaban como si fuera un día cualquiera de trabajo.³⁶⁴

El propio periodista también relatará bajo qué condiciones se daban las noticias, y se hacían fotografías, tanto por parte de los periodistas como de los fotorreporteros, en medio de la balacera.

Conocí al General Brandon de *El Diario*, quien se había ido una hora antes que yo. Estaba paseando con su pequeña cámara en una mano y su bastón en la otra y su monóculo parpadeando a la luz del sol. A mi llamado, él se quitó el sombrero al puro estilo mexicano... Más tarde me encontré a Hare, el

³⁶³ *Ibidem*, pp. 16-18.

³⁶⁴ Timothy G. Turner, *Bullets, Bottles and Gardenias*, Dallas, Texas, South-West Press, 1935, pp. 45-46.

fotógrafo, y nos fuimos juntos por un buen camino hasta que nos separamos debido a un desacuerdo. Éste fue el siguiente: Hare, un inglés que había visto mucha pelea alrededor del mundo, un corresponsal notable de la cámara, tenía la teoría de que era más seguro caminar al centro de la calle que mantenerse cerca de las casas. Explicó todo esto y, mientras el argumento apelaba a mi sentido de la lógica, mis instintos naturales estaban en su contra. Así que me mantuve cerca de las casas mientras Hare, sosteniendo su cámara siempre lista delante de él, se fue por otro camino. Hare era un tipo pequeño y llevaba una barba puntiaguda, e hizo una imagen husmeando por allí -contra un fondo de cielo azul y escarpadas paredes de adobe- de las casas que habían sido destruidas, como si fuera un caballero aficionado a la fotografía tomando algunas instantáneas de las ruinas de una misión española en California.

Cuando llegué a la jefatura de armas, en el otro extremo de la ciudad desde el cuartel vi que los federales habían sido expulsados de allí con muchas pérdidas. La calle estaba sembrada de cadáveres, en su mayoría de pequeños “pelones” en sus burdos uniformes azules, sus pies calzados con sandalias y sus cabezas rapadas, de ahí su apodo.

Allí, colgando de la ventana de la oficina del comandante, vi algo que me sobresaltó. Era el cuerpo del coronel Tamborel, la cabeza despedazada a la mitad y el torso acribillado. Noté que sus manos habían sido atadas atrás de su espalda y estaba claro qué había sucedido. No lejos de allí, yacía el cuerpo del joven capitán con quien había estado en el canal de riego en Bauche con el doctor holandés. Todavía tenía en sus manos la pistola Muster con la funda de madera.³⁶⁵

Y esto apenas era el principio de la lucha armada.

Viajeros, periodistas y corresponsales

¿Pero qué pasó con tanto corresponsal extranjero, en donde se podrían incluir a periodistas y fotorreporteros? Como veremos -y expresamente en libros- muchos de ellos comenzaron a publicar sus memorias años después, algunos ya en su madurez. Esto hace que, en relación a nuestro tema, haya más testimonio escrito originalmente

³⁶⁵ *Ibidem.*, p. 63.

como reportaje para diarios y revistas que libros que hablen de manera inmediata sobre el tema. Salvo los casos excepcionales que abordaremos.

Veamos. El *México insurgente* del periodista John Reed se formó a partir de los reportajes y crónicas escritas que éste hizo para el *Metropolitan Magazine*, del que fue corresponsal en México durante la Revolución. Y con todo y que Reed produjo él mismo sus propias fotografías, su libro de crónicas no las contendría.³⁶⁶

Paradójicamente, *México insurgente* no se conocería en español sino hasta 1954 en que se publicó en forma de libro, mientras que en inglés apareció casi inmediatamente.³⁶⁷

Por su lado el periodista Timothy G. Turner no publicará *Bullets, Bottles and Gardenias* sino hasta 1935, más veinte años después de los sucesos que relata sobre Ciudad Juárez y la Revolución, con algunas notables imágenes que preservó.³⁶⁸ Por su lado el guerrillero sueco Ivor Thord-Gray daría a conocer sus memorias sobre la revolución hasta 1960, *Gringo Rebel (Mexico 1913-1914)*, más de 40 años después de los sucesos que relata sin que su libro contenga imágenes.³⁶⁹ En el caso de Jack London, corresponsal para *Collier's Weekly*, se sabe, por sus propios testimonios, que traía un cámara consigo pero sus reportajes reunidos sobre México sobre la intervención estadounidense de 1914 son esencialmente reportajes escritos, algunos con fotografías de Jimmy Hare, fotógrafo de la misma revista. Sus reportajes reunidos en español no serían conocidos sino hasta 1990.³⁷⁰ O bien, los testimonios de la noruega Margaret

³⁶⁶ Señala Leighton: "Reed y muchos de los corresponsales tomaron fotografías ellos mismos", véase George R. Leighton, *op. cit.*, p. 290.

³⁶⁷ Nosotros consultamos aquí *México insurgente*, 3ª ed., Barcelona, Planeta-Ariel, 1974; véase además *Insurgent Mexico*, Nueva York y Londres, D. Appleton and Company, 1914, a esta primera edición no pudimos acceder. La edición en español fue publicada en México por el Fondo de Cultura Popular en 1954.

³⁶⁸ Timothy G. Turner, *op.cit.*

³⁶⁹ Nosotros consultamos aquí la edición en español, véase Ivor Thord-Gray, *Gringo rebelde. Historias de un aventurero en la Revolución mexicana (1913-1914)*, Jorge Aguilar Mora (pres.), México, Ediciones Era, 1985. La edición original en inglés fue publicada por University of Miami Press, 1960.

³⁷⁰ Jack London, *México intervenido. Reportajes desde Tampico y Veracruz*, Elisa Ramírez Castañeda (trad. intr. y notas), México, Ediciones Toledo, 1990. La edición en español contiene imágenes del Archivo General de la Nación y la Asociación Civil José F. Gómez, que corresponden al evento intervencionista pero sin relación directa con los reportajes de London.

Ann Plahte, esposa de un diplomático en México, originalmente fueron cartas enviadas a sus suegros. La edición moderna de esta correspondencia contiene imágenes y pinturas, que se adicionaron para dar a conocer más ampliamente a esta viajera.³⁷¹ O bien algunos relatos testimoniales que involucran nuestra temática se escribieron años después de haberse dado con todo, estos testimonios --junto a los que expresamente incluyen fotografías y que utilizan a éstas para construir su discurso— son valiosa fuente de referencias sobre la conciencia extranjera sobre México y, desde luego, como documento de época que deja testimonio de un tiempo preciso. Digamos, el inicio de la Revolución en el estado de Chiapas da comienzo con una terrible imagen narrada por B. Traven en su libro *Tierra de la primavera* publicado originalmente en alemán en 1928. Ahí describe cómo se da un levantamiento indígena en la capital de ese estado y qué imagen circuló.

No poseían armas. Empuñaron las herramientas primitivas que utilizaban para cultivar la tierra, y formaron una columna que marchó hasta la sede del gobierno chiapaneco en Tuxtla Gutiérrez para buscar al gobernador ¡Fueron recibidos como corresponde al buen ejemplo que la civilización sabe dar! Las tropas del gobierno conservador salieron a su encuentro en la carretera, a varios kilómetros de la ciudad. Los soldados apresaron a unos cuarenta indígenas y los llevaron al palacio del gobernador, donde les fueron cortadas las orejas. La atrocidad se llevó a cabo de la manera más cruel imaginable, cercenándoles el órgano de un machetazo. En muchos casos el arma se llevó también la mejilla. Luego, estos seres infelices debieron posar para retratos oficiales y fueron enviados de regreso a sus pueblos, a fin de que sus respectivos pueblos se enterarán de lo que les esperaba si volvía a obtener la osadía de acudir con el gobernador para pedirle una opinión acerca de sus derechos ancestrales. Las fotografías aún existen; el viajero las puede encontrar y contemplar entre los

³⁷¹ Margaret Ann Plathe, *Indómita. Cartas a Noruega sobre la Revolución mexicana*, Camilla Plathe (comp. y selecc.), Lorenzo Meyer (pról.), México, Dirección General de Publicaciones-Conaculta, 2010.

habitantes de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Apenas tomadas, las tiendas las vendían en cinco o diez centavos cada una. Eso sucedió en 1911.³⁷²

Tierra de primavera es el único libro de Traven de no ficción. Para entonces, su autor se asumía como fotógrafo, de hecho con tal perfil profesional formó parte de una expedición a la selva Lacandona en 1926 de donde surgiría este libro.³⁷³ *Tierra de primavera* en un libro de viajes en donde hay una gran admiración por la cultura indígena de Chiapas, de la misma manera en que se duele al exhibir el testimonio anterior.

Los muy diversos testimonios, tanto escritos como en imágenes, continúan mostrando cómo el viajero percibe, ahora, a los dirigentes de la Revolución. A Ivor Thord-Gray no le hizo falta una cámara para retratar a Francisco Villa a su muy personal manera para sus lectores estadounidenses varias décadas después de que muriera el revolucionario, o por lo menos cómo era que él lo recordaba cuando lo conoció en 1913:

Los ojos los tenía inyectados de sangre, como si le faltara sueño. Un sombrero echado hacia atrás ocultaba el cabello. Vestía unas polainas de cuero suave que llegaban arriba de las rodillas. Su rostro tenía un aspecto sucio, pero una sonrisa simiesca, no desprovista de benevolencia, le iluminaba el semblante, que por lo demás parecía duro y rústico... Me parecía haber visto mandriles en Sudáfrica que lucían más apuestos que Villa en ese momento.³⁷⁴

A Thord-Gray, quien realmente era un soldado de fortuna y un tanto mitómano, se le debe, sin embargo, el poner de relevancia la presencia de los yaquis y los tarahumaras

³⁷² B. Traven, *Tierra de primavera*, Angélica Scherp (trad.), Alberto Vital (pról.), México, Conaculta, (Mirada viajera), 1996, p. 33. El título original es *Land des Frühlings* y apareció originalmente con fotografías tomadas por el propio Traven en 1928. Hubo una tercera edición en 1935.

³⁷³ “Salió rumbo a Chiapas la expedición científica”, *Junosta*, Veracruz, 1º de junio de 1926. Agradezco a la Dra. Deborah Dorotinsky la referencia.

³⁷⁴ Ivor Thord-Gray, *op. cit.*, pp. 39-40. Otro soldado mercenario, Edward S. O’Reilly, quien después se convertiría en corresponsal para la Associated Press, mostró en su libro de memorias unas fotografías de Villa que para el momento de su publicación resultaron inquietantes –por la figura y el rostro del general Villa– para el público estadounidense. Su narración sobre la Revolución resulta más bien fragmentaria, a manera de diario, ya que se ocupa en relatar su autobiografía en sitios como China, Filipinas Venezuela o Cuba, además de México. En realidad se trataba de retratos que después circularían profusamente sobre el caudillo. Véase *Roving and Fighting. Adventures Under Four Flags*, Nueva York, The Century Co., 1918. Sobre O’Reilly, véase también la “Presentación” de Jorge Aguilar Mora a Ivor Thord-Gray, *Gringo rebelde*, *op. cit.*, pp. 16-17.

dentro de la filas villistas. Él los llega a admirar como exploradores y combatientes. Pone de relevancia su fuerza. Ellos eran Tekwe (“un indio de aspecto muy apuesto”, dirá de éste) y Pedro, y de ambos escribe: “dos indios orgullosos y de hermoso aspecto –escribe- se reportaron a mis órdenes como exploradores y mensajeros entre el general Villa y los cañones. Eran indios puros del numeroso grupo tarahumara... Pedro y yo nos hicimos amigos cercanos, es decir amigos en el sentido indio de hermanos de Sangre”. Por ahí es que se comienza a asomar un cambio de actitud. Esto es, estos grupos étnicos ya no son enemigos de ningún régimen como lo fueron del Estado porfiriano. Ahora se han integrado -los han integrado las diversas facciones- a la lucha armada y se encuentran a nivel de cualquier combatiente. Y decenas de fotografías dan cuenta de ello, como las generadas por Otis A. Aultman.³⁷⁵ Thord-Gray es testigo de cómo ciertos caudillos (Carranza, digamos) recelan de la efectividad de la fuerza guerrera de los yaquis, mayos, tarahumaras y mayos y sus, al parecer, endebles armas cuando se integraron a sus ejércitos. “Casi convencieron a Carranza –escribe- y, de no haber sido por Obregón, se hubieran desechado los arcos y las flechas, lo que hubiera sido necio porque no teníamos armas de fuego que darles”.

De hecho –continúa Thord-Gray-, sin los arcos y las flechas de los yaquis y mayos la revolución de 1913-1914 podría no haber alcanzado su exitosa conclusión. Durante las difíciles jornadas en el matorral de Sonora, Sinaloa y Tepic, el arco fue el arma suprema. Los federales, con rifles y ametralladoras modernos, a menudo se veían forzados a evacuar sus posiciones. Estos indios notables, con sus arcos, flechas y largos cuchillos, recuperaron miles de rifles

³⁷⁵ Mary A. Sarber, *Photographs from the Border. The Otis A. Aultman Collection*, El Paso, El Paso Public Library Association, 1977. Otra visión sería la de las tropas de soldados negros en el ejército de los Estados Unidos detenidos por las fuerzas constitucionalistas en junio de 1916, cuando se integraron a una expedición punitiva en México después del ataque de Villa a Columbus. De estas imágenes y de cómo quedó esa población de Nuevo México queda el testimonio, sin autor, de *México en 1916*, San Antonio, Texas, Librería Quiroga, 1917.

federales. Fue el arco el que nos consiguió las primeras armas de fuego tan necesarias para las batallas que nos esperaban.³⁷⁶

Thord-Gray se hace muy amigo de Timothy Turner, corresponsal de Associated Press y de George Weeks del *New York Herald* durante su estancia en México.³⁷⁷ Y es Turner quien en su libro también deja testimonio de la presencia yaqui.

Estos yaquis han estado en guerra casi perpetua contra el gobierno mexicano. Bajo el régimen de Díaz, enviaron a miles de ellos como exiliados al sur de México, pero se quedaron los suficientes de la tribu para seguir causando problemas. Los constitucionalistas los utilizaban como tropas...El yaqui sigue siendo rebelde. Justo debajo de la nación yaqui, a lo largo de la línea en el estado de Sinaloa, en el valle de Río Fuerte, están los mayos, no se deben confundir con los mayas de Yucatán. Los mayos no son tan belicosos ni tan crueles como los yaquis, no obstante son muy buenos guerreros, y ellos también fueron utilizados como tropas por los constitucionalistas. Eran una tribu mucho más poblada que la yaqui y más justa en el trabajo, pero cuando yo estuve ahí, me di cuenta que también están más atrasados que los yaquis en cuestiones bélicas, muchos aún conservan sus arcos y flechas, mientras que los yaquis estaban [ya] todos armados con rifles.³⁷⁸

Es el propio Timothy Turner, quien por otro lado ofrece un testimonio vívido de un fusilamiento. En su libro, *Bullets, Bottles and Gardenias*, inserta una fotografía de un fusilamiento, aunque bien advierte que no es la ejecución que narra y que presencié. Más bien la imagen que publica corresponde a la ejecución del general villista Santiago Ramírez, hacia mediados de 1913 (“Mexican Know How to Die”, titula a la imagen), que es llevado a cabo por tropas federales (debemos pensar que huertistas). Un general que además se viste elegantemente para su muerte: “El general se ha vestido adecuadamente para la ocasión con su mejor traje y sombrero negro”, coloca al pie de foto.

³⁷⁶ Ivor Thord-Gray, *op. cit.*, p. 96.

³⁷⁷ De este corresponsal, véase George F. Weeks, “Mexico from a ‘Side Door Pullman’ and Otherwise”, en *Mexican Magazine*, vol. II, núm. 4, México, septiembre de 1926.

³⁷⁸ Timothy G. Turner, *op. cit.*, pp. 89-90.

En el caso que narra, se trata de un hombre de negocios al que se le descubre como informante de las tropas huertistas en Hermosillo. Y es el propio general Álvaro Obregón quien en los primeros días de 1914 lo invita a él y a otros corresponsales para ser testigos del hecho. “¿Les gustaría ser testigos de la ejecución?”, les pregunta. Nos gustaría”, le responden. El suceso se dará en una oscura madrugada, justo a las cinco de la mañana, por lo que tenían que partir mucho antes del hotel. “Nunca habíamos visto a este hombre –escribe- que iba a caerse en la ‘noche’. Pero en el día [anterior] alguien nos señaló a tres mujeres en el vestíbulo del hotel quienes eran la esposa y las hijas del prisionero. Sí, se les había informado sobre la ejecución. Al día siguiente estarían de luto camino a la sepultura”. “No nos gustó este asunto –agrega- así que bebimos largo y mucho en el bar del hotel”. Un auto los conduce hacia un sitio en esa negra mañana a donde los estaban esperando un grupo de soldados: “ ‘Los estábamos buscando’, dijo el oficial, ‘pero llegan justo a tiempo. La orden dice que en una determinada hora y yo tengo que cumplir, aunque esté muy oscuro. No me gusta esto, de todas formas es un mal negocio. Si un hombre debe ser ejecutado es mejor que sea de una buena vez, como dice el refrán, *‘mátelos en caliente’*, pues no tengo otra opción””. Después extiende su testimonio:

El prisionero se quedó en silencio de manera sombría. Pude ver su rostro, pero era una opaca masa blanca, por la mala iluminación sus rasgos no se distinguían. Sus manos fueron desatadas y se quedó allí como si hubiera venido, como nosotros, a ver la ejecución. El capitán traía consigo seis hombres armados con rifles. Parecía que estaba oscureciendo, y el capitán ahora se encontraba apurado. “Por favor, señor”, le dijo al prisionero, “sería tan amable de ponerse contra la pared”. Me di cuenta de que no estábamos en el cementerio, sino a unos cuantos metros cerca de una puerta de entrada.

El prisionero inclinó la cabeza en signo de comprensión y se dirigió rápidamente hacia la pared. No había dicho una sola palabra desde que llegamos. Fue el momento más oscuro de la noche, me di cuenta, de esos

momentos justo antes del amanecer, cuando la vitalidad animal está en su punto más bajo; cuando el enfermo muere, cuando el sueño es el más profundo; la hora en que toda la naturaleza parece estar serena por un momento, dudando, antes de comenzar un nuevo día.

El capitán maldijo en voz baja en la oscuridad. Se dirigió de nuevo al prisionero. “Por favor señor, quítese su abrigo”.

Ahora estaba allí, en mangas de camisa, la cual era blanca, se paró rápidamente contra la pared. Pero seguía oscureciendo, y el capitán se ponía cada vez más nervioso. Sus seis hombres se habían alineado y ya tenían listos sus rifles. Se les ordenó dar tres pasos al frente, y luego otros tres más hasta que quedaron a sólo unos cuantos metros del prisionero. Entonces, el único satisfecho era el capitán.

Lo único que podía ver del prisionero, desde donde yo estaba parado, eran la camisa, su cara y sus manos. Me recordó a un hombre sin piernas, un hombre suspendido a la mitad en un escenario de algún mago. El oficial ordenó a sus hombres disparar sus proyectiles y apuntar, en ese justo momento por primera vez el prisionero habló. Su voz aun así era terriblemente calmada. “Capitán, capitán, apunte bien al corazón”. Los seis rifles estallaron, y los hombres bajaron sus armas. Pero aún así la camisa blanca no se cayó. Permaneció allí como lo había estado, contra la pared. El capitán le gritó a sus hombres: “listo”. Pero ahora veíamos que la camisa se movía, que caminaba hacia adelante. Los soldados retrocedieron al momento en que el cuerpo cayó boca abajo sobre el suelo. Ahora entendíamos. El hombre se había recargado tan rígidamente, con la espalda apoyada a la pared, que así se había quedado durante uno o dos minutos después de que le habían quitado la vida.³⁷⁹

En la fotografía del general villista, Ramírez, Turner también advierte: “Ésta no es la ejecución que presencié el autor, pero es un camposanto similar”. Lo que hace deducir que adquirió la fotografía por otros medios y que tales ejecuciones eran naturalmente registradas con la cámara. Pero también los fusilamientos emergen en la escritura de los corresponsales, no únicamente en imágenes. Manuel Fernández Cabrera, escritor cubano quien llegó como corresponsal del *Heraldo de Cuba* a México, en 1914, dejó

³⁷⁹ Timothy Turner, *op. cit.*, pp. 116-118. El subrayado es del autor.

muy diversos testimonios en las páginas de su libro sobre la Revolución publicado de manera pronta en 1915. En *Mi Viaje a México* escribe:

El senador por Chiapas, doctor Belisario Domínguez, enérgico opositor de Huerta, cena el 8 de octubre de 1913 en el restaurant del Jardín, en compañía de su pequeño hijo de 12 años, cuando la policía lo aprehende, y a las siete de la noche, lo embarcan en el automóvil “amarillo” y lo conducen al cementerio nuevo de Coyoacán. Pero como antes de llegar pasan por el sanatorio del doctor Urrutia, juzgan conveniente participarle a este médico, célebre en los anales del crimen, que le conducen al senador Domínguez, y el cirujano pide que se lo presenten, lo tiende en su mesa de operaciones, lo anestesia, le amputa la lengua y el venerable senador es fusilado esa misma noche, vuelto en sí pero mudo.³⁸⁰

Ésta es una de las varias ejecuciones de las que da cuenta. Lo singular es que Félix F. Palaviccini realiza un epílogo al libro en donde clasifica a cada uno de los corresponsales extranjeros. Para los tiempos que corrían: “Nos hemos acostumbrados – dice- al turismo periodístico, más singular y exótico en su literatura que en la indumentaria de sus letrados viajeros”. Así, el periodista americano está “inspirado por tendencias económicas, casi siempre buscando una riqueza escondida que pueda explotarse por los hombres de su país, o una mentira muy gorda, muy inflada, que pueda publicarse a siete columnas de una edición extraordinaria; es silencioso; hosco, melancólico”; el periodista francés, “viene siempre a sueldo de empresas comerciales o mineras... y con un espíritu de judío, analiza y estudia a nuestro país con mayor superficialidad y trivialidad más grande que corresponsal de ningún otro país”; y en general el criterio europeo, para juzgar las políticas nacionales, es singular para Palaviccini: “para ellos México es un territorio en el cual los extraños pueden realizar todo género de explotaciones sin considerar las leyes del país, las costumbres y los

³⁸⁰ Manuel Fernández Cabrera, *Mi viaje a México a propósito de la Revolución*, Félix F. Palaviccini (epílogo), La Habana, Imprenta del Avisador Comercial, 1915. Este libro no contiene imágenes fotográficas.

habitantes”.³⁸¹ No andaba tan desencaminado Palavicini. Y también marca su distancia con el corresponsal cubano: “pudiendo rectificar éste o aquel concepto, desmentir aquel otro, ampliar muchos, me abstengo respetuoso de la propia visión del escritor, que trasmite a sus lectores impresiones muy personales”. Y cómo no, si como cualquier otro viajero, Fernández Cabrera expone sus muy particulares opiniones. Describe a un indígena que lo acompaña en un tren. “tenía cabeza afilada, dolicocefala; frente primitiva en fuerza de escasa; ángulo facial obtuso... piel opaca, de pigmento amarillento; hombros encogidos y enclenque; orejas débiles e inquietas, como las de una liebre, o la de dos liebres –para el estudio da lo mismo; ademanes pocos y raquíticos. Ergo: raza inferior...”.³⁸² Palavicini también se desmarca del capítulo “Niños militares”, “adolece de ser tendencioso, y por ello censurable”. En ese pasaje, Fernández Cabrera hace escarnio de un niño, en la plaza de Veracruz, que pasa por soldado y que imagina una batalla. Con bastante ironía el escritor cubano le pregunta: “¿A quién mataste?”. A lo que el infante le responderá: “A cuatro zapatistas y seis ‘gringos’”. Para el periodista aquello se vuelve risible, como para el público alrededor, hasta que el niño decide alejarse: “sin olvidar su fusil, fusil-rifle de aire comprimido, medio roto en prenda de mucho uso... No sin antes haber quedado fija su imagen de más apuesta actitud, de aire más bravucón, en audaz maquinita ‘kodak’, para acaso, llegada la primavera, ser exhibido con otras peregrinas rarezas, por algún escaparate del severo Londres...”.³⁸³ Esto es, estas singulares figuras que habían surgido con la Revolución se habían convertido, para el registro extranjero, en los nuevos “tipos populares”, tan comercializados en el siglo XIX. Ahora con sus armas en las manos, que ya algo distinto decían. Dígalo si no, el testimonio que hace de una soldadera en Tampico, otro de estos corresponsales, Jack London, a mediados de 1914.

³⁸¹ Felix F. Palavicini, “Epílogo”, en Manuel Fernández Cabrera, *ibidem*, pp. 275-281.

³⁸² Manuel Fernández Cabrera, *ibidem*, p. 170.

³⁸³ *Ibid*, pp. 41-48.

Cruzamos en una panga a la orilla sur del Pánuco y traté de tomarle una fotografía a una tímida soldadera con falda. En vano, hasta que logré el favor del coronel al mando tomándole una a él y a sus oficiales. Estaban tan complacidos que me dieron cuanto poseían y ordenaron a la soldadera que enfrentara la cámara. El orgulloso coronel hasta interrumpió sus actividades para decorar a la soldadera con su propio cuchillo, pistola y cartuchera. Ella era joven, fuerte, sin corsé, vestida de algodón, india pura; según me enteré, llevaba dos años cabalgando con los revolucionarios. Venía de muy al norte y su destino final era la ciudad de México.³⁸⁴

Toda una puesta en escena para conseguir el *souvenir* y gracias al sometimiento del Otro. Otras experiencias ya lo habían dejado claro.

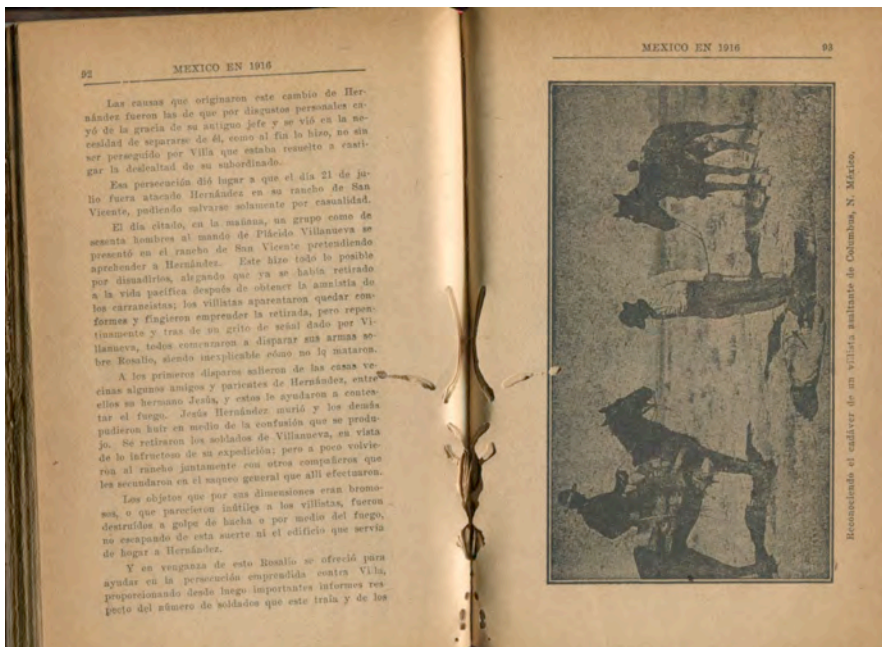
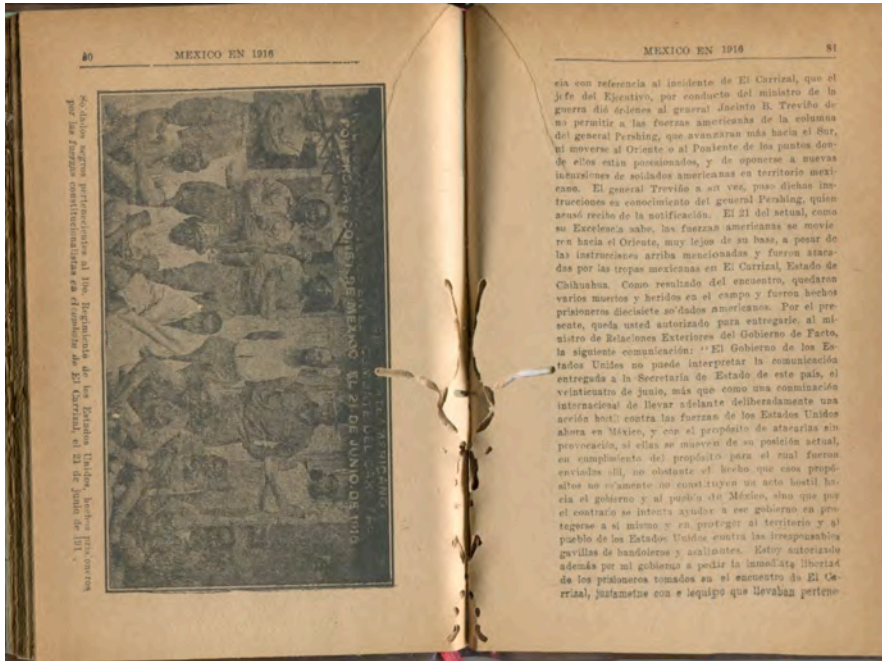
Los libros –nunca en competencia con los diarios y revistas- comenzarán poco a poco a insertar imágenes del momento, o de determinados momentos del periodo revolucionario. Aunque no siempre de manera amplia. En la década de los años diez esto no se dio de manera inmediata, esto es, en la década más álgida de la Revolución. Ahí estaría el libro de Edward S. O'Reilly, *Roving and Fighting* de 1918 que inserta algunos retratos de Francisco Villa, aunque se ocupa más de la autobiografía de su autor.³⁸⁵ O *México en 1916*, de autor anónimo, publicado en San Antonio, Texas, sobre los sucesos de la incursión a Columbus por parte de las tropas villistas. Con escasas imágenes mal impresas, en donde se ven algunos soldados estadounidenses detenidos en la frontera norte por tropas constitucionalistas, después de la batalla de El Carrizal de junio de 1916, o soldados villistas caídos en los campos de Columbus (“Reconocimiento de cadáver de un villista asaltante de Columbus, N. México”, reza uno de los pies de foto). Aunque escrito en español, este libro con incipientes imágenes de los sucesos de Columbus, tiende a estar de lado del punto de vista estadounidense.³⁸⁶

³⁸⁴ Jack London, *op.cit.*, p. 105.

³⁸⁵ *Op. cit.*

³⁸⁶ *Op. cit.* interesante es el hecho de cómo las tropas constitucionalistas mantienen detenidos a los soldados negros y cómo éstos son llevados a Ciudad Juárez “para ser entregados en el Fuerte Bill”, imágenes en pp. 80 y 85.

Otros más como el *Mexiko* de Geo A. Schmidt –fuera de nuestro periodo-- hacen más referencias a las condiciones económicas, geográficas, educacionales y hasta climáticas para, junto a ello, insertar imágenes costumbristas; aunque, de pronto, y sin mayor contexto, insertar dos imágenes del periodo de la Revolución.³⁸⁷



Mexico en 1916, 1917

³⁸⁷ Las imágenes que conforman la tabla 9 son: “Infanterie der Revolutionstruppen”, una formación de infantería, acaso en el bosque de Chapultepec; y “Kavallerie der Revolutionstruppen zur Zeit Maderos in Amecameca”, revolucionarios a caballo, ambas de autoría de Hugo Brehme, véase Geo A. Schmidt, *Mexiko*, Berlín, Dietrich Reimer (Ernst Vohsen), A.- G., 1921.

O bien, en otros casos, en pleno periodo revolucionario, poco se hace alusión a los sucesos de cómo estaba cambiando una sociedad. He ahí el libro *Modern Mexico*, del periodista inglés R. J. MacHugh que apareció en 1914.³⁸⁸ Comisionado por el *Daily Telegraph* para viajar a México y ver las condiciones que prevalecían ahí, MacHugh llega al país en 1913, después de cubrir la guerra en los Balcanes, entre serbios y turcos. El periodista se extiende demasiado en los primeros capítulos escribiendo sobre la historia de México (de los primeros españoles a Maximiliano); sobre las configuración física y geológica del país (“Tampico... ha adquirido importancia desde el descubrimiento del petróleo en México”), sobre la flora y la fauna; sobre la etnología (en este específico capítulo no pudieron faltar unos “Peasant Types” y su sorpresa de cómo éstos pueden cargar enormes bultos tras sus espaldas); sobre las leyes de casamiento o los hábitos y las costumbres: “La comida y la vivienda –escribe- de las clases trabajadoras en México son pobres y primitivas en extremo. Incluso en los pueblos y ciudades sus viviendas suelen ser estructuras insalubres de una sola habitación, en las que es imposible tener cualquier grado de comodidad o para mantenerse ahí decentemente, mientras que en los distritos rurales, las casas de los peones y trabajadores no son más que chozas de varas, abiertas a la brisa que sopla”.³⁸⁹ Pareciera que no se está ya en otro momento social; o bien que aún permanecen los



R. J. MacHugh, *Modern Mexico*, 1914

³⁸⁸ R. J. MacHugh, *Modern Mexico*, Londres, Methuen & Co. LTD, 1914.

³⁸⁹ *Ibidem*, p. 125.

tiempos del porfiriato y las condiciones sociales de los campesinos.

No será sino hasta el capítulo VI, más de 130 páginas después de haber iniciado el libro, en que hable de “La revuelta de febrero de 1913” y la caída y muerte de Madero y Pino Suárez. MacHugh es testigo de esto último y del golpe de Huerta para ascender al poder. Pero ninguna imagen da cuenta de esto. Sólo su narración y un fragmento que cita del *Mexican Herald*. Por el contrario, antes y después el periodista ha decidido insertar la fachada de una pulquería (ciertamente cuando se extiende escribiendo sobre el maguey y el pulque) y una imagen de una calle de Puebla. Pero en su narración, MacHugh se sorprende ante tantos muertos tirados en las calles de la Ciudad de México, en ese febrero de 1913:

la vida se mantiene barata en México, y las bajas atrajeron poca atención. A los cuerpos de los muertos, por regla general, se les permitió permanecer donde cayeron, y los días transcurrieron antes de que los cadáveres se recogieran en montones y quemados en las calles y plazas públicas.

Esta apatía hacia los acontecimientos, que en cualquier otro país crearía consternación y pánico, no es una característica nueva del pueblo mexicano.³⁹⁰

Para MacHugh, en ese entonces, hay en el país una relativa seguridad (aunque no deja de hablar de bandidos y ladrones en los caminos) y él mismo la pudo comprobar al viajar por tres meses a lo largo del territorio nacional. “La única excepción a esta descripción –dice-- es el estado de Morelos, donde un bandido llamado Zapata ha tenido al país en el terror desde hace tres o cuatro años”.³⁹¹ Y así, sólo en dos capítulos escribe sobre la situación de ese entonces (caps. VI y VII). Para volver a las descripciones sobre la riqueza minera y agrícola, a la de los trenes y las comunicaciones, a los factores que permitirían la prosperidad: la industria, la minería, la industria petrolera (especial énfasis pone en la zona del Golfo, en donde ya hay inversiones inglesas), lo fabril, el fomento a las plantaciones y su viabilidad para la producción agrícola, el intercambio y

³⁹⁰ *Ibid*, p. 154.

³⁹¹ *Ibid*, p. 177.

el comercio. Nuevamente pareciera que estamos ante un libro que promueve la inversión en el país. Acaso por ello poco se habla del movimiento armado. Tan es así que incluye completa la Constitución de 1857, para que desde Inglaterra se conocieran las posibilidades de acceso a los inversionistas. Las fotografías van así del cuadro de costumbres a los paisajes ferroviarios y los tipos campesinos. Lo rural domina en este *Modern Mexico* de MacHugh, salvo dos imágenes de la Ciudad de México (no de la Decena Trágica) con que cierra su libro.

En cambio en el libro de su colega, Henry Baerlein, unos extraordinarios testimonios de entonces son contados y vistos. Baerlein, periodista y fotógrafo inglés, fue corresponsal en México del *Times* de Londres, muy probablemente entre 1910 y 1913, año éste en que aparece su libro. Además de que sus artículos sobre México se publican en toda Europa. De tal manera que su libro *Mexico: The Land of Unrest* es una recopilación de todos sus textos que aparecieron en diversas publicaciones así como de las imágenes que se vieron en su momento.³⁹² De entrada algo sustancial ha cambiado, así como los libros de extranjeros editados durante el porfiriato traían invariablemente en su frontispicio el retrato de Porfirio Díaz, ahora, en el libro de Baerlein aparece Huerta y su gabinete, sin que esto quiera anunciar su adición a este régimen. Y eso ya decía mucho de lo que iban a leer y a ver sus lectores-espectadores. Mientras que las siguientes imágenes corresponderán a Madero revisando un aeroplano (“Se cree que ningún otro jefe de Estado ha viajado en un avión”, dice el pie de imagen), más unos soldados felicistas disparando desde la ruinas de la prisión de Belen, en febrero de 1913.

³⁹² Henry Baerlein, *Mexico: The Land of Unrest. Being Chiefly an Account of What Produced the Outbreak in 1910, Together With the Story of the Revolutions Down to this Day*, Londres, Herbert and Daniel, 1913. Entre otras publicaciones europeas y estadounidenses en que aparecieron sus artículos y fotografías están: *Revue de Paris*, *Revue Bleue*, *Fortnightly Review*, *Contemporary Review*, *English Review*, *The Nation*, *Outlook*, *Manchester Guardian*, *Morning Post* y la *Westminster Gazette*. A todas esas publicaciones le ofrece agradecimientos por retomar sus artículos, aparecidos ahí, para su libro.

En el primer capítulo (que titula “Como tapaboca”, en español), Baerlein da cuenta de las dificultades para obtener, durante el último años del porfiriato, datos de cualquier tipo. “En México -escribe- no era difícil obtener información –impresa, escrita, murmurada- para la gente que estaba de lado de las autoridades y para los aliados”. Mientras que los testimonios, de otros colegas o viajeros, no son todos confiables para él: “Los libros parecen ser completamente favorables o completamente adversos”. Por lo tanto, “con mi libro sería más artístico y más convincente si yo pudiera poner más luz en las sombras”. No sin cierta ironía hace referencia a otros colegas que le han antecedido. De Brilliana Harley de Tweedie piensa que ella “no parece ser uno de esos escritores alegres y ligeros que rehúsan condescender”, sin embargo, “ella habla de la bien parecida esposa del señor Landa, la señora Sofía, y en cuanto a Limantour habla sobre sus ‘bonitos dientes’”. De Marie Robinson Wright, “quien, resueltamente, por años ha hecho tanto atendiendo a los mexicanos”, se lamenta que de Campeche y Yucatán escriba sobre las serpientes “que se lanzan de los árboles con la fuerza de una catapulta”, en sus selvas tropicales; o de la vida en esa región, que “es casi idílica, e invariablemente el extranjero en el sur de México se sorprende de la magnificencia en la cual viven los ricos de las plantaciones”, sin atender otras circunstancias. El que Baerlein aborde a otros colegas es sintomático, porque perfila el que los viajeros y escritores se leen entre sí. Esto se vería como algo obvio, en tanto la necesaria referencia e información sobre el país en el que se viaja. Pero Baerlein lo hace con sentido crítico y, por momentos, de manera equilibrada mientras que en otros con ironía. “Un modo fácil de ganarse crédito –dice- es esparcir el descrédito de los demás, pero si la gente se toma la molestia de hacer libros sobre el México moderno, o sobre el presidente, yo estoy obligado, por cortesía, a leerlos. Y si acaso hay tan sólo algunos escritores admirables de lengua inglesa que quedan vivos –las obras de Saville,

Maudslay, Lumholtz y Flandrau- no busco insinuar haber logrado una imagen mucho más veraz que el resto”. De Creelman, el periodista, escribe:

El sr. James Creelman, quien es bien conocido por su entrevista con don Porfirio, ahora nos ha dado un libro. Tengo entendido que en los Estados Unidos tiene buena reputación por su invariable precisión... Encontrarle dos o tres errores al leerse sería mucho. En Yucatán no escuchó la verdad acerca de los yaquis exiliados (estaba en desventaja, ya que en todas las semanas, o en los diez días que estuvo allí, es poco probable que conociera a un yaqui en uno de sus banquetes); y en México padeció claramente del problema de un sueño prodigioso, de modo que sus observaciones no podían comenzar antes del amanecer, y jamás escuchó sonar las estridentes campanas de una iglesia. "La iglesia", dice, "está confinada al silencio dentro de sus propios muros." Y además pienso que el sr. Creelman pecaba de una cortesía excesiva. "Tengo tantísimos amigos", cita a don Porfirio, y el sr. Creelman no hizo sino simplemente reproducir esta observación.

Otra de sus desventajas es la que siempre se asocia a las entrevistas ilustres. Uno tiene que estar en la imprenta mucho tiempo antes de la publicación. "Con excepción de los yaquis y de algunos mayas, " dijo Porfirio Díaz en diciembre de 1907, "los indios son amables y agradecidos". La entrevista apareció en marzo de 1908, y supongo que el editor la agendó para antes del 26 de enero, negándose a que la masacre de Orizaba fuera el pretexto para hacer cualquier corrección.³⁹³

No podía faltar en su recuento John Kenneth Turner. Y dice: "lo peor del sr. Turner es- y cito a un caballero que no quería, pero que era un gobernador en México-, lo peor del sr. Turner era que estaba lleno de verdad". "Su libro -agrega- no pretende ser descriptivo de todo México, sino simplemente de aquello que es lo más infamante". Y cuando menciona esto hace una larguísima llamada a pie de página, para referirse tanto a Turner como a su paisano Percy F. Martin.

No debería haber mencionado los trabajos de señor Percy F. Martin, si no fuera por una opinión que escribió en un diario financiero sobre el libro del señor

³⁹³ *Ibidem.*, pp. 8-10.

Turner, injuriándolo. El libro, en dos volúmenes, del señor Martin podría, creo, haber sido escrito por un cuidadoso hombre en Sussex, lo que se necesitaba era sólo una buena colección de documentos oficiales de México y de sus capitalistas. Es un libro interesante, tanto como un directorio de Sussex puede serlo. Con respecto al señor Turner, dice que algunas de sus declaraciones son tan ignorantes como inexactas. Pero más tarde, dice que el sistema de prisión de México es de "carácter mucho más flexible y humano que la de cualquier país, ya sea del nuevo o del viejo mundo". La mayoría de las personas consideran que el señor Percy F. Martin, mejor sería que no se apartara de su trabajo como director si él va a hacer tales afirmaciones que son de una ignorancia atroz y sorprendentemente inexactas... y si es así, lo sigo, cuando insinúa que en el viejo mundo no somos tan indulgentes y humanos será porque disparamos a matar a Abelardo Ancona o quemamos vivo a Emilio Ordóñez o tomamos prisioneros, uno tras otro, en las celdas no desinfectadas de fiebre tifoidea de Belén o en las celdas de tuberculosis de San Juan de Ulúa, donde el tipo de "política" de la época de don Porfirio incluyó todos estos artículos.³⁹⁴

Ese es el tono, en general, de la escritura de Baerlein. Nadie sale indemne de su pluma, incluyendo, naturalmente, a la sociedad mexicana. Pero lo que es notable en Baerlein es que da cuenta del tránsito social entre el porfiriato y la primera etapa de la Revolución. Y tan corrosivas son sus palabras como sus imágenes. Todo dentro de la visión periodística que nunca abandona.

La prensa subsidiada era mala, y la que quería ser subsidiada era incluso peor. Trataban muchos hechos como si fueran de insurrectos. Y los periódicos independientes eran publicados a su propio riesgo. Cuando la revolución comenzó en 1910, me parece que en cuestión de diez días, media docena de

³⁹⁴ *Ibid.*, pp. 11-12. Baerlein toca varios otros libros de sus contemporáneos, como el de Carlos de Fornaro, *Díaz, Czar of Mexico* (1909), el cual fue "formalmente denunciado como inmoral y prohibido por la república... Esto fue sin embargo la razón por la que, en los Estados Unidos- había ido ahí para publicar su libro- le mandaron a prisión por un año, con un suministro de papel y tinta. Él había escrito un libelo de don Porfirio, según decían. Tal vez el siguiente libro, que entiendo escribió en prisión, tenga algo de estilo pero a un artista italiano, aun cuando haya nacido en India, no puede pedirle que controle su pluma", escribió. De Alfred Maudslay señala que "es el mejor guía que tenemos entre nosotros [de los sitios arqueológicos]... Su reputación lo coloca entre los ilustres". Menciona también a Marshall Saville, y a Lumholtz.

periódicos fueron suprimidos, y los editores fueron enviados a Belén, con tal prisa que no hubo tiempo para un juicio.

Ahora Belén -sopeso mis palabras- sería la prisión más desagradable del mundo. Cuando querían castigar a algún policía, lo enviaban ahí a realizar alguna especie de pequeña limpieza; si comprabas a alguien para poder hacer una visita estabas obligado a usar tales ropas que no te preocupabas por destruir después. El herrumbre de los años y los vapores pestilentes oscurecían toda la celda.

Bien podía haber ahí doscientos prisioneros, y no diré que cómodamente. Como regla, se mantenía un número de entre 4 000 y 5 000 y si no fuera por los asesinatos o por el eterno tifus, uno podría apenas haber sobrevivido. Pero ni Belén pudo acallar siempre la verdad. Aun así, podía yo evaluar qué tanto ocurría esto cuando comparaba lo que veía impreso con lo que los editores me habían contado. Había poca diferencia, esto es, en cualquier espacio de tiempo, entre *El País*, el órgano de la iglesia. En México, a pesar de las estrictas legislaciones, apenas y hay límites al poder del clero, y cuando *El País* exponía la verdad sobre la prisión y la Revolución, era una información mucho más confiable que la de todas las demás publicaciones independientes.³⁹⁵

El periodista no olvida la esencia de su profesión. La búsqueda de lo informativo que puede llevarlo a lo noticioso de lo que realmente estaba sucediendo en ese periodo en México.

A pesar de lo mucho que fui prejuiciado en favor de aquellos que están contra el gobierno y la mayoría de las autoridades, no creo que yo aceptara cualquier información en algún momento, hasta que yo, siendo falible, me hubiera satisfecho a mí mismo, esto era más correcto que erróneo. El gobierno estaría sorprendido si hubiese sabido algunas de mis fuentes. Ninguna de éstas, ni gente privada podría yo nombrar, con una o dos excepciones. Ésa era la república bajo Díaz...”³⁹⁶

³⁹⁵ *Ibid.*, pp. 14-15.

³⁹⁶ *Ibid.*, p. 17.

Así, después de que hubiera aparecido *Barbarous Mexico* sus editores, desde Londres, dado todo el revuelo que había generado el libro en los ámbitos internacionales, le solicitan ir a Yucatán para informar a los lectores ingleses qué realmente sucedía allí.

Para 1912-1913 no se encuentra algo diferente, no todavía:

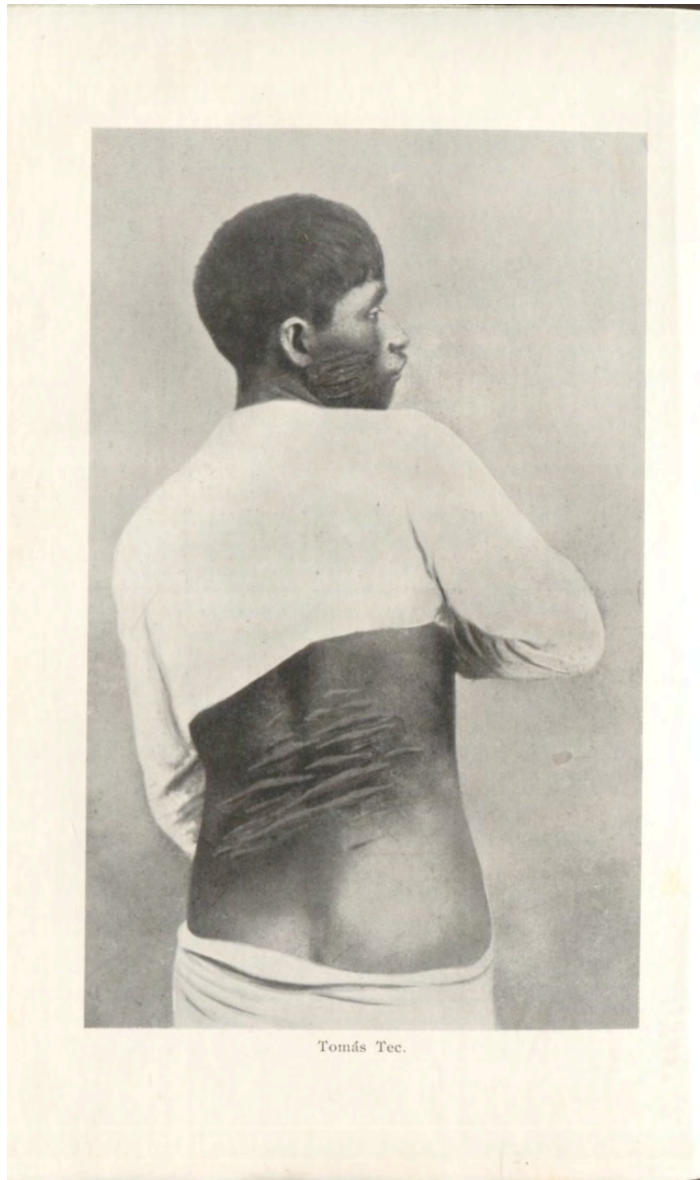
Cada granja tiene 5 o 6 policías o más para que la gente no pueda salir. No hay justicia para esas personas. Si un hombre se escapa de una de estas granjas lo persiguen como si fuera un animal y es cruelmente azotado y tiene que trabajar por el resto de sus días. La esclavitud aquí no será abolida sin ninguna consideración. Los esclavos están en la plantación y sólo el “encargado” puede leer, por eso quizá no sean inteligentes, los niños desde los ocho años empiezan a trabajar por 12 centavos al día... en esa parte del mundo sólo crecen maíz y frijoles; la gente anda medio desnuda porque no tiene dinero para comprar ropa y el territorio está lleno de espinas.³⁹⁷

Eso era lo que estaba, también, detrás de las imágenes de Channing Arnold y Frederick J. Tabor, salvo que Baerlein las estaba registrando posterior a éstos y después de Kenneth Turner. Era ya algo conocido. Pero Baerlein hace algo más, se hace de una fotografía –la consigue gracias a una persona “instruida”- y de documentos de un peón golpeado por un hacendado. Y así complementa, trágicamente, lo que Turner había narrado sobre Rosanta Bajeca. Para entonces han pasado casi tres años de que se dieran a conocer los testimonios de Turner, pero no deja de ser conmovedora y terrible la imagen que del, ahora, llamado “ciudadano” yucateco Tomás Tec publica Baerlein para mostrar la forma de castigo que se infligía a los trabajadores de las haciendas. La fotografía forma parte de la indagatoria de un notario público de Mérida y muestra a un joven de 21 años de edad con su espalda y rostro lacerado, su piel abierta de heridas, por los golpes de látigo que aún permanecían. Tec declara:

cuando estaba trabajando en el patio de secado de la hacienda Noh-nayum, Canuto Tec me dijo que me presentara inmediatamente en la oficina del agente,

³⁹⁷ *Ibid*, p. 20.

una orden que obedecí de inmediato; y cuando ya estaba en la oficina, fui insultado por el agente, y cuando le pregunté el motivo de estos insultos el agente respondió agrediéndome y me dio azotes en la cara con una soga vaquera, con la que me hirió al labio superior, y hasta ahora está muy inflamado.



Tomás Tec.

Henry Baerlein, *Mexico the Land of Unrest*, 1913

Siguieron después 20 latigazos, “cuyas marcas aún se pueden ver muy fácilmente, aunque dos días han pasado”. Baerlein comenta sobre este documento que obtuvo: “La fotografía fue tomada al mismo tiempo, dos días después de la flagelación. Puede suponerse que, como este ejemplo data de 1905, no tuvo repercusiones posteriores. He

elegido esto para mostrar cómo el hacendado es un hombre de posición y cómo el esclavo fue fotografiado”.³⁹⁸

La serie de imágenes de Baerlein poseen una dimensión trágica. Siguiendo a su colega MacHugh –que sólo narra los acontecimientos pero no los muestra- él publica fotografías de los muertos tirados en la calles y en la Alameda durante los sucesos de La Decena Trágica. Y si bien al inicio de su narración da a conocer una imagen de un Madero vivo revisando un aeroplano, a la mitad de su libro inserta una fotografía de “el sitio donde Madero fue asesinado”: un terroso piso con piedras en círculo con decenas de personas a su alrededor. Baerlein pone atención en los presos de las distintas ciudades que llega a conocer, y los fotografía, en mucho porque las cárceles parecen ofrecerle información para él valiosa.

En la prisión de Pachuca existe un reo, Pedro Elizalde, quien disfruta de grande privilegios y por su despótica conducta no tiene la aprobación de sus colegas. Uno de sus abusos es que él da una colaboración de 3 a 5 pesos para los bailes que se realizan en ese lugar y que no son otra cosa que orgías. Como un cierto número de prisioneros no puede pagar, son considerados enemigos por algunos oficiales. Elizalde les presta dinero a los convictos con un interés del 25% el cual es sustraído del pago que el gobierno da para alimentación.³⁹⁹



Henry Baerlein, *Mexico the Land of Unrest*, 1913

³⁹⁸ *Ibid*, pp. 181-182.

³⁹⁹ *Ibid*, pp. 27-28.

Fotografía y entrevista a los presos, incluso cuando su pena es menor y realizan trabajos comunitarios en las calles. En Mérida hace una imagen de “un villano célebre, quien gustoso me dejó fotografiarlo con su bastón”; o bien a tres presos “media hora antes de ser ejecutados”, imagen que logra subrepticamente: “La cámara tenía que estar detenida bajo abrigo del fotógrafo, y se logró dispar sólo a tres de los cinco hombres [por ejecutar]”. Exhibe la forma de escarmiento que en Chihuahua Luis Terrazas llevaba a cabo: un grupo de campesinos muertos en el campo. O bien muestra una partida de cacería que va tras cinco hombres que termina por ejecutar. Ésa es para Baerlein la “justicia porfiriana”, a la que le dedica un capítulo. Pero no sólo registra la violencia y escribe sobre ella, también se acerca a la escena costumbrista. En Yucatán escribe:

En México lo pintoresco está siempre a la vuelta de la esquina: mientras que la campana del ángelus suena en la torre del reloj de una antigua hacienda, tú puedes ver al dueño y a sus indios hincados en la galería, en los campos cuando el precioso henequén se está secando y entre la pradera; cuando la ceremonia ha concluido, el indio se vuelve hacia su dueño deseándole una feliz noche y éste con una reverencia le desea lo mismo. Dos horas después puedes ver una gran procesión a lo largo de la oscuridad, con fuegos artificiales, hombres muy felices, ancianas esclavas y mujeres como madonas que amamantan a sus bebés que recuerdan a los simios.⁴⁰⁰

Para el periodista la justicia no existía en México, a menos que se fuera militar... o boxeador.

No había justicia en México. No digo que no haya misericordia, pero sólo si tú felizmente eres un general o un boxeador sí habrá misericordia. Supóngase que usted necesita acusar a un asesino como lo hizo el general Maas, quien en un suburbio de la capital le disparó al hermano de su amante quien estaba desarmado. Puede suponerse que Maas fue enviado a prisión por algunos meses pero después fue reinstalado en la lista de activos quizá por haberles

⁴⁰⁰ *Ibid*, pp. 50-51.

demostrado que disparaba mejor que los demás. Usted puede tener misericordia si es un general o un boxeador, como aquel que mató a una mujer en un sábado. Fue encarcelado pero el populacho se puso furioso de que no apareciera al día siguiente en el ring tal como se había anunciado. La policía lo dejó ir y éste escapó a Texas. Alguien tenía que sufrir los cargos y su hermano fue arrestado, después fue encontrado inocente y puesto en libertad... Dios te ayude si eres mexicano y no has tenido la precaución de convertirte en general o en boxeador.⁴⁰¹



After a Skirmish in Chihuahua.



A Land-owner.

General Luis Terrazas, whose estate is, or was, nearly as large as Holland and Belgium together.

Henry Baerlein, *Mexico the Land of Unrest*, 1913

⁴⁰¹ *Ibid*, pp. 100-101.

Una fotografía lleva el mismo pie que el título de su libro: “Mexico: The Land of Unrest”. Ahí un grupo de dos mujeres y un hombre campesinos son detenidos para ser fotografiados en cualquier calle rural, flanqueados por cercas de piedra. Debajo de esta imagen unos muertos en la Alameda (“The Alameda Mexico’s beautiful park, in February, 1913”), y para entonces Henry Baerlein ha escrito: “Hay otros países tan atrasados como lo era México y tan bárbaro, pero no hay atuendo que adorne la desnudez en plumas. Ellos no creen en las instituciones europeas que pueden ser excelentes en Europa pero que poco pueden ser adaptadas a otros continentes”.⁴⁰² El atuendo europeo de Baerlein no lo había dejado en casa, siempre lo había traído consigo.



⁴⁰² *Ibid*, p. 118, la imagen se encuentra entre las páginas 338-339.



The Alameda, Mexico's beautiful park, in February, 1913.



Mexico the Land of Unrest.



February, 1913: The Spectators.

Henry Baerlein, *Mexico the Land of Unrest*, 1913

El petróleo: un cierto problema mexicano en 1917

Para mediados de la década de los años diez, Clarence W. Barron es un periodista ampliamente reconocido en los círculos políticos de los Estados Unidos. Era autor de libros en donde había abordado el inicio de la primera guerra mundial y sus consecuencias políticas y económicas en Occidente (*The Audacious War*), además de ser gerente de *The Wall Street Journal*, y colaborador de otros diarios financieros. Pronto pone atención en México debido a la guerra que se libraba en Europa y a la necesidad de suministros-- más específicamente en una zona estratégica para la economía: Tampico y la zona del Golfo, no podía ser para menos porque ahí estaban puestos los ojos de mundo debido al petróleo y a las evidencias de los ricos yacimientos. Al parecer él permanece en esa región entre finales de 1916 y principios de

1917, yendo y regresando (cuando precisamente se estaban dando los acuerdos para la Constitución), ya que su libro que escribirá sobre la región aparecerá en julio de este último año. Con un prólogo del prestigiado economista Talcott Williams, de la Universidad de Columbia, *The Mexican Problem* aparecerá en los momentos más álgidos de los procesos constitucionalistas y el ascenso de Carranza como presidente.⁴⁰³ Ya desde una fotografía, en el frontispicio, de las vastas llanuras y colinas selváticas que rodean a Tampico (“A Petroleum Camp in Mexico”), el lector-espectador se adentrará en la región. Y con ello es conducido inicialmente por Talcott Williams en la introducción al libro. Esencialmente todas las palabras, tanto del presentador como del autor, irán encaminadas a dejar claro que el país debe aceptar la ayuda y protección de los Estados Unidos y más específicamente si esto pudiera darse en la región petrolera, claro; Williams, escribe :

Nadie [como C. W. Barron] ha captado el claro y fuerte hecho de que México es un infierno en la tierra, porque México no tiene ley, salvo aquí y allá por una breve temporada en que algún hombre mantiene la ley y el orden para alimentar su propia ambición y ser un irresponsable gobernante y poseer en el presente poder y la posibilidad de riqueza futura... Darle a México protección para tener orden, cortes de justicia, contratos, industrias y sanidad... las espléndidas cualidades de los mexicanos hará el resto... para mantener lo que es seguro bajo tutelaje y adherirse a éste [y habían que verse los resultados de paz y prosperidad en Cuba y hacia su pueblo, gracias a los Estados Unidos].

Hace medio siglo los Estados Unidos salvaron a México de su invasor extranjero. Hoy México debe ser salvado de su destrucción interna... sin consumir una invasión. De otra manera quizás, debe lograrse. Las responsabilidades morales no conocen líneas fronterizas.⁴⁰⁴

Ya desde ahí estaban dados los lineamientos que marcarán los intereses del autor y del libro. Si Barron va a construir una serie de razonamientos de por qué debía darse un

⁴⁰³ Clarence W. Barron, *The Mexican Problem*, Talcott Williams (intr.), Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Company-The Riverside Press Cambridge, 1917.

⁴⁰⁴ *Ibidem*, pp. xxiv-xxv.

tutelaje (colonialista e imperialista, lo que nunca dice), por parte de Estados Unidos, antes primero había que decir cómo eran los mexicanos. ¿Y cómo son estos para Barrón?: “En la actualidad la mayor parte de la gente buena de México son como niños que quieren estar en deuda y a la vez libres de cuidados. Ellos quieren trabajar sonriendo. Si ellos no pueden reír cuando trabajan, pelear es la mejor opción... México no es una propuesta difícil, una vez que uno entiende el carácter del mexicano. Es como un niño, dependiente, amigo confiado ya sea en el trabajo, el juego o la revolución. Él sólo está necesitado de una mano fuerte que le ayude”.⁴⁰⁵ Esto es, los Estados Unidos. Para entonces los conflictos con los vecinos eran ya bastante grandes (la invasión de Veracruz y Villa en Columbus), pero para Barrón los mexicanos “buenos” de entonces eran unos niños. En realidad buscaba explicarle a su lector el necesario protectorado estadounidense (apenas sugerido o de manera abierta al buen entendedor) en la zona petrolera, ante la acechanza de otras naciones, como Inglaterra, tan necesitada de petróleo, que no entendía el carácter nacional.

Francisco I. Madero había puesto atención en la minería y el petróleo, y desde entonces empresas como La Huasteca Petroleum Company o El Águila iniciaron una extracción inusitada en campos de la zona como Cerro Azul, Ébano o Potrero del Llano. Una región que merecía particular atención ante la imperiosa necesidad del mundo de allegarse de petróleo. Ante ello Madero, en su momento, solicitó una inspección fiscal en esos campos de extracción en donde reinaban las compañías petroleras. Pero los cambios se habían dado muy rápidamente, para 1917, Barrón señala:

El problema de México se puede estudiar mejor en Tampico que en otros lugares de México. Aquí las fuerzas de la civilización y los negocios de Europa y América han abierto la selva y la pradera, aprovechó la cuenca más grande de petróleo del mundo, que es entubada hacia la Costa del Golfo. Aquí la luz y la

⁴⁰⁵ *Ibid*, pp.12-13.

iluminación, el trabajo y los salarios invitan al desarrollo humano. Aquí está la ciudad del boom americano de México, que ha crecido a cincuenta mil habitantes, con calles pavimentadas con asfalto, conjuntos comerciales, mercados y parques.

Aquí, a su vez las facciones combatientes de México luchan por el privilegio de protección e impuestos para el desarrollo de las propiedades sobre Tampico. Aquí el nuevo orden cumple con lo antiguo. El nativo de México, más de dos tercios de la población del país, acepta con mucho gusto la mano tendida para ayudar.

El anglosajón, el europeo y el americano, son bienvenidos en todo México. "Gringo" es sólo un término de frontera.

¿Cuál es, para ellos, el problema de México?

Es el problema de una civilización y un orden, una regla y procedimiento, en contacto con otra civilización, otro orden, del procedimiento y la moral

...Veracruz, la Ciudad de México y la costa oeste de México son hoy tan mexicanos como nunca; tanto en el orden como en el desorden. Pero Tampico y Tuxpan son internacionales y básicos para la economía tanto de Europa como de América, y posiblemente de Asia. Aquí está la base naval británica del petróleo. Aquí, antes de la guerra, eran los expertos alemanes los que estudiaban las relaciones futuras del comercio alemán para el suministro de petróleo al mundo, cosa que más tarde tendría su centro en México.⁴⁰⁶

En este párrafo Barron es claro. Sin menoscabo de nada, clarifica su posición ideológica, territorial, física y filosófica (que les dijeran “gringos” a los estadounidenses eso era sólo una cuestión circunstancial). Un “nuevo orden”, frente a lo antiguo, estaba reformando la zona. Si los alemanes, los ingleses y los estadounidenses habían invertido para que se diera el descubrimiento de los yacimientos, y ellos eran los dueños de la tierra de la región, naturalmente a estos inversionistas les correspondía su posesión y desarrollo, que quería decir su explotación. Y su lógica es clara:

La riqueza del mundo es la riqueza del planeta hasta que es aprovechada por el descubrimiento humano, las fuerzas humanas, y la mano del hombre en los

⁴⁰⁶ *Ibid.*, pp. 15-17.

usos humanos. La riqueza agrícola del mundo que ofrece alimento al hombre proviene del sol que pasa a través de la tierra gracias a la fuerza de trabajo del hombre. La riqueza mineral y petrolera del mundo se debe al descubrimiento humano, la ingeniería, la maquinaria, las finanzas y las complejas formas de trabajo humano. Casi universalmente las naciones de la tierra han reconocido el derecho al descubrimiento de la riqueza del subsuelo, y por tanto invitan a su descubrimiento y desarrollo.⁴⁰⁷

Todo era de todos. Ellos, los inversionista y sus capitales, habían transformado para bien la zona: “Ébano es uno de los pueblos más pintorescos, una creación americana de arquitectura mexicana, que abarca una hermosa colina subiendo casi doscientos metros sobre la llanura, ahora es un rancho fértil, todo recuerda a alguna hermosa villa italiana sobre un monte; pero diecisiete años atrás el rancho y la colina eran una selva de matorrales sin vida, exceptuando a las panteras, las serpientes, los loros y todos los animales y aves que viven en la selva”.⁴⁰⁸ Las imágenes que acompañan a esta palabras son las de un campo en donde cientos de trabajadores mexicanos desbrozan el monte para crear las condiciones de extracción (“Clearing Jungle for Petroleum Camp”); junto a otra imagen que muestra la armonía entre algunos trabajadores y la colonia estadounidense, en una Navidad en donde, de manera inusitada, se devela un busto de Benito Juárez (“Christmas Day at Ebano. Unveiling Statue of Juarez”), en un césped y colinas bien cuidados. Frase tras frase, Barron continúa construyendo su discurso: “El escritor [el propio Clarence Barron] viajó treinta y cinco millas al oeste entre los campos de petróleo y noventa millas al sur junto a las tuberías paralelas que transportan petróleo, gas, agua; visitó las terminales, talleres mecánicos, talleres de carpintería, tanques, depósitos, y muelles de envío, y vio a los mexicanos con trabajo y salarios jamás soñados desde hace media generación”. Esto es, los mexicanos que se habían integrado a los trabajos de extracción, no los otros que se miraban desde la ventanillas

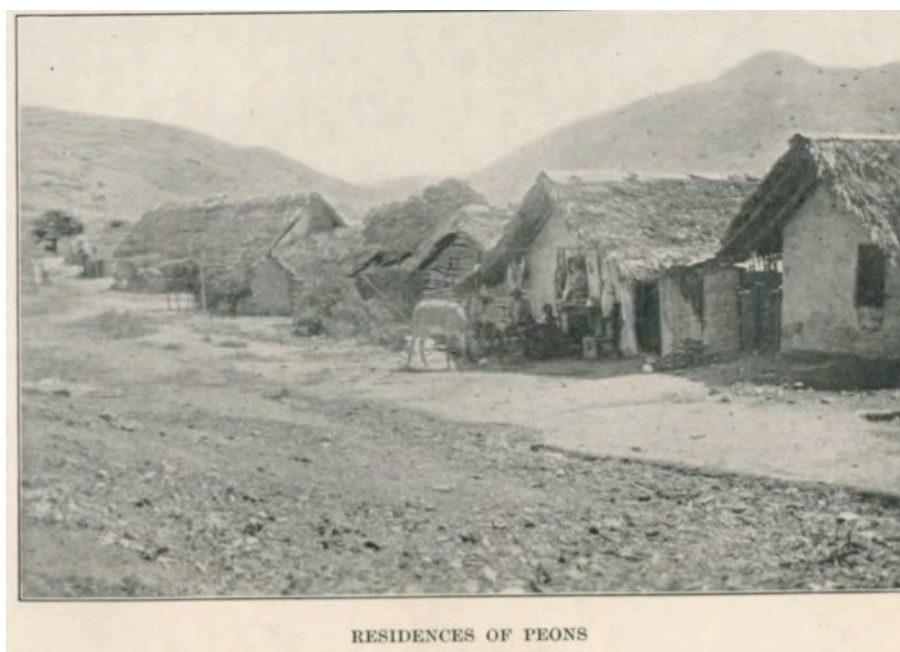
⁴⁰⁷ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁰⁸ *Ibid.* p. 25.

del tren: “la gente de Boston introdujo el Ferrocarril Central mexicano en Tampico hace más de 30 años. Pero entre el tren y el río Pánuco todavía se encuentran bebés semidesnudos, madres de tez pálida, apáticos niños y niñas sin oportunidades y padres sin ninguna ambición por reparar los techos de sus casuchas”. En cambio, apenas cruzando el río, donde se encontraban los campos de extracción, la bonanza había llegado y las cosas eran diferentes: “En el otro lado del río viven familias mexicanas bien vestidas, con hogares confortables, agua pura, luz eléctrica, imágenes en movimiento, salarios, y la oportunidad de obtener más. Hay grandes posibilidades de ahorro con estos salarios, así como de desarrollo personal, aunque a lo largo de todo México todavía no existen bancos de ahorro”.⁴⁰⁹ Y Barron lo ejemplificaba una fotografía mostraba cómo eran las “casuchas” de los trabajadores antes del desarrollo petrolero (“Peon Houses Before Oil Development Began”) y cómo eran después de que se diera éste (“Residence of Peons”). El cambio de los vocablos decía mucho.



⁴⁰⁹ *Ibid.*, p 31-33



Clarence Barron, *The Mexican Problem*, 1917

En realidad las construcciones del antes y del después eran muy parecidas, pero el autor se esfuerza por exhibir los distinguos. No muestra cómo viven los ingenieros estadounidenses en esa “hermosa villa italiana” construida en las colinas de El Ébano. En medio de una guerra mundial, los trabajadores petroleros mexicanos eran, desde el punto de vista del autor, privilegiados. Entre el trabajo bien pagado y armónicas celebraciones con sus patrones (y he ahí, dos fotografías panorámicas en donde se lee: “A Barbecue With Americans Waiting on the Mexican”), Barron es explícito:

Después de haber errado dentro y fuera de México, es ahora claramente el deber de los Estados Unidos reflexionar sobre la situación y determinar sobre qué base se puede extender una mano cooperativa y eficaz a este desgraciado país. Si no lo hacemos nosotros, alguien más lo hará. No hay ninguna lectura posible de la Doctrina Monroe que prohíba el desarrollo comercial de Alemania e Inglaterra en México o la prestación de asistencia financiera al gobierno y pueblo de México. Pero cuando México pase de su guardián natural

y protector, a los poderes europeos, los Estados Unidos no serán tomados en cuenta ni en el norte ni al sur del Canal de Panamá.

La energía agrícola, la energía alimenticia, la energía marítima, la energía mundial claman por gasolina y petróleo. Los campos petroleros de Pensilvania e Indiana están en quiebra. California ha agotado bolsillo tras bolsillo. El área petrolera más grande del mundo se extiende hoy día desde Kansas hasta Tehuantepec. El petróleo más ligero se encuentra en estos dos puntos extremos. Aparentemente las grandes centrales de reserva están en el campo mexicano. Su conservación es una necesidad mundial. Su protección es deber de todas las naciones.⁴¹⁰

Dado esto, Clarence Barron se opone, abierta y naturalmente, a un “miserable lema de interés personal”, como él lo define, el cual es : “México para los mexicanos”, que para él significaba irónicamente: “‘Zapata para Zapata’, ‘Carranza para Carranza’, ‘Peláez para Peláez’ ‘Villa para Villa’, hasta que cada parte es para sí misma y nadie es para el resto”. El “resto” eran precisamente las naciones imperiales. El patriotismo podía dejarse para después.

México nunca será para los mexicanos o para la humanidad hasta que las empresas americanas y europeas hayan tenido una participación justa en ese país y hayan permitido pagar sueldos justos a su servicial pueblo que está ávido de luz, entendimiento y educación. Si ésta no se encuentra a la cabeza para ser útil no puede haber patriotismo... Si a México se le hubiera permitido ser verdaderamente libre con la ayuda de los Estados Unidos, ¡qué poderosos serían hoy sus recursos alimenticios y minerales, en salud y ayuda para todo el mundo!⁴¹¹

Se oía bien la cuestión educativa. ¿Pero qué entendía por educación Barron, sobre todo en un contexto como éste? Pues bien, cuando las “nativos” no andan cargando balas y rifles sobre los rieles, podían acceder a otra posibilidad: “Los recursos minerales han desarrollado una buena clase media trabajadora, competente para realizar trabajos de segundo rango en cuestiones de ingeniería. Pero los mexicanos no trabajan bien bajo las

⁴¹⁰ *Ibid*, pp. 46 y 48. Las comillas se encuentran en el original.

⁴¹¹ *Ibid.*, p. 71-72.

órdenes de sus paisanos. Ya sea por celos nativos o por el deseo de aprender de la raza anglosajona, o bien por un innato reconocimiento universal, de un liderazgo superior, uno no puede decirlo claramente”.⁴¹² Por el contrario, dedica un capítulo a los “efectivos”, quienes son los estadounidenses quienes está a cargo en las compañías: “Estoy sorprendido de la alta clase de los americanos que dirigen las labores en los campos petroleros. Ellos son la estampa física y mental de nuestros constructores del ferrocarril del oeste. Aman la vida, el clima, la excitación y la oportunidad de hacer cosas de una manera amplia. Deben de ser rápidos, capaces, diplomáticos, y lo son. Con admiración los nativos los llaman “los efectivos”, la gente que hace cosas”. Estampa física: “Smith está a cargo de la refinería Waters-Pierce. Él mide varias pulgadas arriba de los seis pies y los mexicanos junto a él se ven como niños”.⁴¹³

Barron, conocedor del poderío inglés es precavido con sus referencias al respecto. Por ello alude por momentos a Inglaterra, pero anteponiendo las referencias a los Estados Unidos: “el Consejo Consultativo Naval de los Estados Unidos ha informado: ‘Los campos petroleros mexicanos son probablemente los más extensos depósitos de petróleo en cualquier parte del hemisferio occidental, si no del mundo. Hoy Gran Bretaña renueva su combustible de México, y esto estará asegurado sólo mientras mantenga un control indiscutible de los mares’”. Acaso a su pesar, o para reafirmar su comentarios, frente a estas palabras, incluye dos imágenes panorámicas de dos grande buques que resguardan los intereses ingleses frente a las costas del golfo (“Two British Destroyers-One Running on Coal, the Other on Oil”). A pesar de la Revolución, había que poner atención en las posibilidades de inversión, dado los rápidos sucesos mundiales de requerimiento de combustibles.

⁴¹² *Ibid.*, p. 77.

⁴¹³ *Ibid.*, 78-80.

El punto, sin embargo, que deseo hacer de los intereses de inversión debe ser clara. México como país no se encuentra en un estado de paz normal sino de desorden normal; desorden que ha prevalecido más o menos durante cien años, excepto durante el régimen de Porfirio Díaz. Los informes correctos aún no están disponibles, y el inversionista debe conocer sus riesgos, debe entender que no debe regirse por los diarios, y debe entender que los valores mexicanos se están vendiendo con grandes descuentos en los mercados mundiales. Sin embargo, al final se demostrará apropiadamente la protección adecuada de los intereses norteamericanos y europeos, y algún día serán cotizados adecuadamente.

La última fotografía en el libro de Barron muestra a una multitud de trabajadores, al pie se lee: “La Huasteca Petroleum Company suministra comida a los nativos traída por los petroleros de Estados Unidos durante los tiempos de guerra en México”. Junto a sus últimas palabras: “Me han dicho en la terminal de Tampico que bajo la dirección apropiada, buena comida y cuidados, los trabajadores mexicanos podrían no depender de nada y en una emergencia podrían trabajar periodos de 36 o 48 horas con la comida que se les proporcionara y ellos serían leales y auténticos”. ¿Cuál era, entonces, el problema de México? Acaso no comprender que un nuevo orden, debidamente establecido, física y filosóficamente por los Estados Unidos, debía de prevalecer en la zona petrolera. Esos que eran “los más extensos depósitos en cualquier parte del hemisferio occidental”. Y a los que por buenas razones, por “humanidad”, había que atender.

Por ahí andaban también las opiniones de Edith O’Shaughnessy, la esposa de un diplomático estadounidense, segundo secretario de la embajada estadounidense. En su segunda estancia (1913-1914, de Madero a Huerta), O’Saugnessy escribirá, a manera epistolar –cartas dirigidas a su madre-, *A Diplomat’s Wife in Mexico* (1916) en donde prevalecen algunas ideas explicitadas por Barron:

Te envió un ejemplar del número de *Life* con una editorial sobre México en el que se señala que el preguntar a los mexicanos (trece millones de indígenas) si debiera elegirse a un presidente por medios constitucionales es tanto como “pedir a una clase de infantes que elijan a su profesor”. No hay duda de que nuestros principios no les convencen todavía. Para ellos eso resulta como vestirse los domingos con las ropas de papá... La razón fundamental de que algunos periodistas tiendan a ensañarse contra los poderosos y mostrarse a favor de nuestro tutelaje sobre México se debe a que, de acuerdo con la ley internacional, todos los millones que se pierdan a la hora decisiva deberán ser reparados por el Tío Sam, por los franceses, ingleses y alemanes, así como por los españoles.⁴¹⁴

Para entonces, se refería a la inminente intervención, en 1914, por parte de los Estados Unidos: “Inútilmente nos preguntamos dónde conseguirían Villa, Aguilar, Zapata y todos esos bandidos sus rifles y municiones. Todas las potencias extranjeras creen que se las proporcionamos nosotros. Aunque todavía no se haya disparado un solo tiro, la intervención parece ser ya un hecho consumado. Y lo que está hecho no puede deshacerse”. Si eso pensaba la esposa de un diplomático de la embajada estadounidense pueden ser más comprensibles las palabras que Barron dio a conocer apenas tres años después. Lo inminente no podía, no debía, “deshacerse”. Ése era el destino manifiesto, adecuadamente razonado. O’ Shaughnessy terminó por salir de México, en abril de 1914, por la propia intervención y el rompimiento de relaciones diplomáticas. Mientras que en la zona de Tampico se mantenían bien resguardados los intereses (y las ideas) estadounidenses, como bien lo exhibió Clarence Barron.

⁴¹⁴ Citado en Alicia Diadiuk, *Viajeras anglosajonas en México, op. cit.* pp. 173-174.



HUASTECA PETROLEUM COMPANY SUPPLYING NATIVES WITH FOOD BROUGHT BY ITS TANKERS FROM THE UNITED STATES, DURING WAR TIMES IN MEXICO

Clarence Barron, *The Mexican Problem*, 1917

Conclusiones

Elaborar imágenes, trabajarlas, ofrecerle sentidos, junto a textos es un acto de conocimiento, una acción profesional ejercida conscientemente, por momentos, un hecho creativo incluso, pero también un acto profundamente marcado por la ideología, y las confrontaciones culturales, en un permanente choque, por lo menos en los casos que hemos estudiado.

El viaje, lo hemos visto, implica una toma de actitud, que se impregna de manera irremediable en sus representaciones tangibles lo que es inherente al enfrentamiento cultural. Un acto de pensamiento intelectual, sin duda, que buscó, en un preciso tiempo histórico, insertarse dentro de las políticas internacionales de expansión del conocimiento. En el flujo de ideas para conocer al Otro. Esto es, el(la) escritor(a) viajante, el fotógrafo, o el escritor recurriendo a la fotografía de diversas maneras, buscó dar constatación de un hecho en su tránsito por otras culturas. Para llevar sus testimonios a otros en tiempos en que el mundo se encontraba en plena expansión imperial, y no de manera casual los testimonios escritos y visuales lo reflejaron. La zona de contacto de la que habló Mary Louise Pratt se extendió aquí en otra estructura, no únicamente en lo escrito sino al lado de su repercusión visual. Esto es, en un entrelazamiento narrativo cuidadosamente sustentado por la imagen.

¿Qué ha cambiado en los años posteriores a los que estudiamos? Eric Hobsbawm, sobre la era del imperio, una parte del periodo que estudiamos, escribió: “no sabemos hasta que punto una parte de esa época está todavía presente entre nosotros”.⁴¹⁵ Europa, incluso más allá, y los Estados Unidos, hacia 1880, con su desarrollo capitalista cambiaron al mundo, nos dice él mismo. Y en paralelo, u originado por ello, otro tipo de ideas se expandieron. También otras actitudes: la del enfrentamiento permanente con otras culturas. Y esto no se termina con nuestro periodo estudiado, evidentemente.

⁴¹⁵ Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 13.

Citemos aquí dos sucesos –dos hechos elegidos en tiempos distintos pero subsecuentes- -que dejan ver, entre muchos otros sucesos, cómo a lo largo del siglo XX se continuó dando este enfrentamiento con el Otro. El primero corresponde al viajero alemán Herbert Rittlinger y su compañero Kliesing quien a finales de la década de los años cincuenta viajan a la selva Lacandona. Ellos se encuentran en El Porvenir, en la zona de Comitán y Las Margaritas, junto a “jóvenes de pueblo [que] iban por agua con grandes calabazas y jarrones de barro”, en “un mundo de arcaicos idilios”. Y así, Rittlinger escribe:

Kliesing y yo corrimos tras las idílicas muchachas para tomar unas fotos igualmente idílicas, y los tojolabales se divertían bastante al ver cómo saltábamos tras las jóvenes. Nadie se mostró hostil a nuestra empresa, ni siquiera las muchachas, que sólo cerraron un poco más su grupo, como polluelos tímidos. Las jóvenes indias que recogían agua y nosotros dos, unos imbéciles con valiosas cámaras que bailaban alrededor de ellas, representábamos dos procesos curiosamente separados, desconectados. A mí me gusta tomar fotos, pues a pesar de la inflación de fotografías todavía es posible añadir algo a la palabra mediante la imagen... Pero aquí nos habíamos topado con un mundo arcaico.⁴¹⁶

Sus testimonios escritos aparecerán junto a las fotografías que ellos mismo realizaron en su viaje.

Entre finales de 1982 y principios del siguiente año el fotoperiodista iraní, Abbas, “iraní tercermundista trasplantado a Occidente”, como rezaba su breve biografía, permaneció en México para la realización de un libro sobre el país. Después volverá dos o tres veces más hasta 1984. Dos libros de este mismo proyecto aparecerán publicadas posteriormente. En *Retornos a Oapan*, uno de ellos, inserta un breve diario de su estancia en ese pueblo de Guerrero, Oapan, en donde en algún momento es testigo de un “jaripeo loco de los mexicanos locos”. Los impedimentos, que por momentos se le

⁴¹⁶ Herbert Rittlinger, *Por tierras de lacandonas*, México, Editorial Herrero, 1963, p. 111.

presentan, para registrar imágenes, terminan por molestarle: “en 15 años de fotógrafo, nunca he tenido que rebajarme por una foto: la gente tiene derecho a su imagen, ¡sí, desde luego! Pero yo tengo derecho a *mi* imagen, ¿no?”. Desde su punto de vista no es fácil para él trabajar en su proyecto de registrar al Otro, ya que los problemas para Abbas son los impedimentos para su trabajo de fotógrafo. Abbas se esfuerza y negocia fotografiar muertos (está en México, tema recurrente) y esto lo deja claro en otros testimonios, mientras cuando esto se le impide, escribe:

Borracho también estaba un padrino que quería matarme si fotografiaba a su ahijada en el ataúd, muerta a los seis meses por gastroenteritis. Sólo sus ojos surgían entre las flores que rodeaban el féretro. La conmovedora música del violinista sonaría durante toda la velada y la procesión fúnebre. Todo lo estropeó ese estúpido: sólo pude tomar una imagen del entierro... La próxima vez también yo me haré el borracho, y nadie tendrá nada que decir.⁴¹⁷

Abbas, fotógrafo tercermundista en Occidente, que se enfrenta a una ruralidad abrupta en Guerrero, se pregunta: “¿Por qué vuelvo tanta veces a Oapan? ¿En busca de exotismo? ¿Para encontrar mi nueva fotografía? ¿Acaso porque este pueblo, sus alrededores, están en violenta armonía con mi interior? ¡Quién sabe! ¿O bien porque Oapan es un verdadero laboratorio de este Tercer Mundo al que me dedico? Un laboratorio en tradición y modernidad coexisten, luchan, se complementan”. Y reflexiona:

Habría podido obligarlos, imponerme, pero ¿era necesario? ¿Necesito fotos de muertos, de machetazos, de ceremonias de entierros para expresar la fragilidad de la vida en Oapan? ¿Necesito fotos de violencia primaria para expresar la violencia de este pueblo perdido? ¿No es cotidiana la violencia? ¿Necesito fotos de brujería para expresar la magia de este pueblo? ¿No impregnan la violencia y la magia cada una de mis fotos?... Fotos de esas cercas de madera entrelazadas con furor, de esa niñas que corren, sombras vivaces que pronto

⁴¹⁷ Abbas, *Retornos a Oapan*, México, FCE, (Col, Río de luz), 1986, pp.69-87; el mismo diario, es su otros proyecto mexicano, fue publicado en *Return to Mexico. Journeys Beyond the Mask*, Carlos Fuentes (intr.), Nueva York y Londres, W. W. Norton & Company, 1992, pp. 110-127.

desaparecen... Ya basta de fotografiar las esquinas de las calles, las sombras que se proyectan en ellas, los transeúntes. Me gustaría presenciar un acontecimiento en que pueda dar toda la medida de mi oficio de fotógrafo. ¿No me estaré haciéndome el “artista” sin saberlo?

El enfrentamiento con el Otro siempre es una zona de conflicto (parodiando a Pratt), permanente y por momentos ineludible. Cuando más allá de nuestro periodo de estudio se localizan testimonios de este tipo de encuentros, permanece la certeza de lo que Tzvetan Todorov señaló en *Nosotros y los otros*:

¿cómo puede, cómo debe uno comportarse respecto de aquellos que no pertenecen a la misma comunidad que nosotros? La primera lección aprendida consiste en la renuncia a fundar nuestros razonamientos sobre una distinción como ésta. Y sin embargo los seres humanos lo han hecho desde siempre, cambiando solamente el objeto de su elogio. Siguiendo la “regla de Herodoto”, se han juzgado como los mejores del mundo, y han estimado que los otros son buenos o malos, según se hallen más o menos alejados de ellos.⁴¹⁸

Así ha habido un interminable enfrentamiento con lo Otro, o el Otro, a veces fascinado, otras tantas de manera asombrada, deslumbrante en ocasiones para el que vio por vez primera estas tierras, pero ineludiblemente ejerciendo una precisa opinión con el encuentro frente a una cultura de la otredad. Imagen y palabra es lo que termina por revelarlo.

W. J. T. Mitchell, por su lado, habla del giro pictorial, aquél al que hay que adentrarse más allá de la imagen misma. Resultado de una cultura de las imágenes y la palabra que permiten –o silencian- un debate más amplio sobre la circulación de las imágenes y la información escrita que las sustentan. Por lo que advierte:

El giro pictórico no tiene que ver sólo con la nueva importancia de la cultura visual, también tiene consecuencias para la lectura, la literatura y la alfabetización. Esto significa que los estudios literarios no se pueden limitar simplemente a ‘añadir’ el estudio del cine, la televisión [aquí agregaríamos,

⁴¹⁸ Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, México, 4 ed., Siglo XXI Editores, 2005, pp. 431-432.

naturalmente, los libros] y la cultura de masas a su lista de asignaturas, sin cambiar toda la estructura de la disciplina, y no podrán estabilizar su relación con la historia del arte y la cultura visual con paradigmas de comparación estructural. El concepto mismo de cultura, en tanto que relación entre textos y lectores, sufre un cambio radical cuando se encuentra con su ‘media naranja’, la imagen/espectador...”.⁴¹⁹

Así, contra “la pasividad y la fijación del espectador”, y las imágenes que cautivan: “Lo que necesitamos es una crítica de la cultura visual que permanezca alerta ante el poder de las imágenes para bien y para mal, capaz de discriminar entre la variedad y especificidad histórica de sus usos”. Por ello convoca a las necesarias “iniciativas interdisciplinarias”.⁴²⁰

No tan alejado de ello, el teórico brasileño Boris Kossoy nos advierte sobre la necesidad de indagar sobre “nuevas y sugestivas cuestiones y nuevas historias... que busquen interpretaciones del fenómeno fotográfico en el contexto de la historia de la cultura de cada pueblo”. A lo que agrega:

La historia de la fotografía es, también, la historia de sus aplicaciones, de sus usos; por eso, es necesario comprender en profundidad la ideología de tales aplicaciones. La historia de ese medio no se puede limitar a la historia del soporte de la información, desconociendo las condiciones de producción de la imagen, esto es, el *proceso de construcción de la representación* en el contexto en que fue generada. Además, no puede desconocer o conocer apenas superficialmente *la historia propia del tema* que dio origen a la representación.⁴²¹

Más allá de su apariencia –o, dicho en palabras simples, lo que se ve en su superficie— la manera en que circulan las imágenes, es evidente, es susceptible de ser leído, analizado o desestructurado. Conocer su construcción. Porque las imágenes nunca viven aisladas. En el proceso de la representación hay un sistema –el fotógrafo, el editor, el

⁴¹⁹ W. J. T. Mitchell, *Teoría de la imagen*, Madrid, Akal, (Estudios visuales), 2009, pp. 359-260.

⁴²⁰ *Ibidem.*, p. 10.

⁴²¹ Boris Kossoy, *Fotografía e historia*, *op. cit.*, pp. 100 y 112. El subrayado es del autor.

museo—, junto a un contexto inevitable —la historia nacional— que las ha hecho existir y la manera en que se dio esa existencia en un poner en evidencia. Sin evitar el choque cultural que termina por persistir.

Desde Latinoamérica, la investigadora venezolana Gina Alessandra Saraceni —en mucho siguiendo a Mary Louise Pratt— lo reitera. Cuando se da el contacto entre el “espectador” -el viajero- y el “actor” -el tan llevado y traído “nativo” para varios de nuestros viajeros-, ambos se vuelven espectadores coincidentes de una misma escena, sin que se elimine la “conciencia de superioridad y poder” por parte del primero.

Pero se trata de una confluencia aparente porque cada parte seguirá mirando a la otra desde la distancia de la diferencia y desde el escepticismo de la sospecha. Lo otro entonces, siempre será otro y por lo tanto objeto de la representación y espectáculo dependiendo de quién esté mirando.

Por lo que se refiere al proceso de llegada que vive el extranjero cuando se aproxima y desembarca en un país que desconoce, éste se articula alrededor de una secuencia de momentos de re-conocimiento de la nueva realidad. Digo re-conocimiento porque la percepción y la sucesiva representación que el viajero elabora de las tierras que visita está permanentemente filtrada por el mapa cultural del que es portador, que codifica el mundo americano según un modelo previo que, en la mayoría de los casos, no se le ajusta y no le pertenece.⁴²²

Por ahí es que se perfilará, en el testimonio escrito y visual, el imaginario y el muy diverso acto de violencia hacia el Otro. Multidireccionales ambos. La fotografía y el documento escrito dieron cuenta de ello en un periodo preciso de transiciones.

⁴²² Gina Alessandra Saraceni, “Desigualdades en la zona de contacto. Espacios de llegada y representación de lo moderno en la mirada del viajero europeo en Venezuela”, en *Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina 1870-1930*, op. cit., pp. 44-51.

Bibliografía.

- Aimard, Gustav, *Mexicanische Nächte*, Leipzig, Verlag von Chr. C. Rollmann, 1865.
- Alonso Laza, Manuela, Cecilia Gutiérrez Arriola y Valdeolivas Abad, María, *México en Cantabria. Imágenes de un patrimonio común*, (catálogo), Rafael Domínguez Martín (comisario), Santander, Gobierno de Cantabria, Excmo. Ayuntamiento de Santander, Cátedra Iberoamericana, 2006.
- Allaire, Maurice, *Le Mexique. Pay de contrastes*, Montreal, Les Éditions Lumen, 1947.
- Altbach, Philip G., "Literary Colonialism: Books in the Third World", en Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin (eds.), *The Post-Colonial Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995.
- Anónimo, *México en 1916*, San Antonio, Texas, Librería de Quiroga, 714 Dolorosa St., 1916,
- Arteta, Begoña, *Destino manifiesto: viajeros anglosajones en México, 1830-1840*, México, UAM-Azcapotzalco-Ediciones Gernika, 1989.
- Azuela, Alicia y Palacios, Guillermo, *La mirada mirada. Transculturalidad e imaginarios del México revolucionario, 1910-1945*, México, El Colegio de México-UNAM, 2009.
- Abbas, *Return to Mexico, Journey Beyond the Mask*, Carlos Fuentes (intr.), Nueva York-Londres, W.W. Norton & Company, 1992.
- , *Retornos a Oapan*, México, FCE, (Río de luz), 1986.
- Adams Garner, Bess, *Mexico, Notes in the Margin*, Boston, Houghton Mifflin Company-The Riberside Press, 1937.
- Alegría, Ricardo E., *Las primeras representaciones gráficas del indio Americano, 1493-1523*, Puerto Rico, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1986.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 2007.
- Armstrong, Carol, *Scenes in a Library. Reading the Photographs in the Book, 1843-1875*, Londres-Cambridge, Massachusetts, The MIT Press-October Book, 1998.
- Arnold, Channing y Tabor Frost, Frederick J., *The American Egypt. A Record of Travel in Yucatan*, Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1909.

- Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1991.
- Baedeker, Karl, *Les Etats-Unis avec une excursion au Mexique. Manuel du Voyageur*, 2ª ed., Leipzig, París, Karl Baedker-Paul Ollendorff, 1905.
- Ball, J. A., *Mexico, As Described in Personal Correspondence Between Mr. Ben Slaevin North and His Friend Mr. Seymour South*, 2ed., México, National Lines of Mexico, 1910.
- Bancroft, Hubert Howe, *The Works of Hubert Howe Bancroft. The Native Races*, vol. IV, San Francisco, A. L. Bancroft & Company Publishers, 1883.
- Banta, Melissa y Hinsley, Curtis M., *From Site to Sight. Anthropology, Photography, and the Power of Imagery*, Peabody Museum Press, 1986.
- Banning, George Hugh, *In Zauber Mexicanischen Gewässern*, Leipzig, F. V. Brodhaus, 1926.
- Barron, Clarence W., *The Mexican Problem*, Talcott Williams (intr.), Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Company, 1917.
- Barton, Mary, *Impresions of Mexico, with Brush and Pen*, Nueva York, The MacMillan Company, 1911.
- Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 1996.
- , *El mito del salvaje*, México, FCE, (Tezontle), 2011.
- Baudrillard, Jean, *La transparencia de mal*, Barcelona, 3ª. ed., Anagrama, 1995.
- Bazin, André, "Ontología de la imagen fotográfica", en *¿Qué es el cine?*, Madrid, Ediciones Rialp, 1966.
- Beaucage, Pierre, *Imaginaires mexicaines. Voyages dans le temps et l'espace*, Québec, Musée de la civilisation-Édition Fides, 1998.
- Becher, C. C., *Cartas sobre México. La República mexicana durante los años decisivos de 1832 y 1833*, Juan A. Ortega y Medina (trad. pról. y notas), México, FFyL-UNAM, 1959.
- Becher, Henry C. R., *A Trip to México. Being Notes of a Journey from Lake Erie to Lake Tezcucó and Back*, Toronto, Willing and Williamson, 1880.
- Below, Ernst, *Mexiko. Skizzen und Typen aus dem Italien der neuen Welt*, Berlín, Allgemeiner Verein für Deutsche Litteratur, 1899.
- Benítez, Fernando, *El libro de los desastres*, México, Editorial Era. 1988.
- Bermúdez, Jorge R., *Gráfica e identidad nacional*, México, UAM-X, 1994.

- Berumen, Miguel Ángel, *La cara del tiempo. La fotografía en Ciudad Juárez y El Paso (1870-1930)*, Ciudad Juárez, Cuadro por Cuadro-Berumen y Muñoz Editores, 2002.
- , 1911. *La batalla de Ciudad Juárez/ II. Las imágenes*, Ciudad Juárez, Cuadro por Cuadro-Berumen y Muñoz Editores, 2003.
- Beukers, Alan, *Exotic Postcards. The Lure of Distant Lands*, Paul Theroux (intr.), Londres, Thames & Hudson, 2007.
- Bigot, Raoul, *Le mexique moderne*, París, Pierre Roger & cie., Éditeurs, 1909.
- Bitterli, Urs, *Los "salvajes" y los "civilizados". El encuentro de Europa y Ultramar [1982]*, México, primera reimpresión, FCE, 1998.
- Blake, Mary Elizabeth y Sullivan, Margaret F., *Mexico. Picturesque-Political-Progressive*, Boston, Lee and Shepard Publishers, 1888.
- Bonaparte, Roland, *Le mexique au debut du XXe siècle*, 2 t., París, Librairie Ch. Delagrave, 1901.
- Brehme, Hugo, *México pintoresco*, México, Hugo Brehme editor, 5 de mayo 27, 1923.
- , *Mexiko, Baukunst, Landschaft, Volksleben*, Walther Staub (estudio intr.), Berlín, Ernst Wasmuth A. G., 1925.
- Brocklehurst, Thomas U., *Mexico To-Day: Country With a Great Future, and Glance at the Prehistoric Remains and Antiquities of the Montezumas*, Londres, John Murray, 1883.
- Brown, Robert, *The Countries of the World: Being A Popular Description of the Various Continents, Island, Rivers, Seas, and Peoples of the Globe*, Londres, París, Nueva York, v. II, Cassell Peter & Galpin, s/f, [ca. 1866].
- Brugioni, Dino A., *Photo Fakery. The History and Techniques of Photographic Deception and Manipulation*, Virginia, Brassey's, 1999.
- Brunet, François, *Photography and Literature*, Londres, Reaktion Books Ltd., 2009.
- Bullock, William, *Catálogo de la primera exposición de arte prehispánico*, Begoña Arteta (pról., trad. y notas), México, UAM-A, 1991.
- Butler, John W., *Sketches of Mexico in Prehistoric, Primitive, Colonial and Modern Times. Lectures at Syracuse University on the Graves Foundation*, Nueva York y Cincinnati, Hunt & Eaton-Cranston & Curtis, 1894.
- Buznego, A., *El fotograbado, manual práctico*, Nueva York, The Scovill & Adams Co., 1898.

- Cabrera, M. Fernández, *Mi viaje a México a propósito de la Revolución*, La Habana, Imprenta del avisador comercial, 1915.
- Calderón de la Barca, Francis Erskine, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, Felipe Teixidor (pról. y trad.), México, Editorial Porrúa, 1959.
- Callegari, G. V., *Messico. Terra y nazioni*, Milán, Dottor Francesco Vallardi, 1930.
- Camp, Jean y André, *Le Mexique*, Mónaco, Les documents d'art, (Escalaes du monde), 1951.
- Campbell, Reau, *Complete Guide and Descriptive Book of Mexico*, Chicago, Robert O. Law Co.-Campbell, 1906.
- Carson, W. E., *Mexico. The Wonderland of the South*, Detroit, The MacMillan Company, 1909.
- Casagrande, Louis B. y Bourns Phillips, *Side Trips. The Photography of Sumner W. Matteson, 1898-1908*, Milwaukee, Milwaukee Public Museum-The Science Museum of Minnesota, 1982.
- Casanova, Rosa y Konzevik, Adriana, *Luces sobre México. Catálogo selectivo de la Fototeca Nacional del INAH*, Olivier Debroise (pról.), México, Conaculta-INAH-Editorial RM, 2006.
- Case, Henry A., *Views on and of Yucatan. Besides notes Upon parts of the State of Campeche and the Territory of Quintana Roo.*, Merida de Yucatán, México, Henry A. Case, 1911.
- Cassigoli, Armando y Carlos Villagrán (comps.), *La ideología de los textos*, México, Marcha Editores, 1982.
- Cerwin, Hebert, *These Are the Mexicans*, Nueva York, Reynal & Hitchcock, 1947.
- Clews Parsons, Elsie, *Mitla Town of the Souls*, Chicago, The University of Chicago Press, 1936.
- Cole, Garold, *American Travelers to Mexico, 1821-1972. A Descriptive Bibliography*, Nueva York, Troy, 1978.
- Collingwood, R. G., *Idea de la historia*, México, FCE, 1993.
- Córdova, Carlos A., *Arqueología de la imagen. México en las vistas estereoscópicas*, José Antonio Rodríguez (pról.), Monterrey, Museo de Historia Mexicana, 2000.
- Covarrubias, José Enrique, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*, México, UNAM- Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1998.

- Chabrand, Émile, *De Barceloneta a la República Mexicana*, México, Luis Everaert Dubernard (trad. y estudio preliminar), México, Banco de México, 1987.
- Chambers Gooch, Fanny, *Los mexicanos vistos de cerca*, Luis Everaert Dubernard (trad, pról. y notas), México, Banco de México, 1993.
- Charnay, Désiré, *Ciudades y ruinas americanas, Mitla, Palenque, Izamal, Uxmal, runidas y fotografiadas por... con el viaje y documentos del autor. México, 1858-1861. Recuerdos e impresiones de viaje*, Víctor Jiménez (trad. y n. intr.), México, Banco de México, 1994.
- , *Le Mexique, 1858-1861. Souvenirs et impressions de voyage*, Pascal Mongne (estudio introductorio), París, Éditions du Griot, 1987.
- , "Le Yucatán est ailleurs". *Expéditions photographiques (1857-1886)*, con textos de François Brunet, Chritine Barthe y Pascal Mongne, París, Musée du quai Branly-Actes Sud, 2007.
- Chartier, Roger y Cavallo, Guglielmo, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, México, Santillana, 2006.
- Chevrier, Jean-François, *La fotografía, entre las bellas artes y los medios de comunicación*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, (Fotografía), 2007.
- Chiriboga, Lucía y Caparrini, Silvana, *Identidades desnudas. Ecuador, 1860-1920. La temprana fotografía del indio de los Andes*, Ecuador, Taller Visual-Ediciones ABYA-YALA, 1994.
- , "La fotografía se mira en el espejo de la fotografía", *V Coloquio latinoamericano de fotografía*, México, Conaculta-Centro de la Imagen, 1996.
- y Soledad Cruz, *Retrato de la Amazonía. Ecuador: 1880-1945*, Ecuador, Ediciones Libri Mundi-Enrique Grosse-Luemern, 1992.
- Davis, Keith F., *Désiré Charnay, Expeditionary Photographer*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1981.
- De Cardona, Adalberto, *De México a Nueva York. Guía para el viajero en que se describen las principales ciudades de México y los Estados Unidos del norte*, San Francisco, Imprenta de H. S. Crocker, 1890.
- , *De México a Chicago y Nueva York. Guía para el viajero en la que se describen las principales ciudades y ferrocarriles de México y los Estados Unidos del norte*, Nueva York, Imprenta de Moss Engraving Co., 1892.
- De Lameiras, Brigitte, *Indios de México y viajeros extranjeros. Siglo XIX*, México, SEP, (SepSetentas), 1973.

- De Lattre, Marie y De Marcillac, Marguerite (coords), *Fichés? Photographie et identification, 1850-1960*, París, Archives nationales-Perrin, 2011.
- Desmond, Lawrence Gustave, *Yucatán Through Her Eyes. Alice Dixon Le Plongeon, Writer & Expeditionary Photographer*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2009.
- De Silvestrelli, El conde, *Museo de la belleza. Estudios antropológicos y de bellas artes*, C. G. (trad.), Barcelona, Editorial Ibero-Americana, s/f [ca. 1900].
- De Szyszlo, Vitold, *Dix mille kilométres a travers le Mexique, 1909-1910*, 2ª ed., París, Librairie Plon, 1913.
- De la Torre Villar, Ernesto, *Breve historia del libro en México*, Coordinación de Humanidades-UNAM, 1987.
- Deniker, J., *Les races et les peuples de la terre* [1900], 2da. edición revisada, París, Masson et cie., éditeurs, 1926.
- Denis, Victor, *Mexique*, París, Le presses modernes, 1934.
- Diadiuk, Alicia, *Viajeras anglosajonas en México*, México, SepSetenta, 1973.
- Diener, Mietze Glanz, *Reise in Das Moderne Mexiko*, Viena y Leipzig, A. Hartleben, 1908.
- Diguët, Léon, *Fotografías del Nayar y de California, 1893-1900*, Jean Meyer (ed.), INI- Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos de la Embajada de Francia en México, 1991.
- , *Por tierras occidentales, entre sierras y barrancas*, Jesús Jáuregui y Jean Meyer (eds.), México, INI-Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos de la Embajada de Francia en México, 1992.
- , *Territorio de la Baja California. Reseña geográfica y estadística*, París, México, (La República Mexicana), Librería de la Vda. de C. Bouret, 1912.
- Dolinski, Eckehard, *Teobert Maler, 1842-1917. El descubrimiento de las edificaciones mayas de Centroamérica por medio de la fotografía*, Mérida, Museo Palacio Cantón, (catálogo), marzo-abril, 2000.
- , Von Hanffstengel, Renata y Tercero Vasconcelos (eds.), *Caecilie Selser-Sachs, 1885-1935. Una mirada amorosa al México de hace 100 años*, (catálogo), México, Instituto de Investigaciones Interculturales germano-mexicanas, A. C.-Biblioteca de México, agosto-septiembre, 1998.
- Dollero, Adolfo, *México al día (impresiones y notas de viaje)*, París-México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1911.

- Dorotinsky Alperstein, Deborah, "La vida de un archivo. 'México indígena' y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México", tesis de doctorado, FF y L-UNAM, 2003.
- Dumas, Alexandre, *Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisiense*, Jacqueline Covo (intr.), México, Banco de México, 1981.
- D' un regard l' Autre. *Photographies XIXe siècle*, con textos de Quentin Bajac, Yves Le Fur y Christine Barthe, París, Musée du quai Branly-Actes Sud, 2006.
- Dupin de Saint-André, A., *Le Mexique aujourd'hui. Impressions et souvenirs de voyage*, París, Librairie Plon, 1884.
- Durand, Gilbert, *Las estructuras antropológicas del imaginario*, México, FCE, 2004.
- Echanove Trujillo, Carlos A., *Dos héroes de la arqueología maya: Frederick de Waldeck-Teobert Maler*, Mérida, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1974.
- Edwards, Elizabeth (comp.), *Anthropology and Photography, 1860-1920*, Londres, Yale University Press-The Royal Anthropological Institute, 1992.
- Evans, Rosalie, *Letters from Mexico*, Daisy Caden Pettus (ed.), Indianapolis, The Bobbs-Merrill Company Publishers, 1926.
- , *Cartas desde México*, Eugenia Meyer (intr.), México, Eosa, 1986.
- Favrod, Charles-Henri (intr.), *Étranges Étrangers. Photographie et exotisme, 1850-1910*, París, Centre National de la Photographie-Ministère de la Culture et de la Communication, 1989.
- Fernández, Horacio, *El fotolibro latinoamericano*, México, Fundación Televisa, 2011.
- , *Fotografía pública, Photography in Print 1919-1939*, Madrid, Museo Nacional de Arte Reina Sofía, 1999.
- Ferrer Muñoz, Manuel (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un Estado-Nación o un mosaico plurinacional?*, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 2001.
- Ferro, Marc (ed.), *El libro negro del colonialismo. Siglos XVI al XXI: del exterminio al arrepentimiento*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
- Fitzgerrell, J. J., *Fitzgerrell's Guide to Tropical Mexico*, México, J. J. Fitzgerrell ed., s/f [ca. 1905].
- Flandrau, Charles Macomb, *¡Viva México!*, Margarita Carbó (pról.), Conaculta, (Mirada viajera), 1994.
- Flores Salinas, Berta, *México visto por algunos de sus viajeros (siglo XVIII)*, México, Ediciones Botas, 1967.

- Flusser, Vilém, *Hacia una filosofía de la fotografía*, Editorial Trillas, 1990.
- , *Hacia el universo de las imágenes técnicas*, México, ENAP-UNAM, 2011.
- Folgarait, Leonard, *Seeing Mexico Photographed. The Work of Horne, Casasola, Modotti and Álvarez Bravo*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2008.
- Fontcuberta, Joan, *Fotografía. Crisis de historia*, Barcelona, Actar, s/f [2006].
- Frank, Josef María, *Mexiko ist Anders. Eine Reise ins Land der Azteken*, Berlín, Universitas-Deutsche Verlags-Aktiengesellschaft, 1938.
- Frazer, Chris, *Bandit Nation. A History of Outlaws and Cultural Struggle in México, 1810-1920*, Nebraska, University of Nebraska Press, 2006.
- Freund, Gisèle, *La fotografía y las clases medias en Francia durante el siglo XIX*, Buenos Aires, (Biblioteca sociológica), 1946.
- , *La fotografía como documento social*, Barcelona, Gustavo Gili, 1983.
- Frizot, Michel, "Body of Evidence. The ethnophotography of Diference", en Frizot, Michel (ed.), *A New History of Photography*, Colonia, Könemann, 1998.
- y Françoise Ducros (selec.), *Du bon usage de la photographie. Une anthologie de texts*, París, Centre National de la Photographie-Ministère de la Culture et de la Communication, (Photo Poche), 1987.
- Gadow, Hans Friedrich, *Viaje de un naturalista por el sur de México*, Antonio Carreira (pról.), México, FCE, 2011.
- Galeana, Patricia (coord.), *Latinoamérica en la conciencia europea. Europa en la conciencia latinoamericana*, AGN-UNAM-FCE-Conaculta, 1999.
- Gamboa Carrera, Eduardo (coord.), *El México desconocido cien años después. Seminario en homenaje a la obra de Carl Lumholtz El México desconocido, 1890-1900*, INAH, (Divulgación), 1996.
- García Moll, Roberto y Juárez Cossío, Daniel (eds.), *Yaxchilán: antología de su descubrimiento y estudio*, segunda reimpresión, INAH, (Serie Arqueología), 1992.
- Garritz, Amaya (coord. y ed.) *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México, IIH-UNAM, 1993.
- Gates, Charles H., *A Tour Through Mexico*, Toledo, Ohio, Gates Tour, 1907.
- Gaudin, Marc-Antoine, *Traité pratique de photographie, exposé complet des procédés relatifs au daguerréotype*, París, J.-J. Dubochet et cie., editeurs, 1844.
- Genin, Auguste, *Les francais au Mexique, du XVI siecle a nous jours*, París, Nouvelles Éditions Argo, 1933.

- Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, Antonio Alatorre (trad.), México, FCE, 1982.
- George, Marian M., *A Little Journey to Mexico and Central America. For Home and School Intermediate and Upper Grades*, Chicago, A Flanagan Company, 1920.
- Gillpatrick, Wallace, *The Man who Likes Mexico. The Spirited Chronicle of Adventurous Wanderings in Mexican Highways and Byways*, Nueva York, The Century Co., 1912.
- Graham, Ian, *Alfred Maudslay and the Maya*, Londres, The British Museum Press, 2002.
- , "Historia de la exploración arqueológica", en Peter Schmidt, Mercedes de la Garza y Enrique Nalda (coord.), *Los mayas*, México, Conaculta-INAH-Landucci Editores, 1999.
- Gruening, Ernest, *Mexico and its Heritage*, Nueva York-Londres, The Century Co., 1928.
- Grummon, Stuart E. y De Noriega, Alfredo, Jr., *Tres meses en México. A Spanish Conversational Reader*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1928.
- Grundberg, Andy, *Crisis of the Real. Writings on Photography, 1974-1989*, Nueva York, Aperture, 1990.
- Gunn, D. Wayne, *Escritores norteamericanos y británicos en México*, México, FCE, 1977.
- Gutiérrez Ruvalcaba, Ignacio, *Teoberto Maler, historia de un fotógrafo vuelto arqueólogo*, México, Conaculta-Sinafo-INAH, (Testimonios del archivo), 2008.
- Hans, Alberto, *Querétaro. Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, México, Editorial Jus, 1962.
- Hatch, Heather S., "The Chinese in the Southwest. A Photographic Record", en *The Chinese Experience in Arizona and Northern Mexico*, Arizona, The Arizona Historical Society, reimpresso por The Journal of Arizona History, 1980.
- Heiferman, Marvin (ed.), *Photography Changes Everything*, Merry A. Foresta (intr.), Nueva York, Aperture-Smithsonian Institution, 2012.
- Heilbrum, Françoise, "Around the World. Explorers, Travelers, and Tourist ", en Michel Frizot (ed.), *A New History of Photography*, Colonia, Könemann, 1998.
- Heller, Carl Bartholomaeus, *Viajes por México en los años 1845-1848*, Elsa Cecilia Frost (trad. y estudio preliminary), México, Banco de México, 1987.

- Henisch, Heinz K. y Bridget A. Henisch, *The Photographic Experience 1839-1914. Images and Attitudes*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 1994.
- Hobsbawm, Eric, *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica, 1998.
- Holmes, Burton y Castillo, Carlos, *Mexico*, Chicago, Wheeler Publishing Company, 1939.
- Hughes, Alex y Noble, Andrea, *Phototextualities. Intersections of Photography and Narrative*, Albuquerque, University of New Mexico, 2003.
- Huxley, Aldous, *Beyond the Mexique Bay*, Nueva York y Londres, Harper and Brothers Publishers, 1934.
- Iturriaga de la Fuente, José, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX*, 4 t., México, FCE, 1988, 1992, 1989, 1990 y 1992, respectivamente.
- , *Anecdotario de forasteros en México. Siglos XVI-XX*, México, Conaculta, (Mirada viajera), 2001.
- , *Sinaloa en plumas extranjeras*, Culiacán, Gobierno del estado de Sinaloa-Plaza y Valdés Editores, 2009.
- , *Viajeros extranjeros en Guerrero*, Chilpancingo, Gobierno del estado de Guerrero, 1999.
- Ivins Jr., W.M., *Imagen impresa y conocimiento*, Barcelona, Gustavo Gili, 1975.
- Jackson, William H., *Time Exposure: An Autobiography*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1940.
- Jeffrey, Ian, *Photography: A Concise History*, Londres, Thames and Hudson, 1981.
- Joyce, Thomas A., *Maya & Mexican Art*, Londres, The Studio, 1927.
- Kenneth Turner, John, *Barbarous Mexico*, Chicago, Charles H. Keer, 1911.
- -----, *México bárbaro*, México, Cordemex-Costa Amic, 1965.
- Kidd, Hari, *Viva México! Letters to W. J. Hooten, Editor The El Paso Times*, El Paso, Texas, The El Paso Times, 1943.
- Koetzle, Hans-Michael, *Photo Icons. The Story Behind the Pictures, 1827-1991*, Colonia-Londres, Taschen, 2005.
- Kossoy, Boris, *Fotografía e historia*, Buenos Aires, La Marca (Biblioteca de la mirada), 2001.
- , *Realidades e Ficções na Trama Fotográfica*, Brasil, 2 ed., Atelie Editorial, 2000.
- , *Os Tempos da Fotografia, O Efêmero e O Perpétuo*, Brasil, Atêlie Editorial, 2007.

- , "La fotografía en Latinoamérica en el siglo XIX. La experiencia europea y la experiencia exótica", en Wendy Watriss y Lois Parkinson Zamora (eds.), *Image and Memory. Photography from Latin America, 1866-1994*, Houston, University of Texas Press-Fotofest, 1998.
- , "Contribución a los estudios históricos de la fotografía en América Latina: referencias históricas, teóricas y metodológicas", en *V Coloquio latinoamericano de fotografía*, México, Conaculta-Centro de la Imagen, 1996.
- y Maria Luiza Tucci Carneiro, *O olhar europeu. O negro na iconografia brasileira do século XIX*, Editora de la Universidad de Sao Paulo, 1994.
- Labastida, Jaime, *Humbolt, ciudadano universal*, México, Siglo XXI Editores-El Colegio Nacional-FCE, 1999.
- Le Bon, Gustavo, *Estudio de las civilizaciones y de las razas*, Madrid, M. Aguilar, (Biblioteca de ideas y estudios contemporáneos), s/f [ca. 1920].
- Ledo, Margarita, *Documentalismo fotográfico. Éxodos e identidad*, Madrid, Cátedra, (Signo e imagen), 1998.
- Lejeune, Louis, *Sierras mexicanas. Mines et mineurs*, París-México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908.
- , *Tierras mexicanas*, Héctor Cuauhtémoc Hernández (pról.), México, Conaculta, (Mirada viajera), 1995.
- Leonard, Irving A., *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1953.
- Lévi-Strauss, Claude, *Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós, (Surcos), 2006.
- Liébert, A., *La photographie en Amérique. Traité complet de photographie pratique*, 3ª ed., A. Liébert, 1878.
- Lippard, Lucy R., "Reacción tardía: diario de una relación con una imagen", en Steve Yates (ed.), *Poéticas del espacio*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, (Fotografía), 2002.
- Litvak, Lily, *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880-1913*, Madrid, Taurus, 1986.
- Lohmeyer, Robert, *Tropenphotographie*, Hamburgo, Verlag von Fr. W. Thaden, s/f [1914].
- Londe, Albert, *La photographie moderne. Traité pratique de la photographie et de ses applications a l'industrie et a la science*, 2ª ed., París, G. Masson, Éditeur, 1896.
- London, Jack, *Mexico intervenido. Reportajes desde Tampico y Veracruz*, México, Ediciones Toledo, 1990.

- Lowe, Donald M., *Historia de la percepción burguesa*, México, FCE, (Breviarios), 1986.
- Lumholtz, Carl, *El México desconocido*, 2t., México, Editora Nacional, reimpresión, 1972.
- , *Los indios del Noroeste, 1890-1898*, INI-FONAPAS, 1982.
- , *Montañas, duendes, adivinos...*, Jesús Jáuregui y Mario R. Vázquez (pról. y texto), México, INI, 1996.
- Lummis, Charles F., *The Awakening of Nation Mexico of To-Day*, Nueva York y Londres, Harper & Brothers Publishers, 1898.
- Lutz, Catherine A., y Collins, Jane L., *Reading National Geographic*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1993.
- McCauley, Anne, "Escribir la historia de la fotografía antes de Newhall" (apéndice), en Beaumont Newhall, *Historia de la fotografía*, Barcelona, Gustavo Gili, (Fotografía), 2002.
- Macdonald, Gus, *Camera. A Victorian Eyewitness*, Londres, B. T. Batsford LTD, 1979.
- Magdaleno, Mauricio, *Escritores extranjeros en la Revolución*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979.
- Magoffin, Susan S., *Down the Santa Fé Trail and into Mexico. The Diary of Susan Shelby Magoffin, 1846-1847*, Stella M. Drumm (ed.), New Haven, Yale University Press, 1926.
- Majluf, Natalia (curadora), *Reproducing Nations: Types and Costumes in Asia and Latin America, ca. 1800-1860*, Nueva York, Americas Society, abril-julio, 2006.
- Maler, Teobert, *Impresiones de viaje a las ruinas de Cobá y Chichén Itzá*, Mérida, Yucatán, J. E. Rosado, 1932.
- Mangel, Alberto, *Una historia de la lectura*, México, Joaquín Mortiz, 2006.
- Marett, R. H. K., *Archaeological Tours from Mexico City*, Londres, Simpkin Marshall, LTD., 1934.
- Martin, Percy F., *Mexico's Treasure-House (Guanajuato). An Illustrated and Descriptive Account of The Mines and Their Operations in 1906*, Nueva York, The Cheltenham Press, 1906.
- , *Mexico of the Twentieth Century*, 2 t., Londres, Edward Arnold, 1907.

- Maudslay, Anne y Maudslay Percival, Alfred, *A Glimpse at Guatemala*, Londres, John Murray, 1899.
- Mayer, Brantz, *México lo que fue y lo que es*, Juan A. Ortega y Medina (pról.), México, FCE, Biblioteca Americana, (Viajeros), 1953.
- Meyer, Eugenia, *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*, México, INAH, 1970.
- , *John Kenneth Turner. Periodista de México*, México, FFyL-UNAM-Ediciones Era, 2005.
- Miller, Max, *Mexico Around Me*, Londres, Chatto & Windus, 1937.
- Mirzoeff, Nicholas, *Una introducción a la cultura visual*, Barcelona, Paidós, (Arte y educación), 1999.
- Mitchell, W. J. T., *Picture Theory*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1994.
- , *Teoría de la imagen*, Madrid, Akal, (Estudios visuales), 2009.
- Mitford, W. B. J. Osbaldeston, *Dawn Breaks in Mexico*, Londres, Toronto, Melbourne y Sydney, Cassell, 1945.
- Moats, Leone B., *Thunder in their Veins. A Memoir of Mexico*, Russell Lord (ed.), Nueva York y Londres, The Century Co., 1932.
- Monjarás Ruiz, Jesús (trad. y ed.), *México en 1863. Testimonios germanos sobre la intervención francesa*, 2ed. México, INAH, (Divulgación), 1988.
- Morin, Edgar, *El cine o el hombre imaginario*, Barcelona, Seix Barral, (Biblioteca Breve de Bolsillo), 1975.
- Mraz, John, "Ojos ajenos. Fotografías de extranjeros en México", *Huesca Imagen. México (1920-1969)*, Diputación de Huesca-IberCaja, 2004.
- Mühlenpfordt, Eduard, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, 2 t., José Enrique Covarrubias (trad. y nota preliminar), México, Banco de México, 1993.
- Muratorio, Blanca, "En la mirada del otro", en Chiriboga, Lucía y Cruz, Soledad, *Retrato de la Amazonía. Ecuador: 1880-1945*, Ecuador, Ediciones Libri Mundi-Enrique Grosse-Luemern, 1992.
- Muriá, José María y Peregrina, Angélica (comps.), *Viajeros anglosajones por Jalisco. Siglo XIX*, México, (Regiones de México), 1992.
- Naggar, Carole y Ritchin, Fred, *México visto por ojos extranjeros, 1850-1900*, Pilar Perez and Associates-W.W. Norton & Company, Nueva York-Londres, 1993.

- Naranjo, Juan (ed.), *Fotografía, antropología y colonialismo (1845-2006)*, Barcelona, Gustavo Gili, (Fotografía), 2006.
- Ober, Frederick A., *Travels in Mexico and Life Among the Mexicans*, edición revisada, Boston, Estes and Lauriat Publishers, 1887.
- Oles, James, *South of the Border. México en la imaginación norteamericana, 1914-1947/ Mexico in the American Imagination, 1914-1947*, con un ensayo de Karen Cordero Reiman, Washington y Londres, Smithsonian Institution Press, 1993.
- O'Reilly, Edward S., *Roving and Fighting. Adventures Under Four Flags*, Nueva York, The Century Co., 1918.
- O'Shaughnessy, Edith, *A Diplomat's Wife in Mexico*, Nueva York, Harper & Brothers Publisher, 1916.
- Ortega y Medina, Juan A., *México en la conciencia anglosajona*, México, 1º t.: Porrúa y Obregón, 1953, 2º t.: Antigua Librería Robredo, (México y lo mexicano), 1955.
- , *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*, México, IIH-UNAM, 1987.
- Ortoll, Servando, *Por tierras de cocos y palmeras. Apuntes de viajeros a Colima, siglos XVIII a XX*, México, Eosa-Instituto Mora, 1987.
- Paredes, Américo, *Con su pistola en la mano*, México, INAH, (Divulgación), 1985.
- Parr, Martin y Badger, Gerry, *The Photobook: A History*, 2 vol., Londres, Phaidon Press, 2004 y 2006.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Estampas del nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, México, CIESAS, (Miguel Othón de Mendizábal), 1994.
- -----, (coord.), *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío*, México, Plaza y Valdez Editores-Ciesas, 1997.
- Phillips, Henry Albert, *New Designs for Old Mexico*, Nueva York, Robert M. McBride and Company, 1939.
- Pizzi de Porras, Enrique, *Cinco días en México*, La Habana, Ediciones Álvarez Pita, 1939.
- Plahte, Margaret Ann, *Indómita. Cartas a Noruega sobre la Revolución mexicana*, Camilla Plahte (comp. y selecc.), México, Conaculta, (Memorias mexicanas), 2010.
- Poblett Miranda, Martha (comp.), *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, once tomos, Veracruz, Gobierno de Estado de Veracruz, 1992.

- , *Viajeros en el siglo XIX*, Conaculta, (Tercer milenio), 2000.
- Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge, 1992.
- , *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México, FCE, 2010.
- Preuss, Konrad Theodor, *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, hucholes y mexicaneros*, Jesús Jáuregui y Johannes Neurath, (comp.), México, INI-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998.
- Prinet, Jean, *La fotografía y sus aplicaciones*, Barcelona, Salvat Editores S. A., (Colección surco), 1950.
- Pultz, John, *Photography and the Body*, Londres, Kalmann and King, (Everyman Art Library), 1995.
- Ramsey, Leonidas W., *Time Out for Adventure: Let's Go to Mexico*, Nueva York, Doubleday, Doran Company, Inc., 1935.
- Ratzel, Friedrich, *Desde México. Apuntes de viaje de los años 1874-1875*, México, Herder, 2009.
- , *Las razas humanas*, 2 t., Barcelona, Montaner y Simon, Editores, 1888.
- Reichwein, Adolfo, *El despertar de Méjico*, E. Sadia (trad.), Madrid, Editorial Cenit, 1931.
- Reinhard, Mark, Edwards, Holly y Duganne, Erina (eds), *Beautiful Suffering. Photography and the Traffic in Pain*, Chicago, Williams College Museum of Art-University Chicago Press, 2007.
- Rittlinger, Herbert, *Por tierra de lacandones*, México, Editorial Herrero, 1963.
- Rivero, Gonzalo G., *Hacia la verdad. Episodios de la Revolución*, México, Compañía Editora Nacional, 1911.
- Robinson Wrigth, Marie, *Picturesque Mexico*, Filadelfia, J.B. Lippincott Company, 1897.
- , *Mexico, A History of its Progress and Development in One Hundred Years*, Filadelfia, George Barrie & Sons, 1911.
- Rodríguez, José Antonio, "Vamos a México", en *Alquimia*, enero-abril, año 2, núm. 5, 1999, pp. 32-38.
- , "Viajeros de Francia, 1852-1913", en *Ojos franceses en México*, México, IFAL-Centro de la Imagen, 1996.

- , "Los inicios de la fotografía en Yucatán", en *Fotozoom*, México, octubre 1990.
- , "Hugo Brehme. La construcción de un imaginario nacionalista", en Michael Nungesser (ed.), *Hugo Brehme, Fotograf. Mexiko zwischen Revolution und Romantik*, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut-Arenhövel, 2004.
- , "Otras ilusiones: D' après une photographie", en Ileri de la Peña, (coord.), *Ética, poética y prosaica. Ensayos sobre fotografía documental*, México, Siglo XXI Editores, 2008.
- Rodríguez Sala de Gómezgil, Ma. Luisa, *El estereotipo del mexicano. Estudio psicosocial*, México, IIS-UNAM, (Cuadernos de sociología), 1965.
- Roger, H., *Un voyage au Mexique*, París, Masson & Cie., Éditeurs, 1933.
- Roque, Georges, "Imágenes e identidades: Europa y América", en *Arte, historia e identidad en América. Visiones comparativas*, tomo III, XV Coloquio Internacional de Historia del Arte, UNAM-IIE, México, 1994.
- Roumagnac, Carlos, *Los criminales en México. Ensayo de psicología criminal*, México, Litografía El Fénix, 1904.
- Rueda, Jorge A., *Pluma Falsa*, México, edición de autor, 1920.
- Russell, Thomas H., *Mexico. In Peace and War*, Chicago Reilly & Britton Syndicate, 1914.
- Ruxton, George F., *Aventuras en México*, Raúl Trejo (trad.), México, Ediciones El Caballito, 1974.
- Rydell, Robert W., *All the World's a Fair. Visions of Empire at American International Expositions, 1876-1916*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1984.
- Said, Edward W., *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo, 2004.
- -----, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- Sandweiss, Martha A., Stewart, Rick y Huseman, Ben W., *Eyewitness to War. Prints and Daguerrotypes of the Mexican War, 1846-1848*, Fort Worth, Texas, Washington, D. C., Amon Carter Museum-Smithsonian Institution Press, 1989.
- Saraceni, Gina Alessandra, "Desigualdades en las zonas de contacto. Espacios de llegada y representación de lo moderno en la mirada del viajero europeo en Venezuela", en *Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina, 1870-1930*, Venezuela, Corporación Andina de Fomento, 1997.

- Sarber, Mary A., *Photographs from the Border. The Otis A. Aultman Collection*, El Paso, El Paso Public Library Association, 1977.
- Sartre, Jean Paul, *La imaginación*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, (Índice), 1970.
- , *Lo imaginario. Psicología fenomenológica de la imaginación*, Buenos Aires, Ibero-Americana, 1948.
- Schmidt, Geo A., *Mexiko*, Berlín, Dietrich Reimer, 1921.
- Scott, Clive, *The Spoken Image. Photography & Language*, Londres, Reaktion Books, 1999.
- Seaton, George W., *What to See and Do in Mexico. How to Get the Most Out of Your Trip*, Nueva York, Prentice-Hall, Inc., 1939.
- Segalen, Victor, *Ensayo sobre el exotismo*, México, FCE, (Cuadernos de la gaceta 51), 1989.
- Seler, Eduard y Caecilie, *Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*, Cecilia Tercero Vasconcelos y Renata von Hanffstengel, (eds.), México, FFyL-UNAM-Instituto de Investigaciones Interculturales germano-mexicanas, A. C.-Ediciones y Gráficos Eon-Conaculta-INAH, 2003.
- Silva, Jorge, *Viajeros franceses en México*, México, Editorial América, 1946.
- Simmen, Edgard, *Gringos in Mexico*, Texas, Christian University Press, 1988.
- Sontag, Susan, *Ante el dolor de los demás*, México, Alfaguara, 2004.
- Sorre, Max, "Mexique/Amérique Centrale", t. XIV, en Vidal de la Blache, P. y Gallois, L., (eds.), *Géographie universelle*, Librairie Armand Colin, París, 1928.
- Southworth, J. R., *Puebla y Oaxaca ilustrado, su historia, comercio, minería, agricultura e industrias, sus elementos naturales en español e inglés*, 2 t., México, J. R. Southworth, 1901.
- Squier, Emma-Lindsay, *Gringa, An American Woman in Mexico*, Cambridge, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Company-The Riverside Press, 1934.
- Tagg, John, *El peso de la representación. Ensayos sobre fotografías e historias*, Barcelona, Gustavo Gili, (Fotografía), 2005.
- Thord-Gray, Ivor, *Gringo Rebelde. Historias de un aventurero en la Revolución Mexicana (1913-1914)*, Jorge Aguilar Mora (pres.), México, Ediciones Era, 1985.
- Tissandier, Gaston, *La photographie*, 3ª ed., París, Librairie Hachette et Cie., (Bibliothèque des Merveilles), 1882.

- Towler, John, *El rayo solar, tratado teórico y práctico de la fotografía*, Nueva York, D. Appleton y Compañía, 1890.
- Traub, Charles H., Heller, Steven y Bell, Adam B., *The Education of a Photographer*, Nueva York, Allworth Press-School of Visual Arts, 2006.
- Traven, B., *Tierra de la primavera*, Alberto Vital (pról.), México, Conaculta, (Mirada viajera), 1996.
- Starr, Frederick, *In Indian México. A Narrative of Travel and Labor*, Chicago, Forbes & Company, 1908.
- , *Indians of Southern Mexico, an Ethnographic Album*, Chicago, Lakeside Press, 1899.
- -----, *En el México indio*, México, Conaculta, (Mirada viajera), 1995.
- Storm, Marian, *Prologue to Mexico. The Story of Search for a Place*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1931.
- Strode, Hudson, *Now in Mexico*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1947.
- Sofsky, Wolfgang, *Tratado sobre la violencia*, Madrid, Abada Editores, 2006.
- Soustelle, Jaques, *México, tierra india*, México, Secretaría de Educación Pública, (SepSetenta), 1971.
- Stelzmann, Alexander, *Mexico. Kultur und Wirtschaftkundliches*, Berlín, Leipzig, Otto Quitzw Verlag, 1927.
- Taibo II, Paco Ignacio (pról., selecc. y not.), *Bajando la frontera*, México, Ediciones Leega/ Júcar, 1985.
- Tairens Drangs, E., *La mujer en el amor y en la voluptuosidad. Estudio psico-fisiológico por el Dr...*, Barcelona-La Habana, B. Bauza Editor-Librería Cervantes de Ricardo Veloso, s/f [ca. 1905].
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998.
- Terry, Philip, *Terry's Mexico. Handbook for Travellers*, 2ª ed., Londres, Boston, Nueva York y México, Gay and Hancock, LTD.-Houghton Mifflin Company, Sonora News Company, 1911.
- , *Terry's Guide to Mexico. The New Standard Guidebook to the Mexican Republic with Chapters on Cuba, The Bahama Islands and the Ocean Routes to Mexico*, edición revisada, Boston, Nueva York y México, Gay and Hancock-Houghton Mifflin Company-Sonora New Company, 1925.

- Thompson, J. Eric S., *Arqueólogo maya*, México, Editorial Diana, 1965.
- Thompson, Wallace, *The Mexican Mind. A Study of National Psychology*, Boston, Little, Brown and Company, 1922.
- , *Trading with Mexico*, Nueva York, Dodd, Mead and Company, 1921.
- Thord-Gray, Ivor, *Gringo rebelde. Historias de un aventurero en la Revolución mexicana (1913-1914)*, México, Ediciones Era, 1985.
- Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI Editores, 2005.
- Tripp Evans, R., *Romancing the Maya. Mexican Antiquity in the American Imagination, 1820-1915*, Austin, University of Texas Press, 2004.
- Turner, Timothy, *Bullets, Bottles and Gardenias*, Dallas, Texas, South-West Press, 1935.
- Vanderwood, Paul J., *Desorden y progreso. Bandidos, policías y desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI Editores, 1981.
- , Samponaro, Frank N., *Border Fury. A Picture Postcard Record of Mexico's Revolution and U.S. War Preparedness, 1910-1917*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988.
- , Samponaro, Frank N., *Los rostros de la batalla. Furia en la frontera México-Estados Unidos, 1910-1917*, Conaculta-Grijalbo, (Camera lúcida), 1993.
- "Vaquero" (seudónimo) *Adventures in Search of a Living in Spanish-America*, Londres, John Bale, Sons & Danielsson, 1911.
- Varios autores, *Ensayos sobre Humboldt*, México, UNAM, 1962.
- Varios autores, *Imatge i viatge. De les vistes òptiques al cinema: la configuració de l'imaginary touristic*, Girona, Museu del Cinema-Ayuntamiento de Girona, 2004.
- Varios autores, *Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina, 1870-1930*, Caracas, Venezuela, Corporación Andina de Fomento, 1997.
- Verneau, R., *Les races humaines*, A. De Quatrefages (pról.), Paris, Libraire J.-B. Bailliere et Fils, s/f [ca. 1890].
- Visère McGary, Elizabeth, *An American Girl in Mexico*, Nueva York, Dodd, Mead and Company, 1904.
- Von Hagen, Víctor W., *Sudamérica los llamaba. Exploraciones de los grandes naturalistas*, México, Editorial Nuevo Mundo, 1946.

-----, *Explorador maya: John Lloyd Stephens y las ciudades perdidas de América Central y Yucatán*, Jerónimo Córdoba (trad.), Buenos Aires, Librería Hachette, (Clío), 1957.

--Von Mentz de Boege, Brígida Margarita, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México, UNAM, 1982.

--Von Veffe-Warregg, Ernst, *Mexico Land und Leute*, Viena, Verlag von Cd. Volzel, 1890.

--Wallace, Dillon, *Beyond the Mexican Sierras*, Chicago, A. C. McClurg & Co., 1910.

--Wallace, Irving *Speed, Mexico Today*, Boston, Meador Publishing Company, 1936.

--West, Marianne, *Von Vulkanen, Pyramiden und Hexen. Mexicanilche Impressionen*, Berlín, Verlag Hackebeil A.-G., 1930.

--Wehmeyer Bose, Johanne Caroline, *Farewell to Durango. A German Lady's Diary in Mexico, 1910-1911*, John Carlos Bose (trad.), Lake Oswego, Oregon, Smith, Smith and Smith Publishing Company, 1978.

--Wiener, Carlos, doctor Crevaux, D. Charnay, etc., etc., *América pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores*, Barcelona, Montaner y Simon, Editores, 1884.

--Wight Sherratt, Harriott, *Mexican Vistas, Seen from Highways and Byways of Travel*, Chicago y Nueva York, Rand, McNally & Co., Publishers, 1899.

--Winter, Nevin O., *Mexico and Her People of To-Day, An Account of the Customs, Characteristics, Amusements, History and Advancement of the Mexicans, and the Development and Resources of Their Country* [1907], Boston, L. C. Page & Company 1923.

--Wulff Jamieson, Tulitas, *Tulitas de Torreón. Recuerdos de la vida en México*, Coahuila, Presidencia Municipal de Torreón Coahuila-Universidad Iberoamericana-Laguna, 2001.

--Zamudio, Luz Elena (coord.), *Espacio, viajes y viajeros*, México, UAM-Aldus, 2004.

Hemerografía.

--Alcalá Galiano, J., “La luz y las fotografías”, en *La unidad católica*, México, 6 de septiembre de 1861.

--*Alquimia*, Sistema Nacional de Fototecas-INAH, “El viaje ilustrado. Fotógrafos extranjeros en México”, México, núm. 5, enero-abril, 1999.

- Alquimia*, Sistema nacional de Fototecas-INAH, "Hugo Brehme. Los prototipos mexicanistas", México, núm. 16, invierno, 2002-2003.
- Alquimia*, Sistema Nacional de Fototecas-INAH, "Fotolibros en México", México, núm. 29, enero-abril, 2007.
- Anónimo, "Un viaje a Mejico", en *Kodakerías*, Revista para el aficionado a la fotografía, Kodak, Rochester, Nueva York, núm. 4, octubre de 1925.
- Artes de México*, "México-Francia. Fascinaciones mutuas", núm. 43, 1998.
- Ciencias*, Revista de difusión Facultad de Ciencias, "La imagen de los indígenas en la ciencia", México, UNAM, núms. 60-61, octubre 2000-marzo 2001.
- Corey, Herbert, "The Isthmus of Tehuantepec", *The National Geographic Magazine*, Washington, mayo de 1924.
- , "Among the Zapotecs of Mexico. A Visit to the Indians of Oaxaca, Home State of the Republic's Great Liberator, Juárez, and Its Most Famous Ruler, Díaz", *The National Geographic Magazine*, Washington, mayo de 1927.
- Creative Camera*, "Unfamiliar Icons: New Photography in Mexico", Londres, núm. 5, 1989.
- El fotógrafo mexicano*, Publicación dedicada al arte de la fotografía, México, American Photo-Supply Co., años 1899, 1900, 1901 y 1909.
- El progreso fotográfico*, Milán-Buenos Aires, año 1913-1914.
- El Universal*, México, 19 de marzo, 3 y 9 de abril, 1891.
- Kirkwood, J. E., "Mexican hacienda", *The National Geographic Magazine*, Washington, mayo de 1914.
- Luna Córnea*, "El cuerpo", núm. 4, México, Conaculta-Centro de la Imagen, 1994.
- McElroy, Keith, "Popular Education and Photographs of the non-Industrialized World, 1885-1915", en *Exposure*, núm. 3, v. 28, University of Colorado, Boulder, invierno 1991-92.
- , "Fotógrafos extranjeros antes de la Revolución", en *Artes visuales*, núm. 12, México, Museo de Arte Moderno, octubre-diciembre, 1976.
- Mexico Today*, México, año 1939.
- Modern Mexico*, Nueva York y Ciudad de México, Junio de 1905.
- Navarrete, José Antonio, "Del tipo al arquetipo. Fotografía y tipos nacionales en América Latina. Segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX", en *Extracámara*, núm, 21, Venezuela, 2003.

- Ornelas, Oscar Enrique, "A 50 años de su muerte. El reportero John Kenneth Turner", en *El Financiero*, México, 27 y 28 de agosto de 1998, pp. 55 y 47, respectivamente.
- Overland Monthly*, "The Awakening of Mexico Centenary of the Republic", San Francisco, California, julio de 1910.
- Pérez Parra, L. y Simpich, Frederick, "The Glamour of Mexico-Old and New" y "Vignettes of Guadalajara", en *The National Geographic Magazine*, Washington, marzo de 1934.
- Photographies*, revue d' études historiques et critiques, núm. 6, París, Association française pour la diffusion du patrimoine photographique, 1984.
- Power's Guide to Mexico for the Motorist*, Laredo, Texas, Pan American Tourist Bureau, 1936.
- Ramírez, Fausto, "La visión europea de la América Tropical: los artistas viajeros", en *Historia del arte mexicano*, fascículos 67, 68 y 69, México, SEP-INBA-Salvat, 1982.
- Riguzzi, Paolo, "México próspero: las dimensiones de la imagen nacional en el porfiriato", en *Historias*, Revista de la Dirección de Estudios Históricos-INAH, núm. 20, México, abril-septiembre, 1988.
- Simpich, Frederick, "A Mexican Land of Canaan. Marvelous Riches of the Wonderful West Coast of Our Neighbor Republic", *National Geographic Magazine*, Washington, octubre de 1919.
- Weeks, George F., "Mexico from a 'Side Door Pullman' and Otherwise", en *Mexican Magazine*, vol. II, núm. 4, México, septiembre de 1926.
- Wyatt, Victoria, "Interpreting the Balance of Power: A Case Study of Photographer and Subject in Images of Native Americans", en *Exposure*, núm. 3, v. 28, University of Colorado, Boulder, invierno 1991-1992.

Archivos

Fondo Reservado de Biblioteca del Colegio de México.

Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, UNAM.

Fondo Reservado de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, SHCP.

Biblioteca Claremont University, L. A. California.